



Aimee

Historia de la vida de Aimee Semple McPherson

Aimee

Historia de la vida de Aimee Semple McPherson

Departamento del Patrimonio Histórico
Los Ángeles, California

AIMEE Historia de la vida de Aimee Semple McPherson

Derechos Reservados © 1979 por el Departamento del Patrimonio Histórico de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular

© Edición en Español año 2000. Traducida y Editada por Eliana Caudillo

Los capítulos 14, 15 y 16 han sido resumidos de la historia original Todos los derechos son reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni transmitida en forma alguna ni por medios mecánicos ni electrónicos, incluyendo fotocopias, grabaciones, o cualquier sistema de almacenaje o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor.

Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

Introducción	1
1 Caleidoscopio de la Niñez.....	4
2 Días Escolares	12
3 Nuevo Nacimiento.....	25
4 Recién Casada.....	41
5 Camino al Campo Misionero.....	54
6 China	73
7 Sobre el Estante	99
8 ¿Puede Predicar una Mujer?	111
9 A lo Largo de la Costa Atlántica.....	130
10 ¡California, Allá Vamos!	153
11 Oakland, California y Australia	165
12 Una Casa para el Señor	177
13 Ángelus Temple, los Primeros Años	190
14 ¡Secuestrada!	213
15 En Realidad Sucedió	247
16 Una Babel Moderna es Derrumbada.....	284

17 En el Centro de la Voluntad de Dios.....	294
18 Amor y Fe	310
19 ¡Despierta, América!.....	322
20 Avivamiento Continuo	329
21 Alrededor del Mundo con el Evangelio Cuadrangular..	336
Epílogo.....	344

Introducción

Antes de su fallecimiento en septiembre de 1944, Aimee Semple McPherson había comenzado a escribir una nueva autobiografía. Su volumen previo de esta naturaleza, “Esto Es Aquello” y “En el Servicio del Rey,” terminó con la apertura del Ángelus Temple y la vindicación después del secuestro, respectivamente. Por lo cual, los últimos diecisiete años de su vida no han sido publicados en forma literaria.

El manuscrito que constituye la base para este libro había permanecido ignorado entre los archivos por más de dos décadas. Cuando su existencia llamó la atención del Comité Herencia de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular, el presidente de dicho comité, Reverendo Charles Duarte, fue autorizado para hacer contacto con el escritor presente con la visión de completar el manuscrito. Su carta del 24 de febrero, 1969, expresa lo siguiente, “Necesitamos de alguien que complete la historia con el mismo el estilo con el cual ella escribía, alguien que la haya conocido personalmente.”

El plan era de terminar la autobiografía usando los relatos de la hermana McPherson sobre los episodios de su vida, contenidos en sermones, artículos, y documentos publicados y no publicados que se encontraran a mano. Al momento en que la tarea fue aceptada, yo no tenía idea de la enorme extensión de materiales de investigación - miles y miles de páginas y millones de palabras- que debía leer. Fue necesario revisar

completamente todos los archivos de publicaciones sobre la vida de la hermana McPherson y resmas acumuladas de fotocopias y recortes desde 1917. Varias secretarías pasaron semanas fotocopiando cada referencia personal encontrada en los sermones escritos en taquigrafía, los cuales fueron archivados en las oficinas de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular. Series de notas de sermones con incidentes personales subrayados fueron consultados, además de un sinnúmero de documentos pertinentes, varios de los cuales fueron provistos personalmente por el Doctor Rolf K. McPherson.

La historia, tal como aparece aquí, es la historia de la Hermana – en sus propias palabras, la mayor parte posible, recogida de las muchas fuentes que relatan sus experiencias más allá del periodo cubierto en el manuscrito que no fue terminado al momento de su fallecimiento. Hay mucho material que pudo haber sido añadido, relatando incidentes interesantes y detalles, pero tal inclusión habría prolongado el libro excesivamente, y en el caso de describir las reuniones de avivamiento hubiera sido en gran parte repetitivo.

En años recientes han surgido muchas descripciones distorsionadas de Aimee Semple McPherson, obtenidas casi en su totalidad por publicidad desfavorable de la prensa y el testimonio de personas que se le opusieron. A causa de esto solicité permiso de insertar en esta introducción parte de una carta escrita por el Dr. Rolf McPherson, su hijo, comentando sobre una declaración hecha en una de esas publicaciones en el sentido que su madre tuvo un “temperamento hipertenso” que la llevaba a “volar en unos arrebatos de temperamento incontrolables.” El Dr. McPherson escribió:

No concibo comprender dónde alguien originalmente obtuvo esa impresión, porque con seguridad los que la conocieron fueron impresionados, en gran manera, por su temperamento equilibrado y su habilidad de tratar con calma cualquier situación. En toda mi vida nunca la vi perder su temple de ninguna manera, y en la crianza nuestra, ella siempre estaba dispuesta a tratar con nosotros diplomáticamente en vez de utilizar alguna forma de castigo. Yo no creo que haya un testigo que pueda decir que la vio teniendo un “arrebato de temperamento incontrolable.” Ella nunca, ni una sola vez en su ministerio, atacó con palabras agresivas a quienes la criticaron.

El secreto del ministerio de la Hermana McPherson fue su habilidad única, bajo la unción del Espíritu Santo, de hacer real la presencia de Jesús a sus oyentes - de hacer que El fuese tan real que las congregaciones reconocían Su maravillosa presencia en medio de ellos, no solamente en teoría sino en una comunión verdadera. Su deseo principal era exaltar a Cristo para que todos los hombres fuesen atraídos hacia él. Con la oración de que esta historia de su vida pueda a glorificar a Jesucristo, demostrando lo que él puede hacer a través de una humilde sierva, es ofrecida al lector.

Raymond L. Cox

1 Caleidoscopio de la Niñez

“¿Quieres matarla?”

“¡Por supuesto que no!”

“¡Bien, toma nota de mis palabras, si sacas al frío de afuera a esa criatura, morirá de neumonía!”

“Ella estará tibia como un insecto en una alfombra”.

“¡Mira por esa ventana!”

“He estado mirando ansiosa por horas”.

“La temperatura es de cero, y hay nieve en el aire”.

Mientras respondía a la mujer anciana, se dejaban ver salpicaduras de tono carmesí en las mejillas de la joven madre, profundamente rojas como las peonías que últimamente habían florecido en el jardín. Una firme decisión brilló en sus ojos castaño oscuro. Cerró la puerta del horno suavemente y juntó un montón de cobijas que habían sido entibiadas sobre una silla. Acercándose al mantel cuadriculado, comenzó a esparcirlas cuidadosamente, la más pesada abajo, y entonces un montañoso y gradual montón, termino en un suave y pequeño cuadrado color rosa.

La cocina estaba animada y cómoda bajo la suave luz de la lámpara de queroseno que colgaba del techo. Afuera, grandes copos de nieve danzaban felizmente aplastándose entre ellos como curiosas estrellas blancas sobre el marco de la ventana. “Son sólo ocho kilómetros”, dijo ella, colocando una pequeña e inquieta bebe sobre la mesa, comenzando a envolverla cobija tras cobija.

“¡Solo tiene tres semanas! ¿Qué provecho puede sacar de una reunión en la iglesia?”

“La Biblia dice, 'instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él'. Y yo siento que nunca es demasiado temprano para comenzar la instrucción. Quiero que se acostumbre al canto, la música, y a una atmósfera de avivamiento general desde su temprana infancia”.

La yegua Flossie fue desatada de su poste de amarre, la cobertura de caucho fue retirada de su sudoroso lomo y cuidadosamente extendida sobre las mantas. Las riendas y el látigo, con sus sombras extendidas por la luz que María sujetaba, estaban apretadas en la mano derecha de la madre, y la pequeña hija sujeta y segura en su brazo izquierdo.

Llegamos al lugar de reunión donde las luces brillaban espléndidas a través de las ventanas oscuras de la barraca. Las bancas frías y rústicas estaban ocupadas por un puñado de vecinos sinceros y humildes. Una pequeña banda estaba tocando. Fui llevada por el pasillo al asiento de enfrente donde las chispeantes ascuas crepitaban alegremente en el rojizo quemador de la estufa de bronce. Las panderetas tintineaban. Desperté y me uní con energía al canto.

Por supuesto, yo no recuerdo nada de esto, pero se me informó de buena fuente que aquella noche al regresar de la reunión en La barraca, una ansiosa ama de casa aseguró orgullosamente, “¡Vaya, cualquiera podría decir que ella será una evangelista! ¡ Debieras haber visto La manera en que contribuyó al interés y la música de la noche!”

Así que cuando tenía como seis semanas, fui dedicada al servicio cristiano en una ceremonia solemne e impresionante en la que muchas preguntas de importancia fueron hechas y

contestadas. Y por lo que puedo recordar, desde mi temprana edad fui puesta a dormir con historias bíblicas. El resultado fue que antes que cumpliera cuatro años, yo podía subirme a una silla en una reunión, o sobre un tambor en una esquina, y recitar casi todas las historias tan fácilmente como los hijos de los vecinos balbuceaban frases de historias populares.

La Escuela Dominical fue el evento social más emocionante de mis primeros años. Un sábado a la mañana alguien dibujó un ojo grandísimo en el pizarrón debajo de las palabras: “Dios me ve”. Ese ojo me hizo sentir algo incómoda. Doquiera que me movía, me seguía con siniestra insistencia. Me llenó con una vaga alarma el saber que mi más ligero pensamiento y hecho eran seguidos y puestos en la balanza.

“Madre”, me aventure a preguntar mientras recorríamos el camino de regreso a casa en nuestra carreta, moviéndonos al trote de nuestro caballo alazán, “¿Puede verme Dios ahora?”

“Sí, querida, ¿por qué?”

“¿Aún a través de la cubierta de la carreta?” “¡Así es!”

“¿Puede verme ahora?” le dije desde abajo de la estufa de hierro en la cocina.

“En cualquier lugar y en todas partes, querida”.

“Gracias”, le dije en un tono de mortificación y bajé al sótano a cortar los brotes de papas que serían plantados en la primavera. Trabajé diligentemente, ¿No estaba el Gran Ojo siguiéndome aún?

El día antes de las elecciones, yo tenía cinco años. Todos en casa, a excepción de mi padre y yo se habían ido a la ciudad. “Aimee”, me llamó.

“Sí, papi”.

“El alcalde de Ingersoll y algunos de los concejales vendrán a visitarme esta tarde. Quisiera lucir lo mejor posible. ¿Tú crees que eres lo suficientemente grande como para lavarme el cabello?”

“¡Tengo cinco años!” exclamé con euforia.

“¡Muy bien, muy bien!” me tranquilizó, “¡comienza entonces!”

Para tener agua pura, descongelé nieve en una olla. Para el enjuague, llené

un jarro con agua del pozo, sacándole los renacuajos. Para protección de sus ojos, le pasé una toalla, diciéndole, “inclínate y sujétala fuerte”.

Por largos minutos cubrí de espuma e hice correr mis dedos por la rizada cabellera y barba que tanto amaba. “Que desgracia, el cabello de la gente se torna amarillo antes de volverse blanco”, lamenté.

“¡Muy pronto se volverá blanco!” Me respondió a través de la espuma.

“¡Ya lo sé, pero este es un día importante!”

Entonces se me ocurrió una brillante idea. Yo había visto a mi tía Elizabeth colocar un líquido azul en el agua para que la ropa que estaba amarillenta fuese emblanquecida como la nieve. ¿Por qué no tendría el mismo efecto en el cabello de mi padre? Corriendo a la alacena de la cocina, me subí a un taburete y bajé la botella grande en cuya etiqueta se leía “Azul Índigo”, le saqué el corcho y derramé la mitad del contenido sobre la cabeza inclinada de mi padre.

La hubiera derramado por completo, pero el extraño color que tomó me asustó. Colocando el corcho en la botella

nuevamente, la puse abajo y comencé a frotar vigorosamente. Pero horror de horrores, ¡no salía! Bajando por sus rizos hasta su barba y su bigote, corría el tinte líquido. ¡Pobre papá! Lucía exactamente como Barba Azul en el carácter del libro que él había llevado a mi cuarto. Tratando de mantener la voz firme, le dije, “¡Cuidado con el jabón!”

“Lo estoy haciendo”.

“¡Mantén los ojos cerrados!”

“¡Sí!”

Trabajé como loca. Después de la cuarta o quinta enjabonada, papá se levantó, aun sujetando la toalla sobre sus ojos, y rugió, “¡Jovencita! ¿Qué tan sucio piensas que estoy?”

“¡Solo dame un momento!” traté de calmarlo. Pero el obstinado tinte no cedía. En ese momento llegó el alcalde.

“¡Jim! ¿Te encuentras en casa?” llamó una voz desde la entrada.

“¡Suéltame!” gritó mi padre, saltando y tirando la toalla de sus ojos.

“¡Dame aquella toalla seca pronto!”

Frotando vigorosamente, exclamó “¡Ya salgo!” Hizo correr sus confiados dedos a través de sus azulados cabellos, suavizó su barba color turquesa, y se apresuró a salir.

Electrificada por el temor, corrí al espejo y lo di vuelta hacia la pared. Fue entonces cuando un “¿¡Q-u-e!?”, vino desde el patio. Volviendo a mi esquina, me quede petrificada. Se abrió la puerta, papá irrumpió caminando hacia el espejo, dándolo vuelta, y volviendo a colocarlo como estaba, vino hacia mí.

¡A partir de este punto, la historia es demasiado dolorosa para ser relatada! Suficiente con decir que aquella tarde él se fue a la ciudad, e hizo que el peluquero rasurara su cabello, su barba y su bigote. Pero aun así se podían ver las incipientes puntitas azules. El coro metodista se quedó sin director durante el mes siguiente, y yo me hallaba en desgracia.

El incidente dejó una impresión imborrable en mi mente la cual he usado con el correr de mis últimos años para asegurar a los hombres sin esperanzas que, “Aunque no hay poder sobre la tierra que pueda remover las manchas dejadas por el descuido y el pecado, la fuente abierta en la casa de David puede lavarlas dejándolas más blancas que la nieve”.

En ocasiones he conocido a jóvenes los cuales coquetean con la tentación. “¡Yo sólo soy un espectador, no un participante!” explican. Para darles un ejemplo, volveré a mis días de adolescencia.

Mi tía Elizabeth había horneado una gran cantidad de galletas. Después de darme seis, se fue a su cuarto para dormir siesta, diciéndome, “¡No hay más galletas para ti hasta la hora de la cena!”

Por unos breves momentos me senté en el patio cubierto al fondo de la casa, jugando con los trece gatitos a los cuales salvé de ser ahogados, con mis vehementes protestas. Finalmente, todos se quedaron dormidos. Yo estaba despierta. “¡M-m-m! ¡Esas galletas estaban deliciosas!”, comencé a cantar. “Voy a entrar a la despensa y les daré un vistazo”.

Se hallaban en la repisa más alta de la alacena. Así que decidí trepar hasta arriba y observarlas, para visualizar mejor el deleite que me aguardaba en esa despensa. En mi ascenso pase los recipientes grandes que contenían leche, sobre las

canastas de huevos, tarros de harina, azúcar, polvos de hornear, harina de maíz, tocino, mantequilla, alimentos en conserva, grosellas, pasas, queso, y condimentos. Finalmente llegué arriba. Balanceándome con un pie entre el vinagre y los jabones, me sujeté en la madera de la repisa en que se encontraban los recipientes de jarabe de arce endulzado y levanté la tapa del espectáculo lleno de galletitas.

“¿Por qué no sacas una?” susurró el Tentador. “No tienes que comértela”.

“Creo que eso es lo que haré”, decidí.

Justo cuando la estaba sacando, ¡sucedió algo terrible! Los clavos que sujetaban la alacena se desprendieron de sus soportes. ¡Y hacia abajo fueron las galletitas, queso, azúcar, harina, avena, crema de trigo, maíz, tocino, recipientes de leche, y la niña! En medio del susto, me levanté sujetando mi pobre cabeza. Mi padre hizo su entrada al lugar con una vara en su mano y puso sus manos a la obra. Nunca había visto antes a alguien que batiera un pastel tan rápido. ¡Él tenía todos los ingredientes a la mano!

Igual que otros adolescentes inquietos, me encontraba constantemente involucrada en dificultades y dilemas. Después de agravios similares a la dignidad de la familia, se me enviaba a mi cuarto haciéndome saber que en exactamente media hora recibiría una paliza. Ningún recurso terrenal podría salvarme. Habiendo sido enseñada sobre la intervención celestial, pensé en orar. Cayendo sobre mis rodillas al lado de mi cama, comencé a orar, en alta voz, con sinceridad, “¡Oh, Dios, ¡no permitas que mamá me castigue! ¡Oh, Dios, querido, dulce Dios, ¡no permitas que mami me castigue!”

En ese momento se abrió la puerta. Yo sabía que mi madre estaba allí, la analogía misma de la justicia. Aun así, los cielos todavía podrían enviar una respuesta a mi petición. Mantuve los ojos fuertemente cerrados y con mis manos firmemente apretadas continué mi lamento, “¡Oh, Dios, ¡no permitas que mi mamá me castigue!”

¡Pobre alma! Probablemente ella también se hallaba en un dilema. Sin duda alguna yo necesitaba el castigo, pero, por otro lado ¿el castigo no destruiría mi fe en la oración? “¡Oh Dios...!”

Escuché una risa que no podía ser reprimida por más tiempo y abrí mis ojos. “Tu padre acaba de traer una lechuza blanca del bosque”, me dijo. “Está en la cocina, atrás de una silla. Tal vez sería bueno que fueras a verla”.

“¡Gracias, Dios!” Respiré y me deslicé por la baranda hacia abajo. La lección me enseñó que aún el peor pecador puede alcanzar misericordia, orando de rodillas y con fervor.

2 Días Escolares

“¿Estás lista?” gritó mi padre por la tubería de la estufa que llegaba hasta mi cuarto. Este era el primer día en que asistiría a la escuela.

“Estoy lista”, le respondí desde lo alto de la escalera.

“¿Ya sabes las letras del alfabeto, jovencita?” me preguntó mientras avanzábamos al trote de la yegua Flossie.

“No”.

“Al menos debieras conocer las primeras tres”.

“Dímelas”.

“Letra rasgar, letra arrancar, letra volar”.

Más tarde me encontraba frente a una severa profesora de inglés, en medio de una larga fila de alumnos nuevos.

“¿Cuál es tu nombre, pequeña?”

“Aimee Elizabeth”.

“¿Qué es lo que sabes?”

“Las tres primeras letras del alfabeto”.

“¿Puedes repetir las?”

“Claro que sí. Letra rasgar, letra arrancar, letra volar”.

El rugido que sacudió la escuela me dejó sentada en un banco alto detrás de una mesa cubierta por un mantel rojo, luciendo un cono largo y puntiagudo sobre mi cabeza, preguntándome que es lo que había sucedido. Pero durante el recreo conseguí ser redimida.

“¡Ejército de Salvación! ¡Ejército de Salvación!” gritaba un grupo en un sonsonete de burla.

“¿Han tocado alguna vez?” les pregunté.

“¡No!” gritaron los niños.

“Traigan esa caja de queso para usarla como bombo, un trozo de madera para el palillo, y esa caña de pescar para la asta de la bandera”, ordené. “Yo iré a buscar el mantel para usarlo de bandera”. El gordito Peck llevaba el estandarte. Yo tocaba el tambor dirigiendo el himno, “Firmes y adelante, huestes de la fe...”

El desfile tuvo un gran éxito. Cantamos alrededor de la escuela, el depósito de la leña, y el establo, “¡Gloria, gloria, hagamos correr al diablo con la espada del Evangelio!” Por un rato, las niñas se mantuvieron burlonas a un lado, pero finalmente se ubicaron en las filas, golpeando tejas por panderetas y usando bufandas como sombreros.

La escuela secundaria aun en un pueblo de cinco mil, tiene sus complejidades para una niña del campo. Viajando alternadamente a caballo, bicicleta, carreta, o trineo, uno pasaba de un grado a otro.

Una tarde le dije a mi padre: “Mira lo que tengo aquí. ¡Una invitación formal muy bien impresa para asistir al baile del colegio!”

“Pero querida, tú no puedes asistir”, intervino mi madre. “¿Por qué?”

“Porque tú eres metodista y los metodistas no asisten a bailes” (Por supuesto, todo esto ocurrió hace muchos años. Los métodos y estándares han cambiado perceptiblemente desde entonces).

“¡Todos los demás padres están dándoles permiso a sus hijos para que asistan!” me lamenté.

“¿Puedo ir?”

“No”, dijo mi padre.

“No sean anticuados”, les dije.

“Otra vez, ¡dije que *no!*”

Pero al final mis padres cedieron. Normalmente lo hacían si yo mantenía presión el tiempo suficiente en lo que estaba diciendo. Con mi vestido nuevo y mis zapatillas de baile, hice piruetas delante del espejo y me marché. Superficialmente radiante y feliz, me sentía perturbada en lo íntimo, porque supe que en ese momento se estaba llevando a cabo en mi casa una reunión de oración a mi favor. Pero después del primer vals me olvide de todas mis preocupaciones. El baile debiera ser una cosa aceptable. Mi compañero, quien bailaba excepcionalmente, era el joven ministro presbiteriano.

Después de esto la vida se tornó en un remolino de bailes, pistas de

patinaje, novelas y jazz. Elinor Glynn ocupaba el primer lugar en la pila de libros, y la Biblia se hallaba debajo de todos. “Mandy Lee” y otras partituras populares ocupaban el primer plano en el piano nuevo y el himnario fue empujado lejos hacia un rincón.

Un nuevo libro que estaba siendo introducido en la clase de secundaria, el cual llevaba por título “Geografía Física Para la Escuela Secundaria”, sacudió los fundamentos de mi fe inicial. La tal llamada ciencia ponía en duda la Palabra de Dios, la evolución contra el Génesis, y la mundanidad

casual contra lo milagroso. Horrorizada ante tal herejía, acorralé a un profesor en su laboratorio.

“Señor, ¿podría hablar con usted?”

“Claro que puedes, pequeña”.

“He crecido creyendo que mi Biblia es infalible”.

“Sí, continúa”.

“He descubierto que mi nuevo libro de texto se opone completamente a sus enseñanzas. ¿Podría usted decirme en cuál debo creer?”

Mirando hacia abajo desde sus años de experiencia y sabiduría, me sonrió con tolerancia. “Tu Biblia es un maravilloso clásico de la literatura. Como tal, es digno de tu atención y estudio. Pero en cuanto al valor científico y los principios de la historia de la raza humana, está terriblemente preconcebida y mal informada. Las supersticiones antiguas han sido superadas por investigaciones biológicas, la fe por la hipótesis nebulosa, y el hombre de barro del Pentateuco por la ameba de Darwin”.

“Entonces, ¿el libro escolar...?” balbuceé.

“¡Está en lo cierto!” replicó con decisión.

“Y... ¿la Biblia está llena de falsedad?”

“De errores”, agregó.

Sentí como si la tierra se hubiera abierto para tragarme. Estaba cayendo en un profundo pozo oscuro en el cual se hallaban espectros los cuales gritaban, “¡Dios no existe! ¡El cielo no existe! ¡El infierno no existe! ¡Si las Escrituras dicen una mentira, deben tener más agujeros que un colador! ¿Dónde está tu fe? ¿Dónde está tu fe?”

“¿Podría decirme algo más sobre lo que ha comprobado?” tartamudeé.

Algo en mi rostro abatido debe haber tocado su corazón, porque el maestro, juntando sus papeles exclamó apresuradamente, “Ahora tengo que ir a otra clase, pero aquí tienes algunas referencias que puedes examinar en la biblioteca,” y salió de la sala.

Me quedé con los ojos fijos en los títulos de los libros sugeridos y muy

pronto me encontré en la biblioteca leyendo a Voltaire, Ingersoll, Paine, y otros. Si ellos estaban en lo cierto, entonces la religión era una parodia, una farsa. Las campanas de la iglesia eran una burla hueca. Los mártires de Fox murieron por una causa vana. Los misioneros sólo eran almas desorientadas. La oración era una repetición inútil y supersticiosa.

Con la cabeza zumbando como una colmena al revés, regresé a casa y encontré a mi padre asomándose a la puerta del sótano, ascendiendo con una vasija de crema para batirla. “¿Cómo sabes que Dios existe?” le pregunté con los labios apretados.

“¡Aimee! ¿Qué quieres decir?” gritó él, casi cayéndose al sótano con la leche y todo.

“Quiero decir lo que te estoy diciendo”, me mantuve firme. “Toda mi vida me has hablado con seguridad tocante a un Padre que todo lo ve, y que todo lo sabe. Pero ¿qué pruebas tienes de su existencia actual? ¿Lo has visto alguna vez? ¿Lo vieron tus padres o sus antepasados? ¿Cómo sabes si no es todo solamente un mito?”

“¿Te has vuelto loca?” gritó.

“¡No seas así! Tengo que saberlo”.

“¿Quién hizo las constelaciones de soles, lunas y estrellas?”

“Los libros escolares explican todo eso, papá”, respondí con base en mi inmadura investigación. “Esos cuerpos en una ocasión consistieron de moléculas las cuales fueron atraídas una a la otra por la ley de gravedad. Adquirieron un movimiento giratorio y se convirtieron en una masa gaseosa en rotación. Los cuerpos lunares, incluyendo la tierra, fueron lanzados al espacio estelar. El sol fue lanzado, la luna fue lanzada, las estrellas fueron lanzadas”, dije enfatizando mis palabras con el balanceo de mi bolsa conteniendo los libros. “Entonces la tierra fue lanzada ¡y aquí estamos!”

“Sí, aquí estamos. Pero ¿quién fue el Legislador que fijó las leyes de gravedad?”

“Los libros no lo explican”.

“Si no existe un Creador, ¿quién hizo al hombre?”

“¡Oh, ellos tienen una explicación para eso!”

“¿Sí?”

“El hombre sólo apareció”.

“¿Por providencia o por accidente?”

“Accidentalmente. La bola de lava que conformaba la tierra se enfrió en la superficie, ahondándose en algunos lugares, y de ese modo se formaron los océanos salados.”

“Y, ¿entonces?”

“Entonces apareció nuestra tatarabuela”.

“Y, ¿cómo se llama?”

“Ameba. Probablemente tú nunca hayas oído hablar de ella, pero es

un personaje muy importante en los libros escolares de hoy en día”.

“¿De qué consiste el árbol genealógico de la ameba?”

“Los escritores parecen tener una idea vaga sobre ese punto. Puede que ella haya llegado a la tierra sobre un cometa llameante, pero creo que la generación espontánea es la hipótesis más popular”.

“Esa es una palabra nueva en esta casa”.

“¿Cuál?”

“Hipótesis”.

“Nosotros la utilizamos diariamente”.

“¿Puedes definirla?”

“No exactamente”.

“Entonces trae el diccionario”.

El diccionario de Webster fue sacado de su estante frecuentemente invadido, y leí: “Un conjunto de proposiciones presentadas como base de un argumento; una teoría la cual puede o no ser verdadera; suposición, conjetura”.

“Continúa”, me dijo mi padre con voz fría, “dime más de esta suposición ancestral”.

“Es la forma de vida celular más antigua y simple y comenzó en el océano. Su tamaño es tan diminuto que cincuenta mil pudieran pasar a través del ojo de una aguja sin dificultad”.

“¿Y ella marcó el inicio a la vida de la cual surgieron después los grandes mamíferos?”

“Eso es lo que nos enseñan”.

“¡Hm! Alguien debiera cambiar la canción para niños a:
Pobre ameba pequeña

No llores,

Algún día serás un elefante.”

“¡Papá! ¡Ponte serio!”

“Nunca he estado más serio en mi vida. ¿Cómo fue que la antigua ameba recibió su primer chispazo de vida?”

“Ya te lo he dicho - de generación espontánea”.

“Tus profesores aseguran que hoy en día ellos pueden producir algo de la nada?”

“No, pero ellos esperan que sus experimentos den resultados muy pronto. Voltaire pasó como treinta años observando una célula de agua, esperando ver surgir vida de ella, pero no obtuvo ningún resultado”.

“Algunos acostumbraban afirmar que, porque un trozo de carne expuesto generó larvas, esto era una prueba evidente”, dijo él. “Pero yo entiendo que Pasteur desacreditó completamente todo aquello por el vacío y sello hermético.”

“En todo caso, todavía estamos siendo enseñados de esa manera. Y es probable que acabemos teniendo un buen número de agnósticos, o ateos”.

“No tendremos agnósticos en esta familia”, fue la respuesta severa.

“Mañana, a la noche, tú iras a la reunión de avivamiento con nosotros”.

“¡Imposible!” grite. “Mañana a la noche es la fiesta de fantasía en la pista de patinaje. Ya tengo mi vestuario y he sido elegida para iniciar la fiesta con el primer vals sobre hielo”.

“Entonces anda a la iglesia en cuanto termine. Tienes que estar allí a las nueve en punto”.

“Sí, señor”.

La fiesta fue de gala. Payasos y reyes, reinas de la nieve y acróbatas, bandas y diversión, risas y giros, había de todo. Con tristeza, salí de la pista, me saqué los patines, y conduje a Fritzie entre el tintineo de las campanas y el canto de los transeúntes que iban en sus trineos. Llegué a la puerta de la iglesia. Estaba atestada de gente, y me apoyé en la pared escuchando al evangelista, quien estaba haciendo su llamado al altar.

“¡Ven! ¡Ven!” decía él. “Haz tu decisión esta noche. Esta pudiera ser

tu última oportunidad. Ven mientras haya vida. No dudes más. Cristo está esperando que tú respondas. ¡Ven! ¡Ven!”

Con las notas de la orquesta de la pista de patinaje, aún sonando en mis oídos, el llamado no me conmovió. Los avivamientos no eran cosa nueva para mí. Pero la última pieza de vals que se tocó en la pista de hielo si lo era. Me quede tarareándola mientras esperaba que mis padres salieran.

“¡EI día del juicio vendrá!” dijo el predicador, “EI día cuando los pecadores se verán obligados a pagar por su negligencia”.

Sus ojos parecían buscarme. Yo estaba alerta. “Esto es ridículo”, me dije. “¡EI no puede estar dirigiéndose a mí!”

“Querida, ¿eres cristiana?”

Me asusté cuando una joven que casi tenía mi edad puso su mano sobre mi hombro. Reconociendo que era la hija del

evangelista, me estiré en toda mi estatura, y le respondí con arrogancia, “¡No! ¡Yo voy a la escuela secundaria!”

“¿Que tiene que ver aquello con esto?”

“Yo estudio la evolución”.

“Yo también”, respondió, “pero mientras escribo mis exámenes, 'El mono es mi primo', mi mente repudia la hipótesis absurda y me asegura que mi Padre es Dios y no un simio”.

“Todo esto es tan complicado para mí” protesté.

“Pero- estos cristianos - ¡son tan felices!”

“¡Ellos no son cristianos verdaderos!”

“¿Qué quieres decir?”

“Con una mano dan el dinero para edificar templos y convertirnos; y con la otra pagan impuestos para tornarnos al ateísmo”.

“¡Pobrecita! Espera aquí mientras voy en busca de mi madre”.

“Te espero”, le respondí. “Mis padres todavía están al frente”.

La joven fanática desapareció para regresar rápidamente. Una mujer de rostro amable la acompañaba. Ella conversó conmigo con toda sinceridad por un momento breve, luego dijo con preocupación, “Espera aquí, voy a buscar a mi esposo”.

Permanecí en mi lugar nerviosa, apoyándome en un pie y después en el otro. La nieve caía con fuerza afuera, y podía escuchar los relinchos impacientes de Fritzie. ¿Por qué no salían mis padres? Los cantos del avivamiento llenaban el aire:

¿Por qué esperas, querido hermano?

Oh, ¿por qué demoras tanto tiempo?

Tu Salvador está aguardando para darte

Un lugar en la multitud santa.

El evangelista se acercó, apoyado por su esposa y su hija. “¿Qué es lo que escucho acerca de la evolución?” me preguntó.

Un pequeño grupo de curiosos comenzó a juntarse. Mi rostro comenzó a entrar en calor a medida que preveía el ataque. Mis padres estaban detrás del grupo. Sus rostros estaban tan enrojecidos como el mío. Valientemente intenté mantener mi posición, pero fue inútil. La mejor de las hipótesis parecía estar apoyada sobre algunos puntos frágiles. Muy pronto fui retrocediendo hasta mi última trinchera.

“Bien”, dije “si la Biblia es verdad, ¿por qué nuestro vecindario paga dinero en impuestos para destruir nuestra fe?”

“No puedo responder a ello”, dijo mi inquisidor.

Esa noche había un silencio extraño y sugestivo en el trieno. Solo se oía el trotar de los caballos y el sonido de las campanillas tintineando, los cuales rompían el silencio de la noche. Observé de soslayo, el rostro de mi madre. Se veía muy seria, sus labios apretados formaban una línea que no era habitual en ella. Mire a mi padre fascinada por la lenta procesión de lágrimas recorriéndole el rostro, deslizándose sobre su barba, y congelándose allí como salados diamantes.

No me sentía muy orgullosa de la escena que había provocado en la parte trasera de la sala de reuniones. Había cometido, en mi categoría, el pecado más atroz, había herido a otros profundamente. ¿Me había herido a mí misma? Oh, sí, yo pude haberlo hecho con impunidad. Ese era un problema

personal. Pero, ¿herir a otros? Para mí, eso era un crimen imperdonable.

En silencio, llegamos a la última colina. En silencio descendí y abrí el ancho portón. En silencio encendí la lámpara y ayudé a papá a quitar los aparejos de Fritzie y a cerrar las puertas del corral. Sin palabras, encendimos nuestras lámparas, dimos cuerda al reloj, alimentamos a los gatos y al perro, cerramos la puerta, y nos retiramos cada uno a nuestros cuartos respectivos. Alguien hubiera pensado que este era el día del juicio final. Giré la llave de mi puerta suavemente, fui a mi ventana, la abrí totalmente, sin detenerme para sacarme el abrigo o el sombrero, me arrodillé y me quedé mirando hacia afuera.

La magia de la luna derretía las colinas nevadas. Todo el paisaje se encontraba cubierto de brillante nieve. Los árboles de manzanas se hallaban envueltos en una capa de hielo. Casi podía alcanzarlos con mis manos y tocar sus ramas luminosas. El techo del establo estaba oculto bajo una blanca sábana de nieve. A la mañana siguiente tendría que buscar una pala para ayudar a mi padre a sacar la nieve o las vigas se debilitarían.

Toda la atmósfera se veía tensa en el aire claro y frío, como las cuerdas de un violín estiradas más de lo necesario. Las estrellas cantaban en un trémolo agudo. Arriba, más allá de la vía láctea, la luna brillaba perezosa. Venus le centelleaba a Saturno. La constelación de la Osa Mayor lanzaba polvo de estrellas sobre su hermana menor. El astro Sirio se desviaba prudentemente de la Osa Mayor.

¡Eran esplendorosos...sublimes cuerpos luminosos sobre nuestro pequeño planeta tierra! ¡Con qué precisión se movían, giraban y cantaban! Era como si un Músico Eximio dirigiese;

con su batuta el compás exacto y la orquesta del universo se moviese y tocase, repicase y oscilase al unísono. ¡Ciertamente debe haber una mano divina detrás de tanta precisión, orden, y esplendor!

Arrodillada allí en el gran silencio blanco, mi espíritu fue envuelto por

la maravilla de todo aquello. Me estremecí levemente bajo la centelleante galaxia de gloria. Mi respiración se tornó en cristales sobre el aire congelado. De repente, sin siquiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, extendí mis brazos a través de la ventana, y, mirando más allá de las estrellas, grité, “¡Oh Dios... si existes... revélate a mí!”

3 Nuevo Nacimiento

“¡Oh Dios... si existes... revélate a mí!” Supongo que el Padre Celestial contesta esta oración a cada ser humano que con sinceridad envía su petición desesperada en dirección a los cielos. Por lo menos Él contestó la mía antes de la medianoche siguiente.

Ese día, la escuela secundaria estaba cerrada. Faltaban varias horas para el ensayo de la próxima presentación navideña en el salón de la ciudad. Tenía varias horas disponibles. La pregunta era cómo disfrutarlas. Ya había memorizado muy bien mi parte en “Paddy y Sus Cerdos,” “El Puercoespín en la Cama,” y “El Fiasco al Pie del Fuego.” ¿Qué podía hacer? Caminando por las calles cubiertas de escarcha junto a mi padre, observé un letrero sobre el Salón de Misiones que decía:

REUNIÓN DE AVIVAMIENTO

Robert Semple, Evangelista Irlandés

Todos Son Bienvenidos

“Entremos”, sugirió mi padre.

“¡Muy bien!” respondí descuidadamente. No podía imaginar que este iba a ser el punto crítico en mi vida. Las noticias de este avivamiento habían llegado a mis oídos. Me sentí empujada por la curiosidad, pero el interés detuvo mis inquietos pasos. La alabanza fluía animada. El lechero levantó sus manos mientras cantaba. Lo mismo hizo el hombre que trabajaba en la tintorería, y me reí divertida.

De repente me puse seria. El evangelista entró con una Biblia bajo el brazo. Medía como un metro y ochenta y ocho centímetros en estatura, su cabello era castaño y rizado, con un mechón que caía porfiadamente sobre sus azules ojos irlandeses.

Uno podía reírse con él, porque su mensaje brotaba con humor verdadero y limpio, pero uno no podría reírse de él. Ni siquiera había que pensarlo. “Volvamos a Hechos 2:38-39”, dijo y leyó: “...Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.

Entonces comenzó a predicar. Un temblor frío recorrió mi espalda. Nunca había escuchado un sermón de ese tipo. Usando su Biblia como si fuera una espada, dividió el mundo en dos. A un lado colocó al cristiano; al otro, al pecador. De acuerdo a su evangelio, estaban destinados al infierno. No había un término medio. ¡Al oírlo predicar, uno entendía que había una diferencia visible entre el pecador y el miembro de la iglesia! Yo nunca lo había notado. Ambos fumaban los mismos cigarros, jugaban el mismo juego de póker, y leían las mismas novelas.

“¡Es necesario nacer de nuevo!” exclamó. “Salgan de en medio de ellos y sepárense, no toquen lo inmundo. Si el amor de este mundo está en vosotros, el amor del Padre no estará en vosotros. En Cristo, todas las cosas son hechas nuevas, por lo que las cosas que en una ocasión amé ahora las odio, y todas las cosas que una vez odié ahora las amo. Buscad a Jehová

mientras puede ser hallado y llámadle en tanto que está cercano.”

Entonces el orador comenzó a hablar del bautismo del Espíritu Santo. Al describir el poder vivo y vital que declaró haber sido derramado sobre millares en estos últimos días, su rostro brillaba como si una lámpara hubiera sido encendida en su interior. Entonces, repentinamente, en medio de su sermón, el evangelista cerró sus ojos y con el rostro radiante comenzó a hablar un lenguaje desconocido. Para mí, esa expresión inspirada por el Espíritu Santo era como la voz de Dios tronando dentro de mi alma con palabras de convicción y condenación. A pesar de que el mensaje estaba siendo proclamado en lenguas, parecía como si Dios me estuviera diciendo: “¡Eres una pobre, perdida, miserable pecadora que merece el infierno!”

Nadie antes, me había hablado de esa manera, había sido acariciada mimada y tal vez algo consentida. Se me había dicho cuan buena e inteligente era. Pero gracias a Dios que Él dice la verdad. Él no nos adula o nos da palmaditas en la espalda o nos da píldoras azucaradas. Él nos revela exactamente nuestra posición: Viles y perdidos pecadores alejados de Jesús y de su sangre preciosa.

El evangelista reasumió su predicación en inglés, pero lo único que pude recordar fue mi interpretación de lo que había expresado en otras lenguas. Manos invisibles se habían extendido y comenzaron a sacudir mi alma. Una convicción genuina me envolvió. Entonces supe que

existía un Dios y que yo era una pecadora perdida. Con pánico ciego me levanté y salí de aquel lugar. Pero era muy tarde. El anzuelo del Evangelio del Pescador de hombres me

pescó con firmeza. No recuerdo que tal fue el ensayo en el salón municipal aquella noche, solo sé que por tres días procuré distraer mi desesperación patinando, y escuchando música de jazz, pero sin resultados. Al tercer día, una tarde de diciembre de 1907, cuando regresaba a casa en mi trineo, ya no pude soportarlo. Parecía que cielos de bronce caerían sobre mí y que en breves momentos sería demasiado tarde.

“¡Dios, ten misericordia de mí, una pecadora!” clamé, y el bosque a mi izquierda repitió el eco de mi voz. El sol se asomó en medio de las nubes. Una paz inmensa cayó sobre mí. Fue como si la tibia sangre carmesí del Calvario estuviera siendo derramada sobre mi ser. Grandes lágrimas caían sobre los guantes que calentaban mis manos, mientras sujetaba las riendas.

Al entrar a casa, sentí que el Invisible estaba muy cerca de mí. Mis padres estaban en el establo en ese momento, y yo estaba contenta de estar sola. Toda la casa parecía estar inundada con una dorada gloria. Levantando la tapa de la plancha de hierro que estaba sobre la estufa en la sala del comedor, quemé mis zapatillas de baile, la música de jazz, y las novelas.

“¿Dónde es el incendio?” grito mi padre.

“Aquí”, respondí en voz baja.

“¿Quieres incendiar la chimenea?”

“No”.

“Entonces, ¿Cuál es la idea?”

“¡Me he convertido y ya no tengo necesidad de esas cosas!”

Mi padre me miro con curiosidad. “Apuesto a que esto no durara más de dos semanas”, aseguró. “¿Cómo y cuándo sucedió?”

Se lo dije, y él repitió su profecía. Pero esta decisión ha perdurado a través de todos estos años y promete continuar por la eternidad. Al día siguiente regresé a la misión y le hablé al evangelista sobre el cambio que había transformado mi vida.

Durante una semana estuve contenta en gran manera...caminando, cabalgando, cantando como en un sueño. Yo, que nunca había conocido un hermano o hermana, tenía un Hermano Mayor con quien podía conversar. Llevé ante Él cada uno de mis problemas, y Él compartió cada una de mis alegrías. Ni un momento de esos largos kilómetros para ir y regresar de la escuela me dejó sola, sino que estaba a mi lado. Él estaba más cerca que mis manos o mis pies, más cerca que el pensamiento o la respiración.

“¡Oh, nunca me dejes! ¡No permitas que jamás te cause tristeza!” murmuraba. El tiempo de recreo y de almuerzo lo utilizaba para leer mi Biblia, escondida en una esquina del sótano. Cuando oraba, hablaba con Cristo. Cuando leía Su Palabra, Él hablaba conmigo. Pero un día la calma de mi serenidad fue quebrantada. Una línea cruzó mis cejas, y comencé a inquietarme cada vez más. “¡Todo es muy unilateral!” Exclamé. “Tú eres quien me da todo; y yo sólo recibo. El egoísmo es una característica aborrecible. ¿Señor, que puedo hacer por ti?”

Corriendo hacia mi Biblia para recibir Su respuesta, como era mi costumbre, encontré palabras tales como, “El que gana almas es sabio, y brillará cual las estrellas por siempre y

siempre.” Fue como si una voz poderosa estuviera hablando con el sonido de un clarín, “¡Ahora que has sido salva - anda, ayuda a rescatar a otros!”

Me arrodillé junto a mi cama en el cuarto pequeño ubicado en la parte superior de la casa, y apretando mis ojos, me concentré en el problema. En mi imaginación vi un río ancho y negro, corriendo impetuosamente. Millones de hombres, mujeres, y niños estaban siendo arrastrados para ser destruidos por él y en él, y agitando sus manos como en súplica eran lanzados sobre las aguas turbulentas hacia su destino cruel.

“De la misma manera que yo fui levantada”, sollocé, “debo extender mi mano a todos los que pueda alcanzar y traerlos a tierra firme. Debo estar dispuesta a cruzar el continente sobre mis rodillas para decirle al pobre pecador, 'Jesús te ama’”.

Un sentimiento de impotencia me invadió. “¿Cómo puedo yo, la hija de un campesino, que vive a ocho kilómetros de la ciudad más cercana, tener la esperanza de ser una ganadora de almas? Además, sólo a los hombres les está permitido predicar”.

“Madre, ¿Alguna vez una mujer ha predicado el evangelio?” le pregunte una tarde, inclinada sobre la tabla de planchar.

“No, querida”.

“¿Por qué?”

“¡Oh, tú y tus preguntas! Bien, Eva, la madre de todo ser viviente, fue la primera transgresora”.

“Pero si la mujer fue la primera en introducir el pecado en el mundo, ¿Por qué no puede ser la primera en quitarlo?”

La ocupada ama de casa frotó la cera de abeja sobre la plancha de hierro y la pasó suavemente sobre las fundas de las almohadas y las sabanas antes de dignarse a responder. “No sé”.

“¿Acaso hace una gran diferencia el llevar faldas o pantalones?”

“Aparentemente. Las mujeres pueden instruir a sus hijos, enseñar en la Escuela Dominical, ir a tierras remotas como misioneras...”

“Pero”, la interrumpí, “¿a qué edad deben terminar de instruir a sus hijos? Y si ellas predicán en tierras lejanas, ¿dónde y por qué se traza una línea de color? Si son lo suficientemente buenas para exhortar al hombre negro, al mulato, al amarillo, ¿por qué no al hombre blanco?”

“¿Por qué no haces tus tareas escolares?” Me preguntó mi madre.

Juntando mis libros de álgebra, trigonometría, y psicología, me retiré a mi cuarto y tomé mi Biblia y la concordancia. “Mujeres... mujeres... mujeres”, dije y pregunté en voz alta, “¿Por qué se les impide cristianizar al mundo?” Descubrí que Débora, una mujer, había dirigido esplendidos ejércitos, llevando banderas que flameaban bajo el sol de la sonrisa de Dios. La mujer junto al pozo que predicó el primer sermón de salvación y llevó a una ciudad completa a Cristo, utilizando como texto: “Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho”. Aún más, una mujer fue elegida por el Maestro y no otro, para llevar el primer mensaje de la resurrección.

“¿Por qué no fue un hombre el que llevara ese mensaje tan importante?” reflexioné en voz alta.

“Porque los hombres estaban todos en la cama y profundamente dormidos, supongo”, respondió mi padre que apareció inesperadamente en la puerta.

Avergonzada, di un salto y lo enfrenté. “¿Cuánto tiempo hace que estabas allí?”

“Sólo un momento. ¿Por qué?”

“¿Por qué no hay predicadoras, papá?” le pregunté.

“Tenemos a Evangeline Booth.”

“Pero la labor de ella es más como la de un comandante. Ella no pastorea una iglesia”.

“Pero Pablo fue enseñado por un hombre y su esposa, Aquila y Priscila. Él habla de un hombre que tenía siete hijas y otro que tenía nueve y ellas profetizaban.”

“¿Profetizaban? ¿Qué significa eso?”

“Juzga por ti misma. Lee en 1 Corintios 14:3 “Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación”.

“Pero ¿qué del versículo que dice, 'que las mujeres guarden silencio en la iglesia,' que mamá acaba de citar?”

“Léelo”.

“¿Quieres decir que no significa solamente eso?” exclame ansiosa, hacienda correr mis dedos sobre las páginas de la Biblia.

“¡Por supuesto que no! No se refiere a la persona que enseña, sino a los ignorantes e incultos. Aquí esta: 'Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es

permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos”.

“Quieres decir...”

“En el mundo antiguo pocas mujeres aprendían a leer y a escribir. Ellas, por lo general, se sentaban en el balcón de un lado de la iglesia. Pablo, naturalmente, objetó a que preguntaran a sus maridos en voz alta: 'Juan, ¿qué quiere decir?' por lo que pidió que hicieran sus preguntas en la santidad de su propio hogar”.

“Pero, ¿dónde?, ¿dónde está la puerta para servir?” Me pregunté en repetidas ocasiones. “¿Cómo se convierte alguien en un ganador de almas? ¿Cómo puede un ser tan inferior y solitario atraer a la humanidad?” En los días siguientes pasé mucho tiempo estudiando la Biblia. Descubrí que el bautismo del Espíritu Santo era el elemento que galvanizaba a los mediocres y los transformaba en evangelistas poderosos. Pedro no era un campesino, pero, como pescador, su origen era también humilde. Mateo había sido un cobrador de impuestos, y Lucas, un médico de una ciudad pequeña.

Pedro fracasó en los cinco puntos principales de un ganador de almas exitoso e internacional. Pero algo sobrenatural, dinámico, y totalmente transformador lo poseyó y lo llenó y lo cambió en un ciclón de elocuencia, fuego, lógica e intrepidez. Me di cuenta que este “algo” era nada más y nada menos que el bautismo del Espíritu Santo en el memorable día de Pentecostés.

“¿Este mismo poder, es para los hombres y mujeres de hoy?” inquirí.

Hechos 2:39 me dio la respuesta: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.

Comencé a buscar este poder con sinceridad. Regresando a la misión, le pedí a un obrero de rostro radiante que marcara mi Biblia en Hechos 2:4, Hechos 10:45,46, Hechos 11:17, Hechos 19: 6... y regresé a casa con el fin de estudiar más. Levantándome en medio de la fría noche de invierno, yo suplicaba, “Señor, concédeme ese poder maravilloso para que yo pueda guiar a los pecadores hacia Ti”.

Durante ese tiempo el evangelista Robert Semple, había viajado a Stratford, Ontario, para realizar una campaña. Las sesiones que seguían a la campaña, eran reuniones de oración conducidas en las casas. Yo dejé de asistir a la escuela en cada oportunidad que me era posible para ir a las sesiones vespertinas.

“Qué radiante luce el semblante de esas personas”, pensé. El lechero, la persona con la cual jamás pensé que me asociaría, se convirtió en un santo sobre un pedestal inalcanzable. El tintorero y su esposa se hallaban en un nivel espiritual muy alto, más allá de mi alcance. Sentí que bien hubiera podido sacarles brillo a los zapatos de estas personas elegidas por Dios, con tal de recibir lo que ellos poseían.

“Quisiera que llevaras esta carta a casa y la entregues a tus padres,” me dijo una tarde el director de la escuela secundaria. Inocentemente, coloqué el documento en las manos de mi madre. Me quedé de pie y confusa ante el ministro metodista a medida que mi madre leía solemnemente: “Señora, su hija, que ganó el segundo lugar para recibir la beca escolar el año pasado, ha estado faltando tanto a clases en estos días que, a

no ser que mejore sus tareas en casa, sin lugar a dudas, fracasará en su próximo examen”.

“¿Dónde has estado, jovencita?” preguntó mi madre. Fue como si estuviera tronando sobre nubarrones oscuros.

“En las reuniones de oración”, le respondí con temor.

“Esas personas con las que te estás juntando a todo rasgo parecen ser fanáticos,” dijo el predicador. “¿Qué garantía tienes que en la búsqueda de ese llamado poder no vayas a acabar poseída por un espíritu maligno?”

Corrí a mi cuarto y caí de rodillas ante mi Biblia abierta. “Oh, Señor”, llore, “¡Tu no permitirías que eso sucediera cuando me encuentro buscando tu unción con tanto ardor!”

Mi Biblia se abrió en Lucas 11 :9-13: “Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si un pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dadivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” Esto resolvió el asunto para mí. Yo buscaría ese don de poder de lo alto.

El siguiente lunes a la mañana, los copos de nieve danzaban en el aire, y se acercaba una tormenta. Pero envuelta en cobijas de pieles, fui con la yegua Frizie a la estación que quedaba a dos kilómetros de distancia. El viento norte agitaba furiosamente la masa alta y blanca de nieve, la cual se veía caer sobre los desfiladeros como cataratas espumantes. El trineo se dio vuelta dos veces, pero finalmente logre subir al tren. Una

máquina para quitar la nieve que había caído sobre los rieles, fue conectada al carro motor. Finalmente llegamos a la calle principal y fuimos pasando las iglesias, casas, negocios y el correo.

El camino hacia la escuela pasaba por la casa donde se llevaban a cabo las reuniones de oración. Las últimas palabras de mi madre cuando salí de casa aún resonaban en mis oídos: “¡Si faltas a la escuela para asistir a otra de esas reuniones, insistiré en que te quedes de una vez en casa!” Mire ansiosa hacia la casa, luego afloje las riendas del caballo. Si esta iba a ser mi última visita, era mejor que la hiciera temprano. Al hacer sonar la campana, esta resonó a través del salón que no contaba con mucho mobiliario. La puerta cubierta de nieve se abrió.

“¿Qué sucede querida?” me pregunto la madre ocupada y cuyos hijos se aferraban a sus faldas.

“Esta es la última vez que tendré la oportunidad de asistir a las reuniones”, le contesté. “Es ahora o nunca.”

A medida que hablaba, la tormenta de nieve comenzó a caer con todas sus fuerzas. Se cortaron los cables telefónicos. Los que estaban sacando la nieve de las calles corrieron en busca de refugio.

“¿Le importaría si entro a orar hasta la reunión de la tarde?” le pregunté con timidez. Una media docena de niños me observaban detrás de las faldas de su madre mientras ella respondía, “Entra y escapa de la nieve. El fuego está encendido en la sala. Yo cerraré la puerta.”

Oré desde la mañana hasta mediodía. ¡Era un mundo nuevo! La tierra retrocedía y el cielo se acercaba cada vez más. A las doce y treinta se abrió la puerta. “No tengo nada más que

sopa de papas que ofrecerte,” me dijo mi anfitriona. “¿Quieres un poco?”

“¡Con mucho gusto!” le contesté. “Permítame ayudarle”.

“No, no es necesario. Con seis niños, un esposo, y tantos visitantes, simplemente agrego una taza de agua por cada invitado adicional”.

“Nunca una sopa de papas me ha parecido tan sabrosa” le dije, sentándome a la mesa.

Oré desde el lunes a la mañana hasta el sábado. Levantándome a la hora que despertara, saltaba de la cama, me envolvía en las cobijas, y me arrodillaba buscando el poder de lo alto prometido. La última mañana el aire aún estaba escarchado. Las cenizas no habían sido removidas del fuego que calentaba la casa. El agua estaba congelada en la jarra y el lavabo. La tormenta de nieve había continuado durante toda la semana. La nieve estaba amontonada tan cerca de las puertas que aún el sonido de las palas quitándola había cesado esperando que los vientos penetrantes se calmaran. Los trenes dejaron de funcionar. Las máquinas para quitar la nieve no lograban llegar. Hasta los cables telefónicos no funcionaban.

Temblando, pero con determinación, doblé mis rodillas frente a una silla de cuero y me lancé hacia las puertas de la oración. Sentí como si hubiera estado abriendo camino a través de una enorme piedra que ahora estaba tornándose tan fina como un papel. Entonces clamé: “¡Señor, nunca volveré a comer o a dormir otra vez hasta que tú me llenes con el poder del Espíritu prometido!”

Mi Biblia, que estaba abierta, me respondió: “Yo estoy más dispuesto a darte que lo que tú estás para recibir.”

“¡Perdóname!” murmuré. “Esperar debe ser mi parte y no la tuya.” Y entonces cayó la gloria. Mis ojos cerrados vislumbraron al Hombre de Galilea, sangrando, muriendo, coronado de espinas sobre la cruz del Gólgota. Las lágrimas rodaban por mi rostro. Me di cuenta que con labios trémulos estaba cantando:

Permite que te ame, Salvador
Toma mi vida para siempre,
Nada, sino servirte,
Satisfará mi alma.

“¡Gloria, gloria a Jesús!” repetí una y otra vez. Mis labios comenzaron a temblar y empecé a hablar en otras lenguas tal como los que estaban en el Aposento Alto. Ondas, olas, grandes olas, océanos, lluvias de bendiciones inundaron mi ser. Mi cuerpo cayó sobre el piso y quedó allí como si estuviese sumergido bajo el derramamiento. Un pequeño charco de lágrimas mojaba la alfombra. Me sacudí tal como si estuviera sujetando los terminales negativo y positivo de una batería eléctrica en el laboratorio de la escuela.

“Esto resuelve todo”, declaró. “Desde este momento mi vida es tuya y sólo tuya. Honra o deshonra, bienestar o sufrimiento, dolor o placer - nada me moverá o me cambiará del rayo de luz de tu amor y de seguir las huellas de tu servicio.”

Tan repentinamente como viniera, la tempestad enrolló sus grandes nubes y se fue. El sol apareció brillando sobre los innumerables y cristalinos copos de nieve, y sobre los techos, en cuyas orillas brillaba en forma de puntas plateadas el agua que se había escarchado. Nuevamente se oía el ruido de las palas removiendo la nieve de las calles, además de un

persistente sonido de botas de los hombres que regresaban a sus labores.

“¡Querida mía! ¡Querida mía!” exclamó mi anfitriona descendiendo por las gradas y entrando a la sala. “¡Puedo deducir por el brillo sobre tu rostro que has hallado lo que viniste a buscar! ¡Estoy contenta, contenta! ¡Tú vas a ganar innumerable cantidad de almas!”

“Pero ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Dónde está la puerta para comenzar a servir?” le pregunté.

“Se abre por sí misma al final de la senda de consagración”. Replicó ella. “Ven, tenemos avena y leche para el desayuno”.

Los cables telefónicos fueron reparados. Mi madre se comunicó con unos amigos, quienes le hicieron saber dónde me hallaba. Ella manejó hasta la ciudad para buscarme, en medio de un desierto de nieve. Le conté lo que me había sucedido.

“Los días de milagros ya pasaron”, declaró. “Finalizaron con la muerte de los apóstoles”.

“Jamás voy a desistir de lo que he recibido”, le dije. “Pero si tú puedes encontrar alguna Escritura para probar tu declaración, yo te prometo que jamás volveré a esas reuniones, nunca”.

“Mi niña. Yo sé que puedo confiar en tu palabra. Ahora, anda a la escuela, y para cuando regreses, ya habré encontrado los pasajes y referencias de la Biblia para apoyar la verdad”.

Esa noche, cuando regresé la encontré sentada a la mesa, exactamente donde la había dejado, rodeada de comentarios, concordancias, y la Biblia. Los platos y tazas del desayuno no habían sido lavados. Las lámparas estaban sucias. El piso

estaba sin barrer y las camas sin hacer - una situación que no era común en nuestro hogar.

“¿Qué encontraste?” Indagué suavemente.

“Querida mía, he descubierto que los dones de Dios jamás han cesado. La promesa es para todos los que el Señor llame. Y en los últimos días Él ha prometido derramar Su Espíritu sobre toda carne. Los siervos y las siervas profetizaran. Yo también debo buscar la plenitud de Su Espíritu”.

4 Recién Casada

El paisaje revelaba que la primavera había llegado. Una noche, en que me hallaba en la casa de unos vecinos cuyos dos hijos estaban sufriendo de fiebre tifoidea, la puerta se abrió, y Robert Semple, el evangelista, se dejó ver a la luz de la lámpara. Alto, trigüeño, y sonriente, apareció con la lluvia brillando sobre sus hombros. Se veía como un caballero luciendo su armadura.

Un impulso de alegría me envolvió, y le dije, “Yo... ¡yo pensé que estaba en Stratford predicando!”

“Estuve allí. Pero ahora estoy aquí”.

“Ya veo”.

“Oí decir que los niños estaban enfermos y vine para hacerles compañía”.

“Pero yo los estoy cuidando”.

“Entonces esta noche los cuidaremos los dos.” Me respondió dejando su abrigo, sombrero y bufanda sobre una silla. “¿Que has estado haciendo? Con la excepción del hecho de haber recibido el bautismo con el Espíritu Santo, tus respuestas a mis cartas han sido breves”. Sus grandes ojos azules estaban fijos en mí mientras yo trataba de hallar las palabras para explicarle mi deseo de ser una ganadora de almas.

“No hablemos de mi vida monótona”, balbuceé. “Hábleme de usted y de sus reuniones”.

Lo que continuó fue una descripción gráfica de salones repletos, reuniones de evangelismo, y llamados al altar. A medida que hablaba, yo podía visualizar filas de hombres y mujeres ansiosos avanzando en respuesta a las fervientes invitaciones de arrodillarse ante el altar y aceptar a Cristo. “¡Oh, Sr. Semple!” suspiré. “¡Yo daría todo por ese estilo de vida!”

“No hay emoción o gozo mayor sobre la tierra como la que un evangelista experimenta cuando los que están en busca de la verdad, caminan hacia el altar del arrepentimiento.”

La luz suave y rosada de la lámpara de queroseno, adornaba la mesa estrecha donde se encontraban mis libros dispersos. Tomando el libro de geografía, el joven ministro comenzó a buscar la página en que se hallaba un mapa del oriente. “¡Aquí está!” exclamó suavemente, como si estuviera conversando consigo mismo.

“¿Dónde está qué?” le dije perpleja, acercándome para seguir el movimiento de su dedo índice.

“China,” sonrió. “China, con su poderosa población de millones ofreciendo un desafío continuo a la cristiandad. Y aquí - esta pequeña isla de Macao - es mi destino y punto de ataque”.

Un mar de rostros amarillos surgió ante mi mente joven e impresionable. Me imagine a mí misma de pie frente a la multitud que nunca había oído la Palabra bendita. En mi fantasía, yo me hallaba sobre una plataforma casi sobre sus cabezas, hablándoles palabras elocuentes que brotaban de un corazón sincero. Los vi avanzar en masa para abrazar al Salvador. “¡Que maravilloso!” suspiré. “¡Cuánto desearía dedicar mi vida a ese tipo de causa!”

“Justamente de eso vine a hablar contigo”, la voz del hombre que ganó mi vida para Cristo quebró mi momento de fantasía. “Sé que sólo tienes diecisiete años, pero te amo con todo mi corazón. Pronto cumplirás dieciocho. ¿Aceptarías ser mi esposa e ir a China conmigo?”

Me quedé asombrada, mirándolo fijamente. El rostro honesto, de ojos azules, coronado por rizos castaños, estaba frente a mí. No podía hablar. Pero un deseo irreprimible de ayudarlo brotó en mi corazón. Supe que lo amaba profundamente, amaba su ministerio, su Cristo, sus enseñanzas, sus mensajes. Pero las palabras no llegaban a mis labios.

“No me respondas aún”, me dijo a medida que su mano cruzaba el mantel de la mesa para cubrir la mía. “Oremos al respecto”.

Se arrodilló al lado del sofá, y yo me arrodillé a su lado, con mi mano en la suya. Robert oró, pero yo no pude pronunciar una sílaba debido al nudo que tenía en mi garganta. Cerré los ojos bien apretados. A través de las lágrimas que brotaban de mis ojos, vi lo que parecía ser un sendero largo y brillante que se extendía hacia la ciudad celestial. Robert y yo íbamos subiendo juntos por un camino bordeado de ángeles, que llegaba hasta el trono de Dios.

Asombrada, miré a mí alrededor. No había ningún camino - sólo la pared cubierta de un papel floreado, algo desteñido en partes. Cerré nuevamente mis ojos, y allí estaba el sendero, con la diferencia de que en esta ocasión iba caminando sola. Sin comprender en su totalidad lo que había visto, me levanté y dije sí a Dios y sí a Robert. De haber sabido que en dos años me convertiría en una viuda, sin dinero y sola en China, y después de eso, madre, aun así, mi respuesta hubiera

sido afirmativa, porque los dos años más felices de mi vida estaban delante de mí. Él fue mi seminario teológico, mi mentor espiritual, y mi tierno, paciente y dedicado esposo.

Poco después, el 12 de agosto de 1908, se celebró la boda en la vieja casa de campo. La manera directa en que Robert habló con mis padres para pedir su consentimiento, junto a la intervención del Señor en sus corazones, obtuvo la autorización de ellos, aunque mi madre declaró que el sol, la música y la risa desaparecerían de la casa.

Mi padre estaba algo afligido. Un trazo de preocupación surcaba su frente. “¿Qué pasa querido?” le pregunté sentándome sobre sus rodillas.

“¡Nos va hacer falta tu presencia!” rezongó. “¿Quién recogerá los huevos, ordeñará las vacas, y hará las labores de casa?”

“¡No te preocupes, el empleado nuevo hará todo eso! ¿Qué es lo que realmente te preocupa?” entonces me dijo lo que estaba pensando.

“Aimee, el hombre con el que te estás casando, parece ser una persona maravillosa, pero, ¿cuenta con algo de dinero?”

“¡Debieras avergonzarte, papá, claro que no! Él es un predicador”.

“¿Recibe algún sueldo?” Insistió.

“No, él es un evangelista y confía en el Señor y en la gente a quien ministra”.

“Bueno, espero que todo salga bien”.

“¡Ajá!” le dije, sacándole un largo cabello de su cabeza. “¡Ajá! ¡La sangre escocesa de tus ancestros se está dejando ver finalmente!”

“¡La sangre escocesa es la más fina del mundo!” Respondió. “No es mezquina, sino práctica. ¿Quién comprará la ropa y los alimentos?”

“Voy a orar al respecto”. Le respondí confortándolo.

“Creo que debieras hacerlo”, me dijo aconsejándome enigmáticamente mientras subía las gradas, desapareciendo de mi vista.

“Oh, Señor, ¿quién me sustentará?” Oré arrodillándome en el lugar que siempre solía hacerlo.

Mi Biblia infalible se abrió en las palabras, “no os afanéis por vuestra vida, que habéis de comer o que habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.”

“El Señor me sustentará”, le dije a mi padre, más tarde, a través del vapor que subía de los baldes conteniendo leche.

“¿De dónde sacaste esa respuesta?”

“Mi Biblia se abrió en ese pasaje”, le respondí y recité las palabras de la promesa.

“No lo dudo, y se aplicará muy bien a tu caso”. Me dijo sonriente.

A la mañana siguiente un aire de misterio invadió el lugar. Festones y guirnaldas de flores se hallaban por todas partes. Los carruajes comenzaron a llegar, y muchas manos golpearon la puerta del frente.

Robert me estaba esperando, bajo el arco forrado de flores en el jardín, alto y solemne vestido de negro impecable.

“Robert James, ¿aceptas...?”

“Sí, acepto”.

Aimee Elizabeth, ¿aceptas...?”

“Si, acepto”.

Finalmente, todo terminó. Lista para viajar, luciendo mi vestido azul, con mi esposo a mi lado, un ancho anillo de oro en mi dedo y cintas blancas flotando del látigo del carruaje, partimos hacia la ciudad. En la parte trasera, colgaban zapatos viejos, una sartén y un cartel en el cual decía: “Recién Casados”, el cual anunciaban a todos nuestra alegría. Robert hizo que el caballo se detuviera y se bajó para sacar el estorbo y acabar con el ruido, una vez que nos hallamos fuera de vista.

“¿Robert, te agradó la boda, los invitados y los regalos?”

“No les preste mucha atención, querida”, fue su desconcertante respuesta.

“¿Te gusto mi vestido de novia?”

“Tampoco lo vi.”

“¡Pero...tus ojos estaban tan abiertos!”

“Todo lo que podía ver, eras tú”, dijo en un suave tono irlandés.

“¿Besaste alguna vez la Blarney Stone?” le dije riéndome.

“No, eso está en el Sur de Irlanda, y yo viví en el Norte en Magherafelt, cerca de Belfast.”

“Lamento no poder llevarte a un lugar bonito para vivir”, dijo Robert mientras subíamos las gradas hacia el pequeño departamento de tres cuartos cerca de una tienda pequeña.

Mis ojos examinaron el lugar que contaba con un humilde mobiliario. Una mesa cubierta con un mantel cuadriculado, tres sillas, una cocinilla de leña que tenía quebrada la puerta de hierro, cortinas que habían vivido mejores años, una sala, la cual se convertía en dormitorio cuando se bajaba la cama plegable de un mueble en el cual había un espejo quebrado que

lo hacía ver como un antiguo ropero durante el día, dos sillas forradas de cuero, y un pequeño cubículo para vestirnos, al cual llamábamos el tercer cuarto.

“Esto será el cielo”, le dije, tragándome la decepción, “el cielo contigo y con Aquél a quien servimos.”

Había un pesado olor a rancio. “Hablaste como un soldado valiente”, me alabó el hombre alto rodeándome con sus brazos. “Permíteme abrir una o dos ventanas.”

Cuando levantó el vidrio, una ola de humo sacudió las envejecidas cortinas de cretona. “Las fundiciones están cerca”, me explicó.

“¿Las fundiciones?”

“Sí, el lugar donde se reparan las locomotoras del ferrocarril. Mañana iré a trabajar a la fábrica de calderas y así poder ganar algo de dinero para nuestro sustento diario”, dijo alegremente.

“¡Pero tú, tú eres un ministro!” le dije.

“Sí, pero la iglesia en este lugar es pequeña, y no quisiera añadir más carga sobre ellos. Aún Pablo, el gran apóstol, trabajó confeccionando tiendas, tú lo sabes”.

“Pero en tu país, tú y tu padre son propietarios de un espléndido negocio y has obtenido una posición muy buena en el mismo”.

“Pero ahora estamos en el campo, querida. Nada es más importante que la causa de Cristo”.

“¿Que harás en esa fábrica de calderas?”

“Pretender que soy un gusano y arrastrarme dentro de largos tubos, raspando cualquier deposito que se les haya pegado”.

Yo no podía concebir la idea de que mi marido, en toda su estatura, en su immaculado traje de boda, estuviera haciendo este tipo de trabajo. Pero rápidamente cambie la conversación. “¡Te amo tanto!”

“Ni siquiera la milésima parte de lo que yo te amo a ti, porque mi corazón es más grande que el tuyo”, afirmó.

El lunes me levante temprano, lavé nuestra ropa y la colgué afuera para que se seque. “La prueba de una buena esposa es la blancura de su lavado y el peso de sus bizcochos”, fue el consejo de una campesina que asistió a mi boda. No estaba muy segura tocante a los bizcochos, pero la ropa quedó con una blancura nivea ya que me aseguré que así fuera restregándola hasta que me sangraron los nudillos de los dedos y mi espalda estaba adolorida por haber estado inclinada durante tanto tiempo. Soplabla una brisa, y la ropa estaría seca en una hora, calculé. Comencé a calentar la plancha de carbón, y al rato salí, cesta en mano a buscar la ropa, dispuesta para planchar.

Para mi horror, los manteles, servilletas, sábanas y fundas de almohadas estaban negras como el rostro de mi esposo al regresar del trabajo. Vacíé la plancha, y volví a repetir el proceso desde el comienzo y nuevamente colgué la ropa afuera. En una hora estaba peor. Grandes nubes de humo surgieron del alto muro de madera y fui reducida a derramar lágrimas de frustración.

“Sécalas dentro de la casa”. me aconsejó una señora del piso inferior que subió para ayudarme a descolgar la ropa y a colocar un tendedero atando una punta de la cuerda en la ventana y la otra en el tubo de la estufa de hierro. Esa noche

Robert y yo cenamos salchichas y ensalada de repollo bajo las gotas de agua que caían de la ropa manchada.

“No te preocupes por eso”, me consoló mientras nos vestíamos para ir a la iglesia. “Vamos a tener una reunión esta noche. El lugar ya está lleno. Toma tu himnario y toca lo mejor que puedas”. La reunión fue gloriosa, y el altar estaba lleno de gente convirtiéndose al Señor.

Los días mejoraban. Robert fue llamado a Londres, Ontario, y luego a Chicago. Trabajaba incansablemente para Dios, y yo hacía las tareas menores, manteniendo la casa, tocando el piano, y orando con los convertidos.

“Viajaremos a China en seis semanas”, anunció Robert una noche. “Son perlas amarillas las que ganaremos para la corona que pondremos a los pies de nuestro Salvador”.

“¿Iremos bajo el patrocinio de alguna organización misionera?” Le pregunte.

“¡No, iremos con nuestra fe y confianza depositadas en el Señor!”

El problema de sustento no parecía incomodar a Robert. Pero yo estaba siendo perseguida por la ansiedad. “Querido, ¿acaso no es caro ir a China?” Me aventuré a preguntarle cuando estaba despidiéndose de todas las iglesias locales donde había estado predicando, excepto una.

“Sí, querida”.

“¿Ya tenemos el dinero?”

“Todavía no”.

“¿No te parece que sería mejor esperar a despedirte de la última congregación en la que predicaras en Estados Unidos, hasta que tengamos nuestros pasajes?” pregunte tímidamente.

“Querida”, me dijo él, “¿nunca has aprendido la lección de la fe?”

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Quiero decir que, si Dios verdaderamente llama a alguien para un lugar determinado, Él proveerá los medios para que llegue allí. Una persona puede ser probada. Pudiera ser que llegue al puerto sin su pasaje, pero alguien vendrá y pondrá el dinero en su mano antes de que levanten el puente levadizo”.

“Perdóname por mi incredulidad”. Me disculpé. “Intentaré ser más confiada”.

Aquella noche, después de un mensaje inspirado en una iglesia de italianos, Robert se despidió de la gran audiencia. Nuestra necesidad de transporte no fue mencionada. “¿Es posible que todos podamos pasar y darles la mano a usted y a su esposa?” Preguntó alguien.

“Nada nos causaría mayor alegría”, respondimos.

Los concurrentes formaron una fila larguísima que parecía interminable, que iba de un pasillo a otro. Robert se quedó en la plataforma. Yo me quedé en medio de uno de los pasillos. Brazos rodearon los hombros de Robert. Muchas manos le dieron palmadas en la espalda. Colocaron dinero en sus manos. Mis mejillas recibieron lluvias de besos de italianos fervorosos, y mujeres que, al saludarme, colocaron cheques y billetes en mis manos. Mi cartera se llenó rápidamente, luego mi sombrero, oro y plata caían sobre el piso. “Adiós, querida hermana”, decían, “y que Dios les bendiga”.

Cuando llegamos a casa, contamos las ofrendas recibidas - teníamos los bolsillos llenos de billetes y cheques que

sumaron el costo del pasaje del barco y un poco más. “En verdad, Dios tenía un hombre al final del puerto”, comenté. “Estabas en lo cierto sobre tener fe cuando estamos en el centro de la voluntad de Dios”.

Mi esposo decidió partir de St. Johns, New Brunswick. En consecuencia, regresamos a Canadá donde el predicó y se despidió de la iglesia en la cual había ministrado antes de ir a Ingersoll. Visitamos brevemente mi ciudad y dijimos adiós a mis padres en la pequeña y triste estación del tren. Fue muy difícil para ellos contener sus lágrimas.

“Imagino que nunca más volveré a verte en este mundo”, dijo mi padre.

“¿Recuerdas el día en que la dedicamos a Dios?” murmuró mi madre, tratando de mantener compostura.

“Por supuesto.”

“Bien, Él está pidiendo que cumplamos nuestra promesa”.

“No parecía tan malo mientras ella estaba en el país, pero ¿quién tocará el piano ahora? ¿Quién va...?”

“¡Sh-h-h! ¡Sonríe por favor!”

“¡Claro! ¡Estoy sonriendo! Estoy sonriendo”.

Al sonido del silbato de la locomotora, y el suave silbido de los frenos de aire siendo soltados, nos fuimos. Un pequeño grupo desconsolado en la plataforma comenzó a desvanecerse junto a los pañuelos ondeantes y al doblar hacia el Río Támesis, que estaba congelado en ese mes de febrero, desaparecieron por completo. ¡Un riachuelo divertido y pequeño! Cuántas veces me deslicé alrededor de sus orillas en mis patines. Ahora íbamos hacia Londres, Inglaterra, a ver a su madre admirando a nuestro paso las hermosas casas del Parlamento.

En St. Johns me encogí y me recosté lo más lejos que pude de la ventanilla. Nunca antes había visto un océano. Cuando era niña y vivía en el campo, traté de visualizarlo miles de veces. Ahora iba a ver y cruzar el poderoso mar Atlántico. De repente estaba allí, estirándose cada vez más lejos, más lejos de lo que el ojo humano podía ver. A la distancia, los barcos se veían tan pequeños como juguetes de diez centavos en una tina de baño. Nubes de humo flotaban como cintas de luto en un funeral.

“Querida, ¿Por qué estás tan pensativa?” Preguntó Robert, levantando sus ojos de un ejemplar de Progreso del Peregrino, que estaba leyendo, tomando mi mano y usando mis dedos fríos para dar vuelta una página.

“Estaba imaginando como se vería ella”.

“Oh, como un pequeño y ocupado mundo en sí misma, blanca y alta, con adornos dorados y una voz tan fuerte y resonante que hace que las personas salgan de sus zapatos al brincar de miedo. Ella no come cosa alguna que no sea carbón negro, y lo devora tan rápido que sería necesario un ejército de hombres para alimentarla”.

Mi rostro se iba tornando cada vez más pálido, y coloqué mi mano algo temblorosa sobre la de Robert.

“Se necesitaría una docena de hombres todo el día y cada día para ponerle un vestido blanco, y tiene una pequeña cola atrás que suena así, ¡Br-r-r-! ¡Bur-r-r-rh! ¡Bur-r-r-rh!”

“¡Oh, Robert!” Grité horrorizada.

“¡Dulzura, no llores! Tú estás hablando del barco Emperatriz de Irlanda, ¿verdad?”

“No”, sollocé. “Estoy hablando de nuestro bebé”.

“¡Querida!” gritó el, abrazándome con fuerza. “¿Tú no estás diciendo ... ¿Por qué no me dijiste?”

“Porque quería darte una sorpresa”.

“¡Lo lograste!” dijo casi sin palabras, con orgullo y alegría.

“Y no será tan grande. Ni tendrá una voz que hará que las personas brinquen de sus zapatos”. Llore avergonzada de mí misma, por haber llorado a causa de un malentendido tan pequeño.

“¡Claro que no! ¡Ella será pequeña y graciosa como un duendecillo, con una voz tan suave como la de las hadas que danzan bajo la luz de la luna!” exclamó el.

“Pero, ¿Por qué dices 'ella'?” me preguntó súbitamente, sujetándome a la distancia mientras secaba mis ojos con su pañuelo.

“Porque estoy segura. Y estoy orando que así sea”.

“¡Ven! ¡Esa ventana está muy fría para ti!” Dijo solícitamente. “Déjame cerrarla en este mismo instante. Será la época primaveral en Irlanda cuando visitemos a mi familia, antes de navegar hacia China. Los tordos de pecho colorado estarán cantando sobre los tréboles. Yo diría que la llamáramos Robin mientras tanto, ¿estás de acuerdo?”

5 Camino al Campo Misionero

Un viento fuerte soplaba a través de los aparejos a medida que Emperatriz se abría camino en el mar. El océano se tornó en una rugiente casa de locos. Olas de cristal espumante golpeaban las ventanillas del barco. Las gaviotas apresuraban su vuelo en dirección a la playa. La proa del navío subía y descendía en medio de la tempestad. El barco crujió y gritaba como un ser humano. Los abrigos colgados en las paredes se balanceaban de un lado al otro. Las sillas se deslizaban de litera a litera. Los vasos caían golpeando el piso, esparciéndose en mil pedazos. Los marineros abrochando firmemente sus abrigos impermeables corrían a atar todo lo que pudiera moverse. Grandes olas encrespadas, golpeaban sobre el castillo de proa. No había hacia donde huir.

A medida que el barco se deslizaba entre el oleaje, perdí el equilibrio

y me golpeé fuertemente contra Robert. “Necesitas tus piernas de marinero, pequeña novata” exclamó, colocándome de pie nuevamente.

La tormenta se hizo más intensa, y los témpanos de hielo flotaban a la deriva cuando sonó la campana para la cena. “Ro-Robert!”

“Si, querida”.

“Siento una molestia, justo aquí”, le dije colocando una mano sobre mi estómago.

“Estás mareada”, me dijo. “Es mejor que te acuestes ahora mismo.”

Con su ayuda lo hice y permanecí en mi litera una semana completa. La embarcación enfrentó una tempestad que quedó impresa en la historia, una tormenta que barrió el puente y vació más que el salón comedor. Acostada en mi cama donde Robert me había puesto, escuché al navío que, luchando, suspirando, sollozando, gritando, hundiéndose, y sacudiéndose subía las cascadas del mar, llenas de cicatrices de tormentas, para luego ser atacada por ondas oscuras, asesinas. Subimos una y otra vez hasta sentir que nuestros mástiles tocaban las nubes bajas, luego el navío descendía de tal manera que yo esperaba que la quilla fuese reducida a pedazos chocando contra el fondo rocoso del océano.

Me sorprendió que nada de ello sucediera. Siempre, al último segundo comenzábamos el emerger enfermizo. ¡Yo sabía que iba a morir! Pero de alguna forma, no morí. Un adormecimiento misericordioso vino finalmente, interrumpido apenas por el ruido del golpear de los arietes los días y noches que siguieron.

En otros viajes que realicé después, para visitar nuestras misiones, al sentarme a la mesa de varios comandantes experimentados, algunas veces me referí a mi primer viaje por mar. Invariablemente los capitanes se estremecían al sólo mencionar la tempestad de 1910.

“¡Veamos!” decían pensativamente. “¿Esa fue la tormenta que barrió con la cabina del timón del Lusitania, verdad?”

“¡H-m-m!” continuaban, mientras la orquesta animaba a reflexionar. “El Lusitania llegó con varios días de atraso, si recuerdo bien”.

Jamás en mi vida me hubiera dado el lujo de desmayarme, pero en ese viaje recuperé el tiempo perdido según Robert y el cirujano de a bordo. “Está volviendo en sí”, escuche un día mientras resurgía vigorosamente del mar turbulento del mareo. Algo cáustico y ardiente estaba siendo forzado en mi garganta.

“¡Por favor, no! ¡Ya estoy bien!” dije atragantada.

“En su condición”, escuche decir a Robert en una voz lejana mientras otra ola nos azotaba.

“¡Animo!” dijo el doctor mientras se dirigía tropezando hacia la puerta de la cabina. “Llegaremos en tres días”.

“Si alcanzo a llegar a tierra firme algún día”, declaré después que escuché el ruido de la cerradura, “no pediré nada más en la vida que una colina verde donde pueda deleitarme y morir”.

“Buenas noches, querida”, la voz de Robert parecía venir desde muy lejos.

“¿A qué distancia se encuentra Irlanda con sus colinas de tréboles?” no hubo respuesta.

La oscuridad cubría mi pequeño cielo. Algo más que recuerdo es la voz de Robert diciendo, “Todo está bien ahora, querida, casi atravesamos el rompe olas. Llegaremos a Liverpool muy pronto, todo nuestro equipaje está listo. La tierra está frente a nosotros”.

“¡Tierra!” me alegré. “¡Déjame verla una vez más ya que jamás cruzare el mar de nuevo, ni siquiera para regresar a América!”

“¡Nada de eso, querida! ¡Ya pasó todo! ¡Escucha!” Un sonido extraño se

dejó oír a través de la ventanilla. “¡Estamos tocando puerto!”

Las horas siguientes se confundían en mi mente, pero gradualmente tuve conciencia que estaba en una cama ancha en un hotel de Liverpool recuperándome de mi cercana visita al fondo del mar. Robert estaba inclinado hacia mí solícitamente. La vida comenzó a tomar una nueva forma. Me senté algo temblorosa y dije, “¿dónde estamos Robert?”

“En Liverpool, querida. Esta noche zarparemos hacia Belfast. Llegaremos antes de lo que esperas, y tus nuevos padres estarán aguardando”.

Esa noche zarpamos y dormí en un mar sereno. En Belfast fui presentada al bondadoso padre de Robert, su madre, sus dos hermanas y dos hermanos, todos ellos me parecieron muy encantadores.

Todos viajamos en un automóvil hacia Magherafelt, una ciudad singular que quedaba como a 32 kilómetros, entre colinas de color esmeralda, lagos profundos, y sendas sinuosas. La casa de mi esposo estaba construida junto al negocio de su padre donde se vendía de todo, desde botas y zapatos hasta franelas para ropa de bebé, además de otros utensilios de todo tipo.

Me enamoré de mis suegros, y, como nunca tuve un hermano o hermana, Sam, Will, Marion, y Maggie fueron una alegría continua. Fui tratada como alguien de la familia en esa hermosa casa piedra edificada en medio de tréboles.

Cierto día, mamá Semple se presentó con un rollo de franela con el consejo de que me dedicara a la tarea de hacer ropa para el bebé mientras me hallara residiendo en un mundo

saludable y civilizado. “Regresaré en una hora, para ofrecerte mi ayuda si la necesitas”, sonrió la señora Semple animándose.

La puerta se cerró tras su elegante figura vestida de tafetán, y me quedé sola con mi franela cortada en trozos cuadrados, mis agujas, hilos, y dedal. “Debí haberle dicho que nunca aprendí a coser”, lamenté. Pero frunciendo el ceño y doblando las orillas de los cuadrados como había sido instruida recientemente, comencé la labor solemne de hacer correr la aguja y el hilo hacia adentro y afuera. Muy pronto dejé de lado el dedal, y cansada de mi trabajo, me puse a mirar por la ventana. Después, cuando finalmente había terminado el tercer lado, continúe con el cuarto.

De repente se abrió la puerta y mamá Semple se paró a mi lado. Examinando lo que yo juzgaba estar muy bien, puntadas bien largas, ella me dejó consternada al exclamar. “¡Querida! ¿Por qué perdiste tanto tiempo hilvanando?”

Ella confundió mi primer arduo esfuerzo en la costura por hilván. Observé la zigzagueante senda que mi aguja había marcado, miré el montón de pañales sin terminar, y levanté mis manos en desesperación.

“Es mejor que me permitas hacerlo”, me confortó. “Entre Maggie y yo terminaremos el trabajo muy pronto”.

“¡Oh, gracias!” Respiré con alivio, mientras ella juntaba los pañales en un bulto sobre sus brazos.

“Me pregunto, ¿cómo será él?” Murmuró ella, colocando su rostro suavemente sobre la tela de algodón.

“¿Te desilusionaría si no fuera un 'el'?” susurré. “Yo pedí una 'ella'”.

“Ella será bienvenida de la misma manera. ¡Pero cuánto desearía que tú y Robert se quedaran en Irlanda hasta su nacimiento! ¿Crees que pudieras persuadirlo?”

“Querida madre, él insiste en que nos embarquemos lo más pronto posible

- dice que las horas son pocas y que hay millares muriendo sin Cristo”.

“Supongo entonces que debo conformarme”, dijo ella con una sincera

demostración de resignación. “Desde muy pequeño él dedicó la mayor parte de su oración pidiendo llegar a ser un ganador de almas. Él iba constantemente al pajar del granero llorando ante Dios pidiéndole que lo usase”.

“Querida madre, dime más acerca de sus años de infancia... ¡todo!”

“Ven conmigo y te mostraré el lugar”, ofreció. La seguí con gran respeto, y el pequeño patio inmediatamente se convirtió en un santuario. “Ve a descansar. Yo entraré luego”.

Reacia, dejé el escenario de los primeros esfuerzos de Robert delante de Dios y mirando sobre mi hombro, vi una pequeña figura vestida de seda encorvada sobre la cerca. “¡Oh Dios!” gimió ella, “¿es necesario que te lo lleves? ¡Sé que no lo veré nunca más... nunca!”

Con un sentimiento de culpabilidad, como si fuera alguien escuchando a escondidas, caminé silenciosamente hacia la casa y cerré la puerta. A medida que pasaban los días, mamá Semple pasó cada vez más horas en aquel lugar. Sin embargo, siempre regresaba de su Getsemaní con el laurel de la paz reposando sobre su frente serena. Quién, me preguntaba yo,

será era el mayor mártir... ¿el misionero que se hundía en el tórrido calor y la sordidez pestilente del paganismo, o la madre del misionero quien se quedaba en casa manteniendo una vigilia de lágrimas ante el altar de su hijo?

Robert fue invitado a predicar en Belfast, mientras se hablaba al norte de Irlanda. La reunión fue un éxito glorioso, y los altares del gran salón estaban llenos. Recibimos una invitación del alcalde para visitarle en la Cámara Municipal donde se no hizo entrega de las llaves de la ciudad. Yo estaba admirada ante el pomposo vestuario, cadenas de oro y brillantes medallas. Robert estaba de pie, erecto y alto en media de la multitud que se había reunido en las escalinatas de mármol para la ceremonia.

Llegó el día de embarcarnos hacia Inglaterra, preparar nuestras pertenencias y comenzar las despedidas entre lágrimas de último momento. Oímos el sonido profundo de la sirena, el crujir de las cadenas del ancla, el gemido de la pasarela que era levantada, la cual había unido a Robert a su nativa Isla Esmeralda, el correr del agua por las cuerdas de amarre, la canción, “Dios cuidará de ti” que se desvanecía, y la figura empañada de la madre de Robert llorando. Se veía frágil y desamparada apoyándose en los brazos de su esposo e hijo mayor, William.

“Si no te agrada China, regresa pronto a Irlanda”, grito Sam mientras corría por el muelle con sus ágiles pies.

“Seguramente y en fe, regresaremos”, se ríó Robert con alegría forzada. La respuesta de Sam fue tragada por la distancia que se alargaba, y poco a poco nos fuimos alejando. Todo lo que se veía a la distancia, era el ondear de los pañuelos y el

contorno de la ciudad contra la montaña cubierta de un verde profundo.

“No olviden ir a Londres antes de zarpar y llamen a Cecil Polhill, el muy conocido cristiano millonario”, nos aconsejaron nuestros amigos canadienses. “Tal vez él les dé mil dólares. Él siempre lo hace y es muy amistoso con los misioneros.”

“Robert, ¿guardaste las cartas de presentación?” le pregunté cuando

nuestro tren llegaba a Londres.

“Sí, señora, y el señor Polhill ha pedido que nos quedemos en su mansión de la ciudad. Estoy pensando que sería mejor tomar un taxi”.

“¡Oh, pero no debiéramos hacerlo! Tenemos que cuidar hasta el último centavo”.

“No, llegaremos con gran estilo”.

Un portero con galones dorados nos recibió y se hizo cargo de nuestro equipaje. Un mayordomo elegantemente uniformado y de estómago protuberante nos saludó mientras contemplábamos impresionados el bastidor de mármol de la sala de recepción. El señor Polhill nos recibió gentilmente en su escritorio ubicado en su bien provista biblioteca y de allí fuimos guiados hacia nuestro cuarto.

De pie, en medio de un cuarto finamente alfombrado, observé curiosamente a mi alrededor. Un espléndido mobiliario y una cama con cuatro columnas que jamás había visto antes. “Te ves algo cansada, querida señora”. Dijo Robert, levantándose en sus brazos para colocarme sobre el cubrecama dorado. “Tú dormirás mientras yo voy a la reunión a predicar”.

Me besó tiernamente y partió. Me quedé por largo tiempo admirando el dosel que estaba sobre mi cabeza. ¡El señor Polhill debía ser un hombre muy rico! ¿Cómo se sentiría que Dios le haya confiado tanta riqueza? ¿Qué feliz se sentiría de alegrar el corazón de los misioneros en dificultades y aliviar las ansiedades que enfrentaban en su nuevo campo de trabajo en el exterior! ¿Nos daría mil dólares? ¿O tal vez dos mil libras esterlinas? ¡Mm-m-m! Si así fuera, nosotros pudiéramos tener una casa pequeña y confortable en China.

¿Cómo sería China? ¿En qué tipo de hogar crecería nuestro bebé? ¿Será niña o varón? Oh, bueno, había que esperar por lo menos seis meses. Reflexionando sobre estas cosas me fui quedando dormida.

“Hoy, mi automóvil está a su disposición y, mi secretaria personal, les mostrará la ciudad”, dijo el Sr. Polhill sobre el servicio de plata que estábamos utilizando para el desayuno a la mañana siguiente.

El Puente de Londres, la Torre de Londres, el Big Ben, las casas del Parlamento, la de Madam Tussaud, el Museo Británico, la abadía de Westminster, la Catedral de San Pablo puede que sean historia antigua para muchos, pero para mí eran la tierra de maravillas.

Pasó una semana, y al tiempo de nuestra partida, no se mencionó ni una vez la palabra dinero. “No hagan la menor insinuación al respecto o él se cerrará como una almeja”, nos habían advertido nuestros amigos en los Estados Unidos. “Probablemente, él les entregue un sobre lleno de billetes al despedirse”.

La tarde anterior a nuestro embarque mi anfitrión me sorprendió con la sugerencia de que yo predicara esa noche. Fui

atrapada en un dilema. Si le decía que no era predicadora, él hubiera pensado que yo era un pobre prospecto para el campo misionero. Si aceptara y la prédica no fuera exitosa, la desgracia pudiera ser mayor. Viendo mi actitud de duda, evidentemente puso de lado la falsa modestia y urgió, “¡Acepte! ¡Todos estarán felices de oírla!”

“¡Gra - gracias, señor!”

“Muy bien, el automóvil vendrá a recogerla a las siete en punto”.

“Pero, Sr. Polhill...”

La puerta se cerró detrás de su figura vestida en un traje bien tallado. No había escapatoria. Él ni siquiera me había escuchado antes. Oré todo el día dando vuelta a las páginas de mi Biblia, pero sin resultado. No afloraba texto o tema. Desesperada, me vestí y regresé nuevamente a la Biblia. Alguien golpeó a la puerta en aquel momento y escuché la voz del mayordomo disculpándose. “Disculpe, señora, pero tiene quince minutos de atraso. El automóvil la está esperando”.

“Ya voy”, le prometí mientras salía apoyándome en la baranda de la escalera en el descenso hacia mi destino. ¡Si por lo menos Robert estuviese allá! Pero él había estado en reuniones todo el día. Tal vez él pudiera darme alguna sugerencia cuando llegara al lugar de la reunión.

Tuve varios momentos de vacilación camino al edificio, el cual cubría una cuadra completa. Pensé que probablemente sólo utilizarían una sala pequeña para la reunión. “¡Apúrese, hermana!” me dijo el chofer, llevándome a través de la puerta que daba a la plataforma. Antes de comprender bien lo que estaba ocurriendo, fui llevada a una enorme plataforma, llena

de gente. Cobrando aliento, di una mirada, petrificada sobre la vasta audiencia la cual se levantó en filas hasta lo alto del quinto balcón del auditorio. Cerca de quince mil personas se hallaban reunidas en la convención, y varios oradores estaban alineados y listos para dar sus mensajes.

El ministro que estaba a cargo se dio vuelta hacia mí y dijo, “¡Ah! ¡Nuestra dama misionera está algo atrasada, pero como ya llegó, hablará inmediatamente!” Con esto se inclinó cortésmente y luego se sentó.

Miré alrededor aturdida. Si alguien comenzara a cantar un coro, podría sentarme un momento y recorrer las páginas de mi Biblia en un último intento. Pero el ministro se había sentado en la última silla vacía que quedaba, y allí estaba yo.

Cerrando mis ojos, hice una oración castañeteando mis dientes. “¡Oh, Señor! ¡Si me has ayudado antes en mi vida, ayúdame ahora también!”

Mi Biblia se abrió en Joel 1:4 y el versículo parecía que había sido escrito en negritas. Sintiéndome como un nadador saltando de la tabla hacia una zambullida profunda, comencé a hablar. “Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado.”

¡Orugas, saltones, revoltones, y langostas! ¡Que Dios me ayude! ¡Qué texto para una novata! Yo sabía que en cualquier momento me desmayaría. Pero repentinamente sucedió algo. El poder del Espíritu Santo cayó sobre mí y temblaba como una hoja. Entonces el Señor tomó mi lengua de la misma manera que lo había hecho cuando me bautizó con el fuego pentecostal, sólo que esta vez fue en inglés. Las palabras parecían fluir sin voluntad consciente o iniciativa propia. Me parecía

estar escuchando a otra persona. De vez en cuando tronaba en el gran auditorio un coro de aleluyas y amenes. Otras veces, el aplauso se oía como el caer del granizo sobre un techo de zinc.

Con la misma prisa con que habían fluido las palabras, cesaron. El poder que me galvanizara en un torrente de palabras concluyó tal como si alguien hubiera apagado el interruptor de energía eléctrica. Me sentía tan vacía como un globo desinflado. Me preguntaba por qué los ministros me saludaban con tanto entusiasmo. El mar de personas aplaudía y secaba las lágrimas de sus ojos. Robert me tomó del brazo y me ayudó a subir al automóvil. “¡Vaya! ¿Cómo lo hiciste? ¡No sabía que teníamos otro predicador en la familia! De aquí en adelante te involucrarás plenamente en la obra”. El elogio de Robert era un bálsamo a mis oídos. “¿Cuánto tiempo tardaste en preparar el sermón?”

“Oh, Robert”, comencé a llorar. “No fui yo quien lo preparó. Fue como hablar en lenguas, sólo que en inglés”.

“Buenos días, querida”, escuche decir a Robert desde algún lugar cerca del dosel. “¿Cómo está la señora predicadora esta mañana?”

“M-m-m,” murmuré adormecida. “Buenos días... ¿Por qué estás vestido?”

“Hoy nos embarcamos en nuestro viaje hacia China, jovencita”.

“¡Por supuesto! ¡Yo debiera estar arreglando el equipaje!”

“No te preocupes. Estamos en la casa de un millonario y las empleadas ya lo han hecho. El mayordomo ha cerrado la última maleta y el chofer está colocando todo en un automóvil adicional”.

“¡Qué estilo!”

“Aprovecha mientras puedas. Tal vez esta sea la última oportunidad, querida”.

“¿Has visto al señor Polhill? ¿Le gustó el sermón de ayer?”

“Él dice que nunca se había sentido tan emocionado en su vida”.

“Oh, ¡cuánto me alegro! ¿Ya te - ya te dio el sobre?”

“Todavía no, pero pongamos nuestros ojos en Dios, el Tesorero en Jefe”.

“Sí, por supuesto”, respondí, vistiéndome rápidamente. “Pero esas mil libras esterlinas significarían todo para nosotros en este momento”. Yo había estado calculando que serían como unos cinco mil dólares.

Robert abrió la boca para decir algo, pero justo en ese momento alguien golpeó la puerta suavemente. “El señor Polhill está esperándolos para despedirse”, dijo el mayordomo.

“Ya vamos”.

Di una última mirada al cuarto acogedor y espléndido, y me uní a él, descendiendo rápidamente el amplio círculo de la magnífica escalera.

“¡Permítame felicitarla por el triunfo de ayer! Usted será una estupenda embajadora de Cristo en el Oriente. Fue una bendición tenerles en mi hogar, espero que reciban este modesto regalo junto con mis bendiciones”. Finalmente, allí estaba el sobre por el que habíamos orado tanto. Un sobre largo, delgado de aspecto comercial, que el Sr. Polhill colocó en las manos de Robert.

Robert le agradeció sinceramente y luego partimos hacia Southampton. Estábamos solos y en camino al barco. Mi

marido miraba por la ventanilla con aspecto abstracto, como si sus pensamientos estuvieran lejos, muy lejos. Hizo girar el sobre en sus manos una y otra vez. Pensando en China, su-puse.

“¡Robert!” irrumpí finalmente, “si tú no abres ese sobre pronto yo ...yo ...”

“¡Oh, sí, por supuesto, querida!”

Se oyó el rasgar suave de papel, que pude escuchar aún a través del sonido de los motores, y luego, frente a mis fascinados ojos, tres cheques bancarios con la suma de una libra esterlina cada uno. “¡Quince dólares!” “Quince...” Sentí que algo se atravesó en mi garganta. Una tempestad de lágrimas siguió a la repentina decepción. “¿Se construyen nuestras esperanzas sobre cimientos terrenales o celestiales, mi amor?” Me calmó abrazándome. Pensé que había un tinte de reproche en su voz. Me apresuré a decir “Pensándolo bien, fue maravilloso que el señor Polhill nos entretuviera tan generosamente. Algún día estaremos muy agradecidos por estos quince dólares”.

Pronto mis pensamientos se trasladaron del estado financiero al temor del regreso a los mareos mientras subíamos la pasarela del vapor blanco y elegante, cuyo destino era China. Nubes de humo negro ascendían de las chimeneas y el barco jalaba con fuerza sus amarras, como un semental blanco tirando de sus riendas. Entonces una neblina espesa, que parecía una sopa de arvejas, descendió ocultando el muelle y las calles. El tráfico se tornó lento, y a medida que la niebla aumentaba, un paciente conductor encendió su linterna y se ubicó al frente de su tranvía para guiar al maquinista. Los

barcos hacían sonar sus sirenas. Los motores se agitaban. Adiós, querida Inglaterra, envuelta en nubes.

Cuando el barco comenzó a dejar su rastro espumante en medio de las altas ondas del canal inglés, Robert y yo, ya teníamos nuestro equipaje desempacado y las maletas guardadas, gracias a la precaución de él. “Es mejor que vayas a la cama, mi señora,” siguiendo sus palabras con acción inmediata. “Sube a tu litera y quédate muy quieta antes de que te marees”.

“Querido, en el último viaje hice lo que me dijiste y pasé todo el tiempo enferma. ¿Te importa si esta vez sigo mi propio plan? Me gustaría quedarme de pie y caminar hasta el viejo león llamado Mal-de-mer (mal del mar) y chasquear mis dedos en su cara”.

En ese momento, el barco se sacudió con fuerza, desparamando cepillos de dientes, el contenido de mi maletín de maquillaje y varios otros objetos por toda la cabina. Me apresuré a recoger lo que quedó del desastre.

“Siempre se me ha dicho... oh, querida... haz lo que quieras”. Gimió Robert y se dio vuelta en medio de las almohadas de la litera superior.

Robert se quedó en su litera, de acuerdo a su plan establecido previamente, pero yo subí rápidamente a la cubierta respondiendo religiosamente el llamado a cenar. Las mesas poco a poco comenzaron a desocuparse, a medida que las sirenas del barco competían con las grandes alas bordadas de espuma.

Una mañana muy tempestuosa en particular, mi valentía casi fracasó. Mientras me vestía en nuestra cabina, el piso se elevó para encontrarse conmigo. La ropa, colgada sobre la

puerta, se balanceaba como un péndulo: izquierda, derecha, izquierda, derecha. Los vasos y botellas se sacudían en sus receptáculos. Las maletas se deslizaban por el piso como candentes onduladores de cabello en una pista de hielo. Pero, firme en mi decisión, resolví subir a desayunar.

“Buenos días, señora”, sonrió el camarero, con un rostro de apariencia oliva. “¿Usted es casi la única persona que se ha levantado esta mañana!”

“Buenos días”, respondí. “Un vaso de jugo de naranja, avena, un bistec y un pan tostado con canela, por favor”.

“Bien, señora”.

Deliberadamente, como desafiando al destino, tomé el jugo de naranja y comí la avena. A medida que tragaba sentía como si un nudo estuviera creciendo en mi garganta. Desesperada, recordé el consejo de un pasajero: “Si usted come mucho y no logra retener el alimento, coma un poco más y nunca volverá a sentirse mareada.”

“Su bistec le será servido en breve,” el camarero dijo jadeante cuando una gran ola, audazmente barrió las ventanas del salón comedor, bañando todo con una luz verde mar.

“Manténgalo caliente”, ordené. “¡Regresaré en un momento!” Corrí desesperadamente por el pasillo desierto. Omitiré decir lo que ocurrió en el pasillo, solo diré que tenía bastante espacio en mi estómago para servirme el resto del desayuno, cuando regresé a la mesa.

“¿La señora quisiera servirse su bistec, ahora?” Preguntó el camarero, observando dudoso mi rostro pálido oliva. Me dediqué con atención a la tarea de alimentarme como si fuese el único remedio seguro para el mareo marítimo. Tal vez esa

fue la razón por la que no sentí ni un trazo de molestia en el resto del largo viaje.

El trayecto fue muy interesante. Gibraltar, la isla de Malta y luego el puerto cosmopolita de Suez. Adén surgió con un ardiente color rojizo bajo el calcinante sol de cobre bruñido. Ningún río, manantial o pozo de agua marcaba la puerta rocosa hacia el Mar Rojo. Hablando del Mar Rojo, pase muchas horas apoyada sobre la baranda tratando de imaginar el lugar en que Moisés y los hijos de Israel lo cruzaron.

Luego los días se convirtieron insufriblemente calurosos y pesados. No se podía respirar aire fresco en ningún lugar. Los niños pequeños estaban irritados, y casi todos dormían en la cubierta. El agua estaba calma como vidrio. Cada nube y cada albatros que pasaba eran reflejados en el agua, como si fuera un espejo. El melancólico mar parecía una piscina oleosa y negra. “¡Que paisaje maravilloso y calmo!” sonreí medio desanimada cierta tarde secando mi frente ardiente.

“¿Has visto el termómetro hoy?” Me preguntó Robert, mirándome por sobre un ejemplar grueso del libro *El Progreso del Peregrino*, de John Bunyan.

“¡No!”

“Está cayendo a plomo, y el capitán dice que debemos esperar un tifón”.

Y fue exactamente lo que sucedió. Estando muy cerca de Manila, fuimos empujados antes de que el monzón perdiese su furia. De repente, todo volvió a calmarse nuevamente, y entramos al puerto de Hong Kong. Una montaña gloriosa, adornada de nubes, se destacó en la ribera. Estaba

maravillada ante el acantilado, observando la belleza verde y diáfana de la ladera escarpada.

“¡China me va a encantar!” Suspiré alegremente. En una nube de espuma, la veloz lancha motor de nuestro piloto apareció a un lado del barco. Mientras me apoyaba doblándome lo suficiente sobre la baranda para observar el cambio de panorama, un par de brazos fuertes me rodearon, y un suave acento irlandés se ríó en mis oídos, “¡La mejor de las mañanas para ti, querida! ¡He estado buscándote por todas partes! ¿Nunca duermes?”

“¡Lo lamento!” dije con un peso de conciencia.

“¡No te preocupes! ¿Estás pensando en tu nuevo hogar?”

“Robert, es divino”, dije entusiasmada, mirando desde mi corta estatura hacia su rostro. “¿Ves los millares de personas en las calles de Hong Kong y Kowloon? ¡Allí debe haber almas perdidas suficiente para ocupar el resto de tu vida aquí en la tierra! ¿Dónde piensas que viviremos, querido?”

“¡Seguro y en fe! Debiera llevarte a ti y a la pequeña a un palacio grande. ¡Pero aquí estoy sin un centavo de salario!” Se preocupó Robert.

“¡Tú eres muy bueno para reprenderme por mi falta de fe!” Me reí, feliz de haber nivelado el resultado anterior. “¿Qué fue lo que me dijiste en Inglaterra, tocante a un hombre al final del muelle con un sobre en su mano?”

“No estoy preocupado por mí... ¡eres tú y el bebé que nacerá que debieran tener un hogar!”

“Pero, yo tengo un hogar, un hogar que poseeré durante todo el tiempo que viva. Abre la puerta, Robert”. Sonriente, él jugó el viejo juego del que nunca se cansaba. Extendiendo sus

brazos, el esperó que yo caminara hacia ellos, apretándome contra su traje tropical blanco immaculado de lino. “Ahora, cierra la puerta”, le ordené, riéndome y observando sus ojos irlandeses tan azules que brillaban bajo la orilla forrada de verde de su casco de corcho. Al instante fui apretada contra su pecho. “Ciérrala bien apretada, querido”, le dije.

“Está bien cerrada”.

“Ves, tengo todo el hogar que necesito, y puedo llevarlo conmigo doquiera que vaya”.

Mi corazón joven estaba muy alegre, al mirar desde mi refugio, la vida colorida y exótica del puerto de Kowloon.

6 China

“¡Hola, allí arriba!” “¡Bienvenidos a China!” Exclamaban los misioneros vestidos de blanco que se hallaban en el muelle, utilizando sombrillas y cascos contra el sol.

“Existe una amistad extraña y maravillosa entre los misioneros extranjeros”, explicó Robert, después de hacer señales de saludo con su mano. “En nuestro país están encerrados en sus caparazones de Presbiterianos, Episcopales, Metodistas. Pero aquí son sólo cristianos uniéndose como un solo grupo de trabajo”.

“Tal vez se vean obligados a unirse por falta de compañía y aliento”, pensé. Y estaba en lo cierto. Estos paladines de Dios, exilados voluntariamente, casi nos comieron con preguntas patéticas tocante a la situación en nuestro país, el bienestar de seres queridos, si había o no avivamientos aquí y allá, si los amigos les habían enviado algún mensaje, y otras muchas preguntas.

Nos ubicamos por un tiempo en una misión grande, donde se nos instruyó tocante a las formas y medidas para iniciar nuestra labor. Orábamos juntos, cantábamos, íbamos a las reuniones, y juntos nos colocábamos en fila frente a la ventanilla del correo cada vez que llegaba un barco. Juntos nos gozábamos o nos entristecíamos dependiendo de la llegada o ausencia de las cartas esperadas.

Siempre pensé que, si los que quedaban en casa pudieran ver los rostros ansiosos en las ventanillas cubiertas de barras de hierro del correo, se apresurarían y serían constantes en escribirles a esas almas solitarias y valientes.

“En cuanto se ubiquen en una casa, el próximo paso será contratar a un cocinero y a un maestro del idioma cantonés.”

“¡Oh, yo puedo cocinar muy bien y atender una casa!” exclamé pensando en nuestra escasez de dinero. “Además, nunca hemos empleado a alguien que trabaje para nosotros y no hemos venido aquí para darnos aires de superioridad delante de los pobres de China”.

“¡Pero aquí no estamos en los Estados Unidos!” explicaron. “Ustedes inmediatamente perderían prestigio delante de los nativos y anularían su labor”.

“Pero, ¿tendremos el dinero para hacerlo?” objeté.

“Un empleado que sepa cocinar puede ser contratado por dos centavos al día. Los precios de mano de obra son muy diferentes aquí. Además, ustedes necesitarán una amah”.

“¿Una amah? ¿Qué significa eso?”

“Una amah es una enfermera o empleada doméstica. Y también puede ser contratada por el mismo precio”.

“Hoy llevé a tu esposo a los mercados del lugar”, me dijo una tarde un misionero. “Me temo que no tiene un estómago muy fuerte”.

“Oh, me acostumbraré con el tiempo”, respondió Robert, con una apariencia bastante pálida.

“¿Eran bonitos?” pregunté.

“¿Los mercados extranjeros? Sí. Había muchas frutas y flores como jamás podrías imaginar. Pero el área nativa, ¡ugh!

Carne en mal estado, ratas disecadas, perros, gansos grasosos, y gusanos”.

“¿Gusanos?”

“¡Sí, baldes de ellos! Los chinos los compran por una moneda (una décima de un centavo) y se los comen vivos. Vi a una persona haciéndolo. Compró un animal enorme. Tenía los costados color café y el vientre color de rosa, con las extremidades delicadamente recortadas”, añadió, esforzándose al máximo para contener su humor irlandés. “Después, levantando esa cosa, inclinó la cabeza hacia atrás, abrió la boca, y deliberadamente dejó caer el gusano en su garganta. El gusano se sacudió por última vez y desapareció”.

“¡Oh, Robert!” me estremecí.

“Discúlpame querida”, dijo arrepentido. “Pero eso fue exactamente lo que sucedió”.

Inmediatamente después de nuestra llegada, Robert comenzó a predicar el evangelio a través de un intérprete y yo comencé a buscar una casa para nosotros. Esta fue una tarea difícil y desconcertante. Las casas disponibles eran o muy pobres o muy caras. Pero al final descubrí una calle completa de departamentos vacíos en la entrada que conducía al cementerio. El precio era asombrosamente razonable. Los examiné todos y elegí el que estaba ubicado al lado del templo hindú, donde los sacerdotes constantemente tocaban sus tambores y se balanceaban en una cantinela que parecía ser interminable.

Pronto nos dimos cuenta que el motivo por el cual la calle estaba desierta era debido a que las casas estaban encantadas. No lo puedo explicar, pero se oían los ruidos más extraños, el

sonido de pasos, golpes y cosas de las cuales jamás había oído antes.

“¿Sería imaginario?” se preguntará. “¿Serían los demonios que estaban siendo adorados en el templo hindú adyacente?” No lo sé. Pero ciertamente los poderes del infierno parecían flotar sobre aquella tierra pagana, cuyo cielo ardiente quemaba como la tapa de un calderón de cobre.

Robert colocó una hamaca en el porche para mí, donde yo pasaba mucho tiempo observando pasar las grandes multitudes. Sus innumerables procesiones funerarias eran especialmente fascinantes. Había funerales de militares que se movían al son de pies calzados con botas de tacones de acero, arrastrando una carreta para portar cañones con un cuerpo cubierto por una bandera, y seguido por bandas de instrumentos de bronce. Los funerales chinos desfilaban bajo el tintineo de muchos elementos hechos de vidrio, estandartes, con grandes cantidades de gallinas, arroz, cerdos asados y otros alimentos apetitosos, para ser colocados sobre el túmulo del fallecido, para que su espíritu se levantase a comer cuando quisiese.

Cierto día vi a uno de nuestros cristianos chinos más prominentes, dirigiéndose hacia el cementerio, cargado de alimentos similares para sus ancestros.

“¿Cuándo va a dejar ese insensato rito pagano?” le pregunté. “Usted sabe que los muertos no pueden levantarse a comer”.

“Cuando ustedes, los cristianos”, me respondió, sin perder la calma, “dejen de colocar flores sobre la tumba de sus muertos. ¿Podrán los muertos levantarse a olerlas? Pero esa es vuestra costumbre - y ésta la nuestra”.

En el trato con chinos incrédulos el problema fue muy diferente del que yo imaginaba. “¿Es cristiano?” le pregunté cierta mañana a mi profesor de cantonés.

“¡Claro que no!” respondió, ofendido.

“Parece algo amargado”, le dije.

“¿Por qué no debería estarlo?” explotó. “Ustedes, los cristianos, vinieron en barcos y apunta de cañón forzaron opio y Biblias sobre nosotros, viniendo todo en el mismo barco. Los chinos nunca olvidan”.

“¿En cuánto tiempo aprenderé a hablar cantonés?” Cambié el tema rápidamente.

“Puede tomar un período de veinte años y aun así cometer muchos errores”, me confortó. “Pero venga - volvamos a las lecciones”.

Día y noche el calor golpeaba sobre nosotros con fuerza abrumadora y sin misericordia. “Robert, no debieras predicar a mediodía”. Le dije en tono de reprensión.

“Pero llevo puesto mi casco de corcho y la sombrilla blanca forrada de verde”.

“No me importa. Vas a recibir una tremenda insolación - esto es lo que dicen los misioneros que han estado más tiempo aquí. Por favor, querido”.

“Pero los amo tanto, y siento que una vida es muy poco para dar”.

“Pero, ¿no es mejor conservar esa vida y prolongarla?” argumenté.

“Ven, querida, toma tu cobija y vamos a extenderla sobre la grama del cementerio. Allí sopla una brisa”.

Recostada sobre la grama, entre las tumbas, traté de olvidar el calor abrasador y observar los pájaros nocturnos, regresando a sus nidos, tan bellos con sus plumajes coloridos, y las enormes magnolias, del tamaño de un plato, en las ramas de los arboles sobre nosotros.

Mi esposo apoyó su cabeza sobre mis rodillas mientras cantaba el himno “Trayendo las gavillas” en su manera tan peculiar:

Trayendo los chinos,
Trayendo los chinos,
Llegaremos jubilosos,
Trayendo los chinos.

“Robert, ¡tú realmente amas a estos pobres chinos! ¿Verdad?” le pregunté.

“¡Por supuesto que sí, de lo contrario, no estuviera aquí!” Me respondió sorprendido. “Este es mi lugar. Sabes querida, siento que, cuando el Señor regrese, me levantaré e iré a su encuentro desde tierra China, trayendo conmigo las almas que habré ganado”.

En casa, yo lo escuchaba orar en el cuarto de al lado, “¡Oh, Señor, ¡salva a China!”

Cuando él salía al porche, después de haber orado, yo le preguntaba, “Querido, ¿no tienes temor de estar arrodillado en ese lugar con esas ratas grandísimas corriendo de un lado a otro?”

“Ni siquiera las oigo”, me decía. “¿Que estás haciendo con tus piernas dobladas sobre la hamaca? No tendrás miedo de los ratones, ¿verdad?”

“¿Ratones? ¡Robert, esas ratas son tan grandes como un cachorro de perro y miran de la manera más osada y feroz que jamás he visto, como si fuesen los dueños de casa! ¡Y los ciempiés! ¿Los has observado arrastrándose por las paredes? ¡Tienen mil patas, y sólo una mordida, es muerte segura!”

“No estás lamentando el hecho haber venido, ¿verdad?”

“¡Claro que no!” dije indignada. Y estaba siendo sincera.

Un día que Robert había ido a predicar y yo me hallaba en el porche, pasó la procesión de un funeral hindú. Hombres altos, de barbas negras, vestidos de blanco desde sus enormes turbantes bien apretados, hasta el ruedo de sus largas y flotantes vestiduras, cargaban un féretro abierto, en el cual reposaba el difunto. La forma amortajada estaba cubierta de flores. Un grupo que parecía ser interminable entró en el templo vecino. “Supongo que van a colocar el cuerpo en un ataúd allí adentro”, imaginé.

En breve, los tambores comenzaron a sonar salvajemente, y un sonsonete que oía como, “Ala be Ala be A-a-ah” comenzó a elevarse monótono y continuo. Incapaz de soportar más el golpeteo y cantinela, entré a casa y me mantuve ocupada escribiendo una carta a mis padres. Luego tomé conciencia del cáustico olor de carne quemada o huevos. El humo acre parecía venir de la cocina y se extendió hacia todos los cuartos.

“¡Ese cocinero, nuevamente!” pensé furiosa. “Le he repetido más de mil veces que no se ponga a freír huevos podridos o a hacer estofado con su carne putrefacta favorita. Ahora mismo hablare con él”. Corriendo hacia la cocina, lo llamé por su nombre, pero no se hallaba en ningún lugar. No había nada sobre el fuego. Las nubes de humo con un olor ofensivo, estaban entrando por las ventanas. Temiendo que la casa se

estuviera incendiando, corrí hacia la ventana y miré hacia afuera. La escena que estaba frente a mí me dejó gélida de horror.

El cuerpo del hindú había sido puesto en alto, sobre una pirla funeraria de piedra, en forma de altar. Se había colocado bastante leña debajo y sobre el cadáver. Los amigos hindúes estaban sentados en círculos a una cierta distancia, balanceándose y cantando sus himnos ceremoniales. Los sirvientes derramaban queroseno sobre los focos de fuego que saltaban y brincaban alrededor de la llama central. ¡Lo que me congeló la sangre fue el hecho de que el difunto no actuara como un muerto ordinario! Levantó sus rodillas, se sentó, actuando como si estuviera vivo. A mi mente mal informada no se le ocurrió que esas contorsiones eran causadas porque los tendones y músculos estaban quemándose.

La histeria hizo presa de mí. Haciendo un esfuerzo valiente para no gritar, cerré las ventanas, corrí a mi cuarto, y me arrojé gimiendo, sobre la cama.

“¡Contrólate! ¡Piensa en él bebe! ¡Imagina si ella nace marcada o naciera muerta a causa de esto!” Me ordené a mí misma. Pero no podía controlar el temblor convulsivo o la sensación cada vez mayor de que necesitaba gritar con todas mis fuerzas.

En aquel momento Robert subió las escaleras. “¡Querida! ¡Querida! ¿Qué sucede?” exclamó.

“¡Esos hindúes!” dije jadeante. “¡Están - están quemando a un hombre

vivo allí atrás!” Y fuera de razón añadí, “¡No me toques! ¡No me toques o grito!”

Mi esposo hizo lo que era natural, vino y me estrechó entre sus brazos. Por una razón desconocida, su cariño fue como el fósforo que encendió la mecha del barril de mis emociones reprimidas, e inmediatamente me hallé bajo un tremendo ataque de histeria. Al oír los gritos y risas de histeria que brotaban de mi corazón, tenía la impresión que salían de una persona completamente diferente. Tomando la punta del cubrecama, lo puse sobre mi boca para acallar esos sonidos agudos que laceraban mi alma.

“¡Oh, Robert! ¡Lo lamento tanto!” logré decir finalmente.

“¡No digas nada! ¡No llores! ¡Es a causa del pequeño que viene en camino que estás llorando!”

“¡No! ¡No! ¡Es verdad! ¡Están quemando a un hombre allí afuera!” “¡Quédate tranquila, querida! Está muerto y no sabe nada de lo que le está sucediendo”.

“¡Pero, te digo que yo lo vi sentarse y levantar un brazo!”

“Lamento que lo hayas visto, querida, pero ese es el efecto que el fuego produce en el cuerpo humano”.

Yo sabía que nunca sobreviviría la experiencia. Pero de alguna manera sobreviví. Viví lo suficiente para sufrir un caso de malaria tropical. Malaria, ¿ha oído alguna vez de ella? Aparte de estar muy enferma, la encontré bastante interesante. Durante un mes completo, noche y día, estuve recostada bajo el mosquitero en mi lecho ardiente y pegajoso, observando el reloj. Cada hora, exactamente, era lanzada a un cráter de fiebre volcánica. Ascendía, ascendía y ascendía, hasta que los pensamientos y palabras se tornaban confusos. De allí, descendía, descendía, y descendía hasta las penetrantes profundidades de un mar de hielo.

“Pobre, pobre querida” escuchaba las voces de las misioneras que me atendían, cuando un nuevo escalofrío me envolvía y yo danzaba agitada sobre las húmedas cobijas.

“¡Lo que me está sucediendo no importa! pero, ¿estará bien mi bebé?”

“¡Es lo que esperamos!” respondían, y entonces yo volvía a ascender en el cohete de la fiebre consumidora. En ocasiones, emergía por un breve periodo de raciocinio. Entonces escuchaba hablar de los funerales de los misioneros. Hombres y mujeres de rostros abatidos caminando detrás de pequeños ataúdes de sus hijos quienes, cual frágiles flores e incapaces de soportar el calor del horno de China, habían cerrado sus pétalos y se habían adormecido.

Luego llegó el día en que Robert tuvo que quedarse en cama. Él había estado sufriendo de una enfermedad por algún tiempo y no le había prestado atención.

“No es nada”, decía sonriente.

“Es el horror del este”, decían, en tono grave, los ministros que venían a verle.

“¿Qué es el horror del este?” me levanté lo suficiente para preguntar. “Disentería”, me respondían. “Es mejor mantenerlo en cama y alimentarlo con una dieta liviana”.

“¡No vine aquí para estar acostado en cama!” declaró Robert, esforzándose para ponerse de pie y colocarse su traje blanco. “Mi esposa está algo mejor, y hemos hecho todos los preparativos para viajar a Macao, la colonia portuguesa en la isla vecina. Alguien dijo que la isla es más fresca, y ambos nos sentiremos mejor, muy pronto, bajo la brisa marina”.

Y salimos hacia Macao, que era verdaderamente bella en su topografía. Pero, por causa de mis dolencias, no me acuerdo mucho de ella, excepto de una extraña mezcla de razas, de sus calles en pendientes inclinadas, y del departamento oscuro, húmedo y deprimente en que vivimos.

Durante los primeros días, Robert hizo grandes esfuerzos para continuar su predicación por medio de un intérprete. Pero su malestar iba en serio aumento. Comenzó a pasar más y más tiempo en cama. Otra vez yo estaba en cama también, con escalofríos y fiebre. Si yo había pensado que sabía lo que era malaria, comprendería ahora que tal familiaridad era muy pequeña comparada con lo que vendría. Por otro lado, no contaba con la bondadosa visita de las misioneras para cuidarme.

¡Los días que siguieron fueron una pesadilla! Entre mis crisis de ardor y temblor, de manera tambaleante me acercaba a la cama de Robert intentando cuidar de él. Cuando me subía la fiebre, él colocaba de lado sus sábanas y haciendo un gran esfuerzo se acercaba para colocar toallas refrescantes sobre mi frente ardiente.

Su dolor y hemorragia aumentaban con cada hora. Finalmente, di a entender a nuestro empleado que debía llamar por teléfono a Hong Kong para pedir ayuda. A la vez, él me informó que una enfermera y un médico estaban en camino.

El viaje de regreso quedó en mi memoria como una mancha febril. Robert tuvo que ser llevado al barco en una camilla de lana sujeta por dos varas de bambú que estaban suspendidas sobre los hombros de dos personas. Yo logré sentarme, con mi cabeza apoyada en el hombro de la enfermera, tanto en el barco como en el tren que iba de la montaña de Hong

Kong hasta el Hospital Matilda. Pero el estado de desfallecimiento de Robert impidió un transporte de ese tipo para él.

“¿Dónde está mi esposo?” pregunté mareada.

“Quédese tranquila. Él está bien. Recline su cabeza nuevamente y manténgase quieta,” respondió la enfermera.

“Pero, ¿dónde está?” insistí.

“Allá. Mire a través de los árboles, lo están llevando en una camilla hacia la montaña. Él está demasiado enfermo para viajar sentado”.

Me apoyé en la ventana del tren y pude distinguir su cuerpo balanceándose mientras unos pies veloces corrían ascendiendo por el sinuoso y rocoso sendero. En ese momento, la fiebre me atacó nuevamente y casi no recuerdo nada más hasta que desperté en una cama fresca y blanca en una sala larga del Hospital Matilda.

A través de una neblina, discerní dos filas largas de camas donde varios otros pacientes dormían, leían, daban vueltas y gemían. Unas figuras vestidas de blanco se aproximaban. Se inclinaron sobre mí, abriendo el mosquitero que me cubría.

“Aquí, joven señora, sujete esto”, dijo el médico con voz calmada y segura.

Mis dientes comenzaron a crujir contra el termómetro. “¡Hm!” remarcó sin hacer ningún comentario, “mantenga su cuadro clínico durante veinticuatro horas, enfermera”.

“Sí, doctor”, contestó ella, y se fueron.

El cuadro clínico fue colgado en una posición tal que yo podía ver las terribles líneas rojas que subían cada vez más con la fiebre, hasta parecerse a las puntas rocosas de la montaña

en que me encontraba. Luego descendían como cráteres abismales de los cañones que la rodeaban.

“¡No se preocupe, pequeña! Esta es la última crisis que sufrirá”, dijo el doctor al día siguiente. “Abra su boca. Así es, tome esto”.

Agradecida, tragué una dosis amarga de quinina que él me administró. En intervalos determinados llegaba una nueva dosis de medicina y mi obstinada malaria finalmente cedía en su maligno abrazo. Dormí, siendo despertada luego por el ruido de un golpe en la pared, dado por un trozo de madera, justo sobre mi cabeza.

“No es nada”, dijo una enfermera, “es sólo un empleado que acaba de matar a un ciempiés”.

“¿Dónde está mi esposo? ¿Cómo está su salud?” contesté, intentando levantarme.

“¡No se levante! ¡Quédese quieta!”

“¿Cómo está él?” insistí.

El rostro del doctor apareció entre las cortinas de la cama. “No se ponga nerviosa”, me dijo. “Justamente de eso he venido a conversar con usted. La condición de su esposo es grave. ¿De qué lo ha estado alimentando?”

“Principalmente, una dieta de verduras”, respondí. “Apio, lechuga, tomates, arvejas, papas, y otros productos similares. Pero últimamente no ha podido retener el alimento.”

“¿Quién hacía las compras?”

“El cocinero chino”.

“¡Hm, justamente eso es lo que me temía! ¿Nunca nadie le advirtió de no comprar alimentos sembrados y cosechados en la zona?”

“¡No, nadie!”

“¿Usted sabe cómo los chinos fertilizan sus siembras?”

“¡No, señor!” susurré, asustada por su ceño fruncido.
“¿Cómo?”

“Los lugares en que usted vivía no tenían sistema de alcantarillado y todos los desechos humanos de los nativos son echados sobre las huertas de cultivo para fertilizar la tierra.

“¡Ugh!” me estremecí. Una imagen mental de los mendigos leprosos, las víctimas de difteria y enfermedades abominables pasaron delante de mis ojos. ¿Acaso esas enfermedades eran transmitidas a las plantas que cultivaban?

“¿Dónde está mi esposo? ¿Se recuperará pronto?”

“Está en la sala de hombres. Estamos haciendo todo lo posible”.

“¿Puedo ir a verlo?”

“Este no es día de visitas. Además, es mejor que se recupere lo suficiente para sentarse antes de intentar caminar”.

“Doctor...”

“¿Si, querida?”

“¿El señor Semple le explicó que no tenemos dinero? ¿Cómo vamos a pagarle?”

“¡Esa debe ser la menor de sus preocupaciones, pequeña! Si usted tuviera un millón de libras esterlinas, no podría gastar un centavo aquí. Este hospital es absolutamente gratuito para los misioneros”.

“Dios le bendiga”, susurré mientras su figura desaparecía. “Y Dios bendiga a la buena Matilda, de quien toma nombre esta institución.”

Pasaron uno o dos días. “¿Se siente con más fuerzas?” preguntó el médico.

“Sí, muchas gracias, ¿es día de visitas?”

“No. Pero he hecho arreglos para que vaya a ver a su esposo inmediatamente”.

“¡Oh, usted es tan bondadoso!” exclamé, sin imaginar siquiera el motivo por el cual estaba siendo bondadoso. Apoyada en el brazo de una enfermera me arrastré por los pasillos interminables que me llevaban a la sala de varones. Fuimos pasando por la larga avenida de filas de camas. Robert se hallaba al final de la fila.

Fue difícil reconocer el rostro amado que me sonrió dándome la bienvenida. Sus grandes ojos azules ardían febrilmente sobre sus profundas ojeras. Sus labios no tenían color; sus manos estaban esqueléticas. Su Biblia reposaba abierta a su lado.

“Haga lo posible por no cansarlo, querida”, dijo la enfermera y salió.

Luego regreso para susurrar. “Muéstrese alegre”.

Sujeté su mano e intenté hablarle animadamente, pero Robert me interrumpió.

“Querida, prométeme que, si la pequeña nace esta noche, la traerás a

mí, sin importar la hora que sea”.

“Seguro. Pero ella no nacerá hasta dentro de un mes”.

“Está bien, pero prométeme.”

“¡Por supuesto!”

“Querida, ¿qué harías si algo me sucediera?”

“¡No hables así, querido! Nada te sucederá. Tenemos toda una vida”.

“Estás tan lejos de casa,” continuó como si no me hubiese escuchado. “No tienes dinero. La bebé está en camino. ¿Qué harías?”

De repente su rostro se retorció con lágrimas de agonía. La enfermera corrió apresuradamente a su lado. “Debe irse ahora”, me dijo. “¿Ve? Ya lo está cansando”.

“Lo lamento tanto. Adiós por ahora, Robert”.

Me quedé por un momento, sujeta al hierro esmaltado de blanco al pie de su cama, vi desaparecer la angustia y su rostro se tornó tan sereno como un lago después que ha pasado una tormenta de verano. Su voz se tornó firme cuando me dijo: “Buenas noches, querida. Te veré... mañana”.

Sus palabras sonaron a mis oídos, extrañas, inquietantes y obsesivas.

Cuando regresé a mi cama, incapaz de dormir, me quedé sentada observando la noche que extendía rápidamente su manto negro sobre el mar agitado y la montaña. El viento comenzó a aullar siniestramente, los truenos retumbaban, y los rayos de los relámpagos lamían la montaña como lenguas de serpientes.

Me senté sentada al costado de la cama, mirando por la ventana que se abría hacia el patio que dividía las salas de mujeres y varones. Podía ver la luz brillando firme sobre la cabeza de Robert, aunque el resto de la sala estaba a oscuras. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Habría empeorado? Una paciente que se hallaba a mi lado, se dio vuelta y me dijo: “Está acercándose un tifón; las sirenas de prevención han estado

sonando todo el día, y los barcos se están refugiando en los puertos. Se perderán muchas vidas esta noche”.

Como si las palabras de ella fuesen una señal, la furia de la tempestad azoto con ímpetu la cumbre de la montaña. Las puertas y ventanas cerradas se sacudían. Las lámparas de hierro gemían misteriosamente al rozar el exterior de piedra de las paredes. Los árboles parecían gemir como si estuviesen en sufrimiento mortal. Parecía que el edificio iba a ser arrancado desde sus fundamentos.

“En una ocasión, un doctor fue atrapado en un tifón”, continuó mi informante, “y regresó al hospital arrastrándose sobre sus manos y rodillas para no ser barrido por el viento”.

A las dos de la mañana todavía me hallaba completamente despierta, escuchando los elementos en lucha y vigilando la luz sobre la cama de mi esposo. No se apagó ni una sola vez. De vez en cuando una sombra aparecía en la pared moviéndose hacia él. Tenía la sensación de que una mano opresora me estaba estrangulando. Sentí que el corazón martillaba. La luz en el escritorio de la enfermera se encendió, y ella avanzó hacia mí. “¿Está dormida?” inquirió.

“No”.

“Entonces levántese de prisa, póngase su kimono y su calzado”.

En un segundo estaba levantada y colocándome la ropa. Temblando como una hoja, le pregunté entre mis dientes que no cesaban de crujir, “Mi esposo... ¿no... está muriéndose... verdad?”

“No se detenga a hablar ahora, sólo apúrese”.

Tropecé detrás de ella mientras me guiaba por los corredores oscuros. Los relámpagos hacían que las cortinas que rodeaban las camas ondulasen como si fuesen fantasmas que luego desaparecían. Mis extremidades temblaban de manera tan violenta que me preguntaba si llegaría a mi destino.

El médico, una enfermera y un interno vestido de blanco estaban inclinados sobre la cama de Robert. El primero acababa de darle una inyección de adrenalina al paciente. Robert sonreía... pero no a mí, pues sus ojos estaban cerrados... debe haber estado mirando a Jesús.

Algo sucedió con mis rodillas. No me podían sostener de pie. Caí como un saco vacío al lado de mi esposo, comprimiendo mis labios sobre su mano, y gemí: “¡Oh Robert! ¡No me dejes, no puedes abandonarme ahora!”

La enfermera que estaba cerrando las cortinas blancas alrededor de la cama, me tocó en el hombro y me dijo, “Silencio, querida, va a despertar a los otros pacientes”.

“El ya se ha ido”, dijo el doctor en voz baja.

“¡No! ¡No!” grité, levantando la mirada rápidamente. Pero era verdad. De alguna manera, supe que iba a gritar... ¡pero no debía! Fue en ese preciso momento que los brazos fuertes de mi Salvador se cerraron a mi alrededor, y me hallé susurrando a través de mis labios endurecidos, “El Señor dio, y el Señor quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!”

“Ahora, la llevaré de regreso a su cama”, dijo la enfermera bondadosamente, ayudándome a ponerme de pie.

“¿Puedo besarlo?”

“¡No! ¡No!” advirtió el médico, “recuerde al bebé y sea valiente”.

¿Valiente? Yo quería ser valiente, pero el golpe me dejó petrificada. Tal vez me permitirán verlo al día siguiente, pensé mientras era guiada fuera de la sala. La tormenta estaba rugiendo como demonios enloquecidos. ¿Dónde estaba el espíritu de Robert? ¿Estaría volando a través de esa temible explosión en su camino al cielo? ¿Podía verme? ¿Podría alguna vez ver el rostro de su bebé desde algún lugar más allá de las nubes? ¿Qué fue lo que dijo tocante a sentir que se levantaría para recibir a Jesús desde el suelo chino, llevando las almas que los que se habían convertido a través de su ministerio con él? Entonces, ¡él realmente deseaba ser sepultado aquí! ¿Qué debía hacer? ¿Hacia dónde iría?

“Cinco dólares, cinco dólares y treinta centavos,” me mantuve repitiendo mientras caminaba en la sala. “Enfermera, ¿cuánto cuesta un féretro en China?”

“No sabría decirle, querida, ¿por qué?”

“¿Cuánto cuesta una tumba en el Valle Feliz?”

“No lo sé tampoco. ¿No tiene dinero?”

“Sólo tengo cinco dólares y treinta centavos. Acabo de contar el dinero”.

“Pero, la organización misionera que los envió... ¿ellos no...?”

“No somos parte de ninguna organización. Vinimos por fe”.

Fue en ese momento que recordé las palabras de Robert, “No te preocupes, querida, habrá un hombre al final del muelle”. Y allí estaba.

Del lado de afuera de mi ventana había una pequeña casa de piedra que servía como depósito de hielo. Me senté cerca de la ventana, mirando fijamente hacia ese lugar. El cuerpo de mi esposo estaba allí adentro, frío y duro. De acuerdo a la costumbre oriental que ordena sepultar a los muertos al alba, los planes para el entierro deberían ser necesariamente urgentes. Todo parecía tan repentinamente cruel que, a pesar del calor intenso, supliqué al doctor conservar el cuerpo, por lo menos un día, antes de ser enterrado.

Las enfermeras se movían a mi alrededor. Una madre canturreaba para su hijo recién nacido. Los turistas conversaban y se reían... ¡Como si el fin del mundo no hubiese llegado! La alegría de ellos me irritaba extrañamente. Sentía como si nunca más sonreiría nuevamente. Parecía que el reloj de la eternidad se había detenido y las puertas de la vida normal habían sido selladas cuando Robert murió. Pero en mi universo vacío, la vida continuaba - bebés continuaban naciendo y los enamorados se tomaban de las manos en largas caricias. La luz del alba hizo retroceder la oscuridad de la noche. Los cielos volvieron a ser plácidos y soleados como si nada hubiera sucedido, como si la luna y las estrellas pudieran brillar nuevamente.

“¿Puedo ver a Robert?” le pregunte a un médico interino que pasaba. “¿No debiera ser cubierto con una cobija?”

“¡Él está muerto, señora!” dijo con acento chabacano. “El no siente frío ni calor ahora. ¿Ya ordenó el ataúd? ¿O lo sepultará envuelto en una sábana?”

El mundo giraba vertiginosamente a mí alrededor. En medio del remolino, vi aparecer a un cartero. “Carta para usted señora Semple”, me dijo. “¿Es usted el hombre al final del

muelle?” susurré, mientras los recuerdos volaban velozmente y los eventos pasados y actuales parecían pasar delante de mis ojos como en un telescopio.

“No, soy el hombre de la montaña”, se ríó, “esto es para usted”. Con apatía, abrí el sobre, pensando solamente en la casa de hielo enfrente y preguntándome si tendría la valentía de sepultar a mi amado. Automáticamente sacudí un rectángulo de papel blanco que sujetaba negligentemente en mis manos. Una lluvia de dólares cayó sobre mi falda. Deslumbrada conté los billetes. Sumaban sesenta y cinco dólares. “Suficiente para un ataúd”, susurre, “y tal vez para una sepultura”.

La carta traía el sello postal de Chicago. Leí su contenido una y otra vez. La carta decía lo siguiente:

Mi querida hermana en Cristo,

¡Saludos en el precioso nombre de Jesús! ¿Qué es lo que está mal? El Señor nos despertó a mi hermana y a mí a medianoche y nos ordenó enviarle este dinero. Inicialmente, dudamos, pensando levantarnos en la mañana y obtener una orden de pago, pero Él nos aseguró que el dinero le llegaría sin problema. Me vestí rápidamente y fui al buzón de correo más cercano. Pero por favor díganos por qué la necesidad es tan urgente.

Con prisa y amor,

Sra. Blank

Elevando mis ojos llenos de lágrimas hacia el candente cielo, agradecí a Dios porque El observa la caída de un ave y nunca se olvida de una oveja solitaria.

A la mañana siguiente, escuché unos pasos pesados, moviéndose hacia el pasaje exterior cubierto de grava que había

entre la casa de hielo en lo alto del camino inclinado. Corrí hacia la ventana. Dos cargadores pasaban llevando un fardo que se balanceaba colgado de unas varas de bambú. Yo sabía que el cuerpo que allí se hallaba era el de mi esposo. Inconsolables sollozos sacudieron mi cuerpo. Una enfermera me llevó de regreso a mi cama.

“¿Puedo asistir a su funeral?” le pregunté al doctor que había sido llamado de prisa.

“¡Imposible!” contestó. “Sus buenos amigos misioneros están teniendo un cuidado espléndido de la situación. Usted no debe pensar en los muertos sino en los vivos. Preocúpese del nuevo Robert, que pronto nacerá”.

De alguna manera el día siguió a la noche, y la noche siguió al día.

Los misioneros me visitaban trayendo dulces hechos en casa y flores. Ellos me contaron los detalles de la ceremonia en el Valle Feliz, los himnos cantados, el mensaje predicado y el ataúd forrado de satén.

Pasó un mes. Era otoño cuando cierto día me incliné sobre la barandilla de piedra del precipicio del jardín para ver el barranco abajo, cubierto de sombras. El cementerio envuelto en neblina estaba un poco más allá de la colina. ¡La niebla se aproximaba cada vez más! Fui envuelta por ella.

Esa noche el ángel de la vida y de la muerte extendió sus alas sobre la cumbre de Hong Kong. A las 9:00 de la mañana del día 17 de septiembre de 1910, nació nuestra hija.

“Es una niña. ¿Cómo se va a llamar?” escuché la voz de la enfermera en medio de la niebla de éter en un nuevo cuarto, un cuarto privado.

“Quisiera que llevara el nombre de su padre”, susurré débilmente.

“¿Qué le parece Roberta?”

“¡Me encanta!”

“¿Y el segundo nombre?”

“Star (Estrella)”, respondí, “porque será mi estrella de esperanza en la oscuridad de la noche oriental.”

“Roberta Star Semple. Es un nombre glorioso”, dijo la enfermera con

entusiasmo, cambiando mi almohada mojada de sudor por otra limpia. Con gentileza, trajo una pequeña cesta para colocar en ella a mi pequeño y precioso tesoro. Mis ojos cargados de sueño jamás se apartaron de aquel precioso lugar hasta que, exhausta, me quedé dormida.

Pasé momentos de terror al considerar mi futuro sin dinero, sin esposo,

entre los laberintos oscuros y desconocidos de China. Tuve momentos de bendición espiritual, cuando mi hijita estaba siendo acunada en mis brazos, al amamantarla. Finalmente llegó el día en que pude salir del hospital.

“Usted necesita una cesta China”, me advirtió la enfermera. “Al regresar a Estados Unidos podrá usar la mitad como cama para la niña y la otra mitad para guardar su ropita.”

“¿Regresar?” tartamudeé. “Robert vino aquí para evangelizar a China”.

“Pero él ya se fue. Su primera responsabilidad es para con su hijita, y sin los medios suficientes para sustentarse, el sur de China no es un lugar para criar a un hijo”.

Durante seis semanas me quedé pensando en el asunto. Recordaba las palabras de Robert: “¿Qué harás? ¿Para donde irás si algo me ocurre?” Me hallaba en un dilema.

Recibí más dinero. Envié un mensaje telegráfico a mi madre y a la madre de Robert contándoles de su muerte y el nacimiento de Roberta. Mi madre contestó a mi mensaje y me envió un lindo ajuar de bebé, incluyendo un vestido largo adornado con cientos de alforzas y apliques. Pronto acumulé dinero suficiente para pagar mi pasaje.

“Robert”, susurré, a través de largas noches tropicales. “Robert, ¿hacia dónde debo ir? ¿Qué debo hacer? ¿Debo quedarme en China y continuar el trabajo? ¿O debo regresar a Estados Unidos?” Pero mi amado no respondió.

Los funcionarios del hospital fueron muy bondadosos con nosotros.

Finalmente, el barco que se dirigía a Estados Unidos llegó al puerto. Tomé a mi niña en brazos y, acompañada por los amigos misioneros, descendí la montaña en el tranvía.

“¿Qué harías? ¿Hacia dónde irías?” Las preguntas de mi esposo continuaban sonando en mis oídos al entrar por los anchos portones del cementerio americano de Valle Feliz.

“Nosotros vamos a esperar en el portón,” murmuró, entre lágrimas, el

pequeño grupo que me acompañaba en mi primera vigilia solitaria ante la tumba nueva.

“Tal vez quisieras estar a solas”.

“¡Dios les bendiga!” suspiré, “¡Dios les bendiga!”

“¿Quieres que cuidemos a la niña?”

“No, Robert me dijo que debía llevársela a él, lo más pronto que fuese posible”.

Con hombros erguidos y la cabeza levantada, abracé el pequeño, tibio y vibrante bulto junto a mi pecho y me encaminé hacia el bosque de lápidas y estatuas de ángeles de grandes alas, debajo de las cuales Robert y yo nos sentamos tantas veces para descansar. La ciudad de los muertos no era un lugar extraño ni poco familiar. Aquí fue donde Robert me llamó “querida” y habló de resucitar en suelo chino.

Un empleado del cementerio me guió hacia el montículo húmedo de tierra que sirviera para cubrir el cuerpo de Robert, y luego se retiró silenciosamente.

Colocando mi bebé sobre su mantilla rosada en la grama de una tumba cercana, corrí a la sepultura de mi esposo y, arrodillándome, lo llamé: “Robert... Robert... ¿Puedes oírme? Robert, ¿Qué quieres que haga? ¿Hacia dónde quieres que vaya? ¿Debo quedarme en China y continuar con tu trabajo? ¿O debo regresar a casa, a Estados Unidos, y cuidar de nuestra bebé? ¡Mi amado, por favor, háblame!”

Pero no se oyó ninguna respuesta. El montículo que escondía de mi vista a mi amado estaba tan extrañamente silencioso como la esfinge durmiente. “Robert... Robert..., ¡Por favor, háblame!” le dije. No recibí respuesta alguna. Justo en ese momento un ave del paraíso voló sobre mi cabeza y, posándose sobre un árbol de magnolia, comenzó a tirar de sus plumas sueltas. Simultáneamente, Roberta comenzó a llorar, fuerte, indefensa y suplicante.

Ya tenía mi respuesta. Llevar a mi hija hacia un lugar saludable era mi prioridad. La labor de Robert había concluido.

La mía, apenas comenzaba. El moraba entre las aves del paraíso. La labor ardua de proseguir, me fue destinada.

“¡Wo-o-o! ¡Wo-o-o!” Aulló el barco a vapor en el puerto de Kowloon. “¡Wo-o-o! ¡Wo-o-o!” El sonido era imperativo, autoritario.

Aferrada a mi bebé que lloraba, regresé al lugar donde me esperaban los misioneros, quienes nos colocaron en un cochecillo tirado por un hombre y le dieron instrucciones de llevarnos hacia el muelle.

7 Sobre el Estante

Con mis ojos húmedos alcé mis manos hacia los misioneros en el puerto. ¡Sampanes, juncos y humeantes remolcadores trazaban diseños en el mar azul que nos rodeaba! Pero yo no estaba prestando atención a lo que estaba sucediendo. Mis ojos estaban fijos en un valle distante, cubierto de nubes, donde había una simple cruz de madera, identificada apenas con un número de orden. Prometí que algún día tendría dinero suficiente para comprar un monumento de granito para el lugar de reposo de mi amado.

Despacio, seguro, ganando velocidad poco a poco, el barco Emperatriz fue dejando la línea costera de China. Me quedé sola en la cubierta superior, abrazando a Roberta Star junto a mi corazón. ¿Mi corazón? ¡Parecía que había dejado la mayor parte del mismo bajo la sombra púrpura de Valle Feliz! “¡Buaaa!”, gritó el pequeño bulto en mis brazos.

Robert Semple... Roberta Star... Él se había ido. ¡Ella estaba viva!

Necesitaba pensar primero en ella. En contra de mi voluntad, di una mirada a las luces que parecían desvanecerse a la distancia, abrigué a Roberta bajo mi capa, y comencé mi camino de regreso a nuestro camarote, con los ojos llenos de lágrimas.

En Nueva York, mi madre se enamoró instantáneamente de Roberta, dándonos la bienvenida e invitándonos a

compartir su pequeño departamento amoblado, y luego salió para continuar su ardua labor, dejándonos solas en el corazón de la rugiente ciudad.

El tumulto de las calles era superado solamente por lo que había en mi corazón y en mi mente. Encontré la Misión de las Buenas Nuevas, del Reverendo Robert Brown en el corazón de la ciudad de Nueva York y no sólo fui bienvenida a ese lugar, sino que invitada a subir a la plataforma para dar mi testimonio.

Esta fue una tarea difícil. Dos veces mientras estaba hablando, Roberta, que se hallaba arropada bajo una manta color rosa en la primera fila, despertó y comenzó a llorar. Disculpándome, descendí, acomodé su mamadera, y regresé al púlpito. Mi único solaz durante aquellos días de confusión fue la Misión.

Todos mostraban simpatía; interesados pero distantes, riendo y conversando regresaban abrazando a sus seres queridos, a sus acogedores hogares, y yo regresaba a la cama plegable en el departamento de mi madre. Me sentía tan sola como si fuese la única sobreviviente de un naufragio en una isla pequeña y árida, mientras las olas temibles de poderoso mar metropolitano se erguían y giraban a mi alrededor. De alguna manera el matrimonio cambió mis sentimientos con relación al sustento financiero de mi madre. Me sentía como una visita que debía despedirse de su anfitriona y regresar a su propia casa. Pero, ¿dónde estaba la mía?

“Querida madre,” le dije un día, “me siento avergonzada cada vez que me des un dólar de tu dinero ganado con tanto esfuerzo. ¡Tienes que caminar tantos kilómetros para ganarlos, que tus pobres pies están llenos de ampollas!”

“No debes sentirte así, querida”, respondió, contando los centavos y monedas de mayor numeración que recibiera entre las calles Columbus Circle y Battery.

“Pero, ¿qué es lo que debo hacer?”

“Tal vez, cuando la niña crezca un poco, tú también podrías solicitar ayuda para el Ejército de Salvación. Ellos me permiten quedarme con el cincuenta por ciento de lo que yo colecte, y podría hacer los mismos arreglos para ti.”

Miré el rostro pequeño de mi bebé, que parecía ser el de una muñeca adormecida y recordé como había visto a mi madre, esa tarde, agitando su pandereta, primero a la puerta de un teatro y después en otro, sonriendo valientemente a los rostros trémulos de frío de los que asistían, y que de vez en cuando tiraban una moneda.

Roberta se veía tan frágil, como una magnolia tropical, a la cual debía proteger de los golpes fríos de los vientos de Nueva York. “Ella sólo tiene trece semanas”, suspiré. “Además tengo un sentimiento constante de que mi única felicidad está en continuar la labor de mi esposo en campañas para la salvación de las almas”.

“Pero, ¿cómo?”

“No lo sé”.

Inquieta, pensé en Chicago y en las buenas amistades que Robert hiciera a través de su ministerio en aquella ciudad. Posiblemente, pensé, podría orientarme en mi nueva vida allí. Un día el pastor de Misión de las Buenas Nuevas colocó una ofrenda en mis manos, y uniéndose a la ayuda de mi madre, pude llegar a aquella ciudad del medio oeste.

Unos amigos bondadosos me recibieron, lloraban por mis sufrimientos y me causaron un dolor punzante al comentar: “Me pregunto, ¿el hermano Semple estaría realmente en la voluntad de Dios, ya que sucumbió tan pronto después de llegar al sur de China?” Ellos hallaron un pequeño cuarto amoblado para mí y luego continuaron con su rutina diaria.

El correr de los trenes sobre nuestras cabezas sonaban como truenos; otros corrían de manera subterránea, haciendo un ruido tremendo, las multitudes se comprimían en su apresurado andar, los automóviles rozaban el ruedo de mi vestido negro cuando intentaba cruzar las calles con mi bebé en brazos. Me sentía cada vez más triste y sentimental.

Cada vez que un hombre alto y sonriente tomaba el brazo de su dama ayudándole a cruzar la calle, cada vez que me detenía a dar una mirada por la ventana a un cuadro característico de un padre orgulloso inclinándose sobre la cama de su esposa pálida en cuyos brazos anidaba a un bebé recién nacido, las lágrimas comenzaban a correr por mi rostro y yo bajaba mi velo negro rápidamente.

Yo era como un fragmento lanzado descuidadamente en un torbellino de una vida definida, clasificada, bien organizada. “¿Hacia dónde iré? ¿Qué voy a hacer?” Es lo que susurraba a mi almohada en la noche, mientras me quedaba con los ojos abiertos mirando a través de la oscuridad, la luz de un farol de la calle que brillaba sobre mi ventana, o cuando me daba vuelta desolada para desearme las buenas noches a mí misma.

Intenté ayudar en alguna de las iglesias locales en las que Robert había predicado. Pero pronto fui obligada a abandonar el esfuerzo, ya que Roberta iba debilitándose cada vez más. Su

piel se volvió transparente como la cera. No podía hallar el alimento que le hiciera bien.

Un día una hermana en el Señor me dio algo de dinero cuando me descubrió contando mi reducido tesoro de centavos. Esa noche, mientras preparaba el alimento para mi bebé y esterilizaba su mamadera sobre la luz azulada y vacilante de una cocinilla, comprada en una tienda donde las cosas costaban diez centavos, decidí regresar a mi hogar en la granja

y mantener a mi hija alejada del humo y el ruido de la ciudad hasta que estuviera más fuerte.

Le escribí a mi padre, y cual pájaro que perdiera su compañero abatido por la tempestad, volé de regreso al nido prácticamente desierto. Mi padre, que parecía casi tan solitario como yo, estaba de pie, temblando y revolviendo una porción de avena que se cocinaba sobre el fuego. Estaba muy contento de vernos. La casa estaba terriblemente fría, los platos sin lavar, las camas sin hacer, las lámparas de aceite estaban cubiertas de hollín, y el piso de la cocina sin cepillar.

Colocando la cesta en que Roberta descansaba, sobre una silla cerca del horno que estaba abierto, la situación fue solucionada en parte. Barrí, pasé el plumero, limpié y llené las lámparas, lavé las sábanas y fundas, e hice las camas, luego recogí algo de nieve para convertirla en agua tibia en la cual bañé a mi bebé.

“¡Qué bueno! ¡Esto se está pareciendo a un hogar!” Se oyó la alabanza de mi padre, quien regresaba del establo con un balde, en cada mano, de leche tibia y espumante además de algunas espigas de heno sobre sus cabellos blancos. “Estoy tan preocupado como tú por la salud de la pequeña. Asegúrate que pueda retener algo de esta leche fresca en su estómago”.

Pero el organismo de Roberta continuaba con problemas. Mi anciano padre iba a la biblioteca, buscaba un libro de medicina casera, se colocaba sus lentes, los ajustaba, y entonces los dos estudiábamos sobre los alimentos y remedios especiales para bebés. Pero sin resultado.

Finalmente, una vecina llegó haciendo camino a través de la nieve y sugirió una receta de los días de su abuela. Le agradecí y ella se fue. El alimento parecía darle ayuda temporal, y yo me mantuve ocupada ayudando a mi padre a ordeñar y llevar a cabo las labores del establo. Un día mientras ambos estábamos blandiendo nuestras palas y haciendo un sendero en medio de la nieve entre la puerta y el portón de entrada, me preguntó sudoroso: “¿Cuánto tiempo piensas tú que tu madre se quedará en Nueva York? ¿Te ha dicho cuándo piensa regresar a la granja?”

“No, papá. Ella dice que todo el dinero del mundo no la induciría a sepultarse aquí otra vez y que ella simplemente aguantó lo más que pudo por mi causa. Cuando me casé, se sintió libre para irse. Ella ama la ciudad y realmente parece ser parte de ella”.

“Tal vez si encontrara algún vecino para que cuidara de los animales, pudiera ir donde ella...”

“No, querido, tengo miedo que seas atropellado en medio de tanto ajetreo”.

“Jovencita, ¡quiero que sepas que soy una persona tan activa como cualquiera!” vociferó, enderezándose e irguiendo sus hombros. “Voy a visitarla, y punto”.

“Si, señor”, me disculpé, admirando su postura recta, a pesar de sus miembros levemente enflaquecidos. Entonces,

cambiando de tema, le pregunté si recordaba la ocasión en que mis medias tenían un agujero y el remedió la situación poniendo pasta negra de zapatos en toda mi pierna.

¡Pobre papá! Se dirigió de visita a la gran ciudad pero su estadía fue muy breve antes de decidir regresar a la granja. Allí murió algunos años después, solo en un hospital del vecindario, yo regresé para el funeral. Luego visité el pequeño cementerio rural y compré una lápida de granito que fue colocada en su memoria.

Por más que intentara aceptar la situación durante ese largo primer invierno, mi corazón continuamente estaba ansioso por la obra del Señor y por tomar la misión evangelística de Robert donde él la había dejado. Roberta se hallaba más fortalecida en la primavera y regresé a Chicago para intentar prestar ayuda a las misiones e iglesias de nuevo. Pero otra vez, mi pequeña hija se enfermó. En mi estado de viudez y sin dinero, no sabía hacia dónde ir. Un médico examinó a la niña y me dijo: “Hermana Semple, no puede esperar que ella mejore en esos cuartos pequeños o viajando constantemente de un lugar a otro. Usted debe proveerle un buen hogar pleno de aire fresco, calor, y cuidado. Ella necesita todo su tiempo”.

Yo sabía que él estaba en lo cierto, pero el consejo era más fácil darlo que seguirlo. A esas alturas Harold McPherson, un joven seis meses mayor que yo al cual había conocido casi inmediatamente después de mi regreso de China, me pidió que me convirtiera en su esposa y que le permitiera tener cuidado de Roberta y de mí. Declaró que, si mi hija hubiese sido suya legítimamente, no podría amarla más de lo que ya la amaba. Parecía bueno tener a alguien que llevara en un brazo a mi pequeña y mis maletas en la otra. La idea de vivir en su hogar

sonó acogedora y generosa. Roberta se veía tan frágil y yo me sentía tan sola que dije que sí. Antes de que la boda se llevara a cabo, coloqué una estipulación, le dije al Sr. McPherson que todo mi corazón y mi alma estaban realmente en la obra del Señor y que, si en cualquier momento en mi vida Él me llamara al ministerio activo nuevamente, no importando donde o cuando, yo debía obedecer a Dios en primer lugar. Él estuvo de acuerdo y, bajo estas condiciones nos casamos el 28 de febrero de 1912.

Después de pasar un periodo de tiempo en un departamento amoblado en Chicago, la madre de mi esposo nos invitó a vivir con ella en Rhode Island. Nuestro hogar en Providencia era muy lindo. Las olas azul cielo de la bahía de Narragansett, golpeaban, lanzando una espuma plateada sobre las rocas cubiertas de musgo, y retrocedían para ser arrastradas de nuevo en torbellino hacia un mar deslumbrante de oro y turquesa. Mi suegra demostró ser una excelente ama de casa de Nueva Inglaterra. Mi suegro era canadiense de New Brunswick, gran admirador de la pesca submarina, un trabajador incansable y proveedor concienzudo para su familia. Conforme a todas las leyes de organización doméstica, yo debería estar feliz. Roberta era amada, acariciada al máximo y su salud iba mejorando.

Cuando el dinero de Harold disminuyó, fui a Nueva York y acepté la oferta de mi madre de unirme a ella recaudando dinero para el Ejército de Salvación. Caminaba fielmente desde Columbus Circle hasta Battery. De igual manera me paraba ante los teatros durante el intermedio y al final vistiendo mi sombrero y uniforme y agitando una pandereta que mi madre consiguiera para mí. Los restaurantes y los bares donde

los hombres algo embriagados hacían donaciones generosas se convirtieron en mis lugares favoritos.

Mientras remojava mis pies cubiertos de ampollas, contaba el dinero recibido durante el día, y mi madre dividía cuidadosamente la mitad del dinero para el Ejército de Salvación, permitiéndome llevar a casa la otra mitad, a fin de ayudar con los gastos. Continué con esta labor de ayudar económicamente hasta poco antes que naciera mi hijo Rolf McPherson.

Pero durante todos esos días de actividad y relativa calma en nuestra casa de Providencia, una voz continuaba golpeando a la puerta de mi corazón. Decía, “¡Predica la Palabra! ¡Haz la obra de evangelista!”

“¡Es imposible, Señor!” protestaba. “¡Es imposible!”

“Yo te llamé, y te ordené como profeta para las naciones”, repetía la voz.

“No, Señor, ¡no puedo ir!”, le reiteraba. Entonces venía un silencio paralizante en el que toda comunicación con los cielos era apagada completamente, tal como el vacío que sigue cuando un teléfono es desconectado. Volviendo a la privacidad de mi cuarto, yo sollozaba.

“¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!”

Observando mi estado melancólico y atribulado, mi suegra procuró consolarme diciendo, “¿Por qué no tratas de ser como los demás? Asiste a espectáculos o películas. Juega bridge, sale a bailar”.

“¡Pero Él me está llamando!” respondí.

“¿Quién?”

“El Señor Jesús”.

“¿Para qué te está llamando?”

“Para predicar el Evangelio eterno”.

“¡Tonterías! Estás desperdiciando tu vida. Deberías dedicar todo tu tiempo a tu casa. En pocos días tendrás tu segundo hijo. Lo que necesitas es ejercicio”.

“Si, querida” respondí, intentado espantar la inercia y el desánimo que me envolvían.

“Como puedes ver, es imposible que puedas predicar ahora”. Razonaba en mi corazón. “Piensa menos en ti misma y más en alfombras de Axminster y Wilton, en esos pisos de roble barnizados, en los muebles de caoba en la sala y en las camas de metal en los dormitorios. Piensa en cuidar de la bañera fina, decorada en blanco y azul, en acabar la cuna de tu bebé con sus cintas y ribetes. ¡Sería absurdo sólo pensar entrar al campo evangelístico ahora! Si fue difícil para ti desenvolverte con una criatura, ¿Cómo lo harás con dos?”

“¿No estás contenta de tener una casa tan hermosa para tus hijitos?”

preguntó sabiamente la señora McPherson.

“Por supuesto”, le respondí, atacando las alfombras con escobas, golpeándolas y pasando la aspiradora. Sufrí una crisis tan grande de inquietud que era de admirar que no hubiese sacado brillo a todos los pisos barnizados, con mi trapo de limpiar.

Pero mi actividad doméstica fue de corta duración. Una y otra vez la orden regresaba, “¡Predica la Palabra! ¡Yo te he llamado y te he ordenado!”

“Te vas a sentir diferente cuando nazca el bebé”, me calmó mi suegra suavemente, a pesar de la presión por la que yo estaba pasando.

Rolf nació en el tiempo oportuno. Desde el momento de su nacimiento fue de consuelo infalible. Mi esposo, sin mostrar ninguna parcialidad, caminaba dentro de la casa y del jardín con un bebé en cada hombro.

Pero yo era un problema constante. El llamado de Dios estaba sobre mi alma, y no podía evitarlo. Mi sistema nervioso fue tan seriamente afectado que no podía soportar ni siquiera el silbido de la tetera al hervir el agua. Las voces de mis pequeños debían ser acalladas hasta convertirse en susurros, y aún el brillo del sol era un tormento insoportable, de modo que vivía detrás de ventanas venecianas y cortinas totalmente cerradas. Mi salud fue quebrantada y me llevaron al hospital, donde fui sometida a una cirugía mayor. En vez de mejorar, empeoré. Aún bajo el efecto del éter podía escuchar la voz, exigiendo que cumpliera mi promesa de predicar la Palabra.

Mi condición finalmente se tornó crítica y fui llevada a un cuarto separado para morir. Una enfermera se sentó a mi lado en las primeras horas de la madrugada, observando mi pulso vacilante. A través del silencio de muerte el cual era interrumpido sólo por mi propia respiración dolorosa, vino la voz del Señor cual trompeta diciendo, “¿IRÁS AHORA?”

Acostada, cara a cara con el Inflexible Segador, comprendí que iría hacia la sepultura o hacia el campo con el Evangelio. Hice mi decisión y respondí jadeante: “Sí, Señor, ¡iré!”

Instantáneamente, mi ser fue penetrado por nueva vida y calor. Fui sanada y me puse de lado, para espanto de la enfermera. En pocos días estaba en pie y caminando.

Un aspecto interesante relacionado con mi sanidad fue que, mientras los hijos de Dios oraban por mí en vano, cuando

Aimee

yo no quería oír el llamado divino; mi grito profundo, saliendo de un corazón obediente, fue oído instantáneamente en los cielos, y fui inmediatamente sana.

8 ¿Puede Predicar una Mujer?

“Sí, Señor, ¡iré!” Una y otra vez repetí las palabras de la promesa que le hiciera a Dios, términos bajo los cuales se me concedió la vida, para que pudiese servirlo.

“Sí, Señor, ¡iré!” Yo no sabía cómo o dónde debía ir, pero intenté comenzar de todas maneras. Tal como Jonás regresando a Nínive y como Moisés avanzando para cruzar el Mar Rojo, salí apresuradamente.

No sintiéndome lo bastante fuerte para entrar en otra discusión con el señor McPherson o su madre tocante a la futilidad o imposibilidad de tal aventura, llamé por teléfono a un taxi a las once de la noche. Con Rolf, mi hijo menor, sujeto en un brazo, y Roberta durmiendo en el otro, le di instrucciones al chofer de colocar nuestras maletas en el vehículo y subí al mismo.

Le pedí que nos llevara a la entrada de la estación ferroviaria y partí hacia la granja canadiense. De alguna forma, regresar al punto de origen, parecía la cosa más natural del mundo, para comenzar mi segundo intento desde allí. Cuando el expreso de la mañana llego a Ingersoll, mi padre y mi madre (quien regresara en una breve visita a la granja) se hallaban esperándome. Me enteré que una reunión pentecostal se estaba llevando a cabo en Kitchener, Ontario (llamado Berlín en ese tiempo), y mis padres me urgieron que asistiese. “Pero... los niños... ¿Podré hacerlo?” dije tartamudeando.

“¡Puedes ir! Nosotros tenemos la mejor leche de vaca del país para hacer que el pequeño crezca como la maleza. Roberta ya está afuera en el jardín”.

El asunto estaba resuelto. Yo iría. Pero antes de partir, telegrafíé a mi esposo: “Intenté seguir tu camino y fracasé. ¿Vendrías ahora a caminar en el mío? Estoy segura que seremos felices”.

Entonces, aunque pobre de alma, pero determinada a obedecer al llamado de Dios, me senté en el borde de mi asiento bajo la gran carpa, esperando que el ministro finalizara su sermón e hiciera el llamado al altar. Yo fui la primera en comparecer ante el altar de los lamentos. Quebrantada, comencé a sollozar, “¡Oh, Jesús, perdóname! Por...”

Antes de que pudiera finalizar las palabras, me pareció que el Señor estaba colocando su mano sobre mis labios trémulos, diciendo, “Bueno, bueno, hija mía. No digas nada más al respecto”.

Intenté disculparme una vez más con Dios y otra vez me fue impedido hacerlo. La magnitud de esta recepción sincera y repentina quebrantó mi corazón. Caí bajo el poder a sus pies, exclamando, “Querido Cordero de Dios, permíteme ser como uno de tus siervos. Me siento indigna de testificar o predicar, más deja que te amé y habite en tu casa, ¡Oh, Salvador!”

Pero antes de que pudiera darme cuenta, estaba de pie y orando por otros que estaban arrodillados a mi lado. La antigua unción del Espíritu estaba ardiendo en mi alma. A la derecha y a la izquierda, aquellos sobre los cuales impuse mis manos, recibieron el bautismo del Espíritu Santo.

Después de la reunión, me quedé de pie en la plataforma e hice una señal al predicador, quien no me conocía. “¿Hay algo que yo pueda hacer para Jesús?” Le pregunté.

Me miró vagamente y murmuró en forma distraída, “Bueno, yo no sé”.

“Bien, si hay algo, asegúrese de hacérmelo saber”.

Cuando estaba saliendo de la carpa, vi a una mujer que parecía ser una de las obreras. “¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?” le pregunté.

“Nada que yo sepa, querida”, respondió, sin hacer promesas.

“¿Puedo hacer alguna cosa para ayudarlo?” Pregunté a otros mientras pasaba por una larga fila de carpas que habían sido levantadas a cada lado de la calle improvisada.

“¿Hay algo que yo pueda hacer para Jesús?” Pregunté finalmente a un hombre que vestía un delantal y estaba sentado frente a la cocina de la carpa pelando papas, al final de la calle. Me sonrió bajo su gorra de cocinero, alta y blanca.

“¡Claro que sí!” respondió.

“¡Entonces dígamelo rápidamente! ¡Estoy ansiosa y desesperada para entrar a servir al Señor! ¿Qué puedo hacer?”

“¿Puedes lavar platos?”

“Claro que sí, puedo lavar platos. Toda mujer puede hacerlo”.

“Entonces hazlo”, dijo entusiasmado y, siguiendo sus palabras con acción, levantó un lado de la carpa que dejó al descubierto dos tinajas llenas de tazas sucias, platillos, platos, tenedores, cucharas y cuchillos. “El agua caliente está sobre la cocinilla. Las toallas están en aquel baúl.”

Si existe una tarea que me desagrade más que cualquier otra es lavar la loza sucia de otras personas. Pero me sentí completamente feliz mientras realizaba mi tarea, sacando los platos del agua fría y grasosa, vaciando las tinas, y lista para trabajar con agua hirviendo y jabón. De hecho, me di cuenta que estaba silbando mientras mis dedos volaban. ¡Gloria a Dios! ¡Yo estaba en la obra del Señor! ¿Qué importaba que mi labor fuese la de una simple ayudante de cocina? ¿Acaso no era parte de todo lo que forma una comunidad para la salvación de las almas?

Me dediqué a limpiar cuidadosamente las asas de las tazas y las salseras y de sacar brillo a los cubiertos sin dejar impresiones de mis dedos. De alguna manera sentí que, si era fiel en lo que era poco, el Señor me colocaría en una posición mayor.

Acabando con los platos, continué con mis insistentes preguntas, “¿Hay alguna otra cosa que pudiera hacer? ¿Qué sigue en el programa?”

“¿Puedes servir las mesas?” preguntó alguien.

“¡Sí, señor!”

“Entonces apúrate y comienza a llevar las bandejas. Estamos sirviendo una cena de pollo a decenas de pastores que están en la carpa comedor”.

Prácticamente volé entre la cocina y las mesas de los pastores. Era una tarea tediosa. Si ha intentado satisfacer a un pastor sirviéndole pollo, ¿puede imaginarse el trabajo de servir a un gran número de ellos! Pero me encontraba en un buen lugar para hacer mis preguntas ansiosas y constantes, en cada oportunidad, “¿Sabe de algo que yo pudiera hacer para Jesús?”

“¿Sabe tocar el piano?” preguntó un hombre con su boca llena de pollo.

“¿Himnos? Sí señor”.

“Entonces toque el piano en la reunión de la tarde”.

¿Feliz? Esa noche toqué cada tecla de arriba abajo. Lo que había perdido en técnica, fue reemplazado por el entusiasmo.

“¿Puede dirigir el coro? Nuestro director está enfermo”, pregunto un evangelista al día siguiente.

“¡Oh, sí señor!” respondí ansiosa.

“¿Donde dirigió la última vez?” sonrió.

“Nunca he dirigido uno antes, señor; pero usted me pregunto si podía. ¡Yo puedo hacer todo por Cristo!” Mi entusiasmo venció y la tarea me fue encomendada. Corrí alegremente entre las varias tareas, lavando platos, sirviendo las mesas, haciendo las camas, contando el compás para los cantantes, orando en los altares hasta después de la medianoche. ¡Era el cielo! ¡El cielo!

La reunión principal del campamento llegó a su fin. Los grupos de pastores estaban regresando a sus respectivos lugares, dejando al predicador local para cerrar el fin de semana. Pero él se quedó sin voz. Y cuando nuevamente le pregunte: “¿Hay algo más que yo pudiera hacer?”

“¿Puede... predicar?” logró decirme en un susurro.

“¡Sí, señor! ¡Lo intentaré!” tartamudeé.

“¡Que increíble! Parece que es la única cosa que le faltaba intentar hacer, ¿verdad?”

Y fue así que prediqué mi primer sermón como evangelista independiente. No recuerdo el texto en que basé el mensaje. Pero lo que recuerdo es que unas once personas vinieron

al altar para aceptar al Señor. Al verlos venir por los pasillos, una ola enorme de júbilo me cubrió de tal manera que estaba débil y mareada de tanta alegría y gloria. Muchas cosas emocionantes han sucedido en mi vida. He ascendido en globo, volado en un dirigible, he volado sobre los Alpes, me he sumergido en un submarino, he mirado dentro del cráter ardiente del Monte Vesubio, he predicado a miles de hombres desde la quilla del Titanic cuando se encontraba entre los astilleros de Belfast, he recibido las llaves de varias ciudades de manos de sus alcaldes, iniciado la reunión del Senado y el Congreso en oración, hablado en cadena nacional de radios, subí las pirámides, anduve en la Tierra Santa, viajé en camello al corazón de Argel, navegué por las aguas azules del Mar de Galilea, llené el Royal Albert Hall in Londres y los Jardines de Boston en los Estados Unidos. ¡Pero ninguna emoción, multiplicada mil veces, supera la que he sentido como ganadora de almas cuando los pecadores prorrumpen en lágrimas de arrepentimiento y corren por los pasillos para caer ante el altar del Altísimo!

De pie, observando a través de las lágrimas a aquellos primeros once convertidos, yo no sabía que ellos eran el anticipo de los cientos de miles que seguirían sus pasos a través de los años de mi ministerio. Pero sé que hasta el día de hoy continuo tan emocionada como en aquel primer día. Todavía quiero reír y llorar, danzar y gritar todo a la misma vez.

Mientras me hallaba de pie, llena de emoción, miré hacia abajo a una mujer que estaba tirando de mi vestido. Me dijo, “Usted es la persona que estaba buscando”.

“¿Sí?” respondí amablemente.

“Vivo en Mount Forest”, continuó. “Es una ciudad pequeña donde pocas personas asisten a la iglesia. El salón de mi congregación es pequeño, con capacidad para sólo cincuenta personas. Aun así, las sillas se hallan vacías la mayoría del tiempo, y no me atrevo a pedirle a algún buen predicador que venga. Pensé que tal vez usted quisiera venir”.

“¡Será un placer!”, le contesté. Pero primero debo correr a mi casa en Ingersoll para ver a mis pequeños, luego debo ir a la ciudad vecina, Londres, donde prometí ayudar durante diez días en las reuniones de campamento. Estaré lista en aproximadamente dos semanas”.

“Entonces está decidido. Pero recuerde que es un campo difícil y duro. No hemos tenido un avivamiento verdadero que esta generación pueda recordar”.

“Entonces será una buena experiencia,” respondí, “yo haré lo mejor de mi parte. Con Dios todas las cosas son posibles”.

Al finalizar la reunión en Londres tomé a mis hijos y partí hacia Mount Forest mi pequeña misión inicial. Mientras el tren corría velozmente entre los campos maduros de trigo canadiense, llevando a Rolf, Roberta y yo hacia Mount Forest, me sentí como Ruth, la rebuscadora de trigo de los tiempos antiguos, avanzando con la hoz brillante de la Palabra de Dios.

Mi anfitriona, la señora Sharpe, nos esperaba en la estación y fuimos a su casa. Mientras recorríamos el camino principal de la pequeña ciudad campestre, pasamos por el almacén que vendía un poco de todo, por la barbería, el pequeño banco y los negocios característicos de esos lugares. “No espere algo grande”, me advirtió la señora Sharpe. “Como ve este es un pueblo pequeño”.

“Estoy ansiosa por ver el lugar donde voy a predicar”.

“No tiene que esperar... allí está, cruzando la calle”.

Sí, allí estaba, con un letrero donde se leía “Misión Victoria.” Me apresuré a entrar, caminé por el pasillo central en medio de como cuatro docenas de sillas, y subí a una plataforma pequeña mirando alrededor del recinto vacío. “Una iglesia para muñecas”, susurre al bebé en mis brazos.

Al comienzo de la reunión estaba conmovida al ver el lugar prácticamente vacío, excepto por la presencia de dos hombres y un niño que llegaron aquella noche. De todas maneras, les prediqué con la misma sinceridad con la que me dirigí a los grandes auditorios de dieciocho a treinta mil personas en los años posteriores. La noche siguiente, regresó el mismo grupo de personas, y la noche siguiente y la siguiente. El domingo a la mañana y tarde, la asistencia no mejoró. Comencé a ponerme nerviosa. ¿Por qué gastar tanta energía en tan pocos?

Determiné que debía tener una conversación franca con la señora Sharpe. “Hermana”, comencé, “¿dónde está su congregación?”

“¡Esta es la congregación!”

“¿Por cuánto tiempo ha estado predicándoles?”

“Oh, casi por dos años”.

“Bien,” opiné. “Pienso que ellos han recibido bastante predicación. Salgamos y busquemos una verdadera multitud”.

“Me temo que eso será imposible. Yo le advertí, cuando la invité, que a la gente de Mount Forest no le gusta asistir a la iglesia y que ésta es una ciudad pequeña.”

“Todo el mundo va a ver un incendio”, razoné. “Vamos a salir a tocar la alarma”.

“¿Qué quiere decir?” me preguntó.

“¿Qué tal si tenemos reuniones en la calle?”

“Es inútil. Ya lo intentamos, pero nadie se detiene a escuchar. Sólo puede orar y confiar que el Señor derrita los corazones de esta ciudad”.

“Bien”, contesté, “yo voy a ayudarle. Usted sabe que la fe sin obras es muerta. ¡Yo voy a salir a buscar la multitud, ahora mismo!”

Caminé por la calle principal con una silla. Nadie se detuvo a mirarme con curiosidad cuando me paré en la esquina principal. Observé el escenario y procuré establecer planes para la conquista de las almas. La pequeña ciudad somnolienta descansaba bajo el atardecer.

¿Cómo podía atraer su atención? Me acordé de la frase de Robert Semple: “Cuando tengas duda, ora”. Así que comencé a orar. Fijando mi silla firmemente sobre la acera, ésta se convirtió en mi pequeña plataforma. Levanté las manos hacia el cielo, cerré mis ojos, y me quedé allí levantando mi corazón hacia Dios sin hablar una sola palabra. Los minutos pasaron. Nada sucedió, pero yo no me moví, no hablé, y nunca bajé mis brazos. Entonces una onda de interés y entusiasmo revolvió a la población.

Pasos apresurados llegaban de todas las direcciones, hasta que un buen número de personas se había reunido, pero yo no me moví. Para entonces estaba temerosa de hacerlo. ¡Nadie se hubiera imaginado que había tanta gente en la calle!

Abrí mis ojos y miré alrededor desorientada. Entonces comencé a temblar. Pero, aunque traté de hablar, no salía ni una sola palabra. Varias veces mi boca sólo se abrió y se cerraba.

En ese momento, con desesperación, grite, “¡Vamos! ¡Sígueme rápido!” Saltando de la silla, la colgué en mi brazo y corrí hacia la iglesia. La multitud corrió detrás de mí.

No paré hasta llegar a la puerta. Corrí hacia adentro, y ellos corrieron también. Corriendo hacia la pequeña plataforma, le grité al portero, “¡Cierre la puerta! ¡Y manténgala cerrada hasta que yo termine!” Después de conseguir la gente, estaba temerosa de no poder mantener su interés. Pero ellos no mostraron ningún interés en irse. Eso prácticamente resolvió el problema. Nunca antes me había preocupado tan seriamente como ese día memorable. Si está preocupado por la asistencia, ¿por qué no intenta utilizar el método de la silla y oración en alguna intersección transitada? Le puedo asegurar de todo corazón y prácticamente garantizarle que dará resultado. De todos modos, les prediqué durante cuarenta minutos. La noche siguiente había tantos fuera del templo diminuto, como los que estaban dentro.

“Es una noche hermosa. ¿Por qué no predica afuera en el patio?” sugirió alguien.

La multitud marchó hacia afuera y se sentó sobre la grama mientras yo predicaba sobre el porche. El piano fue sacado rápidamente, y algunos granjeros trajeron las linternas de sus carruajes y las colgaron sobre los árboles. Al final de cuentas terminé con una iglesia numerosa. Mi cúpula fue el cielo cubierto de estrellas. Cual música, el viento susurraba entre los pinos. Por bancas, tuvimos el suelo cubierto de grama verde y aterciopelada. Como congregación, hombres vistiendo su ropa de trabajo y mujeres con sus vestidos de alpaca hechos en casa. Por altar, utilizamos la baranda del porche. ¡Todo era muy emocionante!

Granjeros de hombros anchos vinieron hacia el altar improvisado y rindieron sus corazones al Señor. Toda esa semana prediqué al aire libre, y muchos venían llorando a hacer su entrada en el Reino. La multitud creció en número hasta tener más de quinientas personas. Venían en caballos, bicicletas, carrozas y carretas. Venían a pie y en carruajes sin caballos.

Una mujer predicadora era la novedad. Al comienzo de mi ministerio, las mujeres estaban al fondo del escenario en la vida de Canadá y Estados Unidos. Las mujeres involucradas en negocios y ante el ojo público, eran la excepción a la regla. Los hombres mayormente monopolizaban las actividades fuera del hogar. Sin embargo, razonaban, “Si el Señor elige a una mujer para atraer a sí mismo a los que de otro modo no vendrían, ¿quién, entre nosotros, cuestionaría la sabiduría de Dios? Somos salvos de la misma manera, sea que predique hombre o mujer.”

Los ministros ortodoxos, muchos de los cuales no estaban de acuerdo con el ministerio de Moody, Spurgeon, Sunday, y otros, principalmente por usar métodos de evangelización modernos en vez del modelo convencional y formal de ortodoxia, con mayor razón desaprobaron que una mujer ministrara. Además, mis reuniones eran muy diferentes del ritual fúnebre, sepulcral, de los domingos ya señalados y barrían el país con himnos de avivamiento alegre y fervoroso todos los días de la semana.

Desde el comienzo sentí que los métodos populares de la época eran demasiado arcaicos, extremadamente pasivos, sin vida para captar el interés de las multitudes. El tiempo estaba avanzando; el evangelio siempre fue nuevo y actual; pero las

formas anticuadas de presentarlo no servían. Las personas no querían oír hablar del Cristo de casi 1900 años atrás, ¡sino del Cristo vivo, vital, y poderoso de hoy!

“¡Señora, usted no es una predicadora común!”

Levanté mis ojos hacia el rostro de quien hablaba, un campesino anciano con su rostro surcado por el correr del tiempo, y músculos que afloraban de sus brazos fuertes y desnudos. “Soy apenas una principiante”, me disculpé. “¿Pero, por qué lo dice? ¡Se está burlando de mí!”

“Escuche”, replicó entre risas, “usted ha estado aquí durante una semana completa y nunca ha recogido ni una sola ofrenda. ¿Qué tipo de predicadora es?”

“No se me ocurrió. ¡Ni siquiera lo había pensado!”

“Yo le ayudaré a remediar el asunto ahora mismo”. Tomó un sombrero de paja de alas anchas, y se movió diligentemente entre la multitud. Si alguien dudaba en dar, él no se movía de delante de su víctima, sujetando su improvisada bandeja de recolección y diciendo, “¡Vamos, Bill, viejo apretado! ¡Abre la mano!” O “¡Suéltala Williams! ¡Spud, llega hasta el fondo de tus bolsillos!” Con el rostro enrojecido, pero triunfante, regresó con el sombrero lleno hasta rebosar de monedas y billetes.

Después de la reunión conté la ofrenda. Alcanzó la suma de sesenta y cinco dólares. Estaba tan orgullosa de esta ofrenda que me quedé sentada casi toda la noche observándola. “Ese es tu dinero. Trabajaste arduamente para recibirlo. La gente dio voluntariamente. No hay ningún impedimento. Colócalo en el banco para un día lluvioso”, me dijo mi ego.

“Es dinero del Señor. Debe ser invertido en su obra. Busca primero el reino de Dios y todas las demás cosas vendrán por añadidura”, susurró el Espíritu.

A la mañana siguiente, habiendo oído hablar de un hombre en una ciudad vecina que tenía una carpa para la venta, tomé el tren y fui a verlo.

“Sí, señora”, dijo el hombre. “Suba esas gradas hacia la bodega. La carpa originalmente me costó quinientos dólares, pero se la dejare en ciento quince”.

“No puedo pagar más de sesenta y cinco”, dije balbuceando.

“¡Eso es ridículo! ¡Tiene capacidad para quinientas personas!”

“¡Me siento tan decepcionada! ¿Qué puedo hacer?” Las lluvias de otoño comenzarán pronto, y un avivamiento glorioso comenzó en Mount Forest. ¿Usted podría...?”

“Bueno, señora”, se comprometió, “le diré lo que haré por usted. Considerando que usted es una predicadora, voy a dejársela por sesenta y cinco, con una condición”.

“¡Oh, sí, señor, cualquier cosa!” Abrí mi cartera y puse los billetes, de manera tentadora, delante de él.

“La carpa es pesada y voluminosa. Si usted no me obliga a extenderla... en otras palabras, si usted la compra empaquetada, es suya”.

“¡Trato hecho! Yo no pensaría en darle todo ese trabajo. Dios le bendiga, señor. Hágame el favor de colocarla en el tren”.

A mi regreso al lugar donde estábamos llevando a cabo las reuniones, llamé emocionada a la señora Sharpe y a todos los

vecinos. “¡Vengan rápido! Ayúdenme a desempacar mi catedral de lona”.

Con dificultad y mucho trabajo, sacamos la carpa y la extendimos sobre la grama. Amigos, acepten mi consejo: ¡jamás compren una carpa empaquetada! De un extremo al otro, mi carpa de reuniones parecía un colador, llena de agujeros y rasgada en varias partes, y entre el moho y las polillas, habían acabado de arruinarla. No obstante, la cosimos, la remendamos y la pusimos de pie. Era del tipo antiguo de mástiles y tuve que usar de todo mi ingenio para colocar los pesados postes en posición. En cuanto conseguía fijar un poste en un lugar, se aflojaban por lo menos media docena de los que ya estaban puestos.

Con el cabello húmedo de transpiración, que corría sobre mi rostro, mi vestido arruinado por el polvo y la tierra, las manos encallecidas y las uñas quebradas, continué con firmeza mi tarea, golpeando los postes con una almádana y atando muy bien las cuerdas. Cuando estuvo en pie y decorada con frases bíblicas y guirnaldas, se veía muy bien. Caminé alrededor, tan orgullosa como el arzobispo de Canterbury caminando por los pasillos de su catedral.

El día siguiente era domingo. Y ahora yo tenía un lugar donde recibir a la gente. La carpa estaba completamente llena cuando subí alegremente al pulpito. En las calles, y hacia todas las direcciones, había vehículos estacionados de diferentes especies. Los bordes de la carpa se balanceaban al ritmo de la brisa del viento.

Cuando miré hacia los cientos de personas sentadas cómodamente en las filas de bancas que había pedido prestadas,

mi alegría era desbordante. Prediqué como una persona inspirada. Las palabras fluían como torrentes.

En ese momento, el viento rugió con fuerza a mi lado de la carpa. ¡La lona suspiró y seguida de un grito desesperado, se rasgó! Se dejó ver una gran abertura sobre el poste que estaba directamente sobre mí. Luego, la carpa entera comenzó a balancearse de un lado a otro. Perdí el interés de la multitud. Los ojos de todos estaban fijos en los pliegues que estaban prontos a caer sobre nosotros.

En aquellos primeros días de entusiasmo evangelístico, para mí, todo era de Dios o el diablo. Yo creía que Satanás estaba saboteando mis reuniones. Sin pensar en los que estaban presentes, en mi emoción levante mi brazo al pináculo de la carpa y exclame: “¡En el nombre de Jesús, te ordeno a que te quedes allí hasta que termine la reunión!” Y, créanlo o no, una de las costuras quedó enganchada en un clavo que sobresalía y se quedó allí. Aun más, el viento se apaciguó y la reunión terminó exitosamente.

Tal vez, usted dirá, “Oh, hermana, no fue Dios, fue el clavo.” Tal vez, pero, de todas maneras, le doy el mérito al Señor. Las personas que adoptan otra explicación me parecen ser semejantes al niño que estaba cayendo desde el techo de un establo. Pobre pequeño, la velocidad era mayor a cada momento. “Oh, Señor, ¡ayúdame! ¡Me estoy cayendo, me estoy cayendo del techo!” En ese momento, sus pantalones se atascaron en un clavo que sujetaba una de las tejas, y no siguió deslizándose. Colgado seguramente en el clavo, alzo su voz hacia el cielo diciendo, “No te preocupes, Señor, el clavo me está sujetando”.

Muchos de nosotros somos como el niño oramos cuando surge alguna dificultad y, cuando el problema pasa, comenzamos a razonar, “¡Al final de cuentas, es posible que no haya sido Dios el que me libró!”

Después de la reunión, desarmamos la carpa y la extendimos sobre el suelo. Al día siguiente, tomé nuevamente la aguja grande, pedí ayuda a un grupo de mujeres de la congregación y trabajamos mañanas y tardes completas, cosiendo metros y metros de lona, docenas de parches y colocando sujetadores de pernos, por toda la carpa. Al atardecer, la carpa parecía un túnel cubierto de remiendos tantos remiendos que había quedado muy poco de la carpa original. Luego la levantamos nuevamente, esta vez para dejarla firme.

Cuando terminamos, me dolía cada músculo de mi cuerpo. Estaba tan cansada, tan fatigada para predicar, tan exhausta para hacer cualquier cosa que seguramente nadie esperarí­a que predicara después de un día como ese. Entonces decidí descansar aquella noche y coloqué una nota pequeña en la carpa, posponiendo la reunión para el día siguiente. “No habrá reunión esta noche. La evangelista quedó demasiado cansada después de remendar la carpa durante todo el día”.

Pero prediqué esa noche y la siguiente. Y la otra también. Al prepararme para ir a la cama, en vez de ir a predicar, tomé la Biblia y me arrodille para orar. No sé cómo, la Biblia se cayó de la cama al suelo y se abrió sola. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”. Estas fueron las palabras que estaban frente a mí.

Sí, prediqué esa noche. Y, aunque estaba desfalleciendo de cansancio cuando subí a la plataforma, al ponernos de pie

para cantar el primer himno todo el cansancio cayó de mí como una capa desabrochada. Ha sido así desde esa noche. No importa cuánto trabajo o problemas traiga el día, no importa cuán fatigada física o mentalmente me dejen, cuando subo al pulpito, al momento me siento completamente fresca. Como sea mi día, así es mi resistencia - cuando más quehaceres tengo, más es la fuerza para llevar a cabo mis labores. Y cuando llega el momento del mensaje, siento la infusión de poder, tal como cuando un cable de cobre es tocado por la corriente eléctrica. Soy revitalizada, renovada.

Muchas almas fueron salvadas aquella noche simplemente porque, después de haber remendado y levantado la carpa, Dios me mostró que me daría fuerza suficiente para cada necesidad. Esa fuerza nunca me abandonó, en ninguna emergencia o en cualquier ataque prolongado. La corriente es enviada a través de este cable humano, y la luz resplandece en el mundo entero.

En aquella reunión especial que yo casi dejara de realizar, dieciocho de aquellos campesinos altos y de hombros anchos, se convirtieron. Se acercaron al altar rústico y sus enormes hombros fueron sacudidos por los sollozos reprimidos. Cuando finalmente se levantaron, sus rostros brillaban. La campaña continuó gloriosamente, aumentando siempre en poder, en números y en resultados en el altar, donde las vidas de hombres y mujeres fueron transformadas de las tinieblas a la luz.

Vinieron, desde el mayor hasta el menor, desde las autoridades oficiales y las mejores familias hasta el pecador más desesperanzado, que en ese caso parecía ser el campanero de la ciudad. Él era la novedad del vecindario, parecía haber sido

escogido como la pelota de fútbol que todo el mundo pateaba, en su condición de bebedor empedernido, era pateado fuera de los bares, se ganaba la vida tocando su campana de arriba a abajo por los caminos. “¡Atención! ¡Atención!” Anunciando un remate de vehículos, un partido de fútbol, o lo que sea. Después de haberse convertido, me dijo que yo fui la primera persona que lo llamara Sr. O'Connor. Los demás lo llamaban Mono Abe. Ocurrió una transformación maravillosa. Sobrio y vestido con un traje limpio y remendado, subía y bajaba las calles tocando su campana más fuerte que nunca, “¡Atención! ¡Atención! Le di mi corazón a Cristo. ¡Vengan al avivamiento esta noche y escuchen a la hermana McPherson predicar al Cristo que me salvó!”

Durante los dos años que siguieron a esa noche, en el verano y en el invierno, al norte y al sur, trabajé de día y dormí de noche a la sombra de la carpa. Yo cuidaba de mis carpas tal como una madre vigila cuidando a su hijo único. No podía sacar mis ojos de ellas. Constituían todo mi mundo, donde yo vivía y respiraba. Yo dormía en un catre de lona del ejército en una tienda pequeña al lado de la grande - junto a mis dos hijos - y mientras dormía, algunas veces tocaba el costado del catre sintiendo que yo también era un soldado en el campo de batalla del Señor.

En medio de la campaña de Mount Forest, recibí varios telegramas de Harold McPherson, pidiéndome que regresara a casa a “lavar los platos”. Le envié un telegrama en respuesta, contándole que ahora era una evangelista de éxito ascendente en la conquista de las almas y que jamás podría abandonar mi misión. El señor McPherson vino entonces a Mount Forest y,

después de oírme predicar dijo, “Querida, no tenía idea que pudieras predicar así. Nunca dejes de predicar”.

9 A lo Largo de la Costa Atlántica

Cierto día, me encontraba arrodillada en oración, y escuché varias veces la palabra “¡Corona! ¡Corona! ¡Corona!” Yo dependía tanto del Señor para mis necesidades diarias que grite, “¡Bendito sea Dios, el oyó mi oración y está enviándome la máquina de escribir Corona que le pedí!”

Aún sobre mis rodillas, me di vuelta para abrir un montón de correspondencia que dejara caer al suelo. Imagínese mi sorpresa cuando abrí la carta que estaba sobre el montón de invitaciones y leí el sello postal, “Corona, Long Island.” Hasta entonces yo no sabía de la existencia de ese lugar. La letra era casi ilegible y evidentemente había sido escrita por las laboriosas manos de alguna anciana santa, mujer de oración y llena de bondad. La carta decía:

Querida hermana McPherson:

Durante dos años he venido postrándome delante de Dios, suplicando que envíe un avivamiento a Corona.

Él ahora me ha revelado que un poderoso avivamiento de la ciudad entera será enviado a través de su ministerio. Las almas se convertirán en grandes números, los santos recibirán el bautismo pentecostal del Espíritu Santo, y los milagros de sanidad serán operados en este lugar a través de sus manos.

Mi casa está a sus órdenes. Su cuarto está preparado. Venga inmediatamente, esperando grandes cosas del Señor.

El Espíritu inmediatamente dio testimonio a mi corazón y, descubriendo que Corona estaba a la salida de la ciudad de Nueva York, me dirigí hacia allá. Tuve algunas dificultades en encontrar la dirección y caminé muchas cuadras con una maleta pesada en mi mano. Finalmente, alguien localizó la calle en el mapa de la ciudad. Estaba en el distrito negro. Asombrada, me aproximé al lugar y golpeé la puerta.

La puerta se abrió completamente. Mis ojos estaban atónitos. Se asomó una mujer negra como el carbón, de rostro radiante, que casi ocupaba toda la puerta. “Disculpe”, le dije yo. “Estoy buscando a una señora que me escribió para que viniera a Corona a realizar una campana de avivamiento. Pensé... pensé que esta era la dirección correcta”.

“¿Es usted la hermana McPherson que ha estado predicando en una carpa grande?”

“Sí”.

“¡Dios la bendiga, querida! ¡Entre al instante! ¡He estado esperándola todo el día! ¡Entre! ¡Entre!”

Dos brazos grandes y negros me envolvieron y fui comprimida sobre su pecho amplio antes que pudiese comprender que esa hija de Dios era quien había escrito la carta.

“Le pedí a una amiga que le escribiera por mí,” me explicó, mientras subíamos una escalera estrecha hacia un pequeño cuarto en el ático. Deshaciéndome de las señales del viaje, descendí para encontrar un almuerzo cuidadosamente preparado en la sala comedor. Mientras yo comía, mi anfitriona hablaba, y el sobresalto de la sorpresa comenzó a desaparecer gradualmente.

“¡Si hay una ciudad necesitada de un avivamiento del Espíritu Santo, es esta!” exclamó sinceramente, mientras esparcía una generosa porción de jalea de mora en un pedazo de pan y lo colocaba en mi plato.

“¿S-sí?” tartamudeé, recuperando de alguna manera mi capacidad de hablar. “¿En qué local o Iglesia se va a llevar a cabo la campaña?”

“Va a llevarse a cabo exactamente aquí, en Corona, por supuesto”. “Pero, ¿cuál es el nombre del salón o propiedad en que la llevaremos a cabo?”

“¡Oh, querida! ¡Yo no sé! Pensé que usted haría los arreglos cuando llegara. ¡Usted sabe más de esas cosas que yo!”

“Pero, Mami, ¿quién está apoyando y patrocinando la campaña? ¿Tiene un grupo de personas, un grupo de creyentes para ayudarme en el proyecto?”

“No, querida, no logré que se interesaran en un avivamiento,” suspiro ella.

“Soy la única persona de la cual usted puede depender en este momento; pero habrá muchos otros cuando comience la campaña”

“Mm ...sí ...” murmuré, haciendo fuerza para que un sorbo de leche pasara por mi garganta. “¿Entonces, no se ha hecho ninguna preparación para la campana todavía?”

“¡Preparaciones! ¡Preparaciones!” Estalló ella. “¡Se han hecho muchas preparaciones, querida! ¡Muchas preparaciones! ¿No le dije que vengo orando por estas reuniones por más de dos años? Ya se ha orado por ella. Las nubes de gloria estarán prontas a descender sobre esta ciudad cuando usted comience a predicar la Palabra”.

Después de la humilde reflexión, y siguiendo la sugerencia de Mami, oramos por unos momentos. Nadie podría oír esta voz rica, llena y sincera elevándose hacia Dios, sin darse cuenta que allí había alguien que se comunicaba con el Maestro, tal como un amigo se comunica con otro amigo. Parecía un ángel negro radiante, y su corazón era de oro puro.

Levantándome, me preparé para la acción, diciendo, “Creo que debemos salir y buscar un lugar para las reuniones ahora mismo. Yo soy una extraña aquí y no sé por dónde comenzar”.

“Si yo fuera más joven iría con usted, pero sé que el Señor preparó un lugar que está esperando. Puede ir y yo me quedaré aquí pidiéndole al Señor que la guíe”.

Juntando todo mi valor, salí en busca de un auditorio, pero encontré poca ayuda. No había ni auditorios, ni salas de conferencias o teatros vacíos. El único lugar ofrecido vino en respuesta a una pregunta que le hice al dueño de un bar.

“Mire, señora”, me dijo bondadosamente. “Dudo que encuentre espacio para una reunión de ese tipo. Pero si la sala del fondo de mi bar - que tiene capacidad para cerca de doscientas personas - puede servirle, usted puede usarla”.

Agradeciéndole, decliné la oferta y salí. Durante dos días continúe buscando sin resultado alguno. Cansada, con mis pies adoloridos y desanimada, regresé a mi cuarto y, después de lavar mi rostro ardiente, me senté desconsolada en una silla.

“Qué situación tan peculiar”, suspiré. “¿Es posible que esté fuera de la voluntad de Dios? ¿Cuál es el significado de esa

extraña e insistente palabra ¡Corona! ¡Corona! que escuché en mi oración?”

La necesidad desesperada de un avivamiento del Espíritu Santo en la ciudad, su frialdad y formalismo quedó desnuda delante de mí antes de concluir con la búsqueda. Pero, ¿estaría la bella y negra Mami en lo cierto al declarar que este era el momento de Dios y de su llamado para que yo condujera una campaña justamente en esta ocasión? Me recosté en la silla y cerré los ojos. Una arruga de confusión se formó en mi frente.

Escuché pasos en la entrada del frente. Y alguien estaba golpeando a la puerta. Tal vez alguien con noticias sobre el auditorio, ya que indagué por todas partes. Inclinandome sobre el pasamano me quedé escuchando perpleja de la voz potente que llegaba hasta mí desde el estrecho pasillo.

“Oí decir que una señora evangelista está aquí”.

“Así es. Es la hermana McPherson que vino para conducir un avivamiento”.

“Bien, soy el pastor de la Iglesia Episcopal Metodista Sueca, aquí en esta calle, y me gustaría saber si ella tendría tiempo de realizar algunas reuniones con nosotros”.

“Espere un momento, señor, voy a llamarla para que usted mismo le pregunte. ¡H-e-r-m-a-n-a!”

“Si, Mami.”

Casi tropecé en las gradas en mi ansiedad y me quedé sin respiración mirando al pastor quien llegara como un mensajero del cielo en ese momento de confusión.

Esa noche encontré la mitad de la iglesia llena de gente y ellos hicieron correr la noticia por la ciudad. A la tarde siguiente la iglesia estaba repleta, aquella noche había gente

hasta en la calle, aunque los ministros habían advertido a sus feligreses de que se mantuvieran a la distancia de los pentecostales y que no se mezclaran con esa gente que hablaba en lenguas. Una semana después de iniciada la campaña, se dejaron ver los resultados. Un profesor de Escuela Dominical de una de las iglesias grandes, un hombre cuya posición cristiana sólida era conocida por todos, fue el primero en recibir el bautismo. La esposa de un ciudadano entre los líderes fue la segunda y, cuando se hizo el llamado al altar, un gran número entre los presentes, todos ellos miembros de iglesias, se reunieron frente al altar.

Debido a que nunca antes habían asistido a una reunión pentecostal, se mostraban muy rígidos y no sabían que hacer para buscar al Señor. Sabiendo que sus pastores les habían advertido de que se trataba de un tipo de hipnotismo, tuve el cuidado máximo en no imponerles las manos ni hablarles. Pero oré sinceramente en mi asiento, “Oh, Señor, envía el poder. Señor, honra tu Palabra en este momento”.

Entonces la señora de John Lake, se levantó del altar regresando a su lugar en el auditorio, cuando repentinamente cayó bajo el poder, con su cabeza apoyada en el hombro de su esposo. La gente alarmada dijo, “Se ha desmayado. Corran y traigan agua”. Pero yo sabía que no se había desmayado, y continué orando, “Señor, envía el poder. Bautízala ahora”.

Se juntó a su alrededor un buen número de personas, pero antes de que pudieran regresar con el agua, alabado sea el Señor, el Espíritu Santo descendió y la llenó. Ella comenzó a hablar en otras lenguas, para sorpresa y delicia de todos. Continuó hablando, en un lenguaje claro y bello, con el rostro brillando con la gloria del Señor. Uno le dijo a otro, “¿Qué

piensas al respecto?” Otro exclamó, “¡Es grandioso, maravilloso! ¡Como quisiera tener la misma experiencia!”

La noticia del bautismo de esa hermana bien conocida, se esparció rápidamente por la ciudad. La noche siguiente, otros tres cayeron bajo el poder y hablaron en lenguas. De esa manera, las reuniones aumentaron en poder, número y resultados cada noche.

Después de predicar en la iglesia durante una semana, el pastor W. K. Bouton nos invitó a una iglesia con el fin de predicar la noche del jueves. (Después de haber advertido a sus feligreses que no asistieran a nuestras reuniones, él vino en persona. El Señor lo convenció de la verdad, que había algo más profundo para él y su congregación).

La noche que prediqué en su iglesia, tuve que pedirle al Señor que no permitiera que yo me asustara o tuviera temor de los ministros que habían venido de visita y estaban sentados detrás de mí en la plataforma y que me diera la libertad y el poder al predicar Su Palabra. Él jamás falla. Él recuerda nuestras debilidades, ¡Alabado sea su nombre!

Mientras hablaba, las palabras “amén” y “aleluya” dichos con sinceridad se elevaron en todo el edificio. Yo sentí que debía predicar la verdad sin ninguna anuencia por lo menos una vez en esta iglesia, ya que tal vez no me volverían a invitar. Cuando terminé, me senté, decidiendo no hacer una invitación al altar en la iglesia de otra persona.

El pastor se puso en pie y dijo, “¿Cuántos de ustedes creen que sea verdad lo que la hermana McPherson ha dicho y sienten que no han recibido el bautismo del Espíritu Santo a la manera bíblica y les gustaría tener esta experiencia? Levanten sus manos”.

“Hermana”, dijo él, y noté que sus ojos estaban llenos de lágrimas, “quiero extenderle una invitación para que permanezca en mi iglesia por el tiempo que desee predicar estas verdades maravillosas. Ustedes estaban muy apretados en el lugar que se encontraban. Nuestra iglesia es mucho más grande. En nombre del Maestro, ¿quiere aceptar la invitación?”

Esa iglesia, siendo más grande que la anterior, estaba llena desde el púlpito hasta la puerta, y a la reunión siguiente un buen espacio de la calle se hallaba ocupado. Se abrieron las ventanas y la gente estaba sobre cajas o cornisas.

Cierta noche, después de haberme escuchado declarar que Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y por todos los siglos, y que Él continúa vivo para sanar, salvar y bautizar con el Espíritu Santo, algunos de mis oyentes aceptaron mi palabra literalmente. Me quedé sorprendida cuando, al levantar los ojos, vi descender por el pasillo central una figura extraña y patética - una joven apoyada en dos muletas. Estaba encorvada y torcida a causa de una artritis reumática y era sostenida del lado izquierdo y derecho, además de las muletas, por dos amigas. Vino desde la última fila. Me pareció que los ojos de toda la audiencia estaban fijos en ella. Un murmullo de compasión recorrió la asamblea.

Yo no tenía experiencia en orar por los enfermos. De hecho, hasta entonces, era muy poco lo que había dicho, sobre esta gran doctrina. Sin embargo, en mis sermones había proclamado constantemente que Jesucristo era el mismo ayer, hoy, y por los siglos. Yo lo creía y también creía que Él tenía poder para sanar. Estaba dispuesta a orar por alguien enfermo. Pero cómo hubiera deseado comenzar con alguien que pareciera ser más fácil de ser sanada que esta pobrecita con sus

dedos nudosos y torcidos, coyunturas inflamadas, su mentón sobresaliente apoyado sobre su pecho, y cuyas extremidades caían inertes. Sus manos eran inútiles de manera que no podía levantarlas para peinar su cabello o alimentarse.

Pero ella vino, y parecía que nunca llegaría al frente. Paso a paso. Manos amables ayudaban a este pequeño cuerpo. Recuerdo el silencio mortal que cayera sobre todos de manera que se podía escuchar el sonido de las muletas sobre el piso.

Los ojos de la gente estaban observando primero a la jovencita y después a mí. Y yo, Dios me ayude, sentía que mi rostro enrojecía más y más. Pero clamé en mi corazón, “Señor, tú puedes sanarla, ¡aunque yo admita que parece ser que no hay esperanza para ella!”

Durante el mensaje, grandes lágrimas rodaban por su rostro, y cuando se hizo la invitación al altar, la joven, Louise Messnick, expresó a sus amigas el deseo de aceptar la invitación y convertirse. Mientras tanto, yo había decidido orar por ella para que el Señor la fortaleciera y le diera fe. Mi intención era llegar al asiento de enfrente y orar allí silenciosamente por ella. Intente convencerme de que lo mejor era que hiciera todo de la manera más imperceptible. Tal vez en lo profundo de mi mente abrigaba el pensamiento de que, si no era sanada completamente, su mal no sería tan notado. Pero perdí la respiración cuando vi que la joven estaba siendo traída al altar en los brazos fuertes de sus ayudantes. Ante su incapacidad de arrodillarse, la sentaron en la silla del ministro principal.

Ella oró con toda sinceridad. Entregó su vida completa a Jesús. Preguntando, supe que era la hija de una familia no protestante. En breves minutos, ella no sólo se había convertido,

sino que además había sido bendecida con el bautismo del Espíritu Santo.

Entonces oré por su sanidad. Le dije que levantara sus manos y alabara al Señor. “¡Alabado sea el Señor! ¡Alabado sea el Señor!” Se dejó oír su voz con claridad. Y, para el gozo de todos, ¡las coyunturas nudosas comenzaron a estirarse! Levantó sus manos en alto, a la altura de su barbilla, sus ojos, su cabeza. “¡Oh!” exclamó, “¡Esta es la primera vez, en mucho tiempo, que puedo levantar mis manos sobre mi cabeza! ¡Alabado sea el Señor!”

Arriba, arriba se elevaron sus manos hasta que ambas manos y brazos fueron completamente libres. Su barbilla, sin embargo, había estado tanto tiempo inclinada sobre su pecho que parecía haber crecido allí, su cuello estaba prácticamente rígido. Su cabeza comenzó a moverse, y su barbilla a levantarse. Ella miró hacia el cielo. ¡En un momento estuvo de pie! Sosteniéndose con sus manos en la baranda del altar, comenzó a caminar a medida que sus extremidades se enderezaban.

No sé si fue porque yo nunca antes había visto una cosa semejante, pero hasta hoy, la sanidad de aquella joven me parece uno de los mayores milagros que haya visto. Esa noche, salió caminando de la iglesia, subió al automóvil, y descendió del mismo al llegar a su casa. Cuando su madre la vio caminando por el sendero del jardín, y una de sus amigas le entregó las muletas de la joven, ella levantó sus manos y exclamó, “¡Gracias Dios! ¡Oh, gracias Dios!” y luego arrojó las muletas al sótano para no ser usadas jamás.

A partir de ese día, Louise se convirtió en una presencia constante en las reuniones. Ella dijo que cuando estaba sentada en el porche o corría a la máquina de coser - cosa que

ahora le deleitaba hacer - todos los vecinos pasaban para constatar la verdad de lo sucedido.

Dos años después, tuve la oportunidad de llevar a cabo una reunión en la misma iglesia. Tropezando en el pasillo, apareció una señora de baja estatura, gordita y sonrosada quien cayó sobre mí como un tornado. “¿Se acuerda de mí?” me preguntó.

Mirando a sus ojos chispeantes, tez delicada y figura atractiva, sacudí mi cabeza y dije, “¿Usted es... es, Louise?”

“¡La misma, alabado sea el Señor! He estado cosiendo, cocinando, haciendo labores caseras, asistiendo a las reuniones. ¡Toda nuestra familia se ha convertido! ¡Alabado sea el Señor por Su bondad para conmigo!”

Antes de salir de Corona, Long Island, para Jacksonville, Florida, hacia donde sentí que el Señor me estaba guiando para realizar campañas en carpas durante los meses de invierno, el pastor, sin consultarme previamente, anunció que se recogería una ofrenda por mis servicios a la iglesia. Nunca habíamos hablado sobre asuntos de dinero.

Se colocó una mesa frente al altar, se colocó una Biblia abierta sobre la misma y se invitó a la gente a pasar y dejar allí sus ofrendas. Vinieron llenando los pasillos, depositando monedas y billetes sobre las páginas abiertas. El Señor suplió de esa manera todas nuestras necesidades. Los campos estaban esperando recibir el Evangelio y la espléndida ofrenda con la cual la Iglesia Bautista de Corona recompensó mi campaña hizo posible que fuera hacia el sur, a Florida en el invierno de 1916-17.

Otro resultado de la reunión en Corona fue que el Señor me dio una máquina de escribir, ¡tan largamente deseada! Esto me permitió en pocos meses comenzar con la edición de Bridal Call (invitación a las bodas). El primer número fue publicado en junio de 1917, impreso en Savannah, Georgia. Al principio no pasaba de ser un periódico rural de cuatro páginas. Pero después de tres meses hice arreglos con la Unión Cristiana de Trabajadores en Montwait, Framingham, Massachusetts, para hacerlo más amplio y publicarlo como una revista mensual de dieciséis páginas, dieciocho por diez centímetros en tamaño, con un precio de suscripción de veinticinco centavos por año. Estas publicaciones incluían mis sermones, noticias, fotografías de las campañas, poemas y otros artículos. Ahora podía mantenerme en contacto con muchas personas a las cuales ministrara en diferentes partes del país a través de kilómetros de distancia.

Durante los dos inviernos que predique en Florida (1916-17 y 1917-18),

la carpa fue levantada no sólo en Jacksonville y Tampa, sino también en Saint Petersburg, Orlando, Palm Beach, Miami, y hasta Key West, al sur. Fue durante mis campañas en Florida que mi madre llegó para ayudar en la obra.

Recuerdo vívidamente una reunión especial realizada en un gran tabernáculo de madera en Durant, Florida, a treinta kilómetros de Tampa, que produjo un dudoso Tomas, el cual fue debidamente silenciado. Ese hombre no aceptaba de modo alguno la idea de que la oración de fe continúa sanando a los enfermos.

Un domingo por la tarde, cuando la reunión estaba en todo su auge, ese hermano esperó hasta que la audiencia fuera

despedida para ir a comer. Entonces comenzó una reunión de oposición al otro lado de la cerca que rodeaba el terreno, defendiendo la teoría de que los milagros eran sólo para los días bíblicos y que todo el poder sobrenatural había cesado al ser escrito el último capítulo de la Biblia.

Mientras tanto, yo me estaba preparando para la reunión de la noche. El problema de iluminación en Durant era difícil de resolver, ya que el tabernáculo estaba muy lejos del centro cívico para recibir energía eléctrica. Viendo que las lámparas de queroseno y gasolina usadas allí, no iluminaban lo suficiente, llevé conmigo un equipo de iluminación de carburo de calcio. Evidentemente había un defecto en el aparato, ya que repentinamente, mientras me hallaba realizando algunos ajustes, el equipo estalló y fui envuelta en llamas ardientes.

Mi primer pensamiento fue que el gran tabernáculo de madera iba a quemarse. De alguna manera me mantuve firme donde estaba hasta cerrar la válvula del aparato y lograr que la llama fuera extinguida. En ese momento, había pocas personas en el tabernáculo, y recuerdo las miradas de asombro en ellos. Un hombre comenzó a arrastrarse sobre pies y manos buscando la puerta de salida. Se veía tan divertido que a pesar de mi dolor prorrumpí en carcajadas.

Por un instante, después de la explosión, sentí mi rostro frío, pero muy pronto comenzó a arder. ¡Qué espectáculo peculiar era mi apariencia! Tenía la cara negra, y mis cejas y pestañas habían desaparecido, al igual que mi cabello que estaba expuesto. Afortunadamente me había colocado un sombrero apretado. El dolor era tan intenso que hice la cosa más tonta posible. Corrí y sumergí mi rostro en una vasija de agua fría y, mientras lo mantenía en el agua, el dolor era aliviado, pero al

momento que me levantaba, mi dolor era atroz. Algunas de las damas trajeron bicarbonato y lo aplicaron sobre las ampollas. Arriba y abajo, arriba y abajo, caminé bajo los árboles, y mientras tanto, las multitudes se estaban reuniendo en el tabernáculo.

Alguien tuvo éxito reparando el sistema de alumbrado. Podía ver las luces de los automóviles subiendo la cuesta, oírlos llegar, puertas abriéndose y cerrándose, la gente entrando, las carretas aproximándose y dejando su carga de gente.

Un pensamiento predominó sobre todos los otros: “¿Qué iba a decir ese hermano que le había dicho a la gente que el Señor ya no respondía las oraciones a favor de los afligidos?” ¡Oh! ¡O-o-oh mi pobre rostro! ¡O-o-oh! ¡La reunión... la reunión! Faltan diez minutos... faltan cinco minutos para la reunión”.

Llegó la hora y yo continuaba caminando hacia arriba y hacia abajo, sin poder soportar la agonía. Cinco minutos de atraso... diez minutos. Yo era conocida como una persona que nunca llegaba tarde a las reuniones. A algunos evangelistas les agrada que el dirigente de alabanzas comience la reunión y continúe durante media hora. Entonces ellos entran descansados al último momento para sus mensajes. Pero por alguna razón, yo nunca pude hacerlo. Siempre me agradó participar desde el principio de la reunión, para ser envuelta en su espíritu, y para decidir sobre el tenor de mi mensaje.

Mi temor más grande se concretó. El hombre en cuestión se levantó, y osado como era, comenzó a hacer un discurso, afirmando que no habría reunión aquella noche, porque la señora que predicaba salvación y sanidad divina estaba enferma, al haberse quemado el rostro. La esencia de lo que dijo llegó

a mis oídos y me estremecí con justa indignación. Corriendo a la vasija con agua, me lavé sacándome el bicarbonato del rostro, menos en la punta de la nariz, cosa que descubrí más tarde. Con el cuello almidonado y salpicado con agua, sin cejas ni pestañas, con el cabello chamuscado, mi figura debió parecer muy extraña cuando aparecí en la puerta del tabernáculo. Pero, orando a Dios, pidiéndole fuerzas y diciéndole que avanzaría en el nombre del Señor, entre y subí a la plataforma.

Comencé a cantar el primer himno, con los labios endurecidos por las quemaduras, casi impedida de articular palabras. Al final de la primera estrofa, levanté una de mis manos con fe desesperada y manifiesta, y exclamé: “¡Alabo al Señor porque el me sana y me quita todo el dolor!”

Un gran grito se dejó oír en la multitud. Mi intenso sufrimiento fue inmediatamente aliviado y, ante los ojos de la audiencia, el color rojo oscuro desapareció de mi rostro, las ampollas blancas y pequeñas que se estaban formando desaparecieron, y al final de la reunión había regresado a su apariencia natural. Esto cambió el giro de la batalla decididamente a favor de la aceptación del poder de Dios hoy y el incrédulo fue avergonzado y silenciado.

La primavera estaba cerca, los estados del norte me llamaban, la campaña en el sur terminó triunfante y yo manejé el automóvil del evangelio en dirección al norte con mi familia. Mientras mis hijos dormían en el asiento trasero, viajé a Filadelfia, que sería el escenario de nuestra campaña nacional a partir de julio de 1917.

Al llegar a la ciudad del amor fraternal, fuimos recibidos por amigos que me ayudaron en la selección de un glorioso campamento situado sobre una colina con vista hacia el río y

protegido bajo la sombra de árboles altos y frondosos. Aquí también encontré la carpa de mis sueños, muy bien guardada en una bodega. Cuando subimos la escalera para inspeccionar la parte más alta de lona gruesa del Ejército Americano, reforzado con cuerdas espléndidas, roldanas y cabos, estacas de hierro resistentes, mi corazón cantó de alegría. Valorada en dos mil quinientos dólares, esta espaciosa casa de reunión había sido destinada a un magnífico evangelista, quien había hecho grandes cosas para Dios. Pero cuando fue predicado el bautismo del Espíritu Santo, él rehusó la luz, tomando posición en contra del Espíritu Santo y se hallaba enfermo por meses.

La carpa que Dios destinara para nuestra obra fue mantenida nueva en su bolsa con instrucciones de que debía ser vendida con propósitos religiosos solamente. Ofrecimos mil quinientos dólares y la oferta fue rechazada. “¡No puede esperar una reducción de mil dólares!” dijo el indignado vendedor en las oscuras sombras de la gran bodega.

“Después de orar”, le contesté, “es todo lo que Dios desea que pague”.

“Yo no sé nada tocante a la oración, pero sí sé tocante al valor de las carpas”, respondió rápidamente, caminando hacia otro lugar y mirando hacia afuera por la ventana, desde donde él vio estacionado mi automóvil del evangelio con las palabras impresas en dorado: “¡EL DIA DEL JUICIO SE ACERCA! ¡ARREGLA TUS CUENTAS CON DIOS!”

“¡H-m-m-m!” se dejó oír su decisión - y la carpa fue mía. Pronto fue levantada y llena de bancas, luces eléctricas colgando adentro y afuera, pusimos un piano alquilado sobre la plataforma, e innumerables carpas de dormir se habían

diseminado alrededor en sus bolsas listas para la erección de una ciudad de carpas.

Se pintaron grandes titulares que fueron colgados en las calles principales. Se presentaron músicos voluntarios, puliendo sus técnicas para formar una orquesta. Nos prestaron himnarios, se repartieron invitaciones, se colocaron carteles en puntos estratégicos. ¡La reunión iba a comenzar!

Vinieron santos de Nueva York, Baltimore, Washington. Cientos y cientos de mujeres y hombres piadosos, de pie, con las manos levantadas hacia el cielo, los ojos cerrados y los rostros brillando de lágrimas al entonar un nuevo cántico espiritual inspirado por el Espíritu Santo, proveyeron visiones y sonidos que nunca serán olvidados. Cada uno, olvidándose de quien estaba a su lado, olvidándose de todo excepto del Dios que responde a la oración, clamó con todas sus fuerzas por un gran avivamiento.

La segunda noche, se presentaron problemas. Parte de nuestro campamento

estaba siendo utilizado por los estudiantes de una universidad católica como campo de fútbol. Y a estos jóvenes no les era grata nuestra presencia en el lugar, por lo que patrullaban el terreno noche y día, vigilando todo y a todos, declarando que habíamos invadido su colina, aunque yo la había alquilado legalmente.

Mientras una enorme multitud llenaba la carpa, estos jóvenes, por centenas formaron un círculo afuera. Cada vez que había una manifestación del Espíritu, ellos explotaban en risotadas, ridiculizando y burlándose. Finalmente, sus burlas y escarnios subieron de volumen de tal manera que ahogaron

las voces de los que cantaban solos, dirigían en oración o hablaban.

El diablo había preparado su plan cuidadosamente. En ese mismo momento ocurrió un disturbio en el centro de la ciudad y todos los policías disponibles habían sido llamados, por lo que no había nadie que pudiera mantener el orden. Hacia adelante y hacia atrás, la pandilla se movía en todo el lugar. Los detectives me dijeron luego que esa noche, habían hecho arreglos para incendiar cada carpa que se hallaba en el lugar, llegando al punto de esconder contenedores con queroseno y gasolina detrás de los matorrales para incendiar la lona altamente inflamable.

Como era imposible hablar, el director de la alabanza simplemente dirigió a la audiencia a cantar himnos antiguos tales como “Roca de los Siglos”, “Más Cerca oh Dios de Ti”, “Estoy Bien con mi Dios”, y “Tan Dulce el Nombre de Jesús.”

“¡Oh, Señor!” gemí, inclinándome hacia atrás en mi silla ubicada en la plataforma, “¿qué debo hacer?”

“Comienza a alabarme en voz alta”, respondió el Espíritu en lo profundo de mi corazón, “porque el gozo del Señor es tu fortaleza”.

“Pero, Señor, ¿cómo puedo alabarte cuando no siento hacerlo ... cuando lo único que siento es deseos de correr?”

“¿Me alabas porque sientes o porque yo soy digno?” preguntó la Voz Interior.

“Porque tú eres digno”, respondí. “¡Bendito sea el Señor! ¡Aleluya! ¡Gloria a Jesús!” Comencé tímidamente, en voz baja.

Instantáneamente fue como si fuertes vientos de agradecimiento me levantaran del peligro del momento. Mi voz comenzó a subir de volumen hasta que al final estaba gritando con mis ojos apretados, “¡Amén! ¡Gloria, gloria, gloria! ¡Oh alma mía alaba al Señor, y todo mi ser alabe su santo nombre!”

La congregación fue envuelta en el Espíritu y también comenzaron a elevar sus voces. Mientras alababa al Señor, me pareció ver a muchos demonios con alas extendidas, cual murciélagos, cada uno tocando el ala del que estaba a su lado, rodeando el tabernáculo. Pero cada vez que grité “¡Alabado sea el Señor!” Noté que las fuerzas demoníacas retrocedían un paso, hasta que, finalmente, retrocediendo, desaparecieron en medio de los árboles. Pero ahora que había comenzado, era difícil detenerme y continúe gritando, “¡Gloria a Jesús! ¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!”

De repente noté que del lugar donde los poderes de las tinieblas habían desaparecido, un grupo de ángeles con sus vestiduras blancas estaba avanzando hacia nosotros con sus alas extendidas, cada una enlazada a la de su vecino. ¡Bendito sea el Señor! Con cada “¡Alabado sea el Señor!” los ángeles daban un paso hacia el frente, hasta que rodearon totalmente los extremos de mi catedral de lona.

Sorprendida, abrí mis ojos y miré alrededor. Los jóvenes que nos habían atormentado continuaban allí, pero ahora estaban quietos como ratones, con los ojos redondos y mirándome sorprendidos. Me levanté y prediqué a uno de los auditorios más atentos que jamás haya tenido. Cuando fue hecho el llamado al altar, las bancas estaban llenas. Los mismos jóvenes, muchos de los cuales entregaron sus corazones a Cristo,

vinieron una y otra vez, trayendo a los enfermos y afligidos que necesitaban oración. Dios respondió maravillosamente.

¡Guerra! ¡Influenza! ¡Decenas de millares mueren! ¡Falta de ataúdes atrasa sepulturas! Tales eran los titulares en la prensa diaria; la epidemia había abatido el este con toda su furia. Yo tenía un largo itinerario de reuniones a través de los estados de Massachusetts, Connecticut, y Nueva York.

Las escuelas públicas, teatros, e iglesias fueron puestas bajo cuarentena. Nuestras banderas flameaban serenas sobre los millares en sufrimiento. Los banderines anunciando el avivamiento se balanceaban en el aire húmedo del otoño. Sin embargo, milagrosamente, cuando llegaba a cada ciudad, las prohibiciones eran suspendidas, siendo nuevamente impuestas después de la campaña.

Prediqué día y noche. Worcester, Massachusetts, Hartford y Long Hill, Connecticut, estaban siendo asolados por la plaga y, aun así, Dios salvó y bautizo a centenares. Esas reuniones fueron seguidas por una convención exitosa en la ciudad de Nueva York. Allí, se observaron casos de sanidades maravillosas, y el Pentecostés fue derramado.

En el viaje entre Nueva York y New Rochelle, manejé mi automóvil con mi pequeña familia a través de una pesada y lóbrega neblina. Mi hija se quejó de escalofríos, y la arropé con mi capa. El aire parecía estar impregnado de enfermedad y muerte. No había nada que hacer, sino seguir hacia nuestro avivamiento de ocho días marcado en el calendario. Ocupamos un departamento pequeño, en un segundo piso al cual no llegaba la luz del sol, y que contaba con dos cuartos y una cocina pequeña.

La epidemia estaba en su apogeo. Los titulares de la prensa y las fotografías revelaban que gran número de muertos, envueltos en cobijas, habían sido puestos durante días en el suelo de las morgues, por no haber suficientes ataúdes para enterrarlos. Los sepultureros estaban exhaustos, y nuevos reclutas tomaron sus lugares, comenzando a cavar febrilmente la tierra recién removida.

En esa mórbida atmósfera, poco promisoría, se inició el avivamiento en New Rochelle. Prevalció un espíritu maravilloso. Una multitud sin precedente, llenó el auditorio. Hombres y mujeres ansiosos ocuparon todos los asientos disponibles, otros se quedaron de pie en los pasillos y otros se sentaron en la plataforma. Constantes procesiones de vehículos funerarios y ambulancias pasaban frente a nuestras puertas mientras yo hablaba. Todo esto produjo una seria consideración de la eternidad que llevó un número cada vez más grande de hombres y mujeres al altar. El poder cayó y una gran cantidad de personas, que no nos detuvimos a contar, fue bautizada con el Espíritu Santo.

La noche del sábado, la influenza abatió mi cuerpo. De alguna manera logré concluir la reunión. El domingo, aunque prediqué en las tres reuniones, me sobrevinieron escalofríos violentos y fiebre. El lunes, por la mañana, el dolor era tan intenso que con dificultad fui y me senté en la cama a arreglarme el cabello para la reunión matutina. Cada momento era agonizante. El descenso por las escaleras parecía interminable. Débil, crucé la calle, y fui obligada a sujetarme del púlpito para no caerme. La transpiración brotaba por cada poro de mi piel, y yo temblaba como si tuviera malaria. Sin embargo - razoné - cada una de las personas presentes en la multitud era un

hombre o una mujer cuya alma enfrentaba decisiones eternas e inmediatas. ¡Yo debo - yo debo continuar! ¡No debo fallarles ... ésta es mi labor!

Al regresar a mi pequeño y sombrío departamento, ciegamente tanteé en busca del pasamano y lentamente fui subiendo las gradas. Al llegar arriba, fui recibida con la noticia de que mi pequeña hija estaba con influenza y neumonía doble. El temor puso alas en mis pies, y entré al cuarto de mi hijita. Ella estaba inconsciente... muy débil, muy pequeña debajo de las cobijas. Sujetándome en las paredes, fui a mi cuarto y caí de rodillas al lado de mi cama. “¡Oh, Jesús!” sollocé. “¡Todos podemos aguantar hasta cierto punto! ¡Te llevaste a Robert; ... n-no te lleves a R-Roberta!”

De repente mis temblores y escalofríos cesaron. Y tuve una visión de mi Señor que estaba cerca ... muy cerca de mí. Lentamente mis ojos recorrieron la imagen desde sus pies marcados por los clavos hasta sus radiantes ojos. Entonces, como en una de las pocas veces en mi vida, oí su voz gloriosa, que emociona el alma, hablando a mi corazón, “No temas. Tu hijita vivirá y no morirá. Además de eso, voy a darte una casa en California, donde tus hijos irán a la escuela. Sí, el gorrión encontró casa y la golondrina un nido para ella donde pueda colocar a sus hijos.”

La visión desapareció. Con pasos inciertos y mis ojos llenos de lágrimas, regresé al triste y frío cuarto de enfrente. Los santos habían orado por Roberta y ella se sintió mejor inmediatamente... recobrando su conciencia. Arrodillada al lado de su cama, murmuré, “Querida, vas a vivir, no vas a morir, y vamos a tener un pequeño hogar en California donde irás a la escuela”.

“Mamá”, me respondió débilmente, “¿podría tener también un canario?”

“Sí, querida”, prometí a la ligera.

En ese momento, mi hijo, Rolf, entró al cuarto. “Mamá,” me dijo, “¿puedo tener un jardín de rosas?”

“¡Sí! ¡Sí!” grité, pues mi fe había sido fortalecida en aquel momento. “Sí, mi pequeño... un jardín de rosas grande, muy grande en California.”

En breve, las dos estábamos bien, aunque débiles. Vendí el auto y compré uno nuevo, amarré nuestras pertenencias y equipo en los estribos del brillante Oldsmobile Ocho y puse el motor en dirección al grande y desconocido oeste.

10 ¡California, Allá Vamos!

A fines de otoño de 1918... sobre caminos que no figuraban en el mapa y rutas sin pavimentar, iniciamos el viaje en un Oldsmobile nuevo con capacidad para siete pasajeros, mi madre, mi secretaria, y mis dos bebés. 6.400 kilómetros en el marcador de kilometraje con lluvia, nieve, granizo, nevadas, caminos de arcilla roja y lodo.

Pero sobre los senderos estrechos o en las rutas llenas de baches, mi revista, Bridal Call, necesitaba estar lista para ser enviada a la impresora. Yo dictaba kilómetro a kilómetro a la quejumbrosa secretaria sentada a mi lado. Más tarde, alrededor de una fogata, en el campamento junto al camino, ella la transcribía en mi máquina Corona.

Un demonio de energía, instigado por el insomnio, se ubicó sobre mi hombro y susurró, “¿Por qué estas dejando el este, donde has trabajado por años y tienes tantos amigos? ¿Qué aventura temeraria y pionera es esta? ¡Nunca vas a llegar! Y si llegaras, de allí, ¿qué?” Todo eso, y sólo un chofer en el grupo - yo. Estos fueron los hechos, ingredientes y peligros que formaron parte de mi primer viaje a la “Tierra donde se pone el sol” y la construcción incidental del enorme Ángelus Temple, al cual cientos de millares han asistido desde entonces. Dando una mirada retrospectiva a esas semanas, me lleno de asombro al ver los logros alcanzados.

Salimos, con Tulsa, Oklahoma como nuestra meta a mitad de viaje. Un ministro en Tulsa había escrito insistiendo que realizara una campaña de evangelización en su ciudad. Para nuestra consternación, después de predicar y haber dejado panfletos en Gettysburg, Pittsburgh; Clayville, Pensilvania; Columbus, Ohio; Indianápolis, Indiana; Springfield y Barry, Illinois; Macon y Braymer, Missouri; Olathe y Lola, Kansas; Ologah, Oklahoma, recibí un telegrama de Tulsa con el mensaje, “Posponga su viaje. Todas las iglesias están cerradas debido a la alta mortalidad provocada por la influenza. No es un lugar seguro para que usted venga”.

Atónita por el golpe que se reflejaba sobre mi interpretación de orientación del Señor, fui a Él en oración, “Oh, Señor”, clamé, “Oh, Señor, tú sabes todo sobre nuestro dinero, que es cada vez menos, mi llamado hacia el oeste, mi pequeña familia dependiente, nuestra completa confianza en Ti. Háblame, Señor. Confírmame tu llamado”.

Rápido, como un rayo, vino la respuesta, “No temas. No pierdas un día. Anda inmediatamente. En el momento en que llegues, terminará la cuarentena y todas las puertas de las iglesias se abrirán”. Entonces, con determinación continué mi viaje en el automóvil del evangelio.

Llegamos a las proximidades de Tulsa en una bella mañana de domingo. El sol brillaba, era temprano y el primer sonido que nos saludó fue el de las campanas de las iglesias. Tocaban en una combinación triunfante. Estacioné el auto junto a la vereda, hice una señal al primer policía que vi y le pregunté, “¿Cuál es el motivo por el cual están repicando las campanas y tocando las sirenas?”

“Acaba de ser levantada la cuarentena de la epidemia, señora, y Tulsa está celebrando la reapertura de las iglesias”.

Sucias, cansadas y abatidas, fuimos recibidas alegremente por el pastor que nos invitara. Un baño, un buen desayuno y un período de oración probaron ser tan refrescantes como reanimantes. Lo que siguió fue un avivamiento glorioso.

En medio de todo lo que estaba aconteciendo, mi madre fue atacada por una dolencia mortal de garganta y pulmones. La oración a Dios persistente e insistente salvó su vida, y juntas compartimos ese día ruidoso, vibrante y alegre en que las sirenas tocaran durante horas, las campanas repicaban incesantemente, los hombres y mujeres danzaban, cantaban, reían y lloraban juntos, y fue declarado el Armisticio.

La Primera Guerra Mundial había terminado. La epidemia había cesado. Dios estaba en los cielos, todo estaba bien, y nosotros nos encaminamos nuevamente rumbo hacia la soleada California.

A través de tierras emocionantes y ricas en petróleo, palmeras de cocos y dátiles, plantaciones de naranjas, limones, toronjas, y nueces, proseguimos nuestro camino, cansadas, pero triunfantes, hasta Los Ángeles, la “Ciudad de los Ángeles.” Los Ángeles no era muy diferente de las decenas de otras ciudades por las cuales habíamos pasado. Las calles no estaban pavimentadas con oro, ni había ángeles colocados en línea en sus bulevares, pero yo tenía la sensación de que allí encontraría mi destino. Era el fin de la jornada.

Entre los suscriptores de mi revista se hallaba una familia que residía en la ciudad. Girando hacia la prolongada Avenida Washington, nos aproximamos a la residencia de los hermanos Blake. Nos detuvimos ante el portón más ancho que jamás

haya visto e hice sonar la bocina. Cuando el portón se abrió, un rostro sonriente nos saludó con entusiasmo, Dios habló a mi corazón, “Abriré el corazón de California para ti, de la misma manera que este portón se está abriendo”. Y, bendito sea el Señor, ¡Él lo hizo!

Sólo tuvimos dos días para que se nos pasara el dolor de los brazos antes de dar inicio a nuestra campaña de avivamiento en Los Ángeles, después de un largo viaje evangelístico con un vehículo cuyo marcador de kilometraje indicaba 6.400 kilómetros. Nuestra campaña comenzó en el Victoria Hall, un auditorio grande con cupo para mil personas sentadas. Nos informaron que este salón estaba casi sin uso. Un bondadoso pastor había estado predicando en mangas de camisa como a una docena de personas, en este lugar. Desde la primera reunión el número de oyentes creció. En pocos días no había cupo para la gente en el salón. El cuarto de oraciones, la plataforma, las escaleras y los pasillos rebosaban, y muchos tuvieron que irse por falta de espacio. Aquí, en esta ciudad de Los Ángeles, donde el poder pentecostal se había derramado tan maravillosamente quince años antes en la calle Azuza, se nos dijo que diversas doctrinas habían desviado los ojos de la gente del Señor, por lo que había escasez en la tierra. Muchos corazones hambrientos estaban orando sinceramente, por lo que el Señor respondió de una manera espléndida. Los que habían perdido su primer amor fueron encendidos por la llama y volvieron a consagrar sus vidas a su servicio. Cierta noche, el Señor me dio como texto, “Gritad, porque el Señor os ha entregado la ciudad” (Josué 6:16). Era muy poco lo que sabíamos en ese entonces acerca de la maravillosa manera en que Dios nos entregaría la ciudad, primero como nuestra casa,

luego en avivamientos extraordinarios, y ahora como base para el trabajo evangelístico en el país y en el exterior.

Las ventanas de los cielos estaban abiertas, cientos fueron salvos, muchos fueron sanados, y un gran número recibió el bautismo el Espíritu Santo. La gente se quejaba de no poder entrar en el lugar, y entonces alquilamos el Auditorio Filarmonico, ocupado por la Iglesia Bautista, que acomodaba cerca de 3.500 personas, para las reuniones más grandes. El alquiler era de 100 dólares por tres horas. El Señor suplió para el pago del alquiler a través de las ofrendas sin tener que hacer algún llamado especial.

Este avivamiento no fue llevado a cabo por ningún hombre o mujer, sino que vino de parte del Padre Celestial. En ciertas ocasiones toda la audiencia era derretida en lágrimas cuando en la quietud o el silencio, el Espíritu Santo descendía sobre el lugar. En otras oportunidades, parecía que vendavales del cielo barrían el lugar, y los cánticos celestiales eran indescriptibles. Se derramaban bellísimos mensajes del Espíritu, y la gloria del Señor reposaba sobre todos como un manto.

Durante todo ese período el Señor continuó asegurándome que proveería un hogar para mis hijos. Él hizo saber lo mismo a otras personas en la ciudad, que comenzaron a llamarme por teléfono diciéndome que Dios les había mostrado que mis hijos debían tener un hogar y un lugar para ir a la escuela.

Un domingo a la noche, el auditorio estaba abarrotado hasta las puertas con gente. Una joven se levantó, diciendo, “El Señor me mostró que debo darle un terreno a la señora McPherson. Poseo cuatro terrenos y no tengo necesidad de todos. Yo no he sido llamada a predicar el evangelio como ella

y dándole el terreno para que sus hijos puedan tener una casa y al quedar ella libre para ir y hacer la obra del Señor, participaré de su recompensa”.

Un hermano también se levantó de su lugar diciendo, “Y yo voy a ayudar colocando los cimientos”. Otros ofrecieron, “Yo la armazón de las paredes”. “Yo haré la parte de yeso”. “Yo colocaré los muebles de la sala”. Las cosas continuaron de esa manera y hasta un canario pequeño y algunos rosales fueron prometidos. El canario y las rosas tocaron mi corazón y me hicieron celebrar más que por lo demás. El Padre Celestial no se había olvidado.

Cuando todo fue decidido, fijamos una fecha para la dedicación. Después de cantar y orar, los santos formaron una fila larga y marcharon alrededor del terreno, pidiendo al Señor los medios necesarios para construir la casita.

Mucho antes, cuando yo estaba fuera de la voluntad de Dios, me esforcé para conseguir un pequeño departamento amoblado y ¡cuánta miseria tuve que soportar! Pero ahora, Dios mismo estaba planificando una casa para nosotros, dada y construida por los santos, en la cual cada golpe de martillo colocaba clavos de amor en el edificio y en nuestros corazones.

Tres meses después que el terreno fuese donado, la “casita gris en el oeste” estaba lista y junto a mi madre, y mis hijos entramos en ella. Cada golpe de martillo, cada madera lijada, fueron hechos por manos de hombres llenos del Espíritu que gritaban y cantaban mientras trabajaban, y las hermanas consagradas cocinaban para ellos en el garaje, el cual fue construido en primer lugar. Que puerto de descanso pasó a ser esa casita, un regalo del Padre de amor. Pero yo no debía

permanecer allí por mucho tiempo. El llamado del evangelio me llevó a otras reuniones en otros lugares de los Estados Unidos.

Cinco semanas en Denver - tres en 1921 y dos al año siguiente. ¡Gloriosas semanas de divina visitación! ¡Bendiciones más allá de cualquier capacidad para describirlas! ¿Cómo podría contarles esta historia emocionante? Al llegar a la Ciudad Elevada me alegré al ver varios rótulos extendidos cruzando varias calles, y carteles en casi todas partes anunciando las reuniones.

Debido a que una convención de trabajadores ya había alquilado el Auditorio Municipal, fue necesario realizar la primera semana de avivamiento en iglesias que quisieran colaborar. El domingo 19 de junio, la gente comenzó a llegar desde las siete de la mañana para el culto de inauguración en la Segunda Iglesia Congregacionista. Para la reunión de la tarde, nos mudamos a un auditorio más grande en Denver, El Tabernáculo Congregacionista del Pueblo, que también estaba totalmente colmado de gente.

La respuesta al llamado al altar en la tarde fue tan positiva, que yo anhelaba sacrificar la capacidad de asientos en favor de espacio para el altar. Pero, ¿me atrevería a pedir que sacaran los primeros asientos? Sin embargo, cuando el Decano Peck me preguntó después de la reunión, “¿Hermana, podría sugerirme alguna manera de hacer más espacio en el altar?” Co-brando ánimo para responder le dije, “¡Sólo sacando las primeras filas de asientos!”

“Pero los asientos están asegurados al piso”, se oyó una débil objeción. “¡Además, hoy es domingo!”

“¡Eso no es importante! ¡Son las almas las que cuentan!” Exclamé. Entonces los asientos fueron removidos.

Esa tarde tuvimos un espacio más grande, pero no lo suficientemente grande para acomodar los ejércitos que avanzaban para recibir a Jesús como Salvador.

La asistencia del lunes, aún en la tarde, pareció ser mayor que la que llenó el tabernáculo el domingo. Después de la primera reunión de sanidad divina la noche del miércoles, cuando el cojo caminó y corrió, tirando sus muletas y bastones, los periódicos colocaron los milagros en sus titulares, “¡El sordo oye! ¡El ciego ve! ¡El cojo camina!” Después de eso, la policía tuvo que ser llamada para controlar a las multitudes, ya que un número cada vez mayor de los que no lograban entrar en el lugar se reunía en las calles fuera de la iglesia. “Oh, sí al menos tuviéramos el Auditorio Municipal para esta primera semana, al igual que para las próximas”, suspiré.

Ese gran auditorio ha sido construido en dos partes, el lado del teatro, con sus dos filas de galerías y palcos, y el salón de convenciones y bailes. Un gran escenario y una pared móvil de fibrocemento separan las dos secciones y, cuando la ocasión lo requiere, se puede sacar para convertir el lugar en un inmenso auditorio con capacidad para 12.000 personas sentadas y 3.000 de pie. La gerencia del lugar estaba segura de que el espacio del teatro sería suficiente para la campaña. Pero cuando el domingo a la mañana se llevó a cabo nuestra primera reunión y miles tuvieron que irse, la gerencia decidió permitir que la gente se reuniera también en el salón de convenciones para la reunión de la noche, aunque sólo podían oír, no podían ver lo que estaba aconteciendo. A la mañana siguiente un grupo de hombres trabajó para unir las dos partes

del auditorio. Entonces las verdaderas multitudes comenzaron a llegar. El lugar se hizo pequeño y miles tuvieron que irse de regreso.

El jefe de policía se vio obligado a asignar a cada oficial disponible para controlar a las multitudes. Y los números aumentaban con cada reunión. Hacia el final de la campaña, un sargento que estaba encargado del orden declaró a la reportera de un periódico, Alva A. Swain, “Yo no sé lo que hace, pero esa mujer ha conquistado a Denver. Nosotros enviamos de regreso a sus casas a miles en cada reunión y atestamos el lugar con quince o dieciséis mil personas por reunión. La noche del miércoles pasado enviamos de regreso a ocho mil. Vienen autos, de casi cada ciudad en el estado. No sólo son paralíticos los que vienen (haciendo una alusión al ataque de sus críticos) ella es una mujer buena, una bendición de la religión antigua. Ciertamente ha cautivado el corazón de esta ciudad, y ningún hombre, ni siquiera un presidente, podría llenar este auditorio dos y tres veces al día durante tres semanas como ella lo ha hecho”.

Este no sólo fue un avivamiento poderoso que trajo sanidad a los enfermos del alma, sino que también trajo sanidad a los cuerpos atormentados por enfermedades. Me quedé pensando si se había realizado, desde los días del Maestro, tal reunión de enfermos, ciegos, y cojos, todos en un mismo lugar. Con cada día de campaña, las tarjetas de peticiones se multiplicaban. En las últimas dos reuniones, cuando fueron distribuidas, ¡se registraron cerca de veinte mil!

Se dedicaron secciones especiales para los enfermos e inválidos que no pudieran estar de pie y caminar. Otra sección para ubicar a los que eran traídos en sus lechos y sillas de

ruedas. Era necesario que constantemente enfatizara que yo no soy una curandera - aunque la prensa en ocasiones se refirió a mi persona en esos términos - yo no soy sino una servidora trayendo a los que están sufriendo, ante el Gran Médico.

Una señora de alta posición en los círculos sociales, pero que no me parecía que fuera muy espiritual, asistió a la campaña. Se comportaba tan educadamente como podía, pero no puedo recordar haber visto una lagrima en sus ojos o escucharla clamar a Dios por las almas en la reunión. Pero cuando oré, los oídos de ella, ya que sufría de sordera por años, se abrieron. La mujer se sacó los audífonos de los oídos irradiando gran alegría y gozo. Ella pudo escuchar las palabras y los cánticos. A su manera, se mostró muy efusiva. Y retorciendo sus manos me dijo, “Hermana, jamás sabrá lo que ha hecho por mí”.

“Yo no he hecho nada por usted. Jesús hizo la obra”, le dije.

“Sí, pero usted oró, y yo he sido sana”, insistió ella.

“Yo no puedo sanar a nadie. Fue Jesús quien la sanó”, le dije una y otra vez.

Salió del auditorio oyendo, pero su sanidad duró menos de una semana. Y había una razón para ello. Normalmente existe una razón por la cual una sanidad no dura.

“Querida, ¿le ha ocurrido algo?” le pregunté, notando la diferencia en su forma de ser en relación a la semana anterior. Sus ojos ya no brillaban. Fue como si una nube sombría la hubiera cubierto.

“Disculpe”, respondió acercándose hacia mí. “¿No puede oír?” le pregunte en voz alta.

“Durante un tiempo, pero no duró”, confesó. “Ya no puedo escuchar muy bien. Pero no estoy tan mal con relación a como estaba antes de que usted orara. Pero algo sucedió. ¿No es una lástima que no haya durado?”

“Querida”, le dije, “otras personas han mantenido su sanidad”.

“Sí, las he visto, pero he perdido la mía”, sollozó.

“¿Qué ha estado haciendo?” inquirí.

“Oh, las cosas de siempre”, respondió. “Entreteniéndome y entreteniendo a otros. He realizado varias fiestas. He asistido al cine. He asistido a fiestas donde jugamos cartas. Usted sabe, las obligaciones sociales rutinarias”.

La señora estaba haciendo las cosas usuales, ¡pero había perdido su sanidad! “Mire, querida”, le dije, “usted ha cometido una insensatez al pedirle al Señor que la sanara bajo esas condiciones. ¿Se da cuenta que usted está trayendo su cuerpo, el cual es templo del Espíritu de Dios, al Señor pidiéndole que Él coloque sus queridas y traspasadas manos sobre su cuerpo para sanarla? ¿Para qué? ¿Para que pudiera escuchar a la gente hablar de la próxima carta que iban a jugar y oír las historias contadas alrededor de la mesa de juego? ¿O usted le pidió que la sanara a fin de que pudiese ir al cine a ver películas? ¿Se le ocurrió alguna vez pedir su sanidad para Su gloria - para servirle?”

“Nunca lo pensé”, declaró la dama.

Cuando esta pequeña dama entendió, oramos otra vez. El Señor abrió sus oídos. Y cuando regresé a Denver un año después, encontré a una sierva dedicada al servicio del Maestro. No es preciso decir que su audición era total.

La campaña de 1921 duró tres semanas. Sólo pude hacer arreglos para dos al año siguiente, pero las cinco semanas de esos dos primeros avivamientos en Denver, junto con las felices experiencias en varias visitas subsecuentes por casi dos décadas, han colocado a Denver como un cuadro muy atesorado y honrado en la pared de mi memoria.

Recapitular en detalle las glorias del segundo avivamiento en Denver sería casi una repetición de los eventos ya descritos. Jesucristo no cambió entre las dos campañas. Lo que Él hizo en 1921, lo hizo en 1922 - como lo hará en cada generación en que los hombres respondan con fe, a Su Palabra.

11 Oakland, California y Australia

Mi última campaña de avivamiento en Los Estados Unidos antes de la dedicación del Ángelus Temple fue llevada a cabo en una carpa en la ciudad de Oakland, California. Durante ese avivamiento recibí el concepto del Evangelio como “Cuadrangular” brotando en mi corazón. Yo no estaba plenamente satisfecha con las denominaciones Pentecostal o Evangelio Completo, aunque había usado ambas en el encabezamiento de la revista Bridal Call. En vista de mi firme posición en las reuniones públicas de que en mis campañas todas las cosas fueran hechas decentemente y con orden, sólo con las manifestaciones que exaltasen al Señor Jesucristo, comenzó a circular el rumor de que “la señora McPherson no es pentecostal.” Una revista pentecostal citó críticas de mis métodos bajo el título, “La señora McPherson, ¿es pentecostal?” Yo venía usando por algún tiempo la expresión “en el medio del camino” para describir mi posición. En un lado del camino está la iglesia fría, gélida y mundana. Del otro lado asolaba una época de fanatismo frenético, vanagloriándose de manifestaciones que traían descredito al precioso Espíritu Santo. Yo estoy en el medio, a favor del poder saludable del Espíritu Santo que trae honra y almas al Señor Jesucristo. He mantenido esta posición sin transigir o favorecer a ninguno de los dos extremos. Procuro no ofender a ninguno en ambos lados, sino conservar la vida y doctrina según la Palabra. Yo tomo la

mano del que está ardiendo con fuego y celo y la coloco en las manos de los que están fríos y muertos, llevando de ese modo a ambos a través de la Palabra y del Espíritu hacia una posición sana, dulce, poderosa, humilde, equilibrada, y ganadora de almas.

Al seguir este rumbo, es comprensible que fuese incomprendida. De un lado, amigos y ex miembros que lanzaban sus epítetos favoritos hacia los que no estaban de acuerdo con ellos en todo, acusando, “Usted no es pentecostal”. Del otro lado, los amigos daban otro golpe, diciendo, “Usted es pentecostal”. Y la situación continuó de esa manera, “usted es”, y “usted no es”. Entre los dos lados empujándome, es fácil mantenerse en el medio del camino.

“Bueno, señora McPherson, ¿es usted pentecostal?” preguntaban muchos. Eso depende completamente de lo que usted entiende por ese término. Pentecostés, realmente significa cincuenta, ¡y en ese entonces yo sólo tenía treinta y un años! Este término, por lo que sabemos, no era usado por la Iglesia Primitiva. Sin embargo, si con eso usted quiere decir que yo defiendo, acredito, predico y me regocijo en el poder del Espíritu Santo, la respuesta es que yo hago todo eso. Jamás he transigido en el mensaje de este Evangelio Completo. Crece cada vez más dulce y bendito. No me avergüenzo de ser llamada Pentecostal. Pero para mí la frase, Evangelio Cuadrangular, describe de una mejor manera el ministerio de Jesucristo el cual me entusiasma proclamar. Voy a contarle como comencé a usar esta expresión.

Como ya lo he dicho anteriormente, fue durante el avivamiento en Oakland, en julio de 1922. La gran carpa estaba llena, Y había multitudes de pie alrededor, sin poder

encontrar lugar debajo de la lona. El Espíritu de Dios se manifestó en una manera maravillosa. La gran audiencia escuchaba con toda atención mi mensaje sobre “La visión de Ezequiel.”

Mi alma estaba maravillada, mi corazón vibraba, ya que la historia ardiente de esa visión celestial parecía llenar y penetrar no solamente el tabernáculo, sino toda la tierra. En las nubes del cielo, las cuales se encogían y extendían en ardiente gloria, Ezequiel contempló al Ser cuya gloria ningún mortal puede describir. Mientras observaba la maravillosa revelación del Omnipotente, él percibió cuatro rostros, el de un hombre, un león, un buey y un águila.

En el rostro del león, contemplamos a Aquel que bautiza poderosamente

con el Espíritu Santo y fuego. El rostro del buey tipifica al que lleva la carga, quien llevó sobre sí nuestras flaquezas y enfermedades, que en su amor infinito y en su provisión divina suple cada una de nuestras necesidades. En el rostro del águila, vemos reflejadas las visiones arrebatadoras del Rey venidero, cuyas alas abrirán sendero en los cielos brillantes, cuya voz resonará a través del universo en vibrantes cadencias del poder de la resurrección, cuando venga a buscar a su novia que le espera. En el rostro del hombre contemplamos al Salvador, el varón de dolores, experimentado en quebranto, muriendo en la cruz por nuestros pecados. Este es un evangelio perfecto, completo, apunta directamente hacia todos los puntos de la tierra.

Toda la carpa fue envuelta mientras yo exponía este aspecto de la Palabra de Dios. Era como si cada alma allí, estuviera en sintonía con el ritmo de música celestial. En mi alma

nació una melodía que parecía sonar y ser sujeta por cuatro cuerdas vibrantes y trémulas, mientras reflexionaba sobre la visión del profeta Ezequiel. Me quedé quieta por un momento y escuché, sujetándome del púlpito, casi sacudida por el esplendor y gozo. Entonces del fuego candente de mi corazón, brotaron las palabras, “¡Es el Evangelio Cuadrangular! ¡Es el Evangelio Cuadrangular!” Instantáneamente el Espíritu dio testimonio. Olas, ondas, océanos de alabanzas estremecieron a la audiencia, que fue arrebatada por los vientos impetuosos del avivamiento del Espíritu Santo.

A partir de ese día en que el Señor me iluminó de esa manera, el término Evangelio Cuadrangular ha sido llevado alrededor del mundo, distinguiendo viva y adecuadamente el mensaje que Él me ha comisionado a predicar sobre Jesús el Salvador, Jesús el Bautizador con el Espíritu Santo, Jesús el Sanador, y Jesús el Rey Venidero.

¡Un último toque de la sirena! El resonar de una multitud de pies sobre la cubierta y descendiendo en cada desembarque. Risas, canciones, augurios de buen viaje, sonrisas, flores y “Dios les bendiga”, de parte de miles de amigos, y que la prensa publicara ser nuestra despedida para Australia cinco días después de finalizar las reuniones en Oakland.

Un alocado impulso de saltar a tierra o gritar, “¡Paren! ¡Paren el barco! Regrésennos al puerto. Este es nuestro país. Aquí se encuentran nuestros amigos. Nuestra obra - nuestro Templo casi terminado - todo lo que es nuestro en la tierra. ¡No podemos dejarlos e ir al otro lado del mundo en este barco!” Pero un segundo pensamiento más sereno me hizo entender que estaba viajando a Australia para continuar con los negocios de mi Maestro, en los corazones hambrientos de la

gente que estaba esperando por muchos meses. Ahora era cuando debía ir, si quería ir, ya que no lo podría hacer después de la apertura del Ángelus Temple. De hecho, pasarían años antes de que volviera a conducir un avivamiento, la presión del ministerio en el templo iba a ser grande.

En breve el S.S. Manganui se abrió camino hacia alta mar, pasando por el puente Golden Gate. La costa de los Estados Unidos se desvaneció a la distancia, después de tornarse apenas en un borrón indefinido. El viaje a Australia duró casi un mes.

Mi vida había sido demasiado activa para relajarme al comienzo. Otros pasajeros pasaban los días conversando sin prisa, caminando sin rumbo fijo por la cubierta, o jugando cartas. Pero mi mente estaba constantemente ocupada con el trabajo, a tal punto de no poder dormir en la noche. Había que hacer planes respecto a los detalles del interior del templo; yo necesitaba trazar los diseños para la piedra de dedicación. La revisión final de la edición del Bridal Call para los meses de septiembre y octubre requerían toda mi atención de manera que la copia pudiese ser enviada a la prensa desde el primer puerto de desembarque. De allí comenzar a escribir los artículos para las ediciones de noviembre, diciembre y enero, aparte de una multitud de cartas.

Los días y las noches pasaron con lentitud, y finalmente recibimos la noticia de que el barco atracaría en el puerto de Wellington el viernes a la mañana y partiría hacia Australia el sábado por la tarde. Sin embargo, los creyentes que estaban orando en Wellington habían determinado otra cosa.

Sin que yo lo supiera, algunos líderes cristianos habían hecho arreglos para llevar a cabo reuniones en esa ciudad. Habían alquilado el Palacio Municipal y colocados avisos anunciándolas, lo cual atraería a cientos de almas hambrientas de las ciudades y los pueblos de Nueva Zelanda a las reuniones anunciadas para el viernes a la noche, sábado y domingo. Cuando se corrió la voz de que el barco saldría el sábado a la noche, ellos rehusaron aceptar la decepción. “Debemos tener la reunión”, resolvieron los líderes. “Pero, ¿qué podemos hacer?” Preguntaron algunos en consternación.

“Podemos ir a la oficina de navegación y pedirles que dejen la salida del barco”, fue una de las sugerencias.

“Voy a intentarlo”, concordó otro. “Tal vez los oficiales no saben que es la voluntad de Dios que el barco espere a zarpar hasta el lunes. Yo les diré”.

¿Puede imaginarse la recepción que tendría la proposición de los hermanos ante la empresa naviera? “¿Detener el barco? ¡Qué idea! ¡Ni siquiera mil libras esterlinas lo lograrían! ¿Mantener el barco hasta después del domingo? ¡En realidad esa idea es imposible!” Bufó el oficial. “Bueno, si usted no puede, Dios puede”, fue la despedida del que había hecho la petición. Muy pronto una reunión de oración estaba en progreso. Los santos rogaron, “Querido Señor, detén el barco. Deténlo hasta el lunes. Tú puedes hacer que los bomberos se declaren en huelga, Señor, o envía una tormenta si todo esto falla. Sí, Señor, envía un viento, no para dañar la embarcación sino lo suficiente para atrasar la llegada en algunas horas, atrasar la descarga, de modo que necesiten quedarse hasta el lunes”.

Usted puede llamarle coincidencia, pero las condiciones climáticas comenzaron a amenazar. El barómetro indicaba baja presión atmosférica. Y aunque el cielo se veía claro, un telegrama de Nueva Zelandia advirtió a nuestro barco que se preparara para una tempestad. La tripulación preparó la embarcación cubriendo con lonas las bodegas abiertas e izando los corta vientos. Entonces llegó la tempestad, lluvia, viento y olas enormes - un mar glorioso manifestando el poder de Dios - el primer mar bravío que habíamos encontrado, ya que los amigos de los Estados Unidos estaban orando por un tiempo calmo. De hecho, casi todos los marineros experimentados comentaban no recordar un viaje con tanta calma. Pero ahora, sin saber que las personas en Wellington estaban orando, me quedé pensando en lo que iba a decir a la gente de los Estados Unidos cuando me preguntaran si tuvimos alguna tormenta.

No llegamos al puerto el viernes por la mañana, sino en la noche. Se anunció que el barco no podría salir del puerto hasta la tarde del lunes. Serían necesarios dos días para descargar, ya que en Nueva Zelandia no era permitido realizar este tipo de trabajo en domingo. ¡Cómo se regocijaron los creyentes en Wellington, al ver como Dios detuvo al barco sin tener que pagar mil libras!

En las reuniones que se llevaron a cabo en la Iglesia Metodista y en el Palacio Municipal, grandes cantidades de pecadores arrepentidos se arrodillaron ante el trono de misericordia para coronar a nuestro Salvador como su Salvador. Las canciones, los testimonios, las conversiones, hambre, aleluyas, amenes, regocijo y lágrimas eran muy parecidos a los de los hijos de Dios en Canadá y Estados Unidos. Dificilmente podía

reprimir el deseo de quedarme más tiempo o regresar otra vez para ministras a esta gente preciosa.

Cuando la nave partió hacia Sydney, Australia, un grupo de neozelandeses viajó con nosotros. El mar pareció ser un plácido lago todo el viaje. Cuando entramos en el magnífico puerto de Sydney, una multitud alegre de cristianos esperaba nuestra llegada, levantando un rótulo alto y brillantemente pintado que decía:

BIENVENIDOS A AUSTRALIA
SEÑORA MCPHERSON Y GRUPO
QUE DIOS LES BENDIGA

¡Qué acogida nos dieron! Dándonos las manos, besándonos, secando las lágrimas de sus ojos, gritando la victoria. Los australianos tienen fama de ser fríos y conservadores en su comportamiento, y algunas veces lo son, pero la gente con la cual tratamos parecía ser tan cordial como nuestra gente en los Estados Unidos.

El día en Sydney fue muy ajetreado, ya que me tocó inspeccionar los lugares disponibles y hablar sobre los planes para el avivamiento con el que concluiría el itinerario australiano. De allí salimos en el expreso de Melbourne en un viaje de una noche hasta el escenario de mi primera misión australiana.

Dudo que algún evangelista jamás haya desafiado una ciudad bajo tan grandes limitaciones como aquellas que desde el inicio amenazaban con el fracaso del avivamiento en Melbourne. El grupo que estaba promoviendo las reuniones no solamente era pequeño en número - eso nunca nos ha perjudicado- pero además era temido y repudiado por la mayoría

de los ministros y clérigos de la ciudad, y por una buena razón. El líder había estado atacando a la iglesia Metodista con impresos que decían, “Fui un torpe en unirme a esa denominación. Al hacerlo di mi primer paso hacia la carnalidad”. Después de examinar algunas publicaciones de este líder, encontré puntos de vista totalmente opuestos a las enseñanzas de la Palabra de Dios y a la historia de sus fundamentos básicos. Las clases de Escuela Dominical habían sido abandonadas por esa organización, debido a que el líder había dejado de creer en la infalibilidad de la Biblia. El defendía la inmortalidad condicional, con sus ideas de adormecimiento del alma y aniquilación total de los muertos perversos. Demostraciones síquicas, sin base en las Escrituras, con insinuaciones de espiritismo eran erróneamente representadas como el bautismo del Espíritu Santo (Oh, Pentecostés, ¡cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!). Toda la causa del Espíritu Santo y la santidad divina caían en descrédito como resultado de esos excesos y errores. Cuando los ministros y las iglesias se mantuvieron alejados de la promoción de este grupo en relación a mis reuniones, el grupo imprimió e hizo circular impresos declarando que “ningún poder en la tierra o en el infierno podría impedir el avivamiento”.

El resultado fue exactamente como usted lo esperaría en esas circunstancias.

En vez de bandas, sillas, cooperación y confianza ministerial, confronté a una resistente pared de piedra la cual debía ser demolida, una montaña de prejuicio que debía ser removida, una confianza destrozada que debía ser restaurada, y una ciénaga de duda tocante a mis propios puntos doctrinales los cuales debieron ser aclarados antes de que pudiera edificar,

con la ayuda de Dios, un fundamento sólido de fe y confianza, para que la superestructura de la campaña pudiese ser construida sobre ella. ¿Pero cómo debía proceder?

Lo único que podía hacer era abrir el Buen Libro y con una fe inquebrantable, aunque con un corazón cargado, predicar simplemente la Palabra de Dios. Y Dios envió una poderosa marea de avivamiento la cual en tres semanas removió el prejuicio, barrió sobre la ciudad, y llenó la plataforma con clérigos de prácticamente todas las denominaciones ortodoxas y evangélicas. De hecho, los mismos ministros que habían escrito y predicado advertencias en contra del avivamiento trabajaron a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas, ayudando a recibir a los cientos de pecadores. La reunión finalizó con una victoria arrolladora con los pastores, bandas del Ejército de Salvación, coros de iglesias, y obreros cristianos tomados de la mano, leyendo un amor nuevo los unos en los ojos de los otros, prometiendo mantener ardiendo el fuego del avivamiento, y todos urgiendo por una visita de regreso. ¡Dios barrió con las cortinas de nubes y consumió toda la oscuridad delante de sus rostros!

Hubo momentos preciosos de sanidad divina en respuesta a la oración, pero el Señor me impidió definitivamente enfatizar este ministerio, porque la sanidad había sido explotada indebidamente antes de nuestro avivamiento. La gran necesidad general en Melbourne fue el evangelismo y enseñanzas respecto al bautismo del Espíritu Santo. Comparativamente, muy poca gente afligida físicamente solicitó oración para ser liberada. Pero yo caí víctima de úlceras en la garganta. La lluvia continua y los golpes de viento fueron una provocación para mí, especialmente porque los edificios no tenían calefacción.

¡Estaba tan helada que a veces me preguntaba si volvería a sentir calor otra vez! Durante las reuniones, mientras los demás se envolvían en cobijas cálidas, yo debía estar sin un abrigo por horas. Sentí escalofríos que duraron cuarenta y ocho horas, y después tuve fiebre alta. Pero me levanté de la cama en el nombre del Señor y continúe la labor. Mientras trabajaba, fui sanada. ¡Alabado sea el Señor!

A medida que progresaba la reunión en Melbourne fui confrontada con el hecho de que el curso de la construcción del Ángelus Temple demandaba mi presencia lo más pronto posible. A fin de regresar en un barco que llegara más rápido a casa, tuvimos que revisar el programa de las misiones en otras ciudades australianas y comenzar la reunión en Adelaide una semana antes de lo planeado. Esto dejó apenas tres días para anunciar el cambio de fechas. Los ministros de Melbourne prepararon un bellissimo testimonio que enviaron a los líderes cristianos de Adelaide.

Las reuniones comenzaron en el Edificio de Exhibición con sólo unos cientos en asistencia, pero las multitudes crecieron progresivamente llenando el gran auditorio, hasta el punto de rebasar. Los pecadores vinieron a Cristo en cada reunión, y los cristianos fueron estimulados a esperar en el Señor para recibir poder de lo alto.

La misma historia se volvió a repetir en la misión en Sydney. El auditorio estaba lleno en la primera reunión de la tarde y atestado en la noche con muchos que tuvieron que quedarse de pie toda la reunión. El primer llamado hacia el altar resultó en una respuesta instantánea. Hombres y mujeres se levantaron en todo el edificio, descendiendo del balcón y avanzando por el pasillo principal.

Cuando esta misión estaba llegando a su fin, muchos manifestaron su tristeza por no poder continuar. Un próspero hermano, que tenía reputación de ser generoso y de ayudar en el servicio del Señor, ofreció pagar los pasajes de ida y vuelta de mi grupo, a los Estados Unidos si algunos meses después de la inauguración del Ángelus Temple regresáramos por más de tres semanas a Sydney. ¡Otros prominentes hombres de negocios nos llevaron a conocer los auditorios más caros, a fin de que tuviésemos una idea al respecto en caso de poder retornar!

Pocos evangelistas han dejado un campo con más testimonios de sus ministerios de los que yo recibí de los líderes principales en las ciudades en que llevé a cabo mi misión en Australia. Metodistas, Congregacionalistas, La Iglesia de Cristo, Presbiterianos, el Ejército de Salvación, Bautistas, Pentecostales y otros clérigos apoyaron los avivamientos con brillantez y entusiasmo.

Pero mi regreso a Los Ángeles era imperativo.

12 Una Casa para el Señor

“Señor, ¿Por qué nos diste una casa en Los Ángeles que queda tan lejos de nuestro hogar?” era una pregunta que surgía en mi mente con frecuencia en los meses que siguieran a la mudanza a “la casita que Dios edificó”. Desde el inicio de la construcción de la casa hasta fines del año 1922, hice nada menos que nueve viajes evangelístico transcontinentales. Después de una reunión en Filadelfia, Washington y Baltimore, siempre había un viaje largo en tren a través del país, de regreso a mis hijos en nuestro hogar en el oeste. “Querido Señor Jesús”, le pedía periódicamente, “¿no hubiera sido mejor que nuestra casa estuviera ubicada en algún punto del este o medio oeste, donde hay mayor accesibilidad?”

En ese tiempo no tenía idea del tremendo proyecto que aguardaba en

el propósito de Dios. Eventualmente, Dios de manera gentil pero incuestionable comenzó a mostrarme que Él me había guiado a Los Ángeles, para “construir una casa para el Señor”. Su mensaje me animó, “Grita, porque el Señor te ha entregado la ciudad”.

Cuando esta carga vino del cielo por primera vez, intenté dejarla de

lado, suponiendo que la idea pudiese ser mía. Pero el llamado persistió. Entonces me sentí pequeña ante tan ambiciosa misión. ¿Quién ha oído jamás de que una mujer, sin

apoyo terrenal o sin una organización patrocinadora tras ella, haya emprendido la labor de levantar fondos y erigir tal edificio?

Pero el llamado de Dios se hizo más fuerte y claro, “Edifica una casa para el Señor”. Yo no podía imaginar que esta estructura sería un templo enorme y glorioso. ¡Con seguridad debería ser un templo de madera, una construcción no muy cara, temporal y simple! Si yo hubiese soñado que el plan de Dios involucraba un edificio como el Ángelus Temple, la audacia y la aparente imposibilidad de emprender tal obra gigantesca, me hubiera alarmado al punto de impedir siquiera mencionarla. Cuán poco conocíamos los planes del Señor los cuales extendería delante nuestro en el futuro inmediato.

Ciertamente Los Ángeles estaba madura para un avivamiento. Esta gran metrópoli parecía ofrecer una mayor oportunidad para Dios que cualquier otra ciudad en los Estados Unidos. Llegaban grandes cantidades de turistas de todos los Estados de la Unión, muchos para establecer residencia. Las estadísticas de la época indicaban que a diario llegaban dos mil personas. Sus otras necesidades eran provistas por la ciudad -hogares, diversiones, autopistas, y parques. Pero, desgraciadamente, había pocos edificios adecuados y grandes donde pudieran oír la Palabra de Dios en su plenitud Pentecostal. Aunque había varias iglesias preciosas y misiones que predicaban el evangelio completo, estas eran como una gota en un balde en comparación con la necesidad.

Cada vez que regresaba a Los Ángeles, siguiendo el llamado del Señor, a éste se adhería la urgencia de los cientos de cartas y contactos enfatizando la necesidad de un tabernáculo para el avivamiento. Cierta día, en el verano de 1920, el

llamado se dejó oír tan fuerte en mi corazón que subí a mi automóvil junto con mi madre y comencé a buscar el terreno. Al llegar a la esquina de Figueroa y Third Street, donde normalmente doblábamos para entrar al corazón de la ciudad, tuve la extraña impresión de seguir otra cuadra y doblar hacia Glendale Boulevard. Nunca antes había estado en ese sector de Los Ángeles.

En sólo unos pocos minutos llegamos a Echo Park. “¡Oh, esto es el cielo!” Exclamé, “el punto más hermoso para la casa del Señor que jamás he visto. ¡Está justo en la ciudad, y a la vez es tan tranquilo!” Delante de mis ojos pasaron escenas de otras grandes ciudades donde había predicado. Cuando los auditorios debían ser desocupados entre reuniones, la gente esperando bajo el ardiente sol o lluvia, hora tras hora, a que las puertas del auditorio volvieran a abrirse. “Aquí tendrían parques, árboles, grama, bancas, mesas para meriendas, baños - todo lo que pudieran desear para estar cómodos entre reuniones”, le dije mi madre.

Un poco más allá del parque vimos una propiedad de forma circular. “¡Este lugar será el sitio ideal para erigir el tabernáculo!”, exclamé. Como un rayo del cielo visualicé el plan general para la estructura. La seguridad nació en mi corazón, “¡Este es el lugar!”

En los alrededores había una oficina inmobiliaria y nos dirigimos hacia allá. Cuando mencionamos la propiedad que teníamos en mente, el agente dijo, “Pero, señoras, esa porción de terreno en particular no está a la venta. Es casi la única propiedad vacante en este distrito que no ha sido puesta en el mercado. Una señora adinerada que posee muchas otras propiedades es la dueña, pero rehúsa vender parte de sus terrenos.

Otras personas intentaron hacerla cambiar de idea ofreciéndole altas sumas de dinero, pero ella siempre ha respondido, “No, no estoy interesada en vender”.

“Bien, alabado sea el Señor”, respondí. “Puedo ver claramente que este terreno será nuestro. El Señor debió haber estado reservándolo para nosotros todo el tiempo”.

El agente sacudió su cabeza y nos miró de manera dudosa mientras salíamos, probablemente pensando que nos faltaba algo y que lo habíamos perdido en algún lugar. Pero yo sabía que habíamos hallado el terreno. Comencé a contemplar algunas de las ventajas que el templo propiciaría. No habría necesidad de interrumpir un avivamiento, cediendo la noche del lunes para una competencia de boxeo, para un gran baile el jueves, para alguna cantante el sábado, como habíamos sido obligados en muchos auditorios alquilados. El templo podría ser construido de forma que yo pudiese ser oída sin la dificultad que había encontrado en algunos de los grandes edificios.

Uno o dos días más tarde nos sentimos llevadas a inspeccionar el terreno nuevamente. Encontramos un aviso anunciando la venta de la propiedad insistiendo, “¡Venga, sea dueño de esta esquina!” Tomé un lápiz de grafito y diseñé un diagrama en el cartel de la “casa del Señor.” Encontramos la dirección de la dueña de la propiedad. La anciana nos dijo que era dueña de muchos terrenos. “De repente decidí que debo deshacerme de mis propiedades”, explicó. “Este es el primer terreno que venderé”. Nos ofreció un precio espléndido.

Sin embargo, era hora de salir nuevamente de Los Ángeles para cumplir con cuatro meses de giras evangelísticas. A través de todos esos viajes y reuniones, Dios mantuvo la visión del tabernáculo delante de mí. Puse el vellón afuera (como

Gedeón) para estar absolutamente segura que si este era el lugar de Dios y el tiempo y propósito, la propiedad estaría disponible a nuestro regreso. Esto parecía improbable, ya que los terrenos baldíos en esa área de la ciudad estaban cambiando de manos rápidamente. Pero a nuestro regreso encontramos que la puerta aún se hallaba abierta, por lo que compramos la tierra.

El primer anuncio de la estructura propuesta apareció en el titular de la revista Bridal Call del mes de enero de 1921, “El Tabernáculo de Avivamiento Se edificará en Echo Park, Los Ángeles”. Y pasarían dieciocho meses antes de que se cambiara el nombre a Ángelus Temple y dos años hasta su dedicación. La transformación de Tabernáculo a templo fue influenciada por las tremendas multitudes durante mis campañas en el intervalo. Nuestra intención original era de construir un edificio que acomodara entre dos mil quinientas y tres mil quinientas personas. Pronto nos dimos cuenta que la ciudad no permitiría la construcción de un edificio de madera con una capacidad tan grande.

Una consulta con el señor Brook Hawkins de la Compañía Constructora Winter, resultó en planes tentativos, siendo preparados para una estructura de clase C. Le expliqué que construiríamos por fe, a medida que el Señor proveyera el dinero. No queríamos tener deudas.

“¿Con cuánto dinero cuenta para comenzar?” me preguntó de manera muy natural.

“Tengo casi cinco mil dólares”, le respondí.

“Esa suma sería suficiente para excavar un buen hoyo para colocar el fundamento”, comentó.

“Bien, usted ponga sus palas mecánicas a trabajar, y comience a excavar”, le dije. “Para cuando usted concluya con la excavación del hoyo, espero tener el dinero para el fundamento”. En la reunión que llevé a cabo en Saint Louis, la gente contribuyó con dieciséis mil dólares, los cuales traje con orgullo a mi regreso diciendo, “Ahora, coloque el fundamento, y para el tiempo que usted termine, tendremos dinero suficiente para las paredes”. Los amigos leales de Denver y otras ciudades donde celebré otras reuniones, acudieron para ayudar en el desafío. Los suscriptores de Bridal Call enviaban sus ayudas por correo. Y en todo el país los amigos ayudaron, suscribiéndose con veinticinco dólares para cubrir el gasto de cada asiento para cada adorador.

Sin embargo, en pocos meses, una decisión importante debía ser enfrentada. “Las multitudes que está atrayendo a sus reuniones nos asustan”, escribió el contratista, Brook Hawkins. “Sería recomendable hacer proyectos para que en el futuro puedan hacerse adiciones al edificio y así dar cabida a las multitudes que tiene aquí”. Después de mucha oración y consultas, hallamos que era mejor ampliar el tabernáculo desde el inicio, extendiéndolo seis metros más a la altura del terreno, a fin de abrir espacio para una segunda galería, la cual no estaba incluida en los planos iniciales. Esto requería cambiar la construcción del edificio de clase C a clase A, e incrementar la capacidad de asientos a más de cinco mil. Los cambios fueron hechos de manera de poder utilizar los fundamentos y las bases que habían sido ya instaladas, pero fue necesario añadir más fundamentos y bases para sujetar la galería adicional.

Esta extensión de planes y cambio en la categoría de construcción, naturalmente incrementó el costo de la estructura

sustancialmente. Algunos de mis amigos se volvieron escépticos, advirtiéndome, “Hermana McPherson, usted está siendo insensata al edificar un edificio tan grande y tan sólido cuando Jesús esta pronto a venir”.

Yo respondí, “quiero dejar detrás de mí una obra tan sólida la cual se mantendrá firme. Tal vez se mantendrá durante el milenio, cuando Jesús regrese con su iglesia, y alguien en ella ayude a contar la historia de Jesús y de su gran y eterno amor. Quiero edificar tan sólidamente como si Jesús no regresara hasta dentro de cien años, aunque estamos listos para su venida cualquier día”.

A fines de 1921 las palabras Tabernáculo de Avivamiento de Echo Park ya no eran un sueño acariciado pero distante, una visión gloriosa pero nebulosa. El edificio rápidamente se fue convirtiendo en una realidad concreta y bendita, una base sólida para la labor evangelística que el Maestro había colocado en mis manos. Qué ansiosa y entusiasmada estaba de llegar a Los Ángeles, donde no perdí tiempo en correr al lugar del tabernáculo después de otra serie de intensas campañas y el viaje transcontinental a través de la nieve y granizo. Echo Park estaba al frente, pero no era el parque o el lago, lo que atrajo mi atención. Yo estaba esforzándome por tener el primer vislumbre del tabernáculo.

Sí, allí estaba - la propiedad grande y circular justo a la entrada del parque. ¡Qué hermoso lugar! ¡Era el lugar ideal! “¡Sólo piensa!” exclamé. “¡No ha pasado un año desde que se hiciera notoria la proposición de la edificación del tabernáculo, y ahora se están edificando las paredes!”

Por supuesto, no pude quedarme en Los Ángeles para ver la construcción. Las numerosas campañas me mantenían

ocupada – campañas que además provocaron donaciones generosas para los gastos del edificio. En Fresno, California, el Sr. Hawkins visitó las reuniones, quedándose de pie desde temprano en la mañana hasta casi la medianoche estudiando las multitudes. Ningún detalle escapó a su atenta observación: nuestros problemas de acomodación y cuidado de las personas, apertura de camino para que los centenares llegaran al altar y después regresaran a sus asientos, cuidado de los enfermos, salas de oración, salas para las reuniones de obreros y salas para el coro. Mientras hacía anotaciones en su cuaderno, la gente lo escuchaban decir, “Debemos hacer esto, cambiar aquello, debemos añadir esto y eso al edificio”.

El Sr. Hawkins trajo consigo las últimas fotografías del tabernáculo, mostrando cuan rápidamente iba progresando en su construcción. Cómo atesoré esas fotos y otras que me llegaron por correo. Noche tras noche, cuando regresaba a mi cuarto después de las reuniones, cansada hasta el punto de quedar exhausta, encontraba aliento y una fuente de inspiración fresca al sujetar esas fotos en mis manos y estudiarlas en cada detalle hasta que mis ojos se cerraban de sueño.

Durante un tiempo nuestra esperanza era que el templo estuviera listo para el otoño de 1922. Sin embargo, la multiplicidad de los detalles que requerían planeamiento y consultas, pospusieron la apertura hasta el año nuevo. Mientras tanto, el contratista estaba maravillado con el progreso de la obra. “Ahora estamos trabajando en la construcción de la cúpula”, me escribió el 1 de junio de 1922. “Todo va satisfactoriamente y como se espera en todos los aspectos. Ningún accidente de trabajo, lo cual quiere decir, que no ha habido necesidad de cuidados médicos. Esta es una situación casi increíble para un

edificio tan grande como este”. El Sr. Hawkins comentó además que jamás había construido un edificio en el cual los hombres trabajaran más satisfechos y que el dinero se multiplicara y durara como en este edificio. Ciertamente el Señor estaba con nosotros obrando de manera maravillosa en este aspecto.

Al final de mis reuniones de avivamiento en Oakland - mi última campaña en los Estados Unidos antes de la inauguración del nuevo edificio - Brook Hawkins hizo un llamado a una reunión en la cual presentaría un reporte oral referente a la construcción. Se dirigió a la audiencia con las siguientes palabras, “He estado trabajando en la construcción de edificios por un buen número de años y ahora me encuentro finalizando uno entre las calles Sixth y Hill en Los Ángeles con capacidad de asientos para acomodar a cuatro mil personas, el cual costará dos millones y medio, una vez terminado. Otros edificios de naturaleza similar con capacidad para ubicar a menos de cuatro mil personas han costado en el pasado, entre ochocientos mil y un millón y medio y sólo caben mil quinientas o mil seiscientas personas. Por lo que cuando uno considera que el templo contará con asientos para cinco mil personas y cuando eventualmente la labor se haya completado, incluyendo asientos, órgano, decoraciones necesarias, mobiliario, alfombras para los pasillos, iluminación, todo para hacer que el edificio tenga buena presentación, estoy casi convencido de que el costo total no excederá a los doscientos cincuenta mil dólares”. ¡Esto fue especialmente gratificante, ya que en pocos años el valor del edificio fue estimado en más de un millón de dólares!

La audiencia en Oakland escuchaba atentamente al Sr. Hawkins mientras él describía la cantidad de materiales

utilizados en la estructura: “Más de doscientas toneladas de acero, más de veinte mil bolsas de cemento de 45 kilos cada una, más de 23.300 metros de madera, pudiendo utilizar esta madera una y otra vez. Muchas, muchas toneladas de piedras y arena para hacer la mezcla de concreto, porque quiero que sepan que toda la construcción del edificio es de clase A y totalmente a prueba de incendio. No se ha utilizado madera en ninguna parte del edificio excepto para los marcos y molduras de las puertas y ventanas, y tal vez alguna división de madera aquí y allá de naturaleza temporal”.

¿Ha notado que, al mencionar la capacidad de asientos, el Sr. Hawkins se refirió al edificio como templo? A mediados de 1922 el nombre tentativo “Tabernáculo de Avivamiento de Echo Park” fue eliminado en favor del nombre definitivo “Ángelus Temple” (Templo Ángeles). El término tabernáculo, no se adaptaba ya para describir el edificio reestructurado de acuerdo a las especificaciones de clase A.

Tuve dos pensamientos en mente al nombrar el edificio Ángelus Temple: primero, el Ángelus, el sonar de las campanas, llamando a la gente a venir a la iglesia. Pero mi pensamiento principal era el siguiente- el Templo de Los Ángeles. Quien visite la iglesia notará que en la

decoración interior predominan campanas y ángeles. Hay un friso con campanas en el frente de cada galería. Y se han pintado ángeles en lo alto de las paredes, con las alas extendidas que se tocan entre sí, representando un pequeño vislumbre, por detrás del velo, de lo que tuve el privilegio de ver en la reunión de otoño de 1917 en la campaña que realicé en la ciudad de Filadelfia.

Ya que el Evangelio Cuadrangular significa Buenas Nuevas Cuadrangulares,

no quise nada triste en la decoración del Ángelus Temple. Cuando llegó el momento de elegir el motivo central que sería ubicado en la plataforma, alguien sugirió, “Por cuanto todos pecaron, están destituidos de la gloria de Dios”. Pero eso es algo que todos sabemos y, de todos modos, esto no sería una buena noticia. ¿Cuál es el punto central de las buenas nuevas? Las buenas nuevas enfocan sobre este punto, “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Este versículo se convertiría en el lema bíblico de la Iglesia del Evangelio Cuadrangular. ¡Yo quería que el Ángelus Temple mismo fuese un sermón ilustrado, por si algún sordo entrase al templo, pudiese ver la historia de Jesús y el camino de salvación! ¡Y eso les ocurrió a muchos!

La decoración de la cúpula atrajo mi atención. Alguien quería que fuese una escena de una noche estrellada. Esto pudiera haber sido muy hermoso, pero probablemente se vería muy sombrío. Yo dije, “No, yo quiero que represente el día para que pueda hablarnos de las Escrituras, 'Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar'” (San Juan 9:4). Además de eso fue pintada de color azul celeste con unas nubes blancas para recordarnos que Jesús vendrá en las nubes de gloria. De manera que otros y yo podamos mirar hacia arriba durante la predicación y preguntar, “¿Jesús, vendrás durante esta reunión? ¿Estaré listo para el encuentro contigo, junto a otras almas, si vinieses en este momento?”

Pero para mí aún esto no era suficiente. Quería contar la historia completa de las buenas nuevas de manera que, si

alguien llegara cuando no hubiera nadie para predicar, la persona pudiera mirar a su alrededor y ver el evangelio. ¡Los vitrales contribuirían a tal efecto! En mi viaje marítimo hacia Australia, planifiqué los ventanales, y la ejecución de esos planos enviados a los Estados Unidos fue uno de los principales factores que exigieron mi regreso anticipado. Los vitrales no pudieron ser instalados a tiempo para la inauguración del templo, pero en pocos meses fueron colocados en sus lugares.

Después de diseñar los ventanales, me di cuenta que alguien pudiera preguntarse, “¿Cómo vendrá Jesús?” Entonces ocupamos 24 metros del enrejado del órgano con un mural representando a Jesucristo acompañado por las huestes celestiales con sus largas y finas trompetas. Jesús aparece en el centro con las manos extendidas, una hacia arriba, indicando la promesa de llevar a su iglesia a aquella tierra donde no hay pecado ni tristeza, y la otra mano está extendida como queriendo decir, “Benditos sean, mis hijos. Yo estoy con ustedes cada minuto del día y de la noche”.

Hablando del enrejado del órgano - en nuestros planes originales queríamos un órgano de tubos, pero no quisimos adquirir un instrumento de tan alto valor, mientras estábamos recaudando fondos para pagar la construcción del edificio. No obstante, le dijimos al arquitecto que incluyera un espacio para la cámara del órgano, en caso que el Señor proveyera el instrumento. Para la Pascua, después de la dedicación del Ángelus Temple, el gran órgano Kimball estaba dejando oír sus melodías gloriosas. Pedí de manera especial a los diseñadores del instrumento que incluyeran, entre sus muchos registros, el sonido de campanas y arpa.

El templo estaba constantemente en mi mente durante mi viaje de regreso de Australia. Un sinnúmero de toques finales requirió atención. Era necesario dar una explicación sistemática del Evangelio Cuadrangular, describiendo mis enseñanzas generales sobre los títulos de Jesús, el Salvador, el Bautizador con el Espíritu Santo, el Sanador y el Rey Venidero. También trabajé en uno de los primeros cánticos de batalla del Evangelio Cuadrangular- el cual se utilizaría durante el servicio de dedicación del templo. El coro, conteniendo un sumario del mensaje, se ha hecho muy conocido alrededor del mundo.

Es el Cuadrangular, el Cuadrangular
El Evangelio de poder.

Jesús salva, bautiza y sana Jesucristo volverá.

Semanas antes de la inauguración oficial, comenzaron a llegar al templo los primeros obreros cristianos para las actividades preliminares. El coro comenzó a ensayar. Un centro de información fue ubicado a la entrada principal en Park Avenue el 15 de diciembre, donde los músicos, ujieres, y otros ayudantes pudieran anotarse para ayudar. Se programó una convención de dos semanas para la apertura del Ángelus Temple, con ministros de todo el país - todos llenos del Espíritu Santo. Metodistas, Bautistas, Congregacionalistas, Unión de Hermanos, y otros que participaron en nuestras campañas de evangelización, compartieron el púlpito conmigo. El año 1922 comenzó a diluirse en la historia. El año nuevo pronto vislumbraría, y junto a él, la dedicación del Ángelus Temple.

13 Ángelus Temple, los Primeros Años

Desde el primer día de enero de 1923, día en que sus puertas fueron abiertas, surgió un poderoso avivamiento espiritual en el Ángelus Temple con un poder y fervor creciente. Ocho mil convertidos se arrodillaron en los altares los primeros seis meses, y mil quinientos creyentes fueron sumergidos en el bautisterio. Cientos de personas fueron sanadas y bautizadas con el Espíritu Santo. Mil jóvenes se reunieron para servir en el Ángelus Temple como “Cruzados Cuadrangulares”. Con el correr de las semanas y meses, se dio inicio a nuevos avances.

En febrero se abrió la Torre de Oración, donde la oración no cesaba mientras los hombres se reunían en turnos de dos horas, cada noche, y las mujeres oraban durante el día, llevando a Dios las peticiones de millares que llegaban por correo, teléfono y telégrafo de todas partes del mundo. El mismo mes formamos la escuela de entrenamiento bíblico que se transformaría más tarde en la Universidad Bíblica LIFE (Lighthouse of International Foursquare Evangelism - Faro de Evangelismo Cuadrangular Internacional). A fin de albergar esta escuela, se construyó un edificio en la esquina de Lemoyné Street y Park Avenue, pero se comprobó desde los primeros días, que las aulas eran muy pequeñas, y las sesiones consecuentemente fueron llevadas a cabo en la sala 500 del Ángelus Temple. Finalmente, se construyó un edificio adyacente a

la iglesia, de cinco pisos, y la estructura más pequeña fue remodelada para convertirse en casa pastoral, donde viví hasta 1936.

En marzo, el Domingo de Resurrección, llegó el glorioso órgano del Ángelus Temple, uno de los últimos toques finales del edificio. De todas las cosas inanimadas, ese órgano es lo que más amo. Pareciera contener en algún lugar de sus poderosos tubos la síntesis de toda una vida. Muchas veces, cuando el templo está vacío, salvo por un alma solitaria orando aquí y allí, me escurro sentándome a la sombra de una de las columnas. Al escuchar sus múltiples melodías, el poderoso órgano me trae paz.

¡Pronto llegó el desafío de la radio! En Los Ángeles, en el año 1923, había solamente dos estaciones de radio. Cuando me sentaba frente al aparato receptor, canciones, música, poemas, llegaban flotando a mis oídos tan clara y distintivamente como si los instrumentos estuviesen tocando y las voces cantado en el cuarto. Sin embargo, estaban siendo transmitidos a kilómetros de distancia. Mi alma estaba emocionada con las posibilidades que este medio ofrecía para la propagación del evangelio. Compramos tiempo en una estación de radio y comenzamos a transmitir algunas de las reuniones. Pero el pensamiento persistía que, si el Ángelus Temple tuviera su propia radio emisora, ¡podríamos transmitir casi todas las reuniones!

Los representantes de las estaciones radiales Western Electric y Times-Mirror, me aseguraron que la radio emisora podría ser instalada en el templo por una suma de entre veinte y veinticinco mil dólares. Yo sabía que ya había en ese período inicial de la radio, más de dos mil quinientos aparatos

receptores en un perímetro de 160 kilómetros de Los Ángeles. ¡Qué gran oportunidad para la propagación del evangelio!

Presenté el desafío a la congregación y a los suscriptores de Bridal Call. ¿Responderían con ofrendas más allá de las que eran necesarias para los gastos de la iglesia? Meses antes, yo había rechazado la sugerencia de un hermano en el concilio de la iglesia, de que cada miembro pagara mensualmente, un impuesto de diez dólares a la iglesia. Respondí que prefería renunciar a mi posición de pastora y edificar otra iglesia, que solicitar contribuciones o imponer impuestos de manera individual. Le dije, “Por la gracia de Dios todo, en esta iglesia, continuará haciéndose de acuerdo a las donaciones espontáneas de la gente que contribuye voluntariamente”.

La congregación dijo que no podría llevarse a cabo de esa manera - que una empresa tan gigantesca requería de ingresos garantizados. Pero Dios proveyó para el templo. Fue dedicado sin deudas. Dios proveyó para los gastos de funcionamiento. Y Dios proveyó, a través de ofrendas de amor de Su pueblo, para la estación de radio. En febrero de 1924, KFSG- Kall Four Square Gospel (Llame al Evangelio Cuadrangular)- salió al aire, al son de la gloriosa canción, “Que los vientos proclamen con poderosa voz, ¡Jesús salva!”

Durante tres años me quedé en el Ángelus Temple, predicando y enseñando muchas veces a la semana, conduciendo diariamente el programa “La Hora del Sol”, escribiendo, editando, publicando, y orando por los enfermos, aparte de una multitud de responsabilidades administrativas. El avivamiento estaba en su apogeo. Brotaron iglesias filiales en ciudades y pueblos adyacentes. En el pasado yo creía estar sobrecargada con las necesidades de conducir un automóvil,

levantar una carpa y luego dirigir reuniones. Pero esos días fueron días tranquilos en comparación con los primeros años en el Ángelus Temple. Había además una labor externa con la que debía cumplir. Varias organizaciones cívicas, fraternales y de caridad me invitaban a hablar, y yo daba gracias por las oportunidades de llevarles el mensaje de Jesús y su amor. Los bomberos de la ciudad querían un aumento de sueldo y nos llamaron para que les ayudáramos. Una iglesia filial quería que les ayudara a elegir el mobiliario. No había fin para las cosas que yo consideraba importantes realizar.

Además de eso, debía mantener tan ocupados como yo a los que asistían al templo, jóvenes y adultos. De esa manera serían felices como yo, felices con la alegría de sentirse realizados, cada uno, haciendo lo que podía para enviar la Palabra a las regiones lejanas. Y mantenerlos ocupados era una gran labor para mí.

El Señor nos envió varios ministros maravillosos que nos ayudaron con el ministerio de la predicación de vez en cuando. Los Cruzados, disfrutaban de manera especial la tarde del viernes con Homer Rodeheaver, el famoso barítono quien deleitó a miles en las campañas de Billy Sunday. El señor Rodeheaver estaba de paso por Los Ángeles en su ruta a Japón, India, y Australia con el evangelista W.E. Biederwolf. El Dr. Biederwolf completó la noche con un magnífico mensaje evangelístico. Otro invitado que bendijo el templo fue William Jennings Bryan, quien fue nominado tres veces por el Partido Demócrata para la posición de presidente de los Estados Unidos y quien ha servido con distinción en calidad de Secretario de Estado en el gabinete del presidente Woodrow Wilson. El señor Bryan dedicó sus últimos años a la defensa

de la fe fundamental. ¡Estábamos tan emocionados de tenerle predicando en el templo!

Sin embargo, el grupo de estudiantes de la escuela bíblica estaba creciendo apresuradamente. Debía hacerse algo y rápido para acomodar a estos futuros pastores, evangelistas, misioneros y obreros cristianos. El día del año nuevo, 1925 - el mismo día que la carroza del Ángelus Temple ganara el premio mayor en el Torneo del Desfile de Rosas de Pasadena - un desfile de camiones llenos a capacidad, con bolsas de cemento, viajó al terreno baldío al este del Ángelus Temple, el lugar donde nos habíamos propuesto erigir el edificio para la escuela bíblica.

Subí a la parte más alta del camión más grande, hablé por algunos minutos a la multitud reunida, explicándoles mis planes y esperanzas para este gran edificio. “Vendimos” las bolsas de cemento por un dólar cada una de manera que cada uno tuviese parte en el fundamento de la estructura. Los donantes recibieron como recuerdos de la alegre ocasión una pequeña bolsita dorada con la palabra “cemento”. Un año después el edificio escolar, de cinco pisos y medio fue edificado, aunque no completamente terminado, eclipsando al Ángelus Temple en estatura.

Durante el periodo de construcción, con frecuencia era estorbada por el ruido que acompañaba a la edificación de la escuela. Comenzaba temprano en la mañana, a veces interrumpiendo mi descanso después de reuniones de las cuales salía tarde en la noche. Debido a que la casa pastoral estaba a unos pocos metros al lado sur de la estructura, el ruido además interfirió con mis escritos y preparación de sermones y clases. Debido a lo cual, con frecuencia manejaba hasta algún hotel,

normalmente el Ambassador, y en algunas ocasiones al Alexandria y Rosslyn, donde me registraba por la noche y pasaba parte del día siguiente trabajando en sermones. En el Ambassador, siempre solicité que se me permitiera ocupar el cuarto 330 porque quedaba al final de un corredor y directamente frente al cuarto donde se hallaba uno de los miembros del templo. Por lo que generalmente nunca estaba sola, y nuestras puertas casi siempre estaban abiertas de modo que pudiésemos salir y entrar a voluntad.

Yo no tenía idea que durante ese tiempo se estaban forjando insinuaciones

siniestras debido a mis salidas a hoteles en búsqueda de descanso y quietud. Nunca cruzó por mi mente que el enemigo contraatacaría airado debido a que los contrabandistas de bebidas alcohólicas, apostadores, drogadictos, y tratantes de blancas, habían aceptado a - Dios en el Ángelus Temple y luego hablaron de sus secretos - a la audiencia radial - secretos de depósitos y distribución de licor, las direcciones de antros de juegos, nombres de traficantes de drogas, y horribles hechos sobre los tratantes de blancas. Valentones que habían sido ignorados por las autoridades, perdieron súbitamente su "protección" debido a las providencias que debieron ser tomadas como resultado de esas graves revelaciones al público.

Pero la tempestad no estaba pronta a desatarse - todavía no. El rugido siniestro aún estaba oculto. No fue sino hasta después de mi regreso de Tierra Santa que la tempestad se desencadenara con furia feroz.

¡Iba a salir de vacaciones! Durante tres años mi madre y yo, estuvimos ocupadas en el Ángelus Temple. Dios nos había dado cientos de miles de amigos en esta área hacia la cual Él

nos había guiado. Todas las ofrendas de los años anteriores habían sido invertidas en la obra del Señor. No invertimos en propiedades o casas hermosas o en pozos petroleros, como algunos evangelistas lo hacían. Desconozco la razón por la cual un evangelista no pueda gastar su dinero de la manera que quiera, ya que se les da como una ofrenda voluntaria de la gente, y si ellos quisieran que se gastara de cierta manera, debieran imponer una condición al darla. Pero nosotros no queríamos amasar una fortuna personal. Queríamos invertir en la obra del Señor. Y, por supuesto, invertimos nuestras energías al igual que las ofrendas. ¡Trabajamos incansablemente! Pero ahora nuestros asociados nos estaban advirtiéndome que el desgaste continuo, a ese ritmo, afectaría mi salud. Entonces se propuso que saliera de vacaciones - esta sería la primera vacación desde haber comenzado el ministerio evangelístico en Mount Forest, Ontario, años atrás.

Yo quería llevar a mi madre conmigo, pero ellos sintieron que no era conveniente que saliéramos ambas al mismo tiempo. Mi madre mantendría el fuerte en Los Ángeles y cuidaría los miles de detalles los cuales ningún extraño podría conocer o entender, mientras yo hacía este maravilloso viaje. Mi corazón estaba cantando al pensar que tendría un verdadero descanso, aunque a la vez, estaba algo trémulo a medida que se aproximaba el día. ¿Podría dejar la obra? Todo iba tan bien. La gente era tan leal y sincera. Hubo un hombre, en la Biblia, que sembró, y mientras se quedó dormido, el enemigo vino y sembró cizaña en su campo. Yo siempre vacilaba en ausentarme por mucho tiempo, con temor de que el diablo sembrara cizaña. Nunca hubo nada que decir del Ángelus Temple. Parecía que todos estábamos en un solo pensamiento y

gran entusiasmo por el Señor, por la iglesia y por las almas. Pero el Señor estaba colocando en mi corazón el pensamiento que había llegado la hora de tomar un descanso.

Finalmente, después de tres años de servicio constante, día y noche en el Ángelus Temple, el gran evento se llevaría a cabo. Se compraron los boletos. Roberta me acompañaría por lo menos hasta Irlanda. Desde allí yo continuaría hasta Francia y de Francia hacia Tierra Santa.

La gente nos dio una calurosa despedida en la estación del ferrocarril de Los Ángeles. Miles se reunieron para decir, “Adiós, Dios les bendiga y les traiga de regreso con bien”. Había cámaras por todas partes - un automóvil grande lleno de fotógrafos. Me pregunté ansiosa, “¿Qué dirá la gente cuando me vea en una película, después de todo lo que he dicho respecto a ellos?”

Cuando el tren llegó a Nueva York, me felicité de haber llegado a una ciudad sin que mi presencia se hiciera notoria. Ahora, pensé, podría comenzar a descansar realmente. Todos en el tren sabían quién era yo, y se me pidió orar por los enfermos y hablarles de Jesús. Me sentí muy feliz al hacerlo, sólo que se suponía que estaba descansando.

A la mañana siguiente nos embarcamos. Cuando entré al camarote, descubrí que estaba lleno de flores, frutas y cestas de cosas sabrosas. “Hermana”, me dijo una dama, “¿se acuerda de mí? Yo me convertí en una de sus reuniones en Brooklyn”. “Yo fui sanada en su reunión en Nueva Jersey”, testificó otra.

Finalmente se hizo el anuncio, “Todos los que no viajan, bajen a tierra”. Más tarde, con un rugido ronco, el barco zarpó. Vimos como Nueva York se desvanecía a la distancia, y avanzamos quebrando las olas, hacia la distante Europa.

Roberta y yo visitamos a los padres de Robert en la hermosa Isla Esmeralda de Irlanda. Nuestros planes eran de que mi hija se quedara con sus abuelos mientras yo proseguía en mi viaje hacia Tierra Santa.

Uno de los puntos de interés en mi visita a Londres fue el paseo a través de los claustros de la Abadía de Westminster. Vi marcadas en el suelo de ese maravilloso edificio las tumbas de dos mártires. Vi las puertas por las cuales entraron con las procesiones y casi podía oír las palabras, “Abran las puertas y tráiganlos dentro”. Los monumentos grandes podían caer y deshacerse en polvo, pero estas eran piedras vivas. “Estoy en descanso y no predicando”, fue mi respuesta uniforme a las muchas invitaciones que recibí para predicar mientras estaba en Inglaterra. Los ministros sin sentirse decepcionados, parecían comprender, ya que algunos habían visitado el Ángelus Temple y tenían conocimiento de la pesada labor que yo desarrollaba. Concordaron en que merecía unas vacaciones. Pero algunos de esos preciosos creyentes Británicos Pentecostales comenzaron a orar para que de alguna manera el Señor me dirigiera a predicar en su medio si fuera su bendita voluntad.

Pronto salí en dirección hacia Francia. El viaje aéreo fue excelente, y el escenario cortaba la respiración. Mi corazón desfallecía con carga por París. Fui a la Torre Eiffel y subí hasta la parte más alta. Mientras observaba la ciudad, pensé en Jesús mirando hacia Jerusalén y llorando. Yo ansiaba ver un avivamiento real del Espíritu Santo en París, pero mientras observaba cuidadosamente, no pude hallar uno. Las iglesias que visité estaban colmadas de turistas queriendo ver los tesoros contenidos en ellas, lo cual parecía robarles toda espiritualidad.

Seguí hacia el sur de Francia, en dirección a la Riviera, donde me embarcaría para Tierra Santa. Pero una noche, en la ciudad histórica de Niza, el Señor pareció decirme que regresara a Londres. Allí comenzó la batalla entre la fe y la razón. No fue sino hasta la tercera noche en la cual el Señor, clara y distintivamente me dijo, “Hija mía, quiero que regreses a Londres y prediques”, así que seguí su dirección. A la mañana siguiente llamé por teléfono a la secretaria de la iglesia Elim en Londres para decirles que iría a predicar por cuatro días. El viaje de regreso aéreo a Inglaterra fue extremadamente difícil. Un viento borrascoso hizo que nuestro viaje se atrasara una hora.

Los ministros y reporteros me dieron la bienvenida a Londres. La prensa quería una audiencia, la cual les concedí. Los reporteros parecían estar decepcionados porque yo preferí hablar de Jesús que de mí misma. Uno de ellos se quejó que sólo consiguió unos pocos detalles porque siempre estaba “desviándome y hablando de asuntos espirituales”. Pero yo había regresado a Inglaterra para predicar de Jesús.

El tabernáculo estaba lleno, y tuvimos que llevar a cabo reuniones extraordinarias. La gente vino de lejos y de cerca a escuchar el mensaje de la Palabra de Dios. Las reuniones eran tan gloriosas que los ministros comenzaron a urgirme que me quedara y condujera una campaña de grandes proporciones. Un salón público en el cual cabían ocho mil personas sentadas, estaba disponible. En muchas ocasiones, cuando mi decisión estaba pendiente, oré, “Señor, yo quiero estar en tu dulce voluntad, pero tú sabes cómo deseo caminar donde tú caminaste y orar donde tú oraste, y ver los lugares de los cuales he estado hablando todos estos años, de manera que pueda

describirlos mejor. Pero sea hecha tu voluntad, querido Señor”. Yo estaba dispuesta a desistir del viaje a Tierra Santa, pero Dios pareció dirigirme en esa dirección. Quedé de acuerdo en volver a Londres en mi viaje de regreso para predicar en el Royal Albert Hall antes de ir a casa.

Mientras tanto, Roberta había decidido que quería acompañarme en el viaje, por lo que se despidió de sus abuelos en Irlanda. Nos apresuramos en nuestro regreso a través del Canal Inglés y bajamos hasta Marsella, Francia, donde abordamos el barco que nos llevaría hasta Port Said en Egipto. Cruzamos el Canal de Suez en una balsa pequeña. Los nativos, vistiendo sus trajes típicos, atrajeron nuestra atención. Las mujeres usaban velos, algunas cubriendo sus rostros completamente y otras sólo dejaban ver sus ojos sobre el borde del velo.

“¡Oh, cómo anhelo ver!” pensé mientras presionaba mi rostro en la ventana en un esfuerzo para apreciar el paisaje que pasaba velozmente. Finalmente había llegado a la tierra de la cual habla la Biblia. ¿Sería tal como yo la había imaginado? ¿Me decepcionaría? Tal vez me equivoqué en venir, porque durante toda mi vida, desde mi infancia, había construido mis sueños de una Tierra Santa bellísima. Con los ojos de mi imaginación yo la veía como en los tiempos de Jesús. ¿Estaría cambiada y diferente? Las personas, ¿serían modernas?

Observando a través de la ventanilla, mientras nos aproximábamos a la Ciudad Santa, mis peores temores se hicieron reales, ya que lo que veía eran escenas modernas. Había casas hermosas de ladrillo y estuco que le darían mérito a California. Además, vimos los negocios con sus ventanales de vidrio, postes telefónicos y telegráficos, al igual que restaurantes de

buena apariencia. Y los vendedores de periódicos que gritaban, “¡El periódico de Nueva York!”

Me sentí desfallecer. Oh, me iba a arrepentir de haber venido. Conozco a muchas personas que quieren ver la Tierra Santa, pero temen lo mismo - decepcionarse.

En ese momento un hombre pasó por la puerta de mi compartimento. Él nos había ayudado con nuestro equipaje el día anterior, y conocía bien aquella parte del país. “Hermana”, me consoló, “usted está fuera de los muros. Esa es la ciudad moderna de Jerusalén. Los judíos están regresando y esas son sus colonias. Hay una sección rusa, una sección polonesa, y una sección alemana. Sin embargo, usted encontrará que la Antigua Jerusalén no ha cambiado”.

Eso me confortó algo, pero no iba a alimentar mis esperanzas mientras no lo pudiese constatar por mí misma. Finalmente llegamos a la estación. El tren no llegaba hasta la ciudad antigua. Debíamos continuar en automóvil.

“¡Oh, allí están los muros!” Exclamé tiempo después.

“Sí”, respondió mi guía. “Los muros son sólidos, porque han sido restaurados”.

Mi corazón comenzó a latir con rapidez. ¡Qué regocijo ante la vista de los muros!

Finalmente llegamos a la Puerta de Damasco. Sólo hasta allí pudimos viajar en auto. No está permitido entrar en vehículos en la antigua Jerusalén a causa de la estrechez de las calles y las muchas gradas hacia arriba y abajo en el camino. Todas las cargas son llevadas en los lomos de los burros, camellos, y hombres.

Cientos de personas se amontonaban en la antigua Jerusalén, vistiendo sus trajes típicos muy parecidos a los de los días bíblicos. Cargaban fardos y vendían su mercancía. Me quedé pensando si Jesús había presenciado este tipo de escenas al caminar por las calles de Jerusalén.

No podía quedarme en el hotel. Quería aprovechar cada momento. Por lo que, a veces salía sin un guía. Así fue que llegué al Muro de los Lamentos, donde los judíos lloran y se lamentan por causa de su templo perdido y la nación. Fue el lamento más terrible que jamás haya oído. “Oh, Dios, ¡devuélvenos nuestro templo! ¡Devuélvenos nuestra tierra! ¡Echa fuera a los musulmanes y devuélvenos nuestra tierra! ¡Envía al Mesías! Oh, Dios, ¡envía al Mesías y salva a tu pueblo!”

Yo deseaba colocar mis brazos alrededor de ellos y decirle que el Mesías, el cual es Jesús, ya había venido, y que contamos con un templo no hecho de manos donde hoy en día podemos adorar a Cristo. A veces había unos pocos, otras muchos, pero nunca se daban vuelta para prestar atención a los turistas. Parecía casi sacrílego estar observándolos, pero ellos no nos prestaban atención.

Además de Jerusalén, visitamos otras áreas Nazaret, Jericó, Hebrón, Jope, Galilea. Los días pasaron tan rápido que parecía estar en un sueño. Como me hubiera gustado volver y quedarme en la Tierra Santa por un año, visitando todos sus alrededores. Pero el tiempo de nuestra partida había llegado. Haríamos un corto viaje a través de Egipto porque quería ver el lugar donde Faraón oprimiera a los hijos de Israel antes de que Moisés los guiara fuera de Egipto en el Éxodo.

Llegamos a Cairo y a las grandes pirámides. Me emocioné al ver las estructuras enormes construidas hace tanto tiempo,

por el ingenio y la fuerza de hombres. De Egipto nos embarcamos hacia Italia, donde visitamos Venecia, Roma, Nápoles, y Pompeya antes de volver a Londres para predicar en el Royal Albert Hall. La prensa inglesa nos cedió los titulares en todos los periódicos y escribió magníficamente la historia de las reuniones. El trato que recibí de parte de los periódicos en Inglaterra en 1926 era algo diferente del que enfrentaría en mi próxima visita a Londres.

El salón, que tenía capacidad para doce mil personas sentadas, estaba lleno a capacidad desde abajo hasta la cúpula. Prediqué tocante a la Segunda Venida del Señor en la reunión de clausura el Domingo de Resurrección. De Londres fuimos a Belfast, Irlanda, donde había tenido el privilegio de contar la historia de Jesús en el Coliseo. El alcalde de la ciudad nos invitó a tomarnos algunas fotos con él. Nos mostró el salón de la alcaldía y se sentó con nosotros en la plataforma, asistiendo a tantas reuniones como le fue posible, agradeciendo a Dios por el avivamiento.

Pero ahora debíamos regresar a Los Ángeles y continuar con la labor. ¡Qué gloriosa bienvenida nos esperaba a nuestro regreso! Pero no tenía el menor presentimiento de la tempestad que se desataría sobre mí en menos de un mes, amenazando mi vida, mi reputación, y mi ministerio.

Aimee



Aimee Simple McPherson



Niñez



Robert y Aimee Semple
Chicago 1910



Tumba de Robert Semple
en China



Semple Memorial School
(Escuela en memoria de
Semple) Hong Kong, hoy día



Aimee Semple McPherson a su regreso de China



Aimee Semple McPherson, Harold McPherson, Rolf McPherson y su abuelo



Aimee Semple McPherson y Harold McPherson



Aimee Semple McPherson y Rolf K. McPherson acampando



Aimee Semple McPherson y Harold McPherson en St. Petersburg, Florida



El automóvil de las campañas



Campaña nacional en Filadelfia, 1918



Aimee Semple McPherson preparando la revista Bridal Call



Viajando a través del país cruzando en una balsa, 1918



La "Casa que Dios Edificó." Una casa pequeña y gris en Los Angeles



Cruzando el país hacia San Jose, California



La Iglesia "Bungalow" Preparándose para el Angel Temple



Denver, Colorado, día de catres de campaña, 1921



Reunión de Campaña



San Jose, 1919



Volando sobre San Diego



San Diego, Dreamland Arena, 1921



San Diego, Parque Balboa



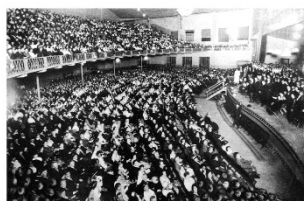
Teatro Olimpico, Melbourne, Australia



Dallas, Texas



Tribuna Auditorio, Wichita, Kansas 1922



Salón Memorial, Dayton, Ohio



Aimee Semple McPherson frente al pulpito y radio, Angelus Temple, 1920



Interior del Angelus Temple a fines de los años 30



Aimee Semple McPherson frente al micrófono de radio, Angelus Temple, 1920



Vista exterior del Angelus Temple durante la reunión diurna a fines de los años 30



Dedicación del Angelus Temple y Aimee Semple McPherson



Vista exterior del Angelus Temple durante la reunión nocturna, a fines de los años 30



Servicio de Bautismo en el Angelus Temple



Sacando la primera tierra para la construcción del Angelus Temple



El templo en construcción; Rolf K. McPherson durante su niñez



El Angelus Temple en construcción



El Angelus Temple en el día se dedicación, Enero 1, 1923



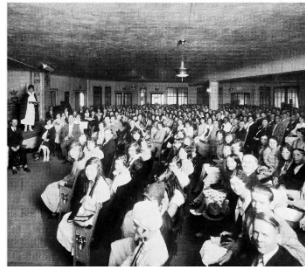
Vista exterior del Angelus Temple hoy en día



Vista interior del Angelus Temple, 1970



Aimee Semple McPherson en un viaje de avivamiento a comienzo de los 1930



Clase en el cuarto piso de la universidad LIFE



Universidad LIFE



Universidad LIFE y casa pastoral

14 ¡Secuestrada!

¡Todo fue tan repentino! En un momento, los cielos brillaban, cantando, predicando, considerando planes extraordinarios para la inmediata extensión de la obra del Maestro. ¡De repente, horror, un temor espantoso, manos groseras, el rugir de un automóvil, y yo cayendo boca abajo en el piso de un auto!

Me tomó absolutamente desprevenida ese súbito rapto a manos de conspiradores desconocidos. Si alguien en todo el mundo se hallaba totalmente contenta y ocupada, sintiéndose realizada en la vida, ese alguien era yo. ¡Entonces, de repente, la trampa fue extendida! Realmente no debía haberme tomado por sorpresa, porque hubo advertencias las cuales ignoré, juzgando que se trataba de bromas o extravagancias.

Una iglesia como el Ángelus Temple, por supuesto, tendría sus enemigos. La gaveta de mi escritorio estaba colmada de listas de direcciones en las que leyes contra el contrabando de bebidas alcohólicas y drogas eran violadas de manera constante y descarada en ese “mundo” regido total e incuestionablemente por los poderes de Satanás. Ese bajo mundo no es un mito para el que se arrodilló al lado de los penitentes en el altar y escuchó entre sollozos las historias de corazones partidos y vidas destrozadas, las que pudieran ser destruidas para siempre en caso de que esas víctimas no se hubieran tenido un encuentro con el Jesús que yo predico.

Una y otra vez jugadores convertidos, drogadictos, contrabandistas de bebidas y víctimas del mercado de blancas se levantaban de sus rodillas, para dar testimonios emocionantes a través de la estación de radio KFSG, y ante la audiencia del Ángelus Temple. Al resumir sus experiencias, citaron los nombres de personas y lugares donde obtenían las drogas y bebidas, o casas de juego donde habían perdido sus casas y fortunas.

Mis amigos me advirtieron, “Hermana, usted se meterá en muchos problemas peleando contra el pecado de manera tan osada. ¡El bajo mundo y sus 'altos jefes' no soportaran ser expuestos!” El cartero frecuentemente me entregaba sobres conteniendo cartas y notas amenazándonos de rapto y muerte si no “desistíamos”.

“¿Rapto? ¡Imposible!” ¿Pensaba yo, aún después de que un periódico de Los Ángeles, un año antes del problema, había publicado un editorial afirmando que unos reporteros habían descubierto un plan para raptarme! ¡La idea era inconcebible! ¡Tales cosas no le suceden a una evangelista! Habíamos atacado al bajo mundo con golpes fuertes, eso era verdad, pero el pensamiento de que alguien devolviera el golpe a la iglesia no me parecía ser algo digno de seria consideración.

Pero sucedió a sólo tres semanas de mi regreso de Tierra Santa. Qué maravillosas semanas fueron esas. “No necesitare otra vacación en mucho tiempo”, anuncié. “Trabajaré firmemente - con la mayor tenacidad posible”.

Comencé a hacer planes, proyectando convenciones, invitando oradores. La construcción del edificio para la escuela bíblica había finalizado durante mi ausencia, pero había que tomar decisiones en relación con la decoración y mobiliario.

Pintores, artistas, y decoradores me consultaron tocante a los detalles y toques finales. Mi programa de predicación incluía sermones en las tardes y noches de los miércoles, jueves, viernes, tarde del sábado, y domingo a la mañana, tarde y noche. Además, estaba dando clases en la escuela bíblica donde setecientos hombres y mujeres estaban estudiando para los ministerios de pastores, evangelistas, y misioneros. Muy pronto, a finales de la primavera, se graduarían los primeros. Mis hojas de exámenes estaban listas. Fue un período muy activo.

El domingo 16 de mayo de 1926, el templo estaba lleno a capacidad durante las tres reuniones. En esa ocasión prediqué el sermón “El Cordón de Grana,” a tres audiencias, desocupando el templo después de las primeras dos sesiones, y viéndolo llenarse nuevamente.

Generalmente no predico en el templo los lunes o martes. Sin embargo, a petición de la gente que estaba insistiendo en que hiciera un relato de mi viaje a Tierra Santa, accedí, ilustrándolo con diapositivas el lunes a la noche.

Las calles que rodean el templo estaban llenas de gente a las 5:00 p.m. Las puertas se abrieron, y el auditorio estaba apretujado de gente a las 6:00. A las 6:30 las calles estaban nuevamente llenas de gente que rehusaba regresar a casa. Presenté mi relato de la jornada del viaje a la primera audiencia, hablando hasta las 9:30, entonces despedimos a esos miles y repetí la misma historia al segundo grupo. Pero el templo no tenía espacio suficiente para acomodar a la multitud que llegó, por lo que anuncié que repetiría mi relato la noche siguiente. Pero para la hora en que la reunión debía haber comenzado, el sur de California supuso que había muerto ahogada.

Martes 18 de mayo de 1926. En la mañana salí para hacer algunas compras. Mi hija, Roberta, necesitaba un vestido nuevo para la escuela, y yo también quería un vestido nuevo. Hasta donde mejor recuerdo, fue alrededor de las diez en punto que salí manejando de la casa pastoral. Estacioné frente a la tienda Bullock's. Después de comprar un vestido para Roberta, comencé a buscar un traje para mí. Encontré un vestido blanco y negro que me gustó mucho, pero decidí que quería que mi secretaria, la Srta. Emma Schaffer, viniera a verlo.

“¿Podría reservarme este vestido?” Le pregunté a la vendedora, y ella accedió.

Cuento estos detalles porque algunos meses después aparecerían algunos testigos quienes pensaban haberme visto en el Hotel Clark exactamente a la misma hora que yo estaba en Bullock's. Felizmente, la vendedora, la señora May Dunton, recordaba la hora de la transacción y presentó una declaración jurada para tal efecto. Además de eso, fui a un negocio pequeño cerca de Bullock's, cuya propietaria, la señora Hamilton, recuerda mi visita. Entonces manejé de regreso a casa. Harriet Jordan, la rectora de nuestra escuela bíblica, vino a casa a preguntarme algo, y ella declaró que había regresado antes de las 11:00 a.m.

Debido a que había desistido de mis dos noches de descanso para relatar mi viaje, mi madre me dijo, “Querida, tus mejillas lucen pálidas. Arréglate y anda a la playa esta tarde, a fin de tomar aire fresco”.

“Bueno”, le dije. “¿Me acompañas?” Mi madre a veces me acompañaba en tales salidas. Su traje de baño estaba en el auto, dejado allí desde la previa excursión el viernes anterior.

“No, querida”, declinó. “Debo tener listos los avisos y el boletín de la iglesia para ser impresos”.

Le pedí a Roberta que fuera conmigo, pero tenía que ir a la escuela. Entonces invité a mi secretaria, “Srta. Schaffer, ¿me acompañaría?”

“Sí, con mucho gusto”, respondió Emma.

Vistiendo ropa deportiva blanca y amarilla, dejé la casa pastoral con la señorita Schaffer. Saludamos a un número de personas en la vereda, mencionando nuestro destino.

Llevé conmigo mi traje de baño y gorra para proteger mi cabello, también mi Biblia, concordancia, y algunos papeles, con la intención de trabajar en algunos sermones en la quietud de la playa.

Me tomó más tiempo de lo normal el manejar a Ocean Park, debido a que me extravié en Pico Boulevard, el cual se hallaba en malas condiciones. Salí por la calle de la derecha tratando de regresar a Pico desde el desvío. Una vez en la playa, estacioné en el Hotel Ocean View, que queda en la esquina entre Ocean Front y Rose Avenue.

Estaba alegre con la idea de entrar al agua. Pero también tenía hambre. Emma y yo caminamos hacia un pequeño lugar, donde pedí un waffle. La Srta. Schaffer pidió rosetas de maíz. Luego alquilé una sombrilla, tipo carpa, y me recosté sobre la arena. Mi secretaria se sentó a mi lado. Abrí mi Biblia y cuaderno y trabajé durante unos pocos minutos antes de ir a nadar. Las olas se aproximaban y yo nadé hacia ellas. Me encanta nadar, pero sentí que debía trabajar en mis mensajes. Además, el agua estaba bastante fría.

De regreso a mi carpa, terminé el bosquejo de uno de los sermones para el domingo siguiente y estaba a punto de comenzar otro mensaje cuando comencé a meditar sobre la descripción del viaje que debía repetir esa noche. Debido a que la presentación sería para los niños especialmente, decidí hacer algunos cambios en la música. Y quería hacer dos diapositivas nuevas para el programa. Hablé con la Srta. Schaffer, quien no nadaba. “Querida, ya que usted está vestida, ¿Podría ser tan amable de ir y llamar al director musical para hablarle respecto a la música y el orden de las diapositivas? Mis ojos están cansados, por lo que creo que nadaré otro poco mientras usted va. No la dejaré sola por mucho tiempo”. Le dije exactamente la dirección en que pretendía nadar.

“Está bien” dijo ella. “No vaya muy lejos”.

“Oh, no iré muy lejos”, respondí. “Estaré bien”. No tenía idea cuán lejos iría antes de que pudiera ver un rostro familiar nuevamente.

Comencé a caminar por el angosto camino de madera, nadé casi paralelamente al muelle antes de regresar a la playa. Noté que algunos salvavidas estaban haciendo ejercicios y me quedé observando, con el agua hasta la rodilla, todos sus movimientos. Me sentía tan contenta cantando la estrofa de un himno, para mí misma. No tenía temor de nada.

Mientras estaba allí, escuché que alguien me llamó por mi nombre. No recuerdo si las personas dijeron “hermana McPherson” o “señora McPherson”. Fruncí el ceño, pensando, “No puedo siquiera ir a la playa sin ser reconocida”. Miré en dirección al lugar de donde venía el llamado y noté a una pareja que aparentemente estaba esperándome. La mujer estaba llorando, y el hombre se veía muy agitado. Se acercaron en mi

dirección, los dos hablando al mismo tiempo, de manera casi incoherente. “Hermana, nuestro bebé se está muriendo”. Exclamaron. “El doctor lo ha desahuciado. Hemos venido desde Altadena con él. Oh, por favor venga a nuestro automóvil y ore por el bebé.”

“¿Cómo sabían que estaba aquí?” Les pregunté casi automáticamente, sin ninguna sospecha por la interrupción. Muchas veces cuando me hallaba paseando a caballo o manejando mi auto, otro auto se me acercaba, y yo era llevada a algún hospital o escena de algún accidente para dar a las víctimas el consuelo que pudiese en nombre de Cristo.

“Llamamos al templo y su madre nos dijo que estaba aquí”, explicaron. “Ella estaba segura de que usted oraría por nuestro bebé. ¿Puede venir con nosotros?” No me cruzó por la cabeza en aquel momento la idea de que ellos no hubieran telefonado al templo. Cuando necesito ser amonestada, la mayoría de las veces es por ser demasiado confiada. Supongo que la gente me está diciendo la verdad y no cuestiono su sinceridad, tal como lo hice en ese fatídico día.

“No puedo ir por el momento”, le dije. En cuanto esas palabras apenas habían brotado de mis labios, un pensamiento se encendió en mi mente. “Estas personas van a pensar que me importa más nadar que un bebé que se está muriendo. ¡Qué vergüenza! No pienses en nadar ahora, anda a orar por ese niño”. “Esperen a que me vista”, les dije.

“Pero el bebé se está muriendo, hermana”, rogó la mujer. “Cada minuto significa tanto. Pero, aunque el bebé muriera, nos sentiríamos mejor si usted orara por él”.

¡Cómo me tocaron esas palabras! “Bueno”, propuse, “correré a la carpa y me pondré mi bata”. La carpa estaba casi a una cuadra de donde nos hallábamos conversando.

“¿Le servirá esto?” preguntó la mujer. Sobre su brazo llevaba una capa oscura hecha de un material impermeable. Mientras hacía la pregunta la colocaba sobre mis hombros. Como cubría bien mi cuerpo, decidí que estaría bien usarla. Aún llevaba puesta mi gorra de baño y caminé descalza.

“Yo sabía que usted lo haría”, exclamó la mujer con alegría mientras caminábamos sobre la arena hasta el paseo de madera. Al llegar allí, la mujer corrió adelantándose, diciendo estar nerviosa por causa del bebé.

El hombre me llevó por la calle Navy, desde donde vi un auto con la puerta de atrás abierta. Había otro hombre sentado al volante, y el motor estaba encendido, pero en ese momento no presté atención a esos extraños detalles. Mi interés estaba en la mujer sentada en el asiento de atrás con un bulto que apretaba fuertemente sobre su pecho. Yo, naturalmente, pensaba que era el bebé agonizante.

“Entre”, dijo el hombre cuando llegamos al auto.

Estaba contenta de hacerlo, ya que no podía alcanzar al bebe desde el estribo del vehículo. Muchas veces entré en ambulancias y automóviles que se estacionaban frente a nuestra casa, por lo que, la invitación no me pareció extraña ni sospechosa. Sin embargo, cuando entré, el hombre me dio un pequeño empujón, por detrás. Fui a parar al piso del auto. No lloré ni hice nada porque estaba demasiado sorprendida y asustada. No podía imaginar lo que estaba sucediendo.

Inmediatamente el bulto de ropa que la mujer había estado meciendo como a un bebé cayó sobre mí. Algo mojado y pegajoso me estaba presionando la boca con fuerza. Una mano firme sujetó la parte trasera de mi cabeza. Luché débilmente por un momento, y muy pronto estaba inconsciente. El último sonido que recuerdo fue el del motor acelerando cuando el chofer puso el vehículo en marcha.

Algunas semanas más tarde, un abogado quien dijo estar en contacto con mis secuestradores, me hizo saber que ellos habían usado un tipo de máscaras de goma para administrarme la anestesia - cuyo proceso, según afirman, hace que uno pierda la conciencia por una hora. Varias horas más tarde, declaró el abogado, los secuestradores me dieron un cuarto de un grano de morfina. Sea que este abogado haya escuchado esto de parte de mis raptos, sea que él haya sido víctima del engaño, o que él mismo haya sido el perpetrador de una trama, será un misterio, porque murió en un accidente automovilístico antes que pudiera confirmar o refutar su declaración. Pero mi secuestro no fue un engaño. Mi rostro quedó enrojecido y muy adolorido por un tiempo como resultado de la administración del anestésico.

No tengo la menor idea de cuánto tiempo estuve inconsciente. Si después que los efectos de la droga desaparecieran, yo me haya adormecido, es también incierto. Sin embargo, mucho tiempo antes de que yo regresara, mi desaparición había sido explicada como muerte por ahogo. El templo organizó una patrulla en la playa tratando de hallar mi cuerpo. Esta creencia aparentemente complicó los planes de mis secuestradores, ya que su nota solicitando rescate fue recibida como una falsedad con fines de extorsión.

Por supuesto, la patrulla de la playa no encontró ningún cuerpo. Yo me encontraba viva, aunque bastante mal. Cuando desperté, estaba enferma del estómago y en una cama, vomitando. Una mujer estaba inclinada sobre mí y sujetando una vasija. “¿Dónde estoy?” pregunté. Miré alrededor del cuarto, tomando nota de los detalles. Las paredes estaban empapeladas, por lo que sabía que no estaba en mi casa, ya que las paredes de mi cuarto no están revestidas de papel. Noté que la cama era esmaltada. No tenemos camas esmaltadas.

“Debo haber estado en un accidente automovilístico”, fue el primer pensamiento que cruzó mi mente, mientras inspeccionaba el cuarto con la vista turbia. “Debo haber sufrido un accidente y tuve que ser traída a un hospital”. Me quedé acostada, mirando y pestañeando. “¿Dónde estoy?” Le pregunté a la mujer que se hallaba al lado de la cama. “¿Qué sucedió?”

Como no me respondió la primera vez, insistí en preguntarle. Entonces la mujer dijo, “Muy bien, Steve, entra”. Entraron dos hombres. Para entonces recordé a la pareja en la playa y su chofer. ¡Estas eran las mismas personas!

El hombre más robusto llamado Steve se acercó a la cama. El otro hombre se mantuvo a la distancia, aunque ambos estaban observándome. Yo ya no tenía puesto mi traje de baño sino un camisón blanco de algodón. Miré a los hombres y les pregunté qué era lo que estaba ocurriendo. No recuerdo las palabras exactas que dijeron al principio, porque mi mente aún estaba confusa. La esencia de la conversación era que habían planeado el rapto hacía mucho tiempo, y aquella fue la primera oportunidad que tuvieron para secuestrarme.

Les pregunté la razón por la que me habían secuestrado; me respondieron que pedirían un rescate y que “iban a

obtener ese maldito templo”. Recuerdo perfectamente que usaron la palabra obtener. Mi nerviosismo aumentó y me senté en la cama, rogándoles. “¡Debo regresar al templo!” Exclamé, preguntándome si esta era una broma pesada. ¡Aún continuaba con náuseas y me dolía mucho la cabeza! El trio prorrumpió en carcajadas.

“Mi madre se estará muriendo de preocupación”, continúa. “Además no puedo faltar a la escuela bíblica. Tengo que tomar los exámenes”. Esta era una de mis preocupaciones principales. Pero mis raptores sólo se burlaron y dijeron, “Está bien. Tiene que olvidarse de eso. Si usted es una niña buena, tal vez pronto regrese a su casa”. Mis súplicas continuas no lograron nada. Finalmente, uno de los hombres, con un gesto de impaciencia refunfuño, “¡Cállese!”

La primera vez que me quedé sola en el cuarto, cedí al impulso de gritar pidiendo auxilio. Descendí tambaleante de la cama y caminé hasta la ventana. Estaba cubierta con tablas casi hasta arriba, pero había unos portillos a través de los cuales esperaba que mis gritos pudiesen ser oídos. Grité, pero mi voz débil sonó casi ridícula. La mujer irrumpió en el cuarto, colocó una mano sobre mi hombro, me separó de la ventana, y me sacudió enojada. Después me empujó sobre la cama, ordenándome, “¡Ya basta de gritos!”

En cuanto ella se retiró, volví a la ventana. Casi fuera de mí, grité otra vez. No me importaba lo que hicieran conmigo, bastaba con que alguien me escuchara. En esta oportunidad, mis tres raptores entraron corriendo, me sujetaron antes que pudiera gritar más que una o dos veces, y me amordazaron con un pañuelo bien apretado. Pero me sacaron la mordaza

unos minutos después. Al quitármela, me dijeron que, si volvía a gritar, me amordazarían permanentemente.

Al principio, mis secuestradores no me dijeron cuánto dinero pedirían por mi rescate, ni tampoco se me ocurrió preguntar. Lo que sí les pedí fue que le avisaran a mi familia que estaba viva, y me respondieron, “Puede apostar que lo haremos”.

Los días pasaban. ¡Cuánta falta me hacía mi Biblia! Este fue el periodo más largo de mi vida en el cual no tuve acceso a la Palabra de Dios. Intenté compartirles mi testimonio. Tiempo después, a mi regreso, el abogado de la fiscalía me preguntó si traté de convertir a la mujer secuestradora, y contesté, “Traté de convertirlos a todos”. Pero a la pregunta, “¿Tuvo algún éxito?” Tuve que confesar, “No, temo que no lo tuve, Sr. Keyes”.

Perdí la noción del tiempo. Pasaba el tiempo caminando de aquí para allá, suplicando, “¿Por cuánto tiempo va a continuar esto? Necesito regresar a casa”. El hombre llamado Steve - el supuesto padre que salió a mi encuentro en la playa - parecía estar fuera la mayor parte del tiempo, pero entre sus viajes pasaba por la casa. El otro hombre estaba allí casi siempre, aunque yo lo veía poco. La mujer, que me dijo que la podía llamar Rose, dormía en un catre al pie de mi cama. Me parece verlo todo en este momento - el recuerdo todavía me persigue. Aquí estaba mi cama. En una esquina, una cortina y detrás de ella había ropa colgada. Del otro lado se hallaba una puerta que conducía a un baño pequeño con su lavabo, tina de baño y sanitario. De verdad había tal baño en el primer lugar en que me hallaba cautiva. Después de recobrar mi libertad, algunos escritores que interpretaron mi testimonio de manera errónea

y se mofaron de la idea que tales comodidades pudieran hallarse en la cabaña del desierto que es donde fui trasladada unos días antes de que me escapara. Yo nunca dije que había un baño en esa cabaña. Cada ocasión en que relaté mi historia, enfatiqué las diferencias de comodidades entre la primera casa, en la cual me mantuvieron por poco más de un mes, y la cabaña primitiva a la cual fui confinada durante dos o tres días. Fue la casa, y no la cabaña que contaba con un baño.

Recuerdo vívidamente otros detalles del primer lugar de cautiverio. Había una mesa y una cómoda antiguas. Las paredes tenían un papel con líneas azules y flores que trepaban, en color rosa, y un borde en una línea delgada. El cielo raso parecía haber sido enyesado. Mi impresión es de que se trataba de una casa de dos pisos, ya que casi tenía la certeza de haber escuchado pasos arriba. Pero no puedo decir que estoy absolutamente segura. No se me permitió ir a otra parte de la casa que no haya sido mi cuarto o el cuarto de baño. Rose me traía la comida. Cocinaba muy poco, no sé si era por pereza u otra razón. Prácticamente me alimentaban de comida enlatada, pero de vez en cuando me traía papas hervidas, lo que para mí daba variedad a las comidas.

Cierto día, cuando Steve regresó de uno de sus viajes, lo escuché hablar muy enojado en el cuarto adyacente. Lo oí decir enfurecido, “¿Acaso creen que no reconocemos a un maldito policía cuando vemos uno, aun cuando esté disfrazado?”-o algo por el estilo. En ese entonces, yo no sabía que era lo que había provocado tal explosión, pero me enteré más tarde de la primera carta enviada al templo solicitando dinero por mi rescate. Esta carta con fecha de mayo 24, y enviada desde San Francisco, estaba firmada por los secuestradores que exigían

500.000 dólares para que yo fuese liberada. Mi madre dijo que cuando ella recibió la carta, no le causó ninguna impresión porque para entonces estaba convencida de que yo “entré al mar y no salí del mar” y que mi “espíritu estaba con Dios.” Así que entregó la carta a las autoridades. De alguna manera la carta desapareció de los archivos secretos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Dos meses más tarde, un periódico publicó lo que supuestamente sería una copia fotográfica de la misma, pero mi madre dijo, “No creo que sea una foto de la carta original, porque la carta que recibí y entregué a las autoridades era difícil de leer, casi indescifrable, y la que apareció en los periódicos es legible”.

De todos modos, mi madre aseguró que la primera vez que se solicitó

el rescate contaba con especificaciones precisas sobre cómo hacer el contacto en la sala de espera del Palace Hotel en San Francisco, el sábado siguiente. Los portadores del dinero deberían usar el tipo de cintas que utilizamos para los distintivos de los ujieres del Ángelus Temple. Mi madre recibió órdenes estrictas de no enviar policías. Como ella creía que yo estaba muerta, no envió a nadie. Pero la policía envió dos hombres, llevando los distintivos del templo y portando un paquete que representaba el dinero del rescate. Nadie se aproximó a ellos. Si mis secuestradores eran de hecho los remitentes de la carta, Steve no fue engañado por los hombres en el hotel. El conocía a los “malditos policías” cuando veía alguno, “aun cuando estuviera disfrazado”.

Cuando supe de la cantidad que estos secuestradores estaban exigiendo, casi me desesperé. “¡Nuestra gente no puede pagar esa cantidad!” insistí. “¡Esa cantidad es casi el valor de

nuestra propiedad! ¡Nadie en el mundo podría conseguir tal suma!”

“¡Oh, sí la conseguirán!” declararon. “Usted cuenta con muchas personas que darían mil dólares cada una por tenerla de regreso”.

“Nunca lo lograrán”, persistí.

“Nosotros lo lograremos,” dijeron confiados. Pero por el tipo de conversación, percibí que estaban teniendo gran dificultad en convencer a mi madre de que yo estaba viva. Ella insistía en que yo me había ahogado y ellos procuraban hacerla cambiar de idea. Nunca conté esto a nadie antes, excepto a mis abogados, porque tuve miedo de que la gente pensara que estaba inventando, pero mis secuestradores decían que tenían personas en el templo disfrazadas de periodistas y detectives - tales personas se hallaban dentro y sabían todo lo que ocurría.

De vez en cuando intentaba interrogar a Rose, a fin de conseguir algunos detalles que pudieran ser útiles a las autoridades después de ser liberada. Pero ella respondía con evasivas. “Ya basta querida”, respondía. “No vamos a hablar de ello, querida”. Era siempre “querida”, dicho la mayoría de las veces en un tono efusivo. Me contó que era enfermera, y parecía serlo, pero del tipo que trabaja en el departamento psicopático para cuidar de los pacientes difíciles.

Debo decir que durante la mayor parte del tiempo no recibí insultos o afrentas de Steve o del otro hombre. Nunca pude determinar si Rose era esposa de alguno de ellos. A veces pienso que ellos fueron más bondadosos conmigo que otras personas con las cuales necesité contactarme después de mi huida.

Aparentemente el próximo pasó de mis raptos para lograr conseguir el rescate fue el contacto hecho por dos hombres con R. A McKinley, un abogado ciego, quien tenía una oficina en Long Beach. La mañana del lunes, después del sábado del encuentro en el Palace Hotel en San Francisco, la cual no se llevó a cabo conforme a las instrucciones, el abogado McKinley les dijo a los oficiales del Departamento de Policía de Long Beach, que dos hombres que decían llamarse Miller y Wilson entraron a su oficina y le dijeron que me habían raptado en la playa y que me estaban manteniendo prisionera hasta alcanzar su objetivo. Ellos esperaban que el abogado no vidente actuara como intermediario con mi madre, en un esfuerzo por cobrar un rescate de 25.000 dólares. “Lo escogimos a usted por ser ciego y no poder, por lo tanto, identificarnos”, le dijeron. Supongo que disminuyeron el monto del rescate ante la incapacidad de convencer a mi madre de que yo estaba viva.

Al día siguiente, el señor McKinley contó su historia al fiscal público Asa Keyes y al Capitán Herman Cline del Departamento de Policía. Estos representantes de la autoridad, se mostraron escépticos, pero el abogado sugirió que se pusieran en contacto con mi madre y pidieran que ella hiciera preguntas que solamente yo podría responder. Las respuestas supuestamente probarían si Wilson y Miller realmente me tenían cautiva. Mi madre no puede recordar si quien llamó fue el Sr. Keyes o el Capitán Cline, pero fue uno de ellos. Esta última historia sonó tan melodramática, tan llena de infamia, que ella no la podía creer. Pero como mi cuerpo no aparecía en la playa, pensó que no podía ignorar la posibilidad, por improbables que parecieran los eventos. Por lo que se redactaron

cuatro preguntas para el abogado ciego, quien las entregó a Miller y Wilson cuando ellos lo abordaran más tarde, esta vez en la calle. Parece que, en otra visita, estos hombres golpearon al abogado en su propia oficina.

Rose conversó conmigo tan hábilmente que al principio no percibí que estaba siendo interrogada. El día que Steve regresó de uno de sus viajes, ella comentó, “Hoy hace mucho calor. Sería bueno recostarse en una hamaca”. Entonces, como si fuera una casualidad me preguntó “¿Le gustan las hamacas? ¿Ha tenido alguna hamaca?”

“Sí tuve una hamaca tejida cuando era niña y vivía en el campo”.

“¿La tenía en el porche?” me preguntó.

“No, estaba colgada entre dos manzanos”.

“¿Alguna vez se quedó dormida en ella?” continuo Rose. Yo respondí, “Sí”.

En breve, cambió la conversación. “¿Le gustan los perros?” indagó Rose. “Sí, me gustan mucho”.

“¿Alguna vez tuvo uno?”

Le conté sobre el pequeño Gypsy en mi casa, cuando era niña. Sin percibirlo, estaba respondiendo correctamente a las dos primeras preguntas de mi madre. En ese instante vi a Steve en la puerta, con una apariencia alegre, peculiar pero furtiva. Aparentemente él estaba escuchando en el otro cuarto. Algo en su rostro me hizo sospechar. “¿A qué se deben estas preguntas? ¿Cuál es la idea?” le dije.

“Oh, nada”, Rose encogió sus hombros. Pero yo sabía que algo estaba sucediendo. Finalmente me dijeron que pronto me dejarían ir. “La anciana vendrá con el dinero muy pronto”,

dijo Steve, refiriéndose a mi madre. “Si usted responde al resto de estas preguntas, ella quedará convencida de que usted está viva”. Entonces, me mostraron parte de un periódico, en el cual estaba impresa la historia de cómo mi madre había sido contactada por el abogado no vidente y proveyera las preguntas que yo debería responder.

“No voy a responder a nada más”, dije decididamente. “No voy a permitir que recauden ese dinero”.

“¡Lo hará si sabe que es por su propio bien! ¡Usted responderá a estas preguntas y lo hará pronto!” Steve usó palabras profanas para reforzar su orden.

“¡No lo haré!” Insistí.

“¡Oh! ¿No lo hará?” dijo con desprecio. Con un movimiento rápido, me tomó del pulso, y aplastó con fuerza su cigarro sobre mis dedos.

Sólo me estremecí y dije, “continúe”. Pero él se detuvo un tanto avergonzado. Las quemaduras no eran graves, creo que no debieran ser mencionadas, pero las cicatrices permanecieron por largo tiempo. Cuando comparecí ante el tribunal en julio, uno de los miembros del jurado me preguntó respecto a las cicatrices, que aún continuaban visibles.

Poco después, creo que mis raptores comenzaron a tramar otra forma de obtener el dinero. Los escuché hablar sobre sus dificultades. Parecían preocupados en cómo conseguir el dinero sin ser atrapados. Oí el ruido de una máquina de escribir. El sonido del teclado delataba que el dactilógrafo era un principiante. Yo no supe cuál fue el contenido de la segunda nota de rescate hasta después de mi fuga. Rose cortó un mechón de mi cabello. Más tarde cortó otro. Por lo que pude oír

de la conversación, deduje que esas notas eran un intento de poder convencer a la gente de que yo estaba viva. Steve entró e inclinó sus ojos hacia uno de mis dedos, que tiene una marca peculiar producto de un accidente con una hoz en mi niñez. “Si los mechones de cabello no convencen a la familia”, le dijeron a Rose, “la próxima vez podemos enviar ese dedo”. No sé si hablaba en serio en su amenaza, pero supongo que era capaz de hacerlo.

Pronto llegó la noche en que me transportaran hacia otro lugar. Yo me hallaba en la cama. No sé cuánto tiempo dormí, si varias horas o apenas un poco, pero Rose me despertó. “Levántese”, ordenó. “Nos vamos hacia otro lugar. Vístase”. Dijeron que me estaban llevando, por algún tiempo, a un lugar donde nadie me hallaría. Sentí que pronto regresaría a casa - que me estaban llevando hacia algún lugar seguro mientras ellos daban el golpe final. Entonces me dispuse a ir.

Colocaron una venda sobre mis ojos y me hicieron entrar a un automóvil. La mujer había sacado un colchón estrecho de su catre y lo colocó en el piso del vehículo. Hicieron que me acostara en él. Me ataron de pies y manos - las ataduras no estaban apretadas sino algo flojas. Una vez que estuvimos de camino, me sacaron la venda. No había equipaje, excepto una cesta con alimentos. Rose y el chofer eran los únicos en el vehículo conmigo. No sé hacia donde había ido Steve. Si este era el auto en que fui raptada, no lo puedo decir con certeza, pero sospecho que era otro.

No tengo idea a qué hora iniciamos el viaje esa noche. Creo que viajamos varias horas antes de que amaneciera, ya que me quedé dormida. Viajamos todo el siguiente día. Nos detuvimos varias veces para descansar, pero estábamos en el

campo, y no había señalizaciones. Todo estaba desierto. Durante el día pensé, “¡Gracias Dios! Estamos de regreso a casa”. De algún modo imaginé que estábamos en Imperial Valley {Valle Imperial} o cerca de Palms (Palmas). Yo suponía que estaba cerca de mi casa, pero esperaba que no consiguieran el dinero del rescate.

Una vez, durante el viaje, me amordazaron, pero no por mucho tiempo. La mayor parte del trayecto fue hecho por caminos rurales, porque no se oía ruido de tránsito. Si había ciudades, el chofer aparentemente manejó alrededor de ellas. Casi todos los caminos estaban bien pavimentados.

La noche había caído cuando llegamos a nuestro destino. El auto se detuvo. Me vendaron nuevamente y me llevaron a una cabaña. Me contaron tocante a una noticia en el periódico la cual decía que mi madre había sufrido un colapso nervioso. Esa fue la gota de agua. Yo había soportado todo, pero cuando lo supe, parece que algo explotó. Comencé a llorar y gemir. Me puse histérica y me enfermé, no pudiendo comer nada.

De lo que puedo recordar, Steve se encontraba en la cabaña cuando llegamos. Aparentemente él había llevado catres de lona, de los que usa el ejército, asientos para acampar, y unos pocos utensilios. No presté mucha atención al local, pero tuve la impresión de que las paredes eran oscuras. Creo que el piso era de madera. Sin embargo, cuando regresé al desierto después de mi fuga, en un esfuerzo para localizar la cabaña donde estuve cautiva, uno de los edificios que inspeccionamos contaba con piso de tierra tan bien tratado y tan liso y endurecido por alguna preparación, que me engañó. Cuando salí de la cabaña, las autoridades me preguntaron, “¿Qué tipo de piso era?” y respondí, “El piso era de madera”. Me llevaron

nuevamente adentro y me mostraron que había sido engañada, pero antes de eso yo creía que era de madera.

Los hombres dejaron poca evidencia en la cabaña, manteniéndose en el segundo cuarto o yendo a hacer negocios, ya que los oí hablar tocante a ir a la ciudad. Continué sintiéndome terriblemente miserable. El clima era mucho más caluroso allí que en la primera casa. “Hace tanto calor”, me quejé a Rose. “Hace tanto calor. No puedo soportar el calor”.

“No es tan caluroso como en Honduras”, comentó ella. Después dijo, “Ahora, querida, si su madre se porta bien, probablemente usted quedará libre el viernes”.

Pero no tuve que esperar hasta el viernes. Tuve la oportunidad de escapar el martes. Rose y yo estábamos solas en la cabaña. Los hombres habían salido en uno de los autos. Rose trajo un pequeño lavabo de metal en el cual me lavé. Me sentía incapaz de poder caminar. Sólo me pasaba el tiempo repitiendo como una niña, “Madre, pobre madre”, al recordar la noticia de su enfermedad. No podía dejar de pensar como estaría sufriendo.

Rose me dijo que iba a salir a comprar algunas provisiones. Según lo que recuerdo, estas fueron sus palabras, “Voy a salir por un momento a hacer unas compras. Regresaré luego. Tengo que atarla”.

“Por favor, no me amarre”, le supliqué. “Apenas puedo mantenerme de pie. Usted sabe que, si intentara caminar, me caería”.

Pero ella dijo que debía amarrarme bien segura. “Va a estar bien. No la lastimaré en absoluto. Acuéstese de lado, querida”.

“¿Podría amarrarme las manos en el frente en vez de mi espalda?” le rogué. “¡Es tan incómodo!” Pero ella insistió en que me diera vuelta. Después de amarrarme las manos, me amarró los pies. El material que utilizó fue un cordón semejante al que se usa para coser colchones. No me apretó las muñecas y no me amordazó. Supongo que pensó que no era necesario debido a lo distante que nos hallábamos de la civilización.

Rose salió del cuarto. Escuché cuando encendió el auto y se fue. Me quedé en la cama con el corazón palpitando fuertemente. Era la primera vez desde mi secuestro que me quedaba sola. “¡Alabado sea el Señor!” pensé. “Esta es mi oportunidad de escapar”. Comprendí que si lograba desatarme los pies tendría una oportunidad. Pero me sentía tan débil. ¿Estaría en condiciones de andar? Comencé a orar.

Comencé a empujar los pies y a sacudirlos para soltarlos, pero las cuerdas no cedían. Intenté aflojar las cuerdas de mis manos, pero pronto comprendí que sería imposible hacerlo de esa manera. Entonces vi un bote de cinco galones al otro lado del cuarto. Era un recipiente como los que usábamos para hacer jarabe de arce, cortado en la parte superior. Me pregunté si quizás pudiera acercarme y cortar las cuerdas en el borde afilado. Rodé de la cama al piso y de allí rodé hasta el bote. Estaba contra la pared. Inclinéme hacia atrás, conseguí cortar la cuerda que sujetaba mis manos sin lastimarme.

Un reportero llamado Collins, del periódico Herald de Los Ángeles, me desafió más tarde diciendo, “Sra. McPherson, no creo en su historia, porque nadie podría cortar las cuerdas sin cortarse las muñecas”. Las autoridades y otros demostraron el mismo escepticismo. Intentamos repetir la escena una

noche en casa. Mi madre me ató sobre la cama y colocó un bote al otro lado del cuarto. Me tomó treinta segundos rodar de la cama al suelo y llegar hasta el bote, soltándome las manos. Mis muñecas quedaron intactas. Intenté cuatro veces y todas las veces tuve éxito en soltarme las manos sin herir mis muñecas, como varios testigos pueden testificar.

Después de soltarme las manos, comencé a desatarme los pies. Eso fue fácil. Débil y temblando, me puse de pie, orando que Dios me ayudara. Aunque me costó mantenerme de pie al principio, la fuerza dada por Dios comenzó a fluir. Me acerqué a la pequeña ventana y subí cruzando a través de ella. La caída al suelo no fue muy larga.

Muchas veces después me preguntaron, “¿Por qué no salió por la puerta?” Pero no me detuve a pensar en la puerta. Estaba cerrada, mientras que la ventana estaba abierta y no era alta.

Ya en el suelo, no me quedé a mirar nada - ni siquiera a la cabaña que quedaba atrás. Mi único pensamiento era huir antes del regreso de Rose y los dos hombres. A cada minuto, esperaba oír el sonido del automóvil regresando a la cabaña. Comencé a correr a través del terreno desierto tan rápido como mis piernas trémulas me lo permitían. El día estaba más fresco de lo que era común para aquella región, aunque se mantenía caluroso. El sol no estaba brillando en todo su esplendor, aun cuando mi fuga ocurrió cerca del mediodía. Los moradores de esa localidad desértica confirmarían más tarde que el día estaba más fresco que cualquier otro.

Mientras caminaba, oré como jamás orara en mi vida para que Dios me permitiera llegar a un lugar seguro. No me detuve a observar nada a mi alrededor. Mis pensamientos eran

caóticos. No hallo como poder definirlos. Corrí hasta cansarme y después caminé. Corrí y caminé, caminé y corrí. No tenía sombrero - nada que protegiera mi rostro y mi cabeza del sol - por lo que levante la parte trasera de mi vestido para colocarlo sobre mi cabeza. Esto me libró completamente de las quemaduras del sol, ya que el vestido estaba hecho de un tejido pesado. El efecto era el mismo que de una sombrilla. Me cubrí la cabeza, asegurando el vestido con los brazos, lo que por supuesto me obligó a disminuir la velocidad. Pero continúe avanzando.

Afortunadamente, yo no transpiro mucho. Semanas más tarde, alguien dijo que, si hubiera transpirado más entonces, no estaría transpirando tanto después - durante el proceso - en el que cada esfuerzo fue empleado, aunque fútilmente para menoscabar mi historia.

Hubo momentos en que me sentí muy cansada, sentándome para volver a comenzar. Pensaba, “¿estaré caminando en círculos?” Mis labios parecían estar quemados y mi lengua estaba seca, pero no estaba sufriendo mucho físicamente. Tuve la suerte de que, durante la mayor parte del día, atravesé una región más elevada y varios grados más fresca que la planicie del desierto. Aunque había tomado bastante agua en la mañana, naturalmente me sentía muy sedienta en la tarde. Quería beber agua, aunque no podría decir que me estaba muriendo de sed.

La caminata fue una pesadilla de la que difícilmente puedo recordar los pormenores. El terreno, sin embargo, no era particularmente rocoso o difícil. Había cactus y otras plantas espinosas, pero logré evitarlos. La región no era de ninguna del tipo que cortaba los zapatos. El fiscal del Distrito, abogado

Ryan dijo que él podía caminar dos días por allí sin que su calzado policial fuera siquiera marcado. Aunque ocasionalmente, yo tropecé con algunas piedras mientras caminaba.

No sé cuál es la distancia que recorrí. Algunos que siguieron lo que creyeron ser mis pisadas estimaron que caminé treinta y dos kilómetros. A mí me parecieron ser más, como ciento sesenta kilómetros, aunque no fuese realidad. Mis caderas estaban muy adoloridas con la caminata. Cada vez que apoyaba mis pies, las coyunturas me dolían. Me recostaba y me levantaba, caminaba o corría por un momento, y me recostaba otra vez. ¿Por qué mi ropa no estaba tan sucia cuando llegué a un lugar seguro? Esa fue una pregunta con la que me perseguirían durante meses. En ese momento, yo pensé que mi ropa estaba tremendamente sucia, pero la arena en aquel desierto era como nieve, por lo que podía sacudirla rápidamente, sin dejar manchas como lo haría el lodo o la tierra.

Asumí que estaba caminando hacia el norte, ya que el sol estaba a mi izquierda. Solamente estoy haciendo conjeturas tocantes al tiempo, pero pienso que era cerca de las 3:30 de la tarde cuando una colina, que más tarde supe que se llamaba Negrohead Mountain (Montaña Cabeza de Negro), surgió a la distancia. Decidí intentar llegar hasta ella y subir para mirar la región desde lo alto. Felizmente, caminando hacia una meta definida, estaba segura de que no caminaría en círculos.

Antes de llegar a esta colina, la oscuridad había cubierto el lugar. La luna estaba en lo alto y las estrellas titilaban. Fue una noche bellísima, pero yo que amo los cielos, no estaba en disposición de disfrutar su gloria en aquellos momentos. Me puse a recordar las muchas historias de personas que habían muerto en el desierto, perdidos sin esperanza, muriendo de

hambre y sed. Entonces oré, “Oh, Dios, tú que guiaste a los hijos de Israel a través del desierto en todas sus jornadas, tú que nunca me has fallado, no me fallarás ahora. Guía mis pasos cansados hacia un lugar seguro, pues estoy perdida y afligida”. Apenas había terminado de hacer esta sincera oración pidiendo ayuda, cuando, habiendo subido una pequeña elevación al pie de Negro head Mountain, divise una claridad en el cielo. Se veía un conjunto de luces muy bajas y muy brillantes para ser estrellas. Debía ser - ¡era una ciudad! Parecía estar tan lejos, ¡pero allí estaba! ¡Gracias a Dios! Supe después que la claridad en el cielo eran los reflejos de fuego de la siderúrgica de Douglas, Arizona, y las luces blancas y brillantes, eran las de la pequeña ciudad próxima, Agua Prieta, en México.

¿Cuántos kilómetros debía recorrer para llegar a aquellas luces? ¿Lo lograría? Al continuar con mi caminata, encontré una carretera en buenas condiciones. Al principio pensé, “voy a dormir a la orilla del camino, si pasara un auto y me llevara, sería lo mejor. En caso contrario, proseguiré a la mañana”. Estaba muy cansada.

Salí del camino y me acomodé para descansar, pero pronto un leve ruido entre los arbustos próximos me recordó de los animales que viven en el desierto. Tenía temor de que un lagarto venenoso, llamado monstruo gila, se acercara. Me coloqué de pie nuevamente y continué caminando. El tipo de camino hizo que mi andar fuera más fácil.

Proseguí hasta llegar a un pequeño edificio a mi izquierda. Supe más tarde que era una cabaña de vigilancia. Di vueltas alrededor de la casa gritando, “¡Socorro! ¿Hay alguien aquí?” No recibí respuesta. No vi ninguna señal de vida, por lo tanto, regresé a la carretera y continué mi jornada. Caminaba cuanto

me era posible y luego me sentaba a la vera del camino. Por momentos anduve con los ojos cerrados, mis párpados rehusaban mantenerse abiertos.

Eventualmente escuché a unos perros ladrando a la distancia. Ante mis ojos surgió la forma grande y oscura de un edificio y un muro que más tarde probó ser la línea fronteriza entre los Estados Unidos y México. El edificio se hallaba como a unos nueve metros a mi derecha. Con fuerza renovada grite, “¡Hola! ¡Socorro!” Para mí, mi voz sonaba como un susurro en la inmensidad del desierto. Pero los perros ladraron más fuerte a medida que me acercaba, tropezando, en dirección al edificio, insistiendo, “¡Socorro! ¡Ayúdenme por favor!”

Un hombre salió del edificio, maldiciendo a los perros y haciéndolos callar. Su voz se oía grosera, y tenía un acento extranjero. Cuando se acercó, me di cuenta que sólo vestía su ropa interior. No se había rasurado la barba y su apariencia asustaba. Algunos me preguntaron que por qué no me detuve allí. Si ellos hubieran visto al hombre esa noche, sabrían por qué.

“¿Qué quiere?” me desafió.

“Quiero a la policía”, le dije.

“¿Qué es lo que ha hecho?” me preguntó sospechoso.

“No he hecho nada”, respondí. “Pero quiero a la policía”. Debido a que parecía no entender bien inglés, decidí no darle los detalles de mi problema. Pero le dije que había sido raptada.

“¿Quién la raptó?”

“Unas personas,” le respondí. “¿Tiene teléfono? Quiero llamar a la policía”.

“No, no tenemos teléfono”, me respondió.

“¿Tiene vehículo?” presioné. El respondió, “No”.

“¿Tiene un caballo?” pregunté.

“No”.

“¿Me acompañaría a la ciudad?”

“No, yo trabajo todo el día”, dijo. “Será mejor que entre y se quede hasta la mañana”.

“¿Tiene esposa?” pregunté.

“No”.

“¿Hay alguna mujer aquí?”

“No”.

“¿Para qué es ese edificio?”

“Es un matadero”.

“Me voy”, le dije. “¿Qué tan lejos se halla una casa donde se encuentre una mujer?”

En vez de responder, el continuó haciéndome preguntas. “¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? ¿Quién la secuestró? ¿Qué es lo que ha hecho?”

Le dije, “Por favor, dígame dónde puedo hallar una casa para llamar a la policía o donde haya una mujer”.

Finalmente rezongó algo como cerca de un kilómetro y medio. Corté camino a través de una hondonada y regresé al camino para continuar hacia la ciudad. Tuve que recostarme varias veces. Encontré dos casas. Cada una parecía tener una docena de perros. Los grandes rugían y los pequeños gemían. No paré en esas casas pequeñas porque pude ver otras más grandes enfrente. Pensé que tal vez pudiera hallar a un policía. Las luces de Agua Prieta estaban siendo apagadas - y según

supe más tarde, eran las luces de los salones de bailes y cantinas.

Pronto llegué a una casa más grande que las demás. Tenía una cerca alrededor y parecía que las personas que la habitaban eran respetables y responsables. Fui tropezando hasta el portón. Un perro ladró cuando comencé a llamar. Mis rodillas temblaban como gelatina. Sentí que no podría ir más lejos en mi búsqueda de un policía. “¡Por favor, ayúdenme!” Fue lo único que pensé decir.

“¿Quién es?” respondió una voz masculina. “¿Qué desea?”

“Quiero a la policía. ¿Tiene teléfono?”

“No”, fue la respuesta, “pero hay un teléfono a una cuadra cruzando la calle”.

“Una cuadra- sólo- una- cuadra- más”, salí repitiendo para mí misma. Yo había entrado por el portón y subido tres gradas hasta el porche. Me di vuelta y comencé a descender las gradas dirigiéndome hacia el teléfono. Llegué hasta el portón de entrada y caí, de frente, cabeza hacia abajo. Me contaron que me quede allí por más de una hora. El señor González y su esposa, que residían allí, pensaron al principio que yo había muerto. Encendieron fósforos frente a mi rostro, pero mis ojos no se dilataban. Supusieron que había muerto y no se atrevieron a moverme hasta que llegara el médico forense. Cuando descubrieron que estaba viva, me cubrieron con cobijas.

Cuando recobré la conciencia, les supliqué, “¡Agua, agua, por favor!” y ellos bondadosamente me dieron agua. ¡Estaba deliciosa! Les pedí un segundo vaso. ¿Por qué no pedí agua en

el matadero? Por la misma razón por la cual no me quedé allí. En mi condición mental perturbada, la apariencia de aquel hombre me llevó a salir de allí rápidamente. Él estaba muy ansioso en retenerme.

El señor González me levantó la cabeza, mientras su esposa me frotaba las manos. Yo todavía parecía estar envuelta en una niebla de inconsciencia. “Señorita, señora, ¿qué le sucede?”

Qué bueno fue el observar nuevamente unos rostros bondadosos. Me acordé de Rose allá en la cabaña - de su rudeza y crueldad que ni siquiera su “queridita” podía ocultar. Qué diferente era el rostro de la señora González, cuyo cuerpo generoso se inclinaba hacia mí. ¡Qué bella me pareció! Los otros rostros que vi eran mexicanos también, ansiosos y bondadosos. Supe que me hallaba en Agua Prieta, al otro lado de la frontera mexicana, en la parte baja de Douglas, Arizona. Les dije que era la señora McPherson, pero eso no significó nada para ellos. “Fui raptada”, les expliqué.

“¿Cómo llegó hasta aquí?” me preguntaron.

“En un auto”. Cuando conté que había sido llevada en un auto, eso fue usado en mi contra. Pero no quise decir que llegara a Agua Prieta en un auto, sino que había sido llevada a México en un automóvil desde Los Ángeles.

“Llamen a la policía de los Estados Unidos, ellos comprenderán”, les pedí. Finalmente consiguieron un chofer americano, John Anderson. “Soy la señora McPherson”, le dije. Él me llevó hasta la estación policial de Douglas. El oficial de turno, quería que saliera del vehículo, pero le dije que no podía. Estaba demasiado cansada y exhausta.

“¿Quién es usted?” vino la pregunta.

“Soy la señora McPherson”.

“No le creo. Muchas personas han dicho ser Aimee Semple McPherson y no eran”.

“No me importa si me cree o no. Soy la señora McPherson y quiero irme a casa”.

“Usted está enferma. Debe ir al hospital. ¿Quiere ir a un hotel o al hospital?” me dijo.

“El hospital está bien”, respondí.

“¿Tiene dinero?”

“Ni un centavo”.

El policía Paterson reflexionó por un momento y después dijo, “Yo me haré cargo de pagar. Si usted no es la mujer que dice ser, correré el riesgo”.

Nadie quería creer al principio que realmente yo era la persona correcta. El chofer me llevó al Hospital Calumet de Arizona, acompañado de los policías George, Cook y O. E. Paterson, quienes hicieron los arreglos para que quedara internada. Me hicieron entrar, estaba sucia, con mis manos cubiertas de suciedad, mi rostro y mis zapatos blancos por el polvo del desierto, así como el resto de mi ropa. Una enfermera me colocó en la cama, pero no se ofreció a darme un baño. Me sacó algunas espinas de cactus de mis piernas y frotó algo sobre mi pie donde se había reventado una ampolla causada por el hecho de que el par de zapatos que llevaba puestos eran muy grandes para mí. Creo que eran los zapatos de Rose.

No logré descansar por algún tiempo. Las personas entraban para verme. “¿Es usted la señora McPherson?” indagaban.

“Sí”.

“No lo creo”, vino el veredicto.

Un hombre caminó de arriba y abajo por mucho tiempo antes de preguntar, “¿Me permitiría oler su aliento?”

“No”. Yo no podía imaginar el porqué de su petición. No tenía idea de que era muy común que una mujer llegara a Douglas durante las horas de la madrugada, después de una noche de fiesta en los bares al otro lado de la frontera en Agua Prieta, México. Este hombre suponía que yo había estado bebiendo y que en mi imaginación era la señora McPherson.

Después de notar mi aliento, él dijo, “Está bien. Ahora puedo testificar de que usted no está ebria. Puede que sea una impostora, pero no está ebria”.

Eventualmente llamaron al editor McCafferty del periódico Dispatch de Douglas. El me miró y dijo, “Ella es la señora McPherson. Lo sé porque yo escribí un reportaje de sus reuniones en Denver”.

Mientras tanto, había estado rogando que dieran aviso a mi familia en Los Ángeles. Cuando las noticias llegaron a mi madre, ella se mostró escéptica. Una enfermera entró al cuarto, preguntando que podía decir para probar quien era. Rápidamente sondeé mi memoria, después repetí cosas pequeñas sobre mi infancia, las cuales nadie, sino mis familiares más próximos, podrían saber. Le dije a la enfermera que le dijera que la cicatriz en mi dedo fue provocada por un corte sufrido cuando era pequeña y que el hombre que me cortara el

dedo en ese accidente se llamaba Pinkston. Mencioné a mi paloma, Jennie, y el gato llamado Cola Blanca.

Pero eran tantos los rumores que se habían corrido, tantas noticias sensacionalistas que yo desconocía - tantas veces se había dicho, "Ella está aquí". "¡Ella está allí!"

"¿Cree hallarse en condiciones de acercarse al teléfono?" preguntaron las autoridades.

"¿Podría?" Si el teléfono hubiera estado a dos kilómetros de distancia, aun a dos kilómetros del camino desértico, yo iría. Me llevaron en una silla de ruedas a otro cuarto donde se hallaba el teléfono. El hombre que estaba hablando con mi madre le estaba dando mi descripción. Se dio vuelta hacia mí y dijo, "la señora Kennedy quiere que usted le hable tocante a los lunares en sus hijos".

"Roberta tiene una fresa en su mano", le dije, "y Rolf tiene una frambuesa en su espalda".

Eso convenció a mi madre. Me pasaron el teléfono. Apenas podía sostener el auricular o controlar mi voz en ese primer saludo ansioso. Y a través de los kilómetros de cables llegaron las voces que jamás había esperado oír nuevamente. En aquel hospital de Douglas, colgada al teléfono con las enfermeras sonriendo a mí alrededor, respiré esta oración de gozo, "¡Gracias Dios! ¡Oh, gracias Dios!"

La alegría transbordó de mi lado de la línea, pero en el otro lado, como me contarán más tarde, pasó por sobre todas las barreras de restricción. En el templo y en la escuela bíblica, la congregación y los alumnos gritaron. Las reuniones y las clases fueron olvidadas al instante. Saliendo de sus lugares, la gente comenzó a danzar en los pasillos. Los miembros más

dignos e imperturbables de la facultad, fueron vistos saltando a la altura de un metro en el aire. A través de las puertas congestionadas, las multitudes corrieron bajando las gradas, despreciando los ascensores. Corrieron hacia las calles. Llevando consigo cualquier cosa que produjese ruido - la batería del templo, sartenes de los negocios, pitos y campanas de las farmacias, bocinas y otros objetos de cualquier parte - formaron un gran y creciente desfile de celebración.

El festival de alegre sonido atrajo a todo el vecindario, y la gente salió corriendo de sus casas y negocios para unirse al desfile. “¡La Hermana regresará a casa muy pronto!” eran las palabras que brotaban de los labios de muchos. Pero aún no estaba en casa. Para el tiempo en que llegaría a Los Ángeles, las señales de tormenta amenazarían la felicidad de mi regreso a casa.

15 En Realidad Sucedió

¡Qué maravilloso es que nuestro Dios cubre el futuro con una nube impenetrable y coloca un velo sobre todas las mañanas de nuestras vidas, de manera que nadie sabe lo que un día o una hora irá a traer! Maravilloso e infinitamente compasivo, porque si supiéramos todo lo que nos aguarda en el futuro, tal vez no siempre tendríamos la energía para continuar. Si hubiera sido una vidente con vista profética la noche en que crucé el desierto, podría haber atribuido algún sentido simbólico al hecho de que el primer ruido que escuché fue el feroz ladrido de perros, el primer edificio que encontré fue un matadero, y la primera persona que encontré, ¡un carnicero! Si yo hubiera sabido todo lo que estaba por acontecer, ¿habría tenido el valor de continuar?

En los momentos de debilidad, durante las tribulaciones de los terribles días que seguirían, sentí que si hubiera sabido lo que estaba por ocurrir, podría haber clamado aquella noche en el desierto, “Padre celestial, ¡jamás podré beber esta copa! ¡Haz que pase de mí! ¡Oh, haz que pase!”

Sin embargo, no muy pronto, estaría de pie nuevamente en el púlpito predicando, no muy pronto vería el mar de rostros de los que escuchaban la Palabra de Dios, y me daría cuenta de la indignidad de tal debilidad. En esa atmósfera de fe y amor, comprendería que Dios, quien no nos permite ser probados más allá de lo que podemos soportar, me daría la

gracia para decir, “Tu voluntad, oh Padre mío en los cielos - Tu voluntad sea hecha, no la mía”. También comprendería que “la verdad echada en tierra, volvería a levantarse” y que el bien sobrepasaría al mal.

Retornando al presente, en Douglas, Arizona, en el Hospital de Calumet y Arizona, yo me hallaba en contacto telefónico con mi madre en el Ángelus Temple en Los Ángeles. La alegría de ambas era inexpressable. Ella me dijo que tomaría el tren hacia Douglas y me acompañaría de regreso a casa. Luego me dio recomendaciones de que no hablara y no contara mi historia. Mientras tanto, un sinnúmero de reporteros que se hicieron presente, insistía en obtener informaciones. Yo no sabía de ninguna razón por la cual no debiera contarla. Estaba dispuesta a relatar todo a quien quisiera preguntarme.

La puerta de mi cuarto en el hospital se abrió bruscamente y entró un tropel de reporteros y fotógrafos, armados de cámaras y flashes, ardiendo de curiosidad. Decenas de ellos representando a periódicos mundiales- entrevistas, preguntas, estallidos de cámaras y luces brillando, hasta que todo en mi cabeza comenzó a girar. Casi me desmayé en varias ocasiones. ¡Qué confusión! ¡Qué escena! El lugar fue literalmente bombardeado y atacado por diligentes representantes de la prensa.

Temblando y débil como estaba, intenté responder a todas las preguntas. Les conté con franqueza y veracidad todo lo que querían saber, hasta los mínimos detalles. Grupo por grupo, venía a escuchar mi relato. Fue necesario repetirlo una y otra vez. Las enfermeras protestaban que los miembros de la prensa me estaban perturbando, pero, aun así, continuaban viniendo. Cuando la puerta de la sala se abría, el estruendo de un flash y su intensa luz daban inicio a la tortura, cual hierro

puesto sobre el fuego candente en mi tremendo estado nervioso. El interrogatorio continuó todo el día miércoles, y toda la mañana del jueves.

Pero finalmente las avaras cámaras parecieron quedar satisfechas, y el último reportero hambriento de noticias sensacionalistas había corrido a la oficina de telégrafos o el teléfono. Seguramente ahora podría descansar. Pero, ¡qué idea! Con las válvulas de escape y bocinas de los vehículos sonando a la distancia, cada vez más fuerte, cerca y más cerca, cayó sobre mí un nuevo tropel. Más reporteros, más fotógrafos y las mismas preguntas agobiantes y monótonas se volvieron a repetir. Parecía que este segundo ataque, sin duda, acabaría conmigo. Pero de alguna manera sobreviví, respondiendo con paciencia y cortesía, de la mejor manera posible.

Finalmente, las enfermeras lograron hacer salir a todos de la sala y me ordenaron descansar diciéndome, “Su familia llegará muy pronto”. Cada uno de mis nervios se encogía al pensar en aquella reunión. Un auto se estacionó. Habían llegado muchos otros vehículos, pero instintivamente sentí que ese era el auto. Extendí mis brazos. Traté de controlar el temblor de mis labios. Mi madre, Roberta y Rolf estaban en la puerta. ¡Mi familia querida!

Pero junto con ellos entró un detective alto y algo obeso de Los Ángeles y su yerno de rostro joven y amable, un asistente de la oficina de la fiscalía del distrito. Decepcionada por sentirme privada de unos pocos minutos a solas con mi madre y mis hijos, reprimí rápidamente la manifestación de emociones que sólo se demuestran a los que nos son muy queridos.

Mi madre se inclinó sobre mi lecho y me habló en voz baja. Desde aquel día las autoridades me preguntaron acerca

de lo que ella me dijo. Se hicieron esfuerzos para indicar que la conversación tenía alguna implicación siniestra. Pero mi madre me preguntó simplemente lo que cualquier madre le preguntaría a su hija en estas circunstancias - si me hallaba bien. Le dije que sí.

Las autoridades nunca me dieron un segundo a solas con mi familia hasta que extrajeron cada pequeño trozo de mi historia. El detective alto se presentó como el Capitán Herman Cline y su yerno como el fiscal adjunto del Distrito, Joseph Ryan. Estos hombres me dijeron que era imperativo que se volvieran a tomar otras fotografías incluyéndolos a ellos. Cómo deseaba que no hubieran aparecido en aquel momento, en aquellos primeros minutos de reunión. Quería expresar a mi familia mi amor y mi felicidad de volverlos a ver. Quería estar a solas con ellos por algún tiempo, después de haber huido prácticamente de las garras de la muerte. Pero cuando mis hijos corrieron a mis brazos, cada uno de estos hombres tomó una silla y se sentó, uno a cada lado de la cama. Me quedé pensando en su falta de cortesía y comprensión, pero allí se quedaron. Tiempo después, vino a unirse al grupo otro extraño, un estenógrafo llamado por los policías. Mi familia fue puesta de lado y el interrogatorio comenzó otra vez. Me interrogaron, durante lo que me parecieron horas y horas, tocante a cada minuto y detalle de mi experiencia. Les conté mi historia con simplicidad y verdad. Me presionaron para describir a los secuestradores.

Al concluir con el interrogatorio, sentí que había dado al Capitán Cline y al señor Ryan una descripción completa de mis secuestradores. Respondí con seguridad a cada una de sus preguntas. ¡Imagine mi sorpresa cuando tiempo más tarde

una de las razones presentadas para que dudaran de mi historia fue el no haber sido capaz de describir a mis raptores! ¡Aunque los periódicos habían publicado las preguntas y respuestas de toda la entrevista, casi palabra por palabra! Digo “casi” palabra por palabra, porque hubo algunos pequeños errores que torcieron el sentido. Los policías de Los Ángeles afirmaron que el relato estenográfico de la entrevista me sería enviado para que yo lo leyera y lo firmara, pero jamás lo hicieron. La primera vez que lo leí fue cuando apareció en los periódicos.

Salí del hospital en cuanto me fue posible y me fui con mi familia al Hotel Gadsden para descansar y recuperar algo de fuerzas.

Las autoridades me preguntaron si me sentía en condiciones de acompañarlos hasta el desierto en busca de la cabaña. “Ni siquiera sé en qué dirección estaba”, respondí. “Solo sé que llegué por el camino de esa montaña alta”. De todas maneras, estuve de acuerdo en ir, aunque no sabía nada tocante a cómo seguir una pista. Donde mis pisadas hubieran quedado al salir del camino, era terreno arcilloso. Las huellas no podían seguirse. Aun así, los oficiales me dijeron antes de nuestra partida hacia el lugar, que los investigadores habían encontrado mis huellas a unos 19 kilómetros- que el camino les guió hacia cierto rancho el cual mencionaron por nombre. “La cabaña debe estar en esa sección de la región”, apuntaron los investigadores.

En vista que ya existieran dudas en cuanto a las posibilidades que yo haya caminado por el desierto sin beber agua, les propuse que iría sin tomar agua el día que buscáramos la cabaña, aunque ese viernes fue más caluroso que el martes de mi

huida. De hecho, les dije que estaba totalmente dispuesta, si mi palabra era puesta en duda acerca del agua o acerca de la condición de mi ropa, para probar que mi caminata había sido posible, recorriendo la misma distancia, sin agua, en el mismo desierto. Pero un periodista que se hallaba en el auto en que viajábamos por el desierto dijo, “No, señora McPherson, no sea necia. Aquí tiene un poco de agua”. Y la extendió hacia mí. Me preguntaba sobre la razón por la cual ninguno en autoridad pareciera querer dejarme caminar a Agua Prieta otra vez desde los lugares en que se hallaron mis huellas. Repetí la oferta ante el jurado de acusación algunas semanas más tarde pero no había aparente interés en permitirme confirmar mi jornada por el desierto. De todas maneras, la confusión continuó con ataques a mi historia sobre esos dos puntos: agua y vestuario.

Cuando el grupo policial regresó de Agua Prieta para cruzar la línea hacia Douglas, el presidente de un poblado mexicano indicó que deseaba hablar conmigo. Él dijo, a través de un traductor, que quería conversar conmigo en privado. Me llevó hasta un café, el oficial entró a un lugar reservado, pidiendo que un traductor americano nos siguiese. El gobernante dio una mirada furtiva alrededor y comenzó a hablar. Le pregunté porque teníamos que hablar en privado. “No hay nada que discutir que no pueda ser dicho en presencia de los oficiales de policía”. Pero el hombre insistió mucho en que sus palabras eran sólo para mis oídos. ¡Y no era de maravillarse! Porque lo que dijo lo colocó a la vanguardia de aquella turba oportunista que vendría diciendo cualquier cosa que cualquiera quisiera que ellos dijeran por dinero.

“Señora McPherson, unas personas me ofrecieron cinco mil dólares para que diera una declaración escrita de que yo no creo que su historia de secuestro y su experiencia en el desierto sean ciertas. Claro, necesito el dinero, pero no tengo ningún deseo personal de perjudicarla. Si usted puede verlo claro - y probablemente pudiera pagarme tanto como lo que me ofrecieron, estoy seguro que hallaría conveniente hacer una declaración opuesta a la que ellos quieren - esto es, de que su historia es verdad y que yo estoy convencido de ello”.

¡Un chantajista! ¡Allí se hallaba proponiendo fríamente que, si no recibía una suma determinada de dólares, haría una declaración escrita de que mi experiencia jamás había ocurrido! Frente a frente por primera vez (pero no la última de ninguna manera) con una persona sin escrúpulos, que deseaba recibir soborno para no mentir, salí del café, tratando de dar una digna respuesta al insinuante conspirador. Este fue el inicio de una serie de ofertas de personas corruptas que deseaban extraer de mí y mi iglesia todos los bienes materiales que poseíamos. Mi posición parecía ser una señal para numerosos charlatanes que se reunieron con la esperanza de extorsionar bienes materiales.

Este gobernante en breve condenó mi historia y ridiculizó la idea de que hubiera intentado chantajearme. Sin embargo, el traductor que estuvo presente en la entrevista me entregó un comprobante firmado confirmando que el oficial había solicitado soborno. Desgraciadamente, el traductor había sido condenado por crímenes cerca de diez años antes y las autoridades rehusaron dar crédito a su declaración.

Ese viernes en la tarde, cuando regresé del desierto a Douglas, quedé asustada ante los informes de rumores que

circulaban dudando de mi historia. “Mi corazón y alma están ligados al Ángelus Temple”, le dije al Capitán Cline, al Sr. Ryan y a los reporteros. “No hay nada en este mundo que yo no haga para interrumpir esos falsos y maléficos rumores. Delante de Dios, en quien tengo completa fe, cada palabra que he pronunciado sobre mi secuestro y fuga es verdadera. Si no logré responder a alguna pregunta hecha por el sinnúmero de reporteros, detectives, abogados, amigos y hasta mi propia familia, dije que no sabía o no recordaba. Mi historia es verdadera. Permití que todos los reporteros hicieran las preguntas que desearan, y cuando sabía la respuesta, la daba”. Mis dificultades fueron del tipo que sólo una persona que haya pasado por las mismas puede entenderlas. Y no de las que una persona pudiera inventar. El jefe de policía de Douglas, Arizona, Percy Bowden, llamó la atención ante el hecho de que nadie podría posiblemente concebir una secuencia tan sorprendente de eventos en su imaginación. Si yo estuviera forjando una historia, habría sido muy diferente a mi relato. Hice esa descripción porque era verdad, y mi historia jamás fue dudosa o modificada en ningún punto importante, como los comentaristas admitieran después de dos largos meses de juicio que siguieran.

Llegó la hora de dejar Douglas. Regresaríamos a Los Ángeles en el tren Southern Pacific's Golden State Limited, que partiría cerca de las 9:15 de la noche del viernes. Una multitud de gente se reunió en la plataforma y yo me dirigí a ellos con voz débil. ¡Cómo anhelaba expresar mi gratitud a todos esos maravillosos habitantes de Arizona por su gentileza, amor y cuidado! En las semanas siguientes, ellos mantendrían su fe en

mi integridad produciendo una enfática evidencia corroborando la historia de mi jornada en el desierto.

Los oficiales de la estación me habían dicho que una unidad especial había sido provista para mi grupo, pero, cuando entré al vagón, descubrí que además de mi familia había un ejército de reporteros y fotógrafos que casi nos dejaron afuera. Los reporteros continuaban haciendo preguntas y exigiendo entrevistas. Intenté ser amable con todos, pero estaba tan cansada - tan absoluta e indescritiblemente exhausta y débil. El rostro pálido y los ojos rodeados de ojeras que me observaban desde el espejo hicieron que volviera a mirarme para asegurarme que realmente era yo.

Los mismos hombres que se habían sentado uno a cada lado de mi cama en el hospital de Douglas y quienes aparecieran en todas las fotografías durante las semanas futuras estaban también en el tren. Ellos me interrogaban por un tiempo, luego se dirigían a los reporteros que tenían los formularios de telégrafo en sus manos, y venían a hablar conmigo nuevamente, repitiendo todo a los reporteros y mostrándose ansiosos de ayudarlos a obtener sus historias.

Estos dos - el capitán Cline y el fiscal asistente Ryan - me dijeron después de que saliéramos de Douglas que se hallaban dos hombres en Tucson que habían declarado haberme visto caminando sola por la calle previamente. Nuestro tren pasaría convenientemente por esa ciudad poco después de la medianoche. Yo podría reposar un poco ahora, dijeron ellos “pero, por favor, esté lista para hablar con esos dos hombres”.

“¡Qué absurdo!” Exclamé. “¡Estoy tan cansada! ¡Quiero hacer todo para ayudar a la policía, pero esto es poco

razonable y fuera de propósito! ¡No estuve en esa ciudad y estoy agotada!”

Pero los policías dijeron que sería de mi interés estar en pie y vestida, para que alguno de los reporteros no escribiera un artículo insinuando que yo tuve miedo de enfrentar a esos individuos. Abrí mis ojos ante la amenaza que esa sugerencia parecía contener. A pesar de mi cansancio, sentí que tendría que enfrentarlos y resolver de una vez el asunto.

Cuando finalmente tuve unos pocos minutos a solas con mi madre en nuestra sección Pullman, me dijo, “Mi querida, he estado con los reporteros y ellos no creerán en tu historia”.

“¿Por qué?”

“Porque no la creerán”, respondió ella. “Estás en un problema. ¿Por qué hablas tanto?”

“Bueno, madre, ellos me preguntaron qué ocurrió, y yo les respondí.”

Ella parecía muy preocupada y juzgaba que debíamos rehusar hablar de la situación. Pero yo no lograba entender la razón, aunque había quedado atónita ante los rumores fantásticos sobre mi paradero. Uno de ellos fue que un Dr. Weeks aseguró que yo había estado en su consultorio y que había sido operada por él, y que después de la operación, unas personas me habían llevado hacia el desierto. La naturaleza de la operación mencionada era imposible en mi caso, pero el rumor de haberme sometido a tal cirugía herviría por algún tiempo antes de que lo absurdo de la misma fuera comprobado por los registros médicos.

De todos modos, antes de salir de Douglas, la secretaria del Dr. Weeks fue a verme y afirmó poder identificarme como

la mujer a la que el doctor atendiera. Percy Bowden, el jefe de policía, me preguntó si estaba dispuesta a encontrarme con esta dama. “Claro que sí”, le dije.

La secretaria del Dr. Weeks fue honesta. Me miró y dijo, “Jamás he visto a esta mujer”.

Entre tanto, un pastor de Douglas llamó al Dr. Weeks para investigar el rumor y su origen. El Dr. Weeks negó haber dicho que me había visto, añadiendo, “Todo lo que vi fue un auto con dos mujeres y un chofer cerca de la medianoche del 22 de junio, y vi muchos autos aquella noche. Es absolutamente injusto para la señora McPherson o para mí el hecho de que los periodistas sacaran conclusiones de mi historia. Yo no atendí a ninguna mujer como dicen los periódicos, es una insolencia que hicieran tal declaración”. Pero las insinuaciones persistirían.

Este es probablemente el mejor punto para mencionar otro rumor que afirmaba que yo había sido dejada en México, a poca distancia al este de Agua Prieta, por un automóvil que saliera de esa ciudad, había dado una vuelta en una bifurcación del camino, regresando al poblado mexicano. Los policías Murchison y Patterson, de la delegación de Douglas, y C. E. Cross, investigador del desierto, encontraron las huellas de un auto que siguiera ese camino, pero no lograron hacer alguna conexión entre esas huellas de ruedas y mis huellas, como el Sr. Cross más tarde testificó enfáticamente bajo juramento. Yo no estaba en aquel vehículo. Pero las alusiones continuaban ligándome.

¿Sería que los rumores jamás tendrían fin? ¿Qué dirían los testigos a medianoche? ¿Debería rehusarme a

confrontarlos? ¿Debería mantener silencio, de aquí en adelante, según las recomendaciones de mi madre?

Cuando el tren se detuvo en Tucson, subieron dos hombres. Los policías me llevaron hacia la mitad del vagón y me hicieron sentar donde la luz era más fuerte. Los periodistas me rodearon, sintiendo una historia dramática. Los dos testigos se acercaron. El señor Ryan, les preguntó, “¿Pueden identificar a la mujer que vieron en Tucson?”

Sólo había una mujer más en el vagón a excepción de mi madre y mi hija. Era la escritora de un periódico. Me levanté y dije, “Yo soy la señora McPherson”. El primer hombre me miró y después declaró, “Estaba equivocado. Nunca he visto antes a esta señora. Lamento mucho haberla incomodado, señora”.

El segundo hombre lanzó una mirada en mi dirección y exclamó, “¡Claro! Yo la he visto antes. Se parece a la mujer que iba caminando por la calle”.

Esa fue la señal para que las hojas de papel surgieran a la vista, los lápices comenzaran a escribir locamente sobre los formularios amarillos del telégrafo, llevando historias al mundo. Algunos periodistas ni siquiera se detuvieron a oír el final de la conversación, sino que corrieron hacia la puerta de su vagón a fin de enviar sus telegramas.

Me senté espantada, esperando que el capitán Cline o el Sr. Ryan volvieran a interrogar al individuo que me identificara, pero no hicieron ningún esfuerzo en ese sentido. Tuve que sacar mis propias conclusiones.

Como es natural, esa “identificación” dio lugar a una historia periodística. Allí estaba un hombre quien tenía un

vislumbre indefinido y fugaz, de una mujer con un sombrero cubriendo su rostro y a quien identificara como la mujer que nunca había visto antes. Esta fue mi primera experiencia con “identificaciones”, muchas de las cuales seguirían, algunas aún más absurdas que esa. Estaba indefensa y sin ayuda ante la completa injusticia de todas ellas, como en esta ocasión en particular. Y, por supuesto, todas fueron lanzadas a los titulares de los periódicos.

Regresé a mi cama, pero no logré conciliar el sueño por el resto de la noche. Cuando las máquinas de escribir finalmente se detuvieron y cesó el vocerío, la madrugada estaba filtrándose por las ventanas y manos estaban golpeando a mi puerta nuevamente. Era necesario hablar con la gente en la plataforma. De hecho, las multitudes se habían reunido a lo largo de la vía. El capitán Cline me llamaba en casi todas las estaciones. “Venga y vea a la gente”. Él quería que yo lo presentara cada vez que el tren se detenía, y después de hacer reverencia, susurraba, “Presente al Sr. Ryan”. Yo los presentaba como dos caballeros formidables que habían venido para acompañarme de regreso hasta mi casa, y la gente aplaudía calurosamente. Yo continuaba luchando contra la sospecha de que por alguna razón ellos estaban intentando destruir mi historia. De vez en cuando, en los días que siguieran, la prensa los citaría como los que afirmaban creer en mis palabras, pero pronto cambiarían de actitud. El Sr. Ryan finalmente llegó a llamarme farsante e hipócrita en el tribunal y afirmó que, en el momento en que puso sus ojos en mí en el hospital de Douglas, supo que no decía la verdad sobre mi experiencia. Si esa realmente fue su opinión desde el comienzo, me pregunto por qué mantuvo la apariencia de creer en la investigación de mi

relato. Y, ¿por qué el Sr. Cline, a través de todo el viaje en tren a Los Ángeles, comentaba repetidamente sobre lo absurdo de la idea de que yo hubiera desaparecido voluntariamente? ¿Sería toda una farsa? Mientras nos acercábamos a Los Ángeles yo continuaba dándoles el beneficio de la duda.

Al llegar a la estación de Los Ángeles, cuando algunos vieron apenas un mar de rostros en alto y lo que parecía ser acres de uniformes blancos en la estación, yo, a través de mis lágrimas, capté el espíritu de amigos llenos de amor, miles de los cuales se habían convertido en nuestras reuniones, multitudes con quienes yo había orado en horas de dolor y aflicción. Los niños de la Escuela Dominical, que yo viera crecer desde muy pequeños, los miembros, que, en su mayoría, yo administrara las ordenanzas del bautismo y Santa Cena. Las iglesias filiales circunvecinas. La Banda de Plata tocando alegremente.

Otras personas vieron un hermoso auto y una silla decorados con flores; pero yo sólo vi los dedos amorosos que habían colocado esas flores. ¡La idea de que dos oficiales de la iglesia me cargaran sobre las cabezas de la multitud y me colocaran en el auto - a mí, que los “cargara,” en sentido figurado, durante tanto tiempo!

Imagínese, si puede, el gozo de esa reunión entre pastor y su pueblo, la reunión del pequeño pastor y su rebaño. Con mis ojos llenos de lágrimas, me acerqué a los altares del templo y caí sobre mis rodillas detrás del púlpito donde mil veces me había parado y predicado el evangelio de Jesucristo.

¡Oh, la paz, el consuelo, el descanso de encontrarme en el santuario del Altísimo! Cuántas veces yo encontraría paz y consuelo en ese mismo santuario durante los días de la tempestad que se aproximaba. Días en que el diablo aplicaría su

segundo golpe y lanzaría sobre nuestros soleados mares las nubes oscuras de su furia demoníaca; días cuando azotaría las ondas de la opinión pública hasta formar una tempestad confusa de olas enloquecidas coronada de espuma, con su látigo de insinuaciones, conspiraciones diabólicas e intrigas, iniciando lo que se esperaba que fuese un cataclismo que nos hundiría para siempre bajo las olas del olvido.

Mientras me arrodillaba para orar, podía escuchar a miles de personas caminando por los pasillos alfombrados y la vibración suave de sus emociones reprimidas por el espíritu reverente y profundo de alabanza y adoración que penetraba la atmósfera. Las grandes filas circulares de asientos de brillante caoba, fila tras fila, estaban llenándose como por efecto de magia. Cinco mil trescientas personas tomaron sus lugares en un instante y continuaban entrando, quedándose de pie en las escaleras, junto a las paredes, los pasillos y las reglas de incendio parecían haber sido olvidadas por el momento.

Los grandes vitrales en lo alto de las paredes del templo, mostrando escenas de la vida de Cristo, brillaban con el resplandor suave de la tarde. Los rayos en diagonal de las ventanas ambarinas superiores, la galería más elevada, se asemejaban a ríos dorados de sol líquido despejándose transversalmente por las paredes en tonalidades de azul, oro y rosa. Estos tocaban la gran pintura mural de la Segunda Venida del Señor con diez mil huestes, la cual cubre las rejillas de bronce del poderoso órgano, despertando a la vida a cada figura y haciendo que un aura dorada alrededor de la cabeza del Maestro brillara como el sol, iluminando la cornisa y matizando las nubes en la cúpula imponente que parecía haber atrapado y aprisionado para siempre el color del cielo de California.

Esther Fricke, la organista, estaba en su puesto en el órgano, sus dedos hábiles acariciaban el teclado, incitando a las campanas a tocar rapsodias de celebración y gratitud.

Mi corazón se conmovió cuando pensé en todas las bondades de Dios, en su amor, en su misericordia, en cómo me preservara para la predicación del evangelio. De los miles que habían sido llevados a sus pies a través de la predicación de la Palabra. Las fortalezas de Satanás derrumbadas, las vidas quebrantadas que habían sido renovadas, y en los caídos que fueran levantados del lodo de incredulidad y llevados hacia las planicies iluminadas de su gran salvación.

Cuando pensé en los enfermos que habían dejado sus muletas y las camillas que habían salido vacías, los ojos ciegos que podían ver, los oídos sordos que podían oír, y los cojos que fueran sanados en aquel recinto; cuando pensé en los cientos de jóvenes estudiantes que habían rendido sus vidas a Cristo y estaban ahora siendo preparados en la escuela de teología para que pudieran también avanzar, encendiendo el fuego de amor sagrado en miles de otras vidas, mi corazón rebosó de alegría y acciones de gracia.

Entonces, cuando pensé en su gran misericordia en reservarme la vida y traerme a casa a salvo, cubrí mi rostro con mis manos y me incliné ante el altar, llena de gratitud. Arrodillándome, observe que multitudes de personas habían sido atraídas como yo hacia el santuario. De hecho, desde que comenzó la mañana, estaban aglomerándose en las calles y avanzando hacia el templo, a fin de ofrecer oraciones de alabanza. Una multitud de gente se hallaba allí desde el amanecer, riendo, cantando, orando y llorando de gozo pletórico. Pero ahora

todos parecían haber entrado en un espíritu de verdadera comunión con el Señor.

Inclinando mi cabeza, agradecí a Dios por esta gente maravillosa, este templo glorioso, le agradecí por las circunstancias que llevaran a su edificación.

La voz del órgano sonaba marcando el compás- con la vitalidad que henchía el templo y agitaba el alma con esperanza y exaltación celestial. Allí no había ninguna indicación de tempestad de problemas y persecuciones que caerían sobre las cabezas de los adoradores, sacudiéndonos incesantemente con su furia salvaje durante meses.

Tras las notas dulces y agudas del órgano y la suave entonación profunda del bajo, había un rumor en medio tono que iba en aumento para luego explotar cual rugido de truenos viniendo de las cavernas subterráneas bajo nuestros pies. Pero no lo sabíamos.

Cuando el volumen del órgano se hundió en un trémolo de profundo sentimiento al tocar la última estrofa, mi alegría de estar junto a mi pueblo fue tan grande que ningún estremecimiento de premonición penetró en mi pensamiento consciente. Yo ignoraba que el enemigo se hallaba preparando su artillería pesada, su cortina de humo a través de la cual apuntaría contra la iglesia. Yo ignoraba que una trampa cuyas mandíbulas parecían ser de hierro, estaba siendo preparada para entrar en acción.

¡Snap! ¡Bang! ¡Flash! ¡Boom! Nubes de humo rodando hacia el cielo. Los ojos y las cabezas de los adoradores se levantaron con espanto, girando hacia la línea de ataque. Los recintos sagrados de la iglesia habían sido invadidos. Rostros y formas extrañas se movían en nuestro medio.

Existen extraños - y extraños. Estábamos acostumbrados a la gente nueva, que llegaba constantemente de todos los confines de la tierra a Los Ángeles y, naturalmente, al Ángelus Temple. Pero aquellos eran extraños muy extraños. Sus ojos miraban, no con el hambre y sed de la gente viniendo a la casa de Dios buscando consuelo, sino con una inquietud curiosa, errada, indagaban con el rostro serio y de manera mezquina. Sus ojos eran como los de un perro olfateando el rastro de su presa.

Desde ese momento, durante meses, el ataque continuó prácticamente sin interrupción. Las historias publicadas por la prensa alrededor del mundo conteniendo el relato de mi secuestro, al principio se referían al hecho de haber aparecido en México y en Douglas, Arizona. Pero a partir de ese punto, la historia fue tornándose cada vez más sensacionalista, a fin de saciar el apetito amante de sensaciones de los americanos. Los escritores habían sido enviados para obtener una buena historia y eso era lo que debían conseguir. Mi desafortunada experiencia era demasiado buena y demasiado sensacional, desde el punto de vista de ellos, para dejarla morir inmediatamente. Ayudaba a vender más periódicos. Debía mantenerse viva.

Después de que la primera historia fuese leída, digerida y repetida durante varios días, era deseable añadirle un poquito de alivio y emoción. ¿Que podría ser más picante o más emocionante para una prensa saciada, hastiada, y aburrida, alimentada con los trozos de chisme, sensación, y escándalo, que una sugerencia, una inferencia, y finalmente todo menos una acusación formal de que una evangelista, pastora de un gran templo y fundadora de una escuela bíblica, había estado allí, o

más allá, con este, con aquel, o aquel otro, durante el período en que supuestamente estaba en cautiverio?

No creo que los periódicos pretendieran ser maliciosos. Pero esas historias absurdas surgían con tanta insistencia, como el caer de la lluvia sobre un techo de zinc, que se transformaba en torrente, y el hecho de que prácticamente cada una era desmentida a la mañana siguiente, parecía no hacer ninguna diferencia. Eran noticias, y no hubo ninguna expresión de disculpas por la publicación de la primera historia, que explotó inmediatamente después de ser lanzada. La segunda y la tercera que le seguirían fueron la sensación del día.

Aunque inconcebibles y absolutamente inconsistentes, esas historias fueron tan persistentes - cualquier tipo de fábula - con tal que inflamase el interés del público, no permitiendo la luz sobre lo que era mi verdad, por lo que algunas personas que no me conocían ni tenían conocimiento de mi vida no podían ser acusadas por darle valor a esa propaganda absurda, que continuaba elevando la venta de periódicos. Aún, indescriptiblemente herida como estaba, tenía un sentimiento peculiar de separación. Me parecía que estaban hablando de otra persona. Pero estoy adelantándome en mi historia.

Al momento de llegar a Los Ángeles, el capitán Cline me pidió que fuera a la playa para mostrarle el lugar exacto donde se llevaron a cabo los acontecimientos del crimen y los hechos. Él quería que fuéramos el mismo día, pero yo estaba agotada. Uno o dos días después, el y el Sr. Ryan manejando un automóvil grande y acompañados de un reportero del Times de Los Ángeles llegaron a la casa pastoral (creo que desde ese día no vi que estos dos vinieran sin la presencia de un reportero del Times). Me uní a los dos oficiales, el Sr. Ryan y el chofer,

en el auto, y salimos en dirección a la playa. Durante el trayecto, me hicieron muchas preguntas, de todo tipo, a las que di respuesta. Al llegar a Ocean Park les mostré exactamente dónde estaba ubicada la carpa en la playa, les dije como y desde donde había nadado, y les mostré el lugar de donde la pareja saliera a mi encuentro. Los llevé conmigo por la arena, les mostré donde la mujer nos dejó para adelantarse y donde el hombre y yo caminamos de manera más lenta. Les mostré donde - de la manera que mejor recuerdo - estaba estacionado el auto.

“Es imposible que el auto estuviera estacionado allí”, me dijeron los oficiales. “Usted puede ver que esa no es zona de estacionamiento”. ¡Como si una señalización de no estacionarse hubiera detenido a los secuestradores!

Admití la posibilidad de que pudiera estar equivocada, que el auto pudiera haber sido estacionado al otro lado de la pista, pero continuó creyendo estar en lo cierto sobre el primer lugar. Más tarde, apareció un testigo que dijo haber visto a un auto estacionado en ese lugar más o menos a la hora en que fuera raptada.

En el camino a casa el capitán Cline me aconsejó que fuera a un doctor y me hiciera un examen completo para justificar mi historia. Lo cual hice tiempo después. Persistió el rumor infame de que yo había desaparecido para someterme a un aborto. El examen médico y los registros de mi cirugía en la costa este después del nacimiento de mi hijo, hicieron que ese mito fuera rechazado. Pero no sofocaron totalmente la circulación del rumor.

El capitán Cline venía a casa constantemente. Cierta día apareció con otro oficial que llevaba un álbum de fotografías

de criminales. Me pidieron que lo revisara para ver si reconocía algunas de las fotos, que tuvieran cualquier semejanza con mis raptos. Los fotógrafos nos rodeaban para sacar fotografías mías examinando el álbum con los policías.

Cierto día, el Capitán Cline me dijo que pensaba que era tiempo de que contratara un abogado. “¿Para qué?” le pregunté.

El mencionó las dudas respecto a mi historia y de los rumores de una posible investigación por el juzgado. “Si usted habla con cierto abogado, él la mantendrá fuera de problemas”, dijo el capitán Cline. “El nombre de este abogado es Paul Skenk. Tal vez tenga que pagar cincuenta mil dólares, pero es lo que debe hacer”.

Yo no veía ninguna necesidad de contratar a un abogado y no me puse en contacto con él. Sin embargo, aquella noche, recibí una llamada telefónica. “El señor C. me dijo que llamara”, dijo la voz. “Habla P. S. Y quiero hablar con usted tocante al caso”.

Rechacé la propuesta, y a partir de entonces, la actitud del capitán Cline cambió. Siento que si hubiera aceptado a ese abogado no se hubiera hecho una investigación judicial, o hubiera sido procesada de manera totalmente diferente.

Una situación que mantenía la controversia a fuego lento era la carta de los “vengadores” demandando medio millón de dólares en rescate por mi persona. Se trataba de un documento escrito a máquina, en contraste con la nota de rescate escrita a mano por los “justicieros” que llegó al templo poco después de mi secuestro y más tarde desapareció de los archivos del Departamento Policial de Los Ángeles. Mi madre no abrió esta segunda carta hasta el día 18 de junio - el día de mi

fuga. Esa mañana, la Srta. Schaffer le entregó el sobre. Aparentemente, había llegado al templo el sábado anterior por medio de un servicio especial de entrega. Cuando mi madre lo abrió, encontró un mechón de cabello envuelto en dos hojas de papel escrito a máquina.

La carta decía, en parte:

Tenemos a su Aimee en nuestro poder. Este es un mechón de su cabello como prueba. Si no le basta, pronto le mandaremos el dedo de ella que tiene una cicatriz. Eso deberá convencerla. Vamos a enviar una segunda carta, que llegará el viernes, con las instrucciones sobre cómo entregarnos los quinientos mil dólares en billetes. Estamos hablando en serio y sabemos lo que estamos haciendo. No trate de poner a policías sobre nuestro rastro. Sea sabia y haga lo que le decimos.

La carta decía también que muchos rumores sobre mi presencia en varias ciudades habían sido originados por los secuestradores, a fin de mantener viva la esperanza en el corazón de los seguidores del Ángelus Temple, para que se mostraran más receptivos a la idea de contribuir para el rescate.

¡Después de mi regreso, supe que solamente en un día, durante mi cautiverio, hubo informes de personas diciendo haberme visto en dieciséis localidades diferentes, muy distantes la una de la otra! La carta contenía mis respuestas a algunas preguntas que mi madre enviara al procurador McKinley y advertía que las personas que me mantenían prisionera tenían “poder para arruinar el Ángelus Temple y envilecer el nombre de Aimee.”

Mi madre le mostró a Roberta el mechón de cabello. Mi hija creía que era mío. Mi madre fue más cautelosa, como explicó después. “Había sido engañada demasiadas veces por

personas que decían haber visto a mi hija o que la mantenían presa, por lo que luché mucho para no creer que el cabello fuera de Aimee, por más que deseara creer. Cuando oí la voz de ella en el teléfono en Douglas, al día siguiente, y cuando me dijo que le habían cortado el cabello, entonces supe que mi primer instinto era correcto”.

Esta carta había sido enviada el 18 de junio en un tren en algún lugar entre El Paso y Tucson. Aparentemente los sequestradores intentaban que fuera leída antes de la reunión en mi memoria en el Ángelus Temple el domingo (porque la iglesia había perdido la esperanza de que mi cuerpo fuera hallado). Probablemente ellos creían que se haría un esfuerzo para recaudar fondos y asegurar el rescate. De todos modos, el retraso en que la carta llegara a las manos de mi madre impidió el procedimiento.

Pero la prensa y las autoridades se apoyaron en esa demora, insinuando que mi madre había recibido la nota de rescate, pero la había guardado hasta después de la reunión en mi memoria, a fin de obtener fondos en ese sentido. Ellos también hicieron un alboroto en relación con el hecho de que las estampillas de entrega especial habían desaparecido del sobre. Mi madre insiste en que cuando la carta le fue entregada no había ninguna estampilla en la misma. Ella declaró, “Había dos estampillas de dos centavos en la carta. Yo estaba tan perturbada por las cartas conteniendo todo tipo de mensajes - algunas asegurando haber recibido informaciones transmitidas por mi hija del mundo de los espíritus, otras avisando que ella estaba aquí, allá, o más allá. Tomé nota de las respuestas a las preguntas, pero juzgué que eran preguntas que cualquier persona que hubiera vivido en nuestro vecindario en Canadá

habría podido responder”. Con respecto a la insinuación de los fondos en mi memoria, mi madre negó formalmente que algo de ese tipo hubiera sido establecido. Un fondo continuo había recaudado cerca de 4.700 dólares en dinero y 29.500 en promesas, pero este dinero estaba dedicado totalmente a finalizar la construcción del edificio de la escuela bíblica y siendo provisto casi totalmente por los varios departamentos del Ángelus Temple. “Absolutamente ningún dinero fue solicitado para erigir un monumento”, aseguró ella.

¿Qué había pasado con la estampilla de entrega especial en el sobre de los vengadores solicitando el rescate? Mi madre supuso que si la tal estampilla estuviera pegada cuando la carta llegó, alguien de la oficina del templo pudiera haberla sacado al separar la correspondencia. En caso contrario, la cuestión era tan misteriosa para nosotros como para las autoridades, quienes iniciaron una investigación.

Con frecuencia pensé que, si se hubieran hecho tantos esfuerzos para encontrar a mis secuestradores como los que se gastaron en fútiles investigaciones de trivialidades e intentos de destruir mi historia, el caso habría sido resuelto rápidamente. Mi madre criticaba en especial la desaparición de la primera carta de rescate, afirmando que “muchos crímenes habían sido resueltos con mucho menos evidencias que de una carta escrita a mano”. Ella sugirió que, si ella hubiera estado a cargo de la investigación, los secuestradores podrían haber sido descubiertos. Pero cuando hubo necesidad, la carta se había desvanecido de los archivos secretos del departamento policial.

La parte acusadora citó a un desfile de testigos. Muy pronto se hizo evidente que el fiscal del distrito y su equipo

estaban más interesados en desacreditar mi historia que en obtener condena para mis secuestradores. Mi madre sintió que debíamos rehusar a estar presente en las sesiones, pero yo acordé con nuestro querido amigo, juez de la Corte Superior Carlos Hardy, que nosotros debíamos presentar nuestro testimonio.

El día 8 de julio me presenté ante el tribunal. Cerca de tres meses después, cuando mi abogado W. K. Gilbert, escuchó la transcripción de mi interrogatorio en la Corte Municipal durante la audiencia preliminar subsecuente, él estalló en disgusto, diciéndole a la Corte, “He estado en este tribunal por 25 años y hoy he escuchado lo suficiente para que les salgan canas a todos los que aquí estamos”.

El fiscal Asa Keyes y el fiscal adjunto Ryan me hicieron preguntas concernientes

a cada aspecto de mi secuestro, cautividad, huida, y jornada en el desierto. Debido a que muchas preguntas reflejaban duda de que yo hubiera hecho mi jornada sin agua, sin ensuciar mucho mi ropa y mis zapatos, y sin ninguna aflicción física mayor, repetí la oferta que había hecho en el pasado. Le dije al gran jurado, “Estoy totalmente dispuesta, si mi palabra es puesta en duda tocante al agua o a la condición de mi vestuario, a ir y caminar el mismo número de kilómetros sin agua y con la misma ropa para probar a los caballeros la condición de mis labios y mi lengua”. Añadí, “no considero que haya sido un periodo de tiempo tan largo para haber caminado sin beber agua”.

En respuesta al interrogatorio, repetí mi descripción de los raptos y mencioné un asunto que había informado antes a las autoridades después de mi fuga. Durante varios días,

antes de haber sido secuestrada había notado la presencia de dos extraños apostados frente a la casa pastoral. Casi siempre que entraba o salía, estaban allí, usualmente bajo un árbol. Hice comentarios de esta situación por lo menos con media docena de personas, preguntándome quienes pudieran ser. Si hubo alguna conexión entre ellos y mi rapto no lo sé, pero su vigilancia me parece ahora un tanto sospechosa.

Las autoridades me interrogaron detalladamente sobre varios asuntos que (por lo menos para mí) no parecían tener ninguna relación con el caso, y tal interrogatorio reflejaba su creencia en rumores infames y fáciles de refutar. El interrogatorio de ellos indicó un espíritu hostil en sus preguntas.

El Sr. Keyes se dirigió a mí, “Se me ha asegurado en varias ocasiones que, para usar la expresión que estamos acostumbrados a utilizar, usted fue expulsada de Denver en una ocasión. ¿Es verdad?”

“¡Oh, no!” exclamé. “El alcalde estaba en la plataforma en casi todas las reuniones la última vez que estuve en Denver, y debo mencionar que hablé con el alcalde, los hombres de negocios, y el juez Ben Lindsey, que es nacionalmente conocido. Cuando partí, ellos llevaron canastos de rosas y las desparpararon en el cuarto hasta que mis tobillos estaban sumergidos en ellas.”

El Sr. Keyes entonces repitió un rumor similar - que yo había sido expulsada de alguna ciudad al norte de California, especificando, “Olvidé si es Oakland u otro lugar.”

“Es una absoluta mentira”, repliqué.

“¿Fresno?” presionó el fiscal.

“No. De muy buena voluntad, si fuese permitido, traería fotos de todos esos lugares y nuestras reuniones.”

Por un momento la atención fue enfocada en mi cabello. El Sr. Keyes dijo, “Quiero hacerle una pregunta de carácter personal. La cabellera que tiene, ¿es toda suya?”

“Sí”.

“¿No usa peluca?” preguntó, traicionando su escepticismo.

“No”.

La apariencia de mi cabello se tornaría en un tema de controversia en la audiencia preliminar meses más tarde, cuando, finalmente, por sugerencia de mi abogado, puse fin a la duda de que era todo mío, soltándolo y volviendo a levantarlo en cuestión de minutos. Pero no entiendo qué relación tenía mi cabello con el secuestro.

El rumor de que “problemas” en el templo me llevaran a desaparecer fueron también explorados por el interrogatorio del Sr. Ryan. Él indagó si en alguna ocasión antes del rapto yo tuve algún problema con la Srta. Schaffer, mi secretaria. Naturalmente, la respuesta fue negativa.

“¿Alguna vez le dijo a la Srta. Schaffer que iba a ser despedida?” Inquirió.

“No”, respondí.

“¿Y ella respondió que usted no osaría despedirla? ¿Que la información y conocimiento que ella tenía explotarían el templo en caso ella fuese despedida?”

La insinuación era tan ridícula que yo interrumpí, “¡Nunca! La Srta. Schaffer es como parte de la familia”.

“¿Tenía problemas con los ujieres?” Nombrando a tres en particular.

“Tuve un malentendido con algunos de los ujieres, sí”, respondí. “Nada de naturaleza seria - nada más de lo que es común con cualquier pastor”.

“Quiero preguntarle, ¿sabe usted si la Sra. Kennedy golpeó a uno de los ujieres durante la discusión?” prosiguió el Sr. Keyes.

“Jamás escuché tal cosa”, respondí.

En cierto punto de este interrogatorio, se me preguntó si yo pensaba que esos ujieres descontentos pudieran haber planeado algo siniestro. La idea era claramente ridícula. Añadí que habíamos tenido menos malos entendidos en el Ángelus Temple que en alguna iglesia donde hubiera estado antes. El fiscal presentó el nombre Kenneth C. Ormiston en la investigación. Debido a que ese nombre había sido ligado al mío antes y volvería a ser ligado nuevamente, aunque sin ninguna justificación, reproduzco aquí lo extenso de las preguntas hechas por el Sr. Keyes y mis respuestas tal como aparecen en la transcripción.

Pregunta: ¿Conoce al Sr. Ormiston, o no, Sra. McPherson?

Respuesta: Sí

P. ¿Quién es él?

R. La persona que operaba nuestra radio KFSG.

P. ¿Durante cuánto tiempo trabajó él allí?

R. Prácticamente desde que la radio fue instalada. Eso sería cerca de dos años y medio, yo diría, dos años.

P. ¿Cuándo lo vio por última vez?

R. Una noche en que fue al templo después de mi regreso de Europa. Él se hallaba allí la noche del domingo. Terminé de predicar y lo vi conversando con el Sr. Ballard, junto al órgano, y sólo lo saludé con un, “¿Cómo está?” Y continúe caminando.

P. ¿Conocía también a su esposa?

R. Yo la vi por primera vez, ¿Puedo contarle como la conocí? Encontré a la Sra. Ormiston por primera vez en circunstancias peculiares. El Sr. Ormiston había desaparecido de nuestro departamento de radio, sin dejar un operador. Llegué para transmitir mi programa matutino de oración por los hospitales y descubrí que la radio no estaba funcionando. Entonces comencé a preguntar dónde se hallaba el Sr. Ormiston y le pedí al Sr. Hawkins, quien es su amigo, que procurara hallarlo. Y él lo busco en su casa y la Sra. Ormiston apareció después en la radio, contando que habían tenido una pelea, que reñían frecuentemente y que él había dejado el hogar, ella iba a regresar a Australia y trajo una carta del Sr. Ormiston explicando sus dificultades. Luego, después que esto sucediera, el Sr. Ormiston regresó con una apariencia pésima, como si hubiera estado enfermo o algo similar. Los llevamos a nuestra casa y ella estaba decidida a dejarlo, pero oramos con ellos, y enfatizamos el paso serio que estaban dando, aconsejándoles que deberían hacer todo para mantener su matrimonio. Finalmente se besaron e hicieron las paces. Así es como conocí a la Sra. Ormiston.

P. Sra. McPherson, ¿en alguna ocasión ella dejó entrever que la razón de sus problemas domésticos era porque el Sr. Ormiston - sea verdad o no- tenía una amistad muy cercana con usted?

R. Oh, de ninguna manera. Rara vez había hablado con el Sr. Ormiston, no lo conocía muy bien en ese tiempo.

P. Bien, vamos a colocar esto en una fecha siguiente, ¿entonces?

R. Sí, al final- una noche escribí una carta al señor y la señora Ormiston, dejando en claro que yo siempre debía tener cuidado con mi vida en el templo, que ni siquiera había subido a la plataforma con nadie, excepto por un par de damas. Mi vida es vivida abiertamente, como en una casa de vidrio, y la Sra. Ormiston me invitó a su casa para cenar. Algo que raramente hago es ir a la casa de un miembro de la iglesia, pero fui a esta cena ya que por mucho tiempo me lo había solicitado. Y después de la cena, el señor Ormiston, su esposa y yo, siguiendo sus sugerencias, fuimos a ver una nueva estación de radio que él instalara para la Warner Brothers. Después nos detuvimos para tomar un helado en los alrededores, y alguien me vio. No puedo ir a ningún lugar sin ser reconocida, y esto fue comentado. Escuché tres versiones diferentes. Alguien dijo, “La hermana McPherson estaba con el Sr. Ormiston en la plataforma”. Oí, además, el nombre del Sr. Nichols- él es la persona que toca corneta - mi madre le ha pedido en varias ocasiones que dirija los cánticos. Y alguien dijo, “Vi a la Sra. McPherson, a un hombre y una mujer en tal lugar”. Y yo estaba preocupada porque he sido una persona orgullosa de mí misma como toda mujer, de mi nombre y mi carácter y desafiaba a quien quisiera apuntar el dedo por cualquier motivo en mi vida que pudiera contener la menor sombra de duda - perdóneme por eso - y entonces escribí la carta, explicando que yo debía ser cuidadosa. Sé que la Sra. Ormiston, en vez de reírse, como yo lo hubiera hecho, de manera peculiar dijo,

“Bien, usted sabe que mi esposo es algo inconstante” - ese fue el término que ella usó. Además, dijo, “El le sonrió a la muchacha que puso crema en su café la otra noche”. Ella pensaba que él era de ese tipo, pero yo apenas sonreí y no pensé más en el asunto hasta que posteriormente se mencionó algo al respecto. Hasta donde yo sé, en cuanto a que mi nombre haya sido mencionado por la Sra. Ormiston en ese sentido, ella niega y dice que debe haber un error. Y yo fui informada de ello por una fuente muy respetable. Recientemente recibimos una carta de la Sra. Ormiston, muy amistosa, agradeciéndome por todo mi interés y bondad.

En respuesta a nuevas indagaciones, negué directamente cada insinuación de haber visto al Sr. Ormiston en cualquier momento en los hoteles que frecuentaba para descansar y estudiar en el periodo anterior a mi primer viaje de vacaciones. Nunca hubo ninguna relación entre el Sr. Ormiston y yo además de la de empleador y empleado. Esta es la absoluta verdad. Pero, ¿Cómo silenciar el escándalo difamatorio una vez que es iniciado?

Las últimas preguntas que me fueran hechas por el fiscal de distrito estaban ligadas a informaciones de que yo planeaba hacer una gira mundial. Mi madre estaba en agonía cuando esta duda surgió, y dijo, “Querida, yo creo que deberías hacer una gira mundial”. El Sr. Keyes sugirió - estas son las palabras exactas, tal como aparecen en las transcripciones del tribunal - “Bien, una de las razones por las que usted un golpe como este, sería con el propósito de obtener propaganda o publicidad mundial, con el propósito de ayudarla en su trabajo”. Sus conceptos preconcebidos estaban siendo expuestos a la luz.

Ante tal idea, le respondí, “Eso no sería necesario”. Le dije como el Royal Albert Hall en Londres se llenó tres veces al día, cada vez que estuve allí. “La gente vino de Suecia y Dinamarca”, remarqué. “Y se me ha hecho una cordial invitación para regresar”.

Casi al fin de mi testimonio el Sr. Keyes recordó una petición que yo le hiciera antes. “Usted dice que quisiera hacer una declaración ante el tribunal?”

“Oh, ¿puedo?” Respondí. “Intenté limitarme sólo a las preguntas, pero he tenido en mi corazón todo el día el deseo de decir algo. No sabía si se me concedería el privilegio”. Miré los rostros de los miembros del tribunal, y entonces comencé, “Comprendo que esta historia pueda parecer extraña para muchos de ustedes - que podría ser difícil de creer para muchos de ustedes - aún para mí es difícil creerla algunas veces. En ocasiones me parece que sólo fue un sueño. Me gustaría que así hubiera sido, de que yo pudiera despertar, pellizcarme y saber que no fue cierto. Quiero decir que, si el carácter tiene algún valor y si el pasado de una persona vale algo, desearía que miraran al pasado. Nuestra familia ha sido una familia de ministros por ambos lados. Mi madre me entregó a Dios aun antes de mi nacimiento. Mi primer entrenamiento fue en la Biblia y labor religiosa. Cuando era niña, a la edad de cinco años, yo colocaba las sillas en fila y les predicaba y les daba mi testimonio. Me convertí a los 17 años de edad, me casé con un evangelista, prediqué el evangelio de manera humilde en casa, y después viajé a China, sin esperar regresar nuevamente a este país, pero deseosa de dar mi vida por Jesús. Mi precioso esposo fue sepultado en aquella tierra. Regresé con un bebé en los brazos, que había nacido un mes después de la muerte

de su padre. Retomé el trabajo del Señor en el momento en que me fue posible. No conté el apoyo de grandes denominaciones, solamente fui inspirada por mi amor hacia Dios, mi amor por la obra y por su preciosa Palabra. Comencé humildemente.

“Ahora, hasta que aconteciera este desastre demoledor que nadie puede explicar cómo incluso Dios pudiera permitirlo, aunque no podemos hacer ese tipo de indagación - eso sería un error - yo estaba en el pináculo del éxito en relación a mi trabajo para Dios. Pero no siempre he estado allí. Comencé predicando a los campesinos, rancheros, debajo de árboles donde los asistentes vestían overoles azules, sentándose sobre la grama y usando la baranda del porche como el altar de arrepentimiento. De allí con los 60 dólares recogidos durante la ofrenda, compré una carpa pequeña, una carpa llena de agujeros. Luego junté algunos ahorros y compré una más grande, esa es la historia.

“Jamás invertí mi dinero en pozos petroleros o propiedades, ni siquiera en ropas o artículos de lujo. Mi pensamiento siempre ha estado dirigido - y esto puede ser probado - en el servicio del Señor y mi querida gente. No estoy diciendo esto por demagogia, pero preferiría no haber nacido que haber provocado este golpe a la Palabra del Señor y Su obra. Preferiría nunca haber visto la luz del día que, a ver el nombre de Jesucristo, nombre que amo, ser crucificado y a la gente diciendo, 'Mire lo que hizo esa madre', pues el golpe contra mi obra es la peor cosa.

“La transformación en mi carrera comenzó en el Campamento Internacional llevado a cabo en Filadelfia. Yo podría traerles, creo yo, cientos de miles de cartas y telegramas

enviados por amigos en diferentes ciudades en toda la ruta, y durante todos estos años ninguno jamás ha dicho haberme visto con un hombre, ni jamás mi nombre ha sido ligado de ninguna manera con alguien. No creo haber mentido, engañado o haber hecho nada que alguien pudiera censurar.

“Viajé durante dos años con una carpa. Colocaba mis propias estacas, remendaba la carpa y amarraba sus cuerdas casi de la misma manera en que lo haría un hombre. Y luego vinieron los días cuando comenzamos a alquilar edificios más grandes y teatros que a veces costaban 100 dólares diarios, donde prediqué a cerca de dieciséis mil personas en un día.

“Luego vino la construcción del Ángelus Temple. Llegué a un vecindario que no contaba con edificios especiales, compré un terreno y alquilé caballos y una excavadora, y yo misma fui la jefa de los trabajadores que construyeron el fundamento con mi pequeño capital. Le conté a la gente sobre mi sueño de predicar el evangelio como Dios me lo había ordenado, y ellos vinieron en mi ayuda, no era gente de aquí, sino de otras ciudades, a través de mi revista Bridal Call.

“He estado viviendo aquí por años. He visitado las prisiones. Tenemos obreros en la cárcel. Hemos procurado estar al lado de casi cada cama que pudiéramos en el hospital del condado, y viajamos cada semana al hogar de ancianos del condado predicando a los ancianos y en los negocios y fábricas al mediodía. Nunca hemos permitido que alguien se vaya sin nada, les hemos dado ropa y alimento. Y mi vida, según pienso, siempre ha sido expuesta a la luz.

“Naturalmente, he predicado un evangelio que ha causado alguna enemistad. Ataqué sin misericordia el tráfico de drogas, el juego, la bebida, el cigarrillo, el baile, y declaré que

prefería ver a mis hijos muertos que en una pista de baile. Tal vez me he expuesto a la enemistad en las líneas acerca de maldades llevadas a cabo en las escuelas, etc., pero en todo he tratado de vivir como una dama y como cristiana. Y quisiera añadir un pensamiento - ha sido muy generoso de ustedes concederme esta oportunidad. Significa tanto para mí. Me sentiré mucho más feliz al haberlo compartido. El pensamiento es que nadie debiera dudar de mi historia. Tal vez ustedes sean escépticos; no culpo a nadie, porque suena absurda, pero realmente ocurrió, damas y caballeros.

“Supongamos que alguien dude. Un investigador entrenado, a mi parecer, sólo tendría que investigar durante un mes para refutar mi historia, entonces, ¿cómo saldría yo? Tal como dijo alguien que estuvo aquí hace un momento, que no podía pensar en ninguna otra razón aparte de que estuviera demente. Yo no trabajaría con una mano por diecisiete años tratando de ver mis sueños hechos realidad, para un día aplastarlos con la otra. Y no sólo eso, yo no me esforzaría para fortalecer los bebés en Cristo que estaban demasiado débiles para mantenerse en pie. ¿Motivo? Si yo estuviera enferma - alguien diría, 'Tal vez tomó un tiempo para descansar' - ¡pero no fue así! Recientemente he pasado un examen para un seguro de vida, y ellos dicen que lo pasé con un porcentaje de cien por ciento. ¿Amnesia? No podría ser eso. Estoy dispuesta a someterme a un examen mental o a cualquier examen en ese sentido. En cuanto a enamorarme, estoy enamorada de la obra que hago.

“Podría haber un motivo más bajo. Y casi me sonrojo al mencionarlo en este tribunal, pero alguien pudiera pensar en ello. Dicen que las aguas de la mente son como las aguas del

mar, que hacen surgir cosas extrañas, y que yo podría haber estado envuelta en algún tipo de dificultad y debía irme para luego regresar. Me gustaría decir, aunque me disculpo por haber mencionado tal cosa, que se me hizo un examen físico completo a mi regreso, aunque no era necesario, tal como mi historial médico de doce años atrás revela, que eso queda totalmente fuera de toda cuestión.

“No puedo pensar en otros motivos. Si me hubiera ido voluntariamente, no habría regresado. ¿Publicidad? No la necesito. El domingo antes que esto ocurriera, mi templo se llenó tres veces. Estaba henchido la noche del lunes. No puedo pensar en otro motivo. Sé que no necesito pedir que me concedan su más sincera consideración y que oren sobre sus rodillas por este asunto, porque le concierne a la iglesia y le concierne a Cristo y los ojos del mundo están sobre un líder religioso y sobre este caso, y la gente puede venir y decir, 'vi a la Sra. McPherson aquí, 'la vi bailando allí,' 'vi a sus hijos bailando allá'. Basta que me miren a mí, mis hijos y mi familia. No tengo poder, mis manos están atadas. No temo a la más rígida investigación de mi historia, pues es la verdadera. Lo único que temo - no estoy insinuando una incriminación falsa - son las identificaciones equivocadas, gente que pueda estar aquí o allí, que pueda pensar esto o aquello, pero no creo que nada de lo que se ha dicho pueda ser verificado como verdadero, y me gustaría que me llamaran y me preguntaran. Y les agradezco mucho que me permitieran decir estas pocas palabras”.

Hasta la muerte debo proclamar que mi historia de secuestro y fuga fue verdadera. Aconteció tal como la he contado. Pero pasarían meses después de la audiencia en junio,

delante del tribunal, antes de que los intentos oficiales de destruir mi historia fracasaran.

16 Una Babel Moderna es Derrumbada

La audiencia ante el tribunal continuó durante varios días después de la fecha en que aparecí, julio 8. Mi madre y mi hijo testificaron, al igual que varios obreros del templo. El Sr. McKinley, el abogado ciego de Long Beach que afirmara que los secuestradores se habían puesto en contacto con él para hacer la labor de intermediario, fue llamado también a testificar. Pero los interrogadores de la oficina del fiscal continuaron en sus esfuerzos para desacreditar mi historia en vez de obtener una acusación en contra de mis secuestradores. Citaron a testigos que aseguraban haberme visto aquí o allí, casi en todo lugar durante el período de mi cautividad.

En vista de la forma en que la oficina del fiscal condujo la audiencia, no es de maravillarse que la mayoría del jurado haya votado que: “las evidencias presentadas hasta el momento no son suficientes para permitir una condena”. Dejo al lector la tarea de juzgar la precisión del Sr. Ryan al declarar de la siguiente manera: “La evidencia fue presentada ante el gran jurado desde el punto de vista absolutamente imparcial”.

Luego de que el gran jurado finalizara la investigación, mis abogados hicieron la siguiente declaración:

La conclusión de la investigación oficial en relación con el secuestro de la Sra. McPherson marca el fin de la primera fase de búsqueda de sus secuestradores. California, Arizona, y

México no fueron explorados procurando la captura de los criminales, sino para obtener evidencias contra la evangelista. Esa evidencia no fue producida, a pesar de las investigaciones. La historia de la Sra. McPherson, contada repetidamente a las autoridades y a otros, permanece tan firme e inquebrantable como la primera vez que fue dicha.

Los abogados concluyeron, “La investigación oficial no sólo apoya su historia probando su veracidad, sino que la presenta al mundo como una mujer justa, idónea, que soportó los ataques de manera religiosa y temerosa de Dios. Hoy, ella se mantiene reivindicada y sin temores”.

Pero los desafíos a mi historia no habían terminado.

Usted puede imaginar mi agonía al ver mi nombre en la primera plana de los periódicos de manera sórdida. Aún peor era la ansiedad profunda al pensar en el efecto que el proceso causaría en otros. Los miles de niños, nuestros estudiantes en la escuela bíblica con corazones libres de preocupaciones y llenos de fe y amor y esperanza, ¿podría hundirme sin llevarlos al fondo conmigo?

Ciertamente era imperativo que la justicia triunfara y esos ataques siniestros tuvieran su final, para que la derrota no arrastrara la bandera de la cruz hacia la ignominia. La verdad debería vencer. Mi preciosa gente debía estar a salvo. No importaba mucho lo que sucediera conmigo. Mi preocupación era la iglesia.

No importaba cuan desorientada, cansada y herida me sintiera por la batalla, debía lavarme el rostro y los ojos con agua fría, colocarme el uniforme fresco, tomar mi Biblia y el ramo de rosas que mis amigos siempre proveyeran, y

comenzar mi descenso por la larga plataforma al púlpito del Ángelus Temple.

Ese servicio al Rey - era mi bendito salvavidas - que demandaba lo mejor de mí cada día. En el momento en que llegaba a la plataforma, los nervios tensos se relajaban, la perturbación causada por un mundo aparentemente enloquecido se disipaba, el dolor punzante cesaba. Y después de cada reunión, al llegar a mi casa, subía las gradas hacia mi cuarto con cada pluma suavizada, sintiéndome como si me hubiera bañado en aceite sanador y que el frasco de alabastro del amor cristiano hubiera sido derramado sobre mi cabeza inclinada. Entonces podía enfrentar las labores del día siguiente con gran valentía.

Sin embargo, hubo noches en que mi cama era tormento y angustia. Mientras pudiera sobrellevar la inactividad física, me quedaba quieta, tratando de obtener el reposo necesario, pero con los ojos abiertos, sin sueño, fijos en la oscuridad de la noche hasta que diera vueltas con círculos vacilantes de luz. Entonces me levantaba y caminaba el largo pasillo hacia arriba y hacia abajo, incesantemente, con las manos cubriendo primero mis ojos, luego la boca, a fin de acallar los gritos y gemidos pues temía que despertaran a los demás en la casa. A veces miraba hacia el templo, las espirales plateadas de la radio bañadas por la luz de la luna, y hacia arriba el edificio de la escuela que se mostraba como una torre al lado de la casa pastoral. De alguna manera, sólo observar la solidez de esas paredes de hierro y cemento confortaba mi corazón, ya que parecían ser un símbolo de fuerza de la Roca Eterna sobre la cual esa obra fuera fundada.

Con frecuencia, antes de que mis ojos cansados se cerraran de sueño, yo escuchaba las voces frescas de cientos de

jóvenes estudiantes que pasaban en tropel a través de las puertas para sus clases matutinas donde eran entrenados para el ministerio Cuadrangular. El cansancio finalmente reclamaba sus derechos y yo caía en una especie de estupor por una o dos horas hasta que los deberes del día golpeaban a la puerta exigiendo atención.

Con frecuencia se me ha hecho la pregunta, mientras estos problemas me afligían, ¿cómo podía soportarlos física y mentalmente? Otras mujeres y hombres, me dijeron algunos, hubieran quedado completamente destrozados. Aún perdura el hecho de que a través de todo continué desempeñando normalmente mis deberes pastorales. De igual manera durante las acciones legales, sujeta, sin embargo, a enorme tensión, la gracia de Dios permitió que condujera las reuniones cada noche, predicara a grandes congregaciones, visitara a los enfermos y orara por ellos, bautizara a cientos de candidatos, enseñara las varias clases de niños y adultos, consolara a los enlutados e hiciera todas aquellas cosas necesarias pertinentes al cuidado del rebaño y que se espera de la persona a quien le ha sido confiado.

Debido a que las lenguas maliciosas de escándalo se hicieron tan evidentes y como la división de opiniones había alcanzado un punto tan alto, yo había pedido una confrontación. Por la radio y por la prensa solicité a todos los que estaban murmurando en secreto, en la oscuridad, se presentaran y dijeran lo quisieran decir a la luz del día.

¡Pedí una confrontación y la tuve! Mi hijo, que en esa época estaba en secundaria diría - “¡Y qué confrontación!” Los nombres de los que dijeron que me habían visto aquí, allá, y más allá, o quienes habían ofrecido voluntariamente a la

prensa otras historias absurdas y extravagantes fueron citados y llamados a comparecer en juicio - avergonzando a algunos que descubrieron que una cosa es hacer declaraciones extravagantes y otra es repetirlas y probarlas bajo juramento.

Nos alegramos el día cuando el caso fuera llevado a la audiencia preliminar ante un juez de la corte municipal. Esperábamos que allí o después ante el jurado de la Corte Suprema - si el caso fuera llevado a juicio - la mano de los verdaderos instigadores de la persecución en nuestra contra se manifestaría en esa hora y descubriríamos el rastro que llevaría a la solución de todo.

La noche anterior al inicio de esa audiencia quedó grabada en mi memoria. ¡La expectativa de los titulares sensacionalistas por parte de la prensa! ¡Mis esfuerzos por programar nuestro tiempo, a fin de que quedáramos libres para ausentarnos de algunas tareas urgentes de una iglesia tan grande! ¡La predicación del sermón de la noche para los miles que llenaban las calles y ocupaban cada centímetro del edificio! ¡El último llamado al altar antes del ataque de artillería hacia mi persona - el avance de los penitentes para arrodillarse y orar! ¡El mar de manos que procuraban tocar las mías, las sonrisas valientes, las palabras de ánimo y confianza - tales como tal vez fueron dichas a los cristianos antes de entrar al foso de los leones en el antiguo Coliseo romano! El sonar constante del teléfono, con los periodistas preguntando, “¿Cómo se siente?” “¿Tiene alguna nueva declaración?” “¿Se está preparando para salir de la ciudad?” y centenas de otras preguntas que parecían muy tontas y desconcertantes, infantiles y tediosas - oh, tan tediosas. De repente, y muy cansada, me recosté sobre la cama buscando el reposo que necesitaba,

desconectando la campanilla telefónica y apagando las luces. Eventualmente me dormí, pero a la madrugada desperté con un movimiento brusco. ¿Qué ocurría? ¡Oh, sí, este era el día que tenía que comparecer ante la corte!

Antes de aquellos días en 1926, con frecuencia acostumbraba decir al ver venir los centenares de gente a Jesús en el Ángelus Temple, “¿Por qué el diablo no ataca esta obra con más fuerza?” ¡Lo decía en son de broma en el momento, pero creo que él aprovechó la sugerencia! ¡Jamás, nunca le haré ni una sugerencia!

La audiencia preliminar se llevó a cabo el 27 de septiembre de 1926 a la que siguieron largas y tediosas presentaciones ante el tribunal. La última tuvo lugar el día 10 de enero de 1927. Este era el día en que el juez Blake anunciaría su decisión si mi caso iría o no a juicio.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! ¡Un hombre está martillando! ¿Qué? ¿Quién? Todos los ojos están fijos en una puerta. Entra un hombre joven. Chirrido de sillas. “¡De pie!” El hombre joven, el juez Blake - luciendo casi como un adolescente - inclinó su cabeza a los que estaban en los primeros asientos que habían sido reservados para los privilegiados a quienes, según la prensa, el juez entregara invitaciones especiales. Tales espectadores dieron un suspiro largo lleno de ansiedad, mientras sus pestañas curvas apuntaban en dirección al atractivo juez. Estaban listos para la acción.

La oficina del fiscal de distrito estaba representada en toda su fuerza. Alguien me dijo que los muchachos de la oficina del fiscal Keyes generalmente asistían a las audiencias preliminares - que no había habido otro caso desde que él fuese nombrado fiscal del distrito del Condado de Los Ángeles en el cual

apareciera personalmente a la audiencia preliminar por una hora, en un mes. Y si él quería aparecer en persona en este caso, me quedo pensando en la razón para necesitar la ayuda de dos de sus asistentes principales para acusarme en esa audiencia preliminar - el Sr. Dennison y el Sr. Murray. Nos quedamos pensando en lo que esta audiencia costaría a los contribuyentes de la ciudad, hasta que más tarde, el Sr. Keyes anunció que los costos eran mínimos porque la prensa estaba pagando la mayoría de los gastos de investigación y localización de testigos.

El juez Blake determinó que el caso iría a juicio. Pero, por supuesto, nunca sucedió. El testigo clave del fiscal cambió su historia en repetidas ocasiones. Al solicitar la cancelación de las acusaciones contra mi madre y yo, el 10 de enero de 1927, el fiscal Keyes reconoció que, “sin el testimonio de ella (la testigo), una prueba de supuesta conspiración es imposible. Desde la audiencia preliminar ha cambiado la historia casi diariamente, aún hoy contiene tantas contradicciones e inconsistencias en relación con la presentada ante el tribunal que se ha convertido en un testimonio cuya veracidad y credibilidad no pueden ser defendidas por ningún fiscal”. El fiscal declaró que el caso no podía “ser llevado a juicio con honradez o con alguna esperanza de éxito.” La corte estuvo de acuerdo y concedió la petición de que el caso fuese cerrado.

En esta ocasión algunas personas sintieron que el que se cerrara el caso fue una conclusión no muy satisfactoria y que lo mejor hubiera sido la absolución por parte de un jurado. Pero, al retirar las acusaciones, el fiscal admitió no tener ninguna posibilidad de presentar un argumento delante del jurado. El juez Jacob F. Denny, exmiembro del quincuagésimo

octavo Circuito Judicial de Indiana y al momento miembro de la barra de California, escribió:

La vindicación de la Sra. McPherson y Sra. Kennedy no podría haber sido más completa. Es infinitamente más fuerte que la que fuera determinada por un jurado después de oír toda la evidencia y resultara en una absolución total. El jurado que juzgara el caso tendría que ser naturalmente considerado imparcial y tomar una decisión también imparcial. Pero, en el presente caso, el Estado de California, con toda su maquinaria, poder y prestigio, gastó miles de dólares en la investigación de la verdad de las acusaciones que fueran hechas contra estas mujeres. Acusaciones que admitieron ser falsas. Además de la investigación común hecha por las autoridades estatales, este caso en vista de haber motivado el interés nacional, recibió una atención más específica. Por más de seis meses, todos los recursos del Estado de California fueron dedicados a descubrir evidencias contra ellas. Se emplearon agentes especiales, en gran número para seguir el rastro de cada rumor remoto que pudiera lanzar luz sobre el caso.

Toda esta evidencia reunida fue revisada por las propias autoridades, que se mostraron más interesadas en obtener una condena y fueron naturalmente hostiles con las acusadas. Este tribunal en sí mismo decidirá ahora no tener pruebas suficientes contra las acusadas, aún para justificar el hecho de haberlas puesto delante de un jurado imparcial.

Raras veces, en la historia de la jurisprudencia americana o inglesa, si es que hubiera sucedido alguna vez, se obtuvo una absolución sin que las acusadas hayan usado una sola arma en su propia defensa.

Mis abogados habían reunido más pruebas para ser presentadas en un juicio ante la Corte Suprema si hubiera sido necesario - un mayor y considerable número del que fuera ofrecido en la audiencia preliminar. Sin embargo, no fueron exigidas por lo que no fueron publicadas.

Mientras que en los titulares de Los Ángeles se leía, “La Sra. McPherson es inocente”, las noticias corrían alrededor del mundo. El Ángelus Temple se llenó de gente, hasta no haber más. Una escena como la que siguió a mi aparición en el púlpito, ciertamente jamás tuvo lugar en iglesia alguna. Como si un imán los hubiese hecho poner de pie, la congregación se levantó. Gritos de “Aleluya”, “Alabado sea el Señor”, “Dios le bendiga”, “Jesús responde a la oración”, resonaron de todas partes en la gran iglesia que estaba saturada hasta la cúpula, aun siendo día lunes.

Le damos a Dios toda la gloria, ya que no tuvimos ninguna defensa, excepto la intervención divina. Pero Dios nos ayudó. De la misma manera que en la torre de Babel, cuando Dios confundió las lenguas, El también confundió las lenguas de mis acusadores. Toda la estructura del proceso contra mí fue construida como aquella torre antigua. Estaba corrupta desde la base. Cada piedra, edificada sobre la otra, alcanzó cierta altura, y entonces, como la torre de Babel, Dios miró desde arriba y confundió las lenguas de los constructores. Cada uno contó una historia diferente. Uno confundió al otro y así terminó todo, quedando en pie solamente los hechos verdaderos tal como yo los describiera. Ciertamente nadie hubiera inventado una historia como la que me tocó vivir. Cualquiera persona, tramando una mentira, hubiera imaginado una historia más fácil de creer. Pero me mantuve firme en mi narración

porque fue la verdad. Cuantas veces he pensado, “Fue terrible el haber sido raptada, pero fue peor aún el haber tenido que probarlo ante un mundo incrédulo”. No podía imaginar que la fiscalía continuaría durante años sus intentos de desacreditarme. Sea como fuese, ahora estaba vindicada ante la ley. Y podía dedicar nuevamente todas mis energías y mi tiempo a la predicación del Evangelio Cuadrangular.

17 En el Centro de la Voluntad de Dios

Durante cuatro años prácticamente dediqué todos mis esfuerzos exclusivamente al ministerio en el Ángelus Temple. Creo que no me ausenté del trabajo por un periodo mayor de cinco días consecutivos, excepto dos ocasiones, cuando fui raptada y cuando viajé a Tierra Santa. Sin embargo, ahora, las llamadas insistentes venían de todas partes del mundo, y me sentí constreñida a pasar más tiempo en el campo evangelístico. Durante diez años mi tiempo estuvo dividido entre el ministerio a la iglesia y a la evangelización fuera del Ángelus Temple.

Inmediatamente después de mi vindicación hice un recorrido por el país. Quería predicar en todos los lugares donde fuera posible durante los ochenta días que estaría fuera, razón por la que las campañas en varias de las ciudades fueron muy breves - sólo por dos o tres días - predicando dos veces al día.

Nos detuvimos en Baltimore, Maryland. Muchos años antes yo había estado en Lyric - el gran teatro clásico de aquella ciudad. Fue en esa ocasión que el Señor me mostró de manera amplia sus planes para mí en relación con el ministerio de su Palabra a los enfermos y afligidos. Debido a que las noticias de las sanidades que Dios había realizado en otros lugares habían llegado a los periodistas en Baltimore, un periódico colocó en sus titulares “La Mujer de los Milagros”, a mi llegada al lugar.

Por supuesto, el teatro estaba lleno a capacidad con muchos enfermos como resultado de tal publicidad. Subí los escalones a la plataforma, me asomé y observando las camillas y sillas de ruedas que ocupaban todo el frente, exclamé, “¡Oh, mi Dios!” Miré nuevamente y casi me desmayé. Corrí hacia mi camarín, caí de rodillas al lado de una silla antigua, y dije, “Ahora, Señor, mira lo que has hecho. Allí hay personas con la columna vertebral quebrada, enyesados y en sillas de ruedas. Oh, Señor, ¡yo no puedo sanarlos!”

En ese momento el Señor habló a mi corazón. Aquí teníamos una situación de emergencia, pero yo creo que fue el principio de este ministerio Cuadrangular. El Señor me dijo, “Si esos enfermos reciben salvación y sanidad, ¿quién los va a salvar y sanar?”

“Tú lo harás, Señor, por supuesto. Yo no podría salvar o sanar a ninguno”.

“¿Por qué estás nerviosa? Solamente tienes que ir allí y abrir la Biblia”, me dijo el Señor. “Tú conoces las Escrituras que hablan tocante a la sanidad y la salvación. Dile a la gente lo que voy a hacer, y cuando coloques tus manos sobre ellos, yo pondré mis manos sobre las tuyas. Y todo el tiempo que estés allí, estaré apoyándote. Cuando hables la Palabra, yo enviaré el poder del Espíritu Santo. Tú solamente eres el auricular del teléfono. Tú eres la tecla de la máquina de escribir. Tú solamente eres una boca a través de la cual el Espíritu Santo puede hablar. ¿Irás ahora?”

“Sí, Señor, es maravilloso. Yo hablaré,” respondí. “y si no son sanados, eso te compete a ti”. Cuando llegó la hora, prediqué. Luego oré por los enfermos. Predicadores Metodistas, Bautistas, Episcopales, y Presbiterianos me ayudaron y

lloraron cuando vieron a los afligidos en sus camillas y sillas de ruedas. El Señor me dijo, “Ahora pondré mi mano sobre las tuyas. YO SOY el Señor que sana”.

Para mi sorpresa - y con vergüenza en adición a la conmoción en que me hallaba - hubo más sanidades ese día que en cualquier otro lugar que yo haya sido testigo. Personas, con la columna vertebral quebrada - católicos y protestantes corrieron alrededor del teatro.

Cuando la reunión concluyó, el Señor parecía decirme, “Recuerda, si en algún momento permites que la gente te llame 'La Mujer de los Milagros' y dicen que tú provocaste la sanidad, no tendrás poder. Cualesquiera sean los resultados, debes decir, 'La gloria pertenece al Señor’”.

Eso ocurrió en 1919. Ahora, en 1927, yo estaba de regreso en Baltimore - no por tres semanas como en la ocasión anterior, sino por unas pocas horas. Con relación a esa reunión, el Dr. Leech, de la iglesia Franklin Memorial United Brethren, envió un telegrama al Ángelus Temple que decía, “Grandes reuniones. Grandes multitudes. Jamás hubo un mejor espíritu”. Él no exageró ni un poquito.

Cuando este viaje estaba llegando a su fin, me enteré sobre los rumores de crítica en Los Ángeles. Casi al final de la audiencia preliminar tocante al secuestro, yo había contratado a dos periodistas - uno del Times (Tiempo) y otro del Examiner (Examinador). Esperaba que su pericia en relaciones públicas tuviera un efecto favorable en la publicidad futura; y aunque la prensa de Los Ángeles permanecía hostil, en su mayor parte, estos hombres que se hallaban en nuestra gira por el país, produjeron buenos resultados. Sin embargo, ambos eran hombres mundanos, que no habían hecho una profesión de fe en

el Señor, y ofendieron a algunos de mis amigos. Yo esperaba que al asociarse con el evangelismo serían ganados para la vida cristiana. Mi madre estaba disgustada ya que a veces tomaban decisiones por cuenta propia, tanto antes como después de mi vindicación.

Durante los años siguientes, la prensa ventilaría la idea de que mi madre y yo nos separamos en el trabajo porque ella dudaba de mi historia de secuestro. Nada podría estar más lejos de la verdad. Mi madre nunca cambió en relación con tal evento - aún en los peores momentos de nuestras divergencias (y nuestras divergencias no fueron tan intensas como las que la prensa publicó). Ella insistía que nada podría hacerla dudar de mi inocencia. Ella negó las declaraciones atribuidas a ella de lo contrario.

Nuestras diferencias fueron mayormente por razones de negocios. Mi madre quería que yo pasara la mayor parte de mi tiempo en Los Ángeles en el Ángelus Temple y yo sentía el llamado a evangelizar a todo el mundo. Y cuando yo estaba ausente del templo, surgían pequeñas fricciones entre mi madre y algunos de los empleados las cuales se tornaron insoportables. Después de algunos meses, se hizo evidente que sería mejor que sólo una de nosotras fuera responsable de la iglesia. Mi madre prefirió retirarse, y llegamos a un acuerdo amigable. Sin embargo, los periódicos mantendrían la olla hirviendo - citando frases de mi madre respecto a mí y más respecto a ella. La mayoría de las veces, las declaraciones de ambas eran ampliamente distorsionadas.

Sin embargo, la cizaña había sido sembrada en medio del trigo mucho tiempo antes de mi regreso al Ángelus Temple en abril. Pronto sufrimos la primera división seria en nuestras

filas cuando nuestro director de coro y banda, el Reverendo Gladwyn Nichols, se separó de nosotros y organizó su propia iglesia. Al principio, cerca de trescientos de nuestros cantantes y músicos siguieron al hermano Nichols, pero durante las semanas siguientes muchos - probablemente la mayoría de ellos - regresaron. Mi madre cumplió una función importante en esta situación al ponerse en contacto con los disidentes y traerlos de nuevo al templo. Yo esperaba que el hermano Nichols también regresara, y finalmente lo hizo, después de casi tres años. Si la prensa no le hubiera dado tanta importancia al asunto, pudo haber sido posible que regresara mucho antes.

Cuando retorné a Illinois para realizar unas campañas, en Chicago y Alton, en julio, la disconformidad llegó a su punto máximo en el templo. Recibí un mensaje urgente del departamento administrativo del Ángelus Temple diciéndome que era imperativo que regresara a casa y asumiera la completa dirección de los acontecimientos.

A mi regreso a Illinois, los periodistas insistían en obtener comentarios del supuesto problema involucrando a mi madre. En una ocasión declaré, "Ella es mi madre y la amo. Tengo el más alto respeto y admiración por ella y toda la valiosa ayuda que me prestó durante muchos años. No existe un conflicto entre nosotras. Mi madre demostró su intención de retirarse hace mucho tiempo. Ella merece un buen descanso y lo tendrá".

Dos años más tarde, mi madre regresó como administradora del Ángelus Temple y trabajó durante un breve período, otra vez prestando su auxilio en una etapa crucial. Durante el lapso de su ausencia, varias veces ella me había hecho el comentario de que intrigantes sin escrúpulos estaban sacando

ventaja de mi naturaleza generosa, y hasta cierto punto estaba en lo correcto. Sin la supervisión estricta de mi madre, me convertí en presa fácil de todo tipo de promotores que me instigaban a prestar mi nombre o el de la iglesia a innumerables propuestas de negocios, los cuales, si hubieran resultado, hubieran sido maravillosos. Pero muchos no resultaron y les siguieron procesos legales. De hecho, casi todos los procesos abiertos en mi contra en el correr de los años resultaron de contratos y acuerdos que no logré entender muy bien, por no ser una mujer de negocios con experiencia. Fue bueno traer a mi madre de regreso. Ahora los interesados en ejecutar transacciones tendrían que tratar con ella y no conmigo. Ella fue de gran ayuda al testificar en un juicio delante del tribunal tocante a una investigación de las finanzas del Ángelus Temple.

Este juicio fue iniciado en vista de severas acusaciones hecha por el ex supervisor de las Iglesias Cuadrangulares, el Reverendo John Goben. Varios ministros me advirtieron que el hermano Goben intentaba tomar el liderazgo del movimiento. Algunos se quejaban de que él estaba colocando ministros que le eran leales en algunas posiciones estratégicas y enviando a los que me eran fieles a puntos distantes. Por ejemplo, Earl Dorrance fue removido de Burbank a Colorado. Entonces, Harold Jefferies me llamó desde Portland para decirme que el Sr. Goben lo había contactado personalmente solicitando su apoyo para mi destitución.

Además, el Reverendo Goben contrató a unos detectives para que me siguieran. Ellos le informaron haberme seguido una noche hasta la casa de Alexander Pantages. Al llevar a cabo nuestra reunión de ministros el hermano Goben llamó a

una de nuestras iglesias en los suburbios, y sugirió que algo siniestro estaba ocurriendo cuando recibió la información.

Algunas personas se quedaron pensando que el informe de los detectives podría ser errado. No lo era. Yo había ido a esa casa para visitar a la Sra. Pantages. Ella era mi amiga la cual estaba pasando por dificultades, y fui para darle el consuelo que podía. La noche en que su marido fue condenado, la hija adoptiva de la Sra. Pantages fue a verme, diciendo, “Sra. McPherson, mi madre me pidió que la llamara, ¿puede venir?” Fui llevada en automóvil a la casa de la Sra. Pantages y oré con ella. Me pareció extraño que esos críticos hicieran tanto escándalo de que una mujer abatida por el sufrimiento hubiera llamado a una pastora y que esa pastora hubiera respondido a su petición.

En otra ocasión visité la casa de los Pantages en el auto de mi abogado, pero él no estaba presente. Fue su chofer el que me llevó al lugar.

Fue necesario que nuestro supervisor general abdicara. Cinco o seis iglesias se retiraron del movimiento Cuadrangular, pero muy pronto, casi todas regresaron. Delegaciones de más de cincuenta filiales Cuadrangulares en California del Sur fueron al Ángelus Temple para comprometer su lealtad.

El Sr. Goben continuó haciendo acusaciones perjudiciales en mi contra, acusándome de ser una “excavadora de oro”, y convocando a reuniones en masa con el propósito deliberado de efectuar cambios en el templo y en el movimiento Cuadrangular. Sus acusaciones llamaron la atención de las autoridades y se dio inicio a una investigación. Sin embargo, nuestra contabilidad fue hallada en orden. El testimonio de mi madre pesó bastante a mi favor.

Desgraciadamente, otra vez surgieron fricciones en relación con la administración de mi madre, y otra vez se retiró, acusándome de estar bajo la influencia de tres de nuestras obreras - Harriet Jordan, Emma Schaffer y Mae Waldron. Yo acababa de regresar de Tierra Santa, hacia donde había llevado a algunos miembros de la Iglesia Cuadrangular en una peregrinación. Mi madre apareció en el hospital con la nariz quebrada. La prensa publicó, erróneamente, que yo había provocado el daño.

Nuevamente observé con angustia cuan degradante puede ser visto un desacuerdo o malentendido al imprimirse. Lamento profundamente haber dicho alguna cosa sobre esas diferencias, no importa quien haya hablado con malicia contra mí o lo que se haya dicho.

Mientras la prensa se mantenía ocupada colocando titulares sobre problemas en los cuales yo era mencionada, la obra Cuadrangular progresaba gloriosamente. El avivamiento continuó en el Ángelus Temple mientras yo estaba presente y cuando estaba ausente en el campo de la evangelización. Nunca había estado tan contenta o tan ansiosa de ir por el Maestro en todos los años que había estado predicando el evangelio. Innumerables iglesias se afiliaron con la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular, la cual se convirtió en una corporación en 1927. El movimiento Cuadrangular estaba creciendo en los Estados Unidos, y estábamos enviando misioneros a otros países - a América Latina, a África, al Oriente. De regreso al Ángelus Temple, retomé mi agenda completa de reuniones, además de enseñar cinco veces por semana en la escuela bíblica, ahora llamada LIFE, Lighthouse of

International Foursquare Evangelism (Faro del Evangelismo Internacional Cuadrangular).

A estas alturas el Ángelus Temple había comenzado a mostrar una apariencia un poco desgastada. Especialmente las alfombras revelaban su tiempo de uso. Se me ocurrió que muchos, no solamente la gente del Ángelus Temple, sino también los de la familia de Bridal Call, apreciarían la oportunidad de donar por lo menos diez metros de la alfombra roja que serviría de camino en los largos pasillos hasta la fuente purificadora en el altar. Anuncié que diez metros de alfombra costarían dos dólares con cincuenta centavos a precio de mayorista. La gente contribuyó inmediatamente.

El mayor proyecto en la remodelación del templo fue la instalación del bellissimo arco en el proscenio flanqueado por dos filas para la ubicación del coro (anteriormente el coro estaba sobre la plataforma). Este cambio ofrecería una mayor oportunidad para la presentación de mis sermones ilustrados y de las óperas sagradas que el Señor me inspiraba.

El desarrollo de este tipo de mensaje surgió como resultado de mi decepción de que muchos salieran de las reuniones sin que se convirtieran, a pesar del hecho de que cientos y a veces miles llenaban el altar. Tuve la idea de que, si la gente pudiera ver los mensajes en vez de escucharlos, tal vez un número mayor se entregara a Jesús.

Al comienzo las ilustraciones eran bastantes sencillas comparadas con las que vinieran después. Mi primer sermón presentado de esa forma tenía el título "Pesados en la Balanza." Una balanza grande fue erigida en la plataforma y sobre ella se construyó una estructura de madera cubierta de terciopelo, dentro de la cual se hallaba oculto un hombre.

Coloqué juguetes representando diversiones mundanas en uno de los platillos - un auto de juguete para representar un paseo agradable, una casita con un salón de baile, una torre de petróleo en miniatura para representar la búsqueda de riquezas materiales, y así por el estilo. A medida que cada objeto era añadido, el operador oculto bajaba el platillo de la balanza cada vez más.

Entonces surgió una pequeña vestida de blanco, llevando una Biblia grande. Con la ayuda de una silla, subió al platillo opuesto. Como la cortina era gruesa, el operador no sabía exactamente el momento en que debía bajarlo. Esperé un tiempo prolongado y, finalmente, con una gran sacudida de la estructura, con un gemido de roldanas y un público que estaba sujetando la respiración, el platillo con la niña bajó precipitadamente.

A pesar de los problemas técnicos, la ilustración llevó al corazón de las personas la seguridad de que la Biblia, cuando se recibe con la actitud de una criatura pequeña, pesa más que el mundo con todas sus riquezas y diversiones, por más altas que se amontonen.

Con el correr del tiempo, esos sermones fueron preparados de manera más elaborada y eficaz. Se utilizaron hermosos cuadros iluminados en tonalidades pastel, esbozados y producidos por artistas y especialistas en construcción, así como programas musicales combinados con los temas de los sermones. Con el correr de los años, esos sermones ilustrados probaron ser una alegría para el corazón de miles, además de un deleite para los ojos y oídos. Por medio de ellos, un número incontable de almas, que de otra manera no se acercarían a Cristo, nacieron en el Reino de Dios.

Durante los primeros seis meses de 1930 mantuve mi pesada agenda de predicaciones y deberes administrativos, ignorando las advertencias de amigos y asociadas de que yo debía trabajar menos debido a mi salud. Seis o siete años antes, William Jennings Bryan predijo que yo sufriría un agotamiento nervioso de continuar en el ritmo que llevaba. Pero durante la mayor parte de los años siguientes gocé de excelente salud - a pesar de la carga del trabajo y las tribulaciones que encontré en mi camino. Me gustaba mantenerme ocupada al servicio del Rey - predicando, disertando, enseñando, escribiendo, viajando, planificando, editando.

Después de haber quemado la vela por ambos lados, como dice el adagio, casi continuamente durante quince años o más, las llamas se habían encontrado. Coincidiendo con la partida de mi madre, quien dejó la administración del templo, los titulares de dos periódicos anunciaban que yo estaba agonizando. Esto fue en agosto de 1930.

La preocupación por mi salud resultó en una reunión especial de nuestro Concilio Cuadrangular del Ángelus Temple el 7 de septiembre. En las actas de esa reunión se incluyeron las declaraciones estenográficas hechas por mi médico y por mi hijo.

Rolf había regresado recientemente de un viaje evangelístico por casi todo el país. Hizo un relato brillante de las reuniones y anunció que entraría a la escuela bíblica al día siguiente.

“Estoy resuelto a trabajar comenzando desde abajo, llevar mensajes, cualquier cosa, permitiendo que el Señor me guíe”, dijo. “Estoy contento de trabajar como pueda. No sé exactamente lo que el Señor está planificando para mí, pero lo que sea será lo mejor, y debo estar preparado para ocupar ese

puesto. Por lo tanto, estoy satisfecho en ayudar en lo que sea posible”. Continuando, Rolf se refirió a mí y a mi grave condición física.

“Espero poder ser de gran bendición para mi madre y poder ayudarla. Y ciertamente aprecio la manera en que ustedes cuidaran de ella y la ayudaran en todo. Creo que mi madre está en buenas manos con el Dr. Williams.

Pero, sobre todo, debemos confiar en que Dios lleve esta carga por nosotros, y estoy seguro que Él va a sanar a mi madre, haciendo que su salud sea totalmente restablecida en Su tiempo. Aprecio el hecho de que ustedes (los miembros del Concilio del templo) no estén presionando a mi madre a que regrese, y no la estén haciendo sentir que tiene que darse prisa en regresar, porque creo que, si ella fuera presionada a regresar, lo haría sólo por un breve tiempo hasta que tuviera otra crisis de agotamiento nervioso. Queremos que se recupere por completo y que se levante para que pueda continuar en la fuerza del Señor. Queremos que el Señor haga su voluntad. El hará su voluntad sea que nosotros quisiéramos o no, y, si intentáramos imponer la nuestra, no será lo mejor para nosotros. Oremos para que Dios haga en mi madre, lo que tiene que hacer, y a su manera. Y si es su voluntad que se recupere pronto, Él lo hará. Sólo debemos confiar en Él.

Quiero agradecer a todos por sus bondadosos cuidados para con mi madre, por sus oraciones y toda la ayuda manteniéndose tras ella en todo lo que hace. Ciertamente aprecio todo lo que han hecho”.

El Dr. Williams, especialista en neurología, declaró también en la misma reunión del Concilio:

“Fui llamado para este caso por tener algo de conocimiento sobre condiciones nerviosas. Encontré a la hermana McPherson sufriendo al hacer una labor diez veces mayor de la que alguien debiera intentar hacer. Jamás conocí a una persona que trabajara de esa manera.

Se hallaba muy enferma y, hace una semana, el viernes por la noche estaba a punto de morir. Ella no se estaba nutriendo. No podía comer. Su mente estaba trabajando tan de prisa como siempre, y presentaba una condición la cual llamamos acidosis, que realmente es inanición física, cuando la mente continúa activa y el cuerpo no. Ella pensaba que moriría, pero no fue así. Demostró perfecta resignación. Su única demostración fue lamentar que nos estuviera dando tanto problema.

No fue problema, les aseguro. Pero ella ha comenzado a recuperarse. Sé que todos estaban orando. De seguro esto ha ayudado. En un período de 24 horas ella se recuperó de la manera más asombrosa que jamás he visto. No he conocido a nadie que llegase tan cerca a su fin y que regresase tan rápido. Fue milagroso.

La hermana McPherson quiere regresar pronto, pero cometería un gran error si lo hiciera. Su mente está trabajando mucho más rápido que su cuerpo. Está recuperando sus fuerzas probablemente más rápido que cualquier otra persona. Pero necesitará bastante tiempo, tal vez dos meses, o tres. Lo máximo que puedo hacer es darle consejo y vigilarla.

En el momento más crítico le prestamos alguna ayuda, pero ahora es más un consejo el que le doy, y espero que lo siga. Creo que ella es la mejor paciente que he conocido. Su espíritu es el mismo espíritu que todos ustedes conocen. Todo su pensamiento está en regresar aquí, y todo nuestro

pensamiento es que no debemos permitirle que lo haga pronto.

Sería conveniente, en unos días, llevarla a un lugar donde no haya posibilidades de que algo la incomode. Si alguien quisiera verla, ella haría cualquier cosa para que así sea. Piensa más en los demás que en sí misma, pero en este momento no es saludable para ella”.

Al mismo tiempo en que me hallaba tan enferma, el Reverendo Gladwyn N. Nichols, que influenciara la primera división en nuestra iglesia, regresó abiertamente al rebaño Cuadrangular. El rogó que se le diera la oportunidad de hacer una confesión pública en el Ángelus Temple. Aun cuando la prensa colocó la noticia en sus titulares, cuando él se apartó de nosotros en 1927, no prestó mucha atención a su regreso.

Cerca del final de lo que el Dr. Williams llamó “cuatro terribles y tempestuosos años” aunque realmente las bendiciones de Dios sobrepasaron las tribulaciones pequeñas en comparación - El Señor me guió en el desarrollo de un talento para escribir música.

En mis días escolares, yo había escrito algo de poesía. Esto llamó la atención de un profesor bastante sarcástico. El leyó el poema haciendo el comentario siguiente, “Si la joven dama que escribió este poema aceptara mi consejo, no escribiría más poesía hasta que pudiera escribir algo mucho mejor de lo que ha escrito.”

La crítica tal vez era merecida, pero me desanimó de hacer esfuerzos futuros completamente. Así que no fue sino al final de la década de 1920 que el Señor derramó música en abundancia a través de mí.

Cuarenta días antes de la Navidad de 1929, Dios me dio la idea de mi primera ópera sacra, Regem Adorate. Me puse en contacto con Charles William Walkem, que entonces pastoreaba la iglesia Cuadrangular en Ventura, California, y le describí mis planes.

“Usted está fuera de sí”, dijo. “Ni siquiera tiene un esbozo de la historia todavía. ¡Quiere componer la música, escribir los versos, entrenar los coros, enseñar a los solistas, vestirlos, y hacer la presentación en Navidad! ¡Eso es imposible!”

“Lo haremos”, fue la respuesta. Y lo hicimos. Regem Adorate- “Adoremos al Rey comenzó con la creación y caída del hombre y continuó con la historia de Navidad, concluyendo con la gran marcha triunfal, “Adorad al Rey.” Yo canté las palabras y la melodía y el hermano Walkem hizo la transcripción y los arreglos. Para la época de Navidad, la presentación estaba lista, y la ópera sacra se repitió ocho veces en el Ángelus Temple.

En los años siguientes, presentamos otras óperas- “El horno de hierro”, “La entrada carmesí”, “El hombre rico y Lázaro”. Y se multiplicaron las canciones individuales - “La llave para el paraíso”, “Una hoja en el viento”, “Lunes azul”, “El canto del tejedor”, “El castillo de los sueños quebrantados”, “Juntos”, “Rosa del calvario”, para mencionar algunas. A veces los incidentes en mi ministerio motivaban una canción, como cuando alguien comentaba que yo no podía ser sincera porque sonreía mucho en la plataforma, entonces escribí “¿Deben sonreír los cristianos?” La canción “En el centro de la voluntad de Dios”, la escribí en una bolsa de papel que levanté del piso en un tren cuando escuché a los vendedores de periódicos gritando la noticia extraordinaria de que yo había muerto en un

accidente de aviación (yo había perdido mi vuelo y tomé el tren).

18 Amor y Fe

“¿Por qué se casó con Dave Hutton?” “¿Hay alguna excusa para que un cristiano se case nuevamente cuando su esposo o esposa anterior aún vive?” (Algunos años después, yo insistiría que en los Reglamentos Internos de la Iglesia Cuadrangular se prohibiese el nuevo casamiento de nuestros ministros, pero en 1931 mi opinión era diferente).

Esas preguntas fueron escritas a mano en una pila de hojas que me fueran entregadas en respuesta a mi anuncio de que haría una caja para preguntas. Otras preguntas hechas al mismo tiempo fueron fáciles de responder, como “¿Usted cree en la seguridad eterna - una vez en la gracia siempre en gracia?” (Yo no lo creo). Pero en respuesta a la pregunta sobre mi matrimonio con David Hutton, dije, en parte:

A veces las personas se refieren a mí como “una evangelista que se ha casado demasiadas veces”, pero he vivido con mis esposos apenas unos cuatro años y medio en toda mi vida. Hacía poco tiempo que me había casado cuando Robert Semple falleció. Intenté adaptarme a la vida doméstica sin hacer la obra de Dios, pero no pude. Después de algún tiempo en el ministerio conmigo, Harold McPherson regresó al mundo de los negocios y se divorció de mí, casándose otra vez y dejándome sola en la predicación.

Después de muchos años, llegó el Sr. Hutton y pensé que ya no estaría sola, que los días en que mi nombre apareciera

en los titulares de la prensa habían quedado atrás. Pensé que tendría protección, un hogar y amor, pero no sucedió así, y una vez más estoy sola, y como dice el viejo refrán, “dándome las buenas noches a mí misma”.

La ocasión en que me casé con David Hutton, justifiqué mi actitud con base en el pasaje bíblico que dice que, si un hombre deja a su esposa por cualquier razón, que no sea de adulterio, eso constituye un pecado. Pero si uno de los cónyuges ha salido del hogar y ha pecado quebrantando los vínculos matrimoniales, pueden separarse y el infiel puede ser considerado como muerto. En el Antiguo Testamento los adúlteros eran apedreados hasta la muerte, mientras que en el Nuevo Testamento su separación era considerada como separados por la muerte.

Pocas personas saben, como yo lo sabía, lo que es estar sola en una multitud - sentirse abandonada en medio de cientos de personas. David Hutton apareció en ese momento en mi camino. El surgió lleno de entusiasmo por la obra, listo, dijo él, a ayudarme a llevar la carga. Otra vez el romance caminaría mano a mano con la fe. Por lo menos, ese era mi torpe sueño femenino. Ese sueño no duro mucho, pero ocurrió, y fue muy bienvenido mientras duró.

Yo me encontraba al fin de mis fuerzas físicas. La avalancha de actividades y adversidades me había dejado exhausta y muy quebrantada de salud en 1930. El Consejo de ancianos insistió que debía tomar una vacación larga, y entonces, con mi hija Roberta, inicié un viaje alrededor del mundo. Estábamos en el Oriente, y de regreso a casa, cuando Roberta conoció y se casó con William Smythe, un contador que trabajaba en el barco. Pocos meses después de llegar a Los Angeles, Rolf

también se casó con Lorna Dee Smith, una estudiante encantadora de nuestra escuela bíblica. Yo realicé la ceremonia en el Ángelus Temple. Fue un día glorioso.

Pero ahora, por primera vez en mi vida excepto por el breve mes en China entre la muerte de Robert Semple y el nacimiento de Roberta, estaba sola, sin ningún miembro de la familia para compartir el hogar. Al final de cada día - después de una reunión maravillosa - nuestra querida gente y mis hijos iban de regreso a sus hogares del brazo, con palabras de ternura y pequeñas caricias, mientras yo me quedaba sentada en silencio, observando que la última lámpara fuera apagada en el gran auditorio y la última pareja desapareciera en la oscuridad.

Al regresar a California en 1931, mi trabajo prácticamente se había duplicado. En el viaje a través del océano finalicé las partituras musicales de la segunda y tercera ópera sacra, El Horno de Hierro, que describe la historia de opresión de Israel en Egipto y el Éxodo, y La Senda Carmesí, una oratoria para la Semana Santa. Durante meses había estado trabajando en las partituras musicales. Ahora estaban listas para ser presentadas al mundo.

Después de haber disfrutado de una maravillosa recepción a mi regreso, me involucré en la producción. La primera tarea era encontrar un cantante para el papel principal de Faraón. Ni siquiera había soñado que, al encontrarlo, estaría encontrando un esposo. Homer Rodeheaver, ese gran hombre de avivamientos y antiguo amigo personal del templo, oyó de mi búsqueda y trajo a David Hutton a la iglesia.

Al verlo por primera vez, instintivamente supe que me agradaría. El cantaba maravillosamente y mostró gran

entusiasmo en cuanto a la próxima producción. David regresó varias veces. Trabajamos con tesón en los arreglos musicales y él demostró ser competente e interesado en ayudar. El amor estaba llegando a la superficie rápidamente, y mi pobre y solitario corazón latió nuevamente.

Recuerdo la noche que David me propuso matrimonio. Habíamos hablado de arte y belleza, y entonces él me dijo que me amaba. Me dijo que quería estar a mi lado y trabajar conmigo en la iglesia. Me dijo que su corazón le pertenecía al Señor y quería trabajar en Su viña.

Eventualmente le dije que sí y pensé que una vez más mi gozo sería para siempre. Esta no era una emoción adolescente y elemental de amor joven, sino el despertar de un corazón maduro y cansado, según juzgaba yo. En David Hutton vi la promesa de tantas cosas que me faltaran en los años vividos - la protección de un hombre, la dedicación y gentileza de un buen esposo, y la ayuda de un colaborador devoto. Mientras tanto, la ópera *El Horno de Hierro* fue presentada, obteniendo un éxito tremendo, debido en gran parte, estoy segura, a la voz espléndida del Sr. David Hutton.

Llegó septiembre. Estábamos haciendo arreglos para llevar la ópera sacra al noroeste. Una noche mientras conversábamos, David y yo decidimos ir a Portland como el Sr. y la Sra. Hutton. La madrugada del 13 de septiembre viajamos en avión hacia Yuma, Arizona. Las leyes de ese estado no requieren tres días de anticipación como en California. Queríamos un casamiento rápido. Yo tenía temor de los clarines de la publicidad.

Pocas personas en el mundo podrían identificarse con las emociones que sentí al ascender al gran avión trimotor en el

aeropuerto Grand Central, casi a las tres de la madrugada del día domingo. Mi hijo y su esposa, Rolf y Lorna Dee, nos acompañaron. La Reverenda Harriet Jordan, decana de LIFE, se nos había adelantado en automóvil para hacer los arreglos y conseguir una licencia matrimonial.

Llegamos a Yuma al alba. Poco más tarde la Srta. Jordan realizó la ceremonia.

Yo estaba casada. Mi esposo estaba a mi lado, y en breve estaríamos volando de regreso a mi amado templo, donde predicaría en la reunión de la mañana.

La misma noche de nuestra boda, escuché los rumores ensordecedores de una tempestad. El periodista y reportero que tan bondadosamente había hecho los arreglos del avión a Yuma para nosotros, comentó casualmente mientras nos sentábamos para cenar, que otra mujer estaba preparándose para llevar a juicio a David. “Se llama Myrtle Hazel St. Pierre, y dice que David le prometió que se casaría con ella y después la abandono”, anuncio con calma el periodista.

David estaba sentado a la cabecera de la mesa. Mi hijo Rolf y su esposa estaban con nosotros, así como otros invitados. Mi corazón latió contra mis costillas. Yo no osaba mirar a David de frente, sino por el rabillo del ojo. Él estaba avergonzado, con el rostro enrojecido, y dijo que no era cierto. Sonreí para apoyarlo, pero dentro de mí había una vislumbre de pánico, confusión y emociones en lucha. Dos días más tarde la mujer inició un proceso, pidiendo 200.000 dólares.

Acepté las explicaciones del Sr. Hutton quien dijo que las exigencias de la mujer eran falsas. Viajamos hacia el norte, a Portland, donde tuvimos unas reuniones maravillosas. Nos detuvimos en el camino para ir a la Penitenciaría de San

Quintín, donde visité brevemente a varios convictos, incluyendo a Asa Keyes, el fiscal de distrito de Los Ángeles quien abriera un proceso en mi contra en 1926. Las investigaciones sobre la manera en que él tratara mi caso, dejaron al descubierto la manipulación de otros casos, y fue llevado preso. Tal vez este sea el lugar donde debo aclarar que, en la época en que el Sr. Keyes estaba preparando su proceso contra mí, el gobernador de California, Richardson, censuró fuertemente al fiscal, cuando expidió el sexto perdón que considero necesario otorgar a los reos procesados por el Sr. Keyes, los cuales fueron hallados inocentes más tarde, habiendo sido condenados basándose en testimonios erróneos y perjuros. El celo excesivo del fiscal en procesar a los reos - inocentes o culpables- fue dado a conocer. Sin embargo, no guardé amargura contra él y le deseé lo mejor.

Después de Portland fuimos a Boston, para una campaña de ocho días, anunciando como nuestro tema, “Boston de Regreso al Libro (la Biblia)” Yo había organizado un segundo grupo en la Torre de Vigilancia del Ángelus Temple para que oraran las 24 horas de cada día por la campaña, anunciado que, “Esta Torre de Vigilancia será el motor en este avivamiento”.

La noche de inauguración en el Boston Garden, que tenía capacidad para dieciocho mil personas sentadas, no contamos con la cantidad de gente que esperábamos. Mi administrador me dijo, “tuvimos entre cinco y seis mil concurrentes.” Cinco o seis mil personas es una buena multitud para una reunión de avivamiento en cualquier lugar, especialmente en Boston, donde la fe había disminuido drásticamente desde los días en que aquella ciudad fuera la cuna de la religión en los Estados

Unidos. No obstante, cinco o seis mil espectadores dispersos en aquel inmenso Boston Garden parecían pocas personas. ¡Pero espere! Algunos de mis más asistidos avivamientos comenzaron con mucho menos gente. Uno había crecido de trescientos en la inauguración, a casi dieciocho mil. Y después de algunas reuniones, Boston Garden también se llenó y predique a una de las mayores multitudes que jamás he tenido. La reunión de clausura atrajo a casi veinticuatro mil personas, y muchas no pudieron entrar por no haber espacio adentro. Me informaron que esta fue la mayor audiencia jamás reunida bajo un mismo techo, hasta esa fecha, en todo el mundo para una campaña evangelística.

Es imposible calcular cuantas personas se convirtieron en el avivamiento de Boston. En ocasiones dos terceras partes de la audiencia la componían personas católicas. El Espíritu Santo se movió en aquel recinto y, cuando hice el llamado al altar, quedé fascinada. No podía creer que la gente hubiera escuchado correctamente. Había manos levantadas en todo el recinto, muchas en la parte de atrás de donde yo estaba, cerca de mil quinientas personas que no podían ver mi rostro cuando predicaba. Prácticamente dos mil personas se pusieron de pie, mostrando su deseo de recibir a Jesús como su Salvador en una reunión.

De Boston continuamos hacia Providence, Rhode Island, por tres días, y predicamos la Palabra de Dios allí, en un lugar con capacidad para doce mil personas. Dios también llenó ese lugar. Las campañas en Nueva Inglaterra fueron una verdadera inspiración y edificación espiritual para mí. Cuantas veces, cuando voy a una ciudad, algún periodista o reportero se aproxima diciendo, “Su obra es maravillosa. Eso lo sabemos.

Pero, ¿cómo sabe si los convertidos perseveran? ¿Hasta qué punto cree usted que esto no sea más que una emoción? ¿No le parece que puede ser un caso de magnetismo personal o psicología, y, en el momento en que usted se da vuelta, los convertidos regresan al mundo?”

Yo contesto, “Si se hubieran convertido a mí, eso sería verdad. Pero si se han convertido al Señor Jesucristo, la conversión permanece”.

Pero aún, surgía con frecuencia en mi mente, la pregunta perturbadora, “Tú dices que permanece, pero ¿estás segura?” Durante casi nueve años en el Ángelus Temple había tenido la oportunidad de ver la perseverancia de los convertidos. Sólo Dios podría haber mantenido juntas a esas personas a través de las tempestades y provocaciones que habíamos atravesado. Yo sé que permanece. Y de regreso a Nueva Inglaterra descubrí nuevas evidencias de ello. Cuando me hallaba de pie en las plataformas en Boston y Providence, la gente se aproximaba de todas las direcciones diciendo, “¿Se acuerda de mí, hermana? Soy de Pawtucket. Me convertí durante su reunión allí hace quince años”.

“¿Se mantiene fiel?” pregunté.

“Oh, sí”, fue la respuesta. “Y allá hay un gran grupo de los que nos convertimos en su campaña”.

Como me emocionaba escuchar a las personas diciendo, “Me convertí hace catorce, quince, dieciséis años, en sus campañas”. La conquista de almas es la única obra que permanece, que perdurará cuando todo lo demás haya pasado. Esta es la razón por la cual, cuando se me ofreció una carrera en el escenario mientras estaba en el este, por un bien conocido líder teatral en Los Ángeles, le respondí, “No aceptaría, aunque me

ofreciera diez mil dólares por noche. Prefiero estar en la iglesia y predicar el evangelio”.

Mientras estábamos en Providence, nos llegó una invitación para reunirnos con el Gobernador de Rhode Island. Nos recibió amablemente y nos explicó, en parte, la situación de desempleo. Comentó haber recibido noticias de lo que hacíamos en el Ángelus Temple para ayudar a los pobres y necesitados, y quería mayor información sobre nuestro programa. Fue motivo de gozo el recibir ofrendas en Boston y Providence para ayudar a las víctimas de la Gran Depresión. De hecho, parecía que doquiera que fuéramos, las autoridades esperaban que hiciéramos algo por los que no tenían trabajo. Tuvimos sumo placer en colaborar. Nuestra alegría es dar alegría a otros. La mayor felicidad en este mundo no es “pedir, pedir, pedir,” sino lograr algo y luego compartirlo con otros.

Regresamos a Los Ángeles y pronto me enfermé nuevamente. A principios de 1932 viajé en un crucero con David hacia Centroamérica. A fines de la primavera llevamos a cabo una campaña de avivamiento en Kansas e hicimos otro viaje por mar, a fin de que yo recobrará mi salud. Sin embargo, mi estado de postración continuó, después de regresar a California.

Llegó el día del juicio de la Srta. St. Pierre en contra de mi esposo. Yo me hallaba demasiado enferma para estar al lado de David, aunque mi corazón estaba con él. Los doctores me habían dado orden de que me quedara en mi casa en Lake Elsinore donde no había teléfono, y allí me quedé. Los periódicos habían estado burlándose disimuladamente sobre el caso por algún tiempo. Habían aparecido fotos y detalles íntimos de esto y aquello. Pero cuando el caso fue llevado a juicio, los

titulares de la prensa gritaban, “Beso Su Mano, Madam, Tema del Juicio de Hutton”. “La Joven que Procesa a Hutton Grita en la Corte”. “El Barítono Revela Todo Ante el Jurado”, y así sucesivamente.

A principios de julio de 1932, el jurado presentó su veredicto. Yo no sabía lo que había ocurrido hasta que David llegó para contarme. “Cinco mil dólares, eso es todo”, anunció con un ademán, menospreciando el juicio contra él como si fuese una trivialidad. Yo me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, me dijeron que me había caído y que me había golpeado la cabeza, fracturándome la base del cráneo. Más tarde, supe que por semanas mi vida estuvo pendiente de un hilo. Yo me había debilitado debido a una peligrosa enfermedad intestinal que contraí en Guatemala.

Luego de que el sensacionalismo del juicio se apaciguó, hicimos unos viajes breves, pero yo no estaba en condiciones de realizar campañas largas. Los meses de otoño pasaron rápidamente, y mi salud empeoraba. Estos fueron días oscuros, sin duda alguna.

Después de Navidad se decidió que yo debía hacer un viaje a Europa por mar. Luego de haber estado fuera por algún tiempo, David, dijo que yo había salido sin su consentimiento. Eso sonaba extraño, ya que él administró el dinero que recogimos para el viaje y compró el pasaje arreglando los detalles, zumbando a mi alrededor, perturbado y ansioso para que todo estuviera listo. Me llevó al puerto personalmente y colocó mi cuerpo enfermo en una litera del camarote que reservara en el vapor italiano Falla para mí y mi enfermera, Bernice Middleton. A continuación, el posó para algunas fotos conmigo e

hizo entrega a los periodistas de toda la información sobre mi viaje.

Al llegar a Europa recibí recortes de los periódicos de Los Ángeles, diciendo que David había salido llorando del barco. Ciertamente él nunca dijo, en ese entonces, que yo había hecho el viaje sin su consentimiento. Yo estaba alejándome por un tiempo para pelear desesperadamente por mi vida, y mi esposo lo sabía. Pero, aunque el viaje me proporcionó el descanso que necesitaba, también tuvo como resultado el fin de nuestro matrimonio.

Salí de los Estados Unidos en enero de 1933. Le escribí a David, y él me respondió con frecuencia. Hasta donde yo sabía, todo estaba bien. Él decía constantemente, “Quédate el tiempo que necesites, querida”. “No te apures, lo importante es que te recuperes”. “Te necesitamos”. “La iglesia necesita tu fuerza”. ¿Cómo podría dudar de su amor al leer frases como, “Te amo y te extraño, y casi me muero en soledad, pero tú vienes primero, ¿y quiero una mujer sana”?

¡Qué avergonzada me sentí al regresar a los Estados Unidos viendo mis cartas, escritas a David, en las primeras páginas de la prensa! Antes de mi desembarque, él había dejado la casa pastoral iniciando un proceso de divorcio. Y comenzó a aparecer en los escenarios teatrales haciendo bromas tocantes a mí y el templo.

Mi romance y sufrimientos con el Sr. Hutton hubieran sido realmente devastadores a no ser por el amor divino siempre presente e irresistible que es nuestro, con tan sólo pedirlo. Yo había cometido un error al casarme nuevamente. Algunos de mis amigos me consolaron diciéndome que sólo me había casado con el hombre equivocado, insistiendo en que aceptara

el pedido que Homer Rodeheaver hiciera más tarde, pero no pude aceptarlo. De cualquier manera, de la relación quebrantadora y destructiva con el Sr. Hutton, no me quedaba más que hacer, aparte de comenzar la reconstrucción de las cosas que fueron y las cosas que serán - ya que ninguna vida termina hasta que el corazón es silenciado y el espíritu deja de responder a las emociones gemelas del amor y la fe.

19 ¡Despierta, América!

¡Más de veinticuatro mil kilómetros! ¡Cuarenta y seis ciudades en veinticuatro estados! ¡Programas en cuarenta y cinco estaciones de radio! Trescientos treinta y seis sermones, a veces cinco en un solo día. ¡Sumando además la gente en los auditorios, estados, iglesias y teatros a casi un millón de personas! Ese fue el resumen de mi gira evangelística en la segunda parte de 1933.

Durante ciento cincuenta días observé el corazón de los Estados Unidos. De océano a océano, desde la frontera hasta el golfo, de las ciudades metropolitanas más grandes a algunas de las más antiguas poblaciones, viajé, prediqué y estudié. Planifiqué y consideré el corazón hambriento y los deseos de las multitudes con las que entré en contacto personal. Leí montañas de cartas de gente alcanzada por mí a través de varias estaciones y redes de radio de la nación. Llegué a la firme conclusión de que Estados Unidos estaba hambriento por la Palabra de Dios.

A fines de 1933 Estados Unidos se encontraba mirando hacia el “Águila Azul” de recuperación nacional, para dispersar los nubarrones de la Gran Depresión. Les recordé a las multitudes que llegaron a nuestras reuniones que un águila necesita dos alas para volar: “Una es la recuperación material. La otra es la recuperación espiritual. La primera ala no es suficiente. Sólo estaríamos saltando sin esperanza. ¡Regresemos

a Dios! Apartemos nuestros ojos de nosotros mismos y de la humanidad y contemplemos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

El espectro del comunismo y de otros males totalitarios rodeaban la nación. De hecho, esas ideologías sacaban provecho de las condiciones desesperadas existentes, con millones de desempleados atravesando grandes dificultades. Pero la peor amenaza estaba en el plano espiritual. Imperaban el ateísmo y el modernismo.

Entonces recibí un desafío de parte de Charles Lee Smith, fundador y presidente de la Asociación Americana para el Progreso del Ateísmo. Él se quejó de que, en mi itinerario evangelístico, mis mensajes habían creado problemas para él y quería tener un debate conmigo. El Sr. Smith dijo que yo no me atrevería a encontrarme con él en ninguna plataforma porque yo sabía en mi corazón que la evolución era verdadera.

Mi experiencia en debates había sido muy limitada, aunque fue verdad que en marzo de 1932, cuando el asunto de la Ley Seca estaba siendo violentamente discutida, habíamos tenido un debate al respecto en el Ángelus Temple en el cual defendí la ley del país y el Sr. Walter Huston, un famoso actor cinematográfico, tomó el otro lado. El renombrado escritor, Upton Sinclair, compareció, y cuando se le pidió que saludara a la gran audiencia, expresó su ferviente oposición al licor. Pero ese fue un debate en un ambiente amistoso. El Sr. Smith quería que yo me presentara contra él en auditorios públicos a través de los Estados Unidos, donde sus seguidores y militantes colegiados, que pertenecían a grupos con nombres blasfemos, tales como “Ovejas negras de Dios”, “Círculo de

impíos”, “Ángeles del infierno”, y la “Legión de los malditos”, podrían aparecer en masa a fin de apoyar a su héroe ateo.

Con temor e inquietud acepté el desafío. Pero decidí aparecer en los debates en conjunción con un viaje dando conferencias en el país, poniendo empeño en alertar a la nación de los peligros que la amenazaban, y despertar a América ante su necesidad de Dios. Después de numerosas presentaciones en la costa oeste a fines de enero, estaría visitando áreas en las que había muy pocas iglesias Cuadrangulares. Este sería un viaje de reconocimiento. Encontraría autoridades oficiales, conocería nuevos territorios, hablaría por la radio, examinaría auditorios con el propósito de usarlos en avivamientos más largos posteriormente, y especialmente observaría el campo para la apertura de nuevas iglesias para los estudiantes que se estaban graduando de LIFE.

Por lo tanto, yo estaría flameando dos banderas. Orgullosamente, llevaría la bandera nacional de la gloria antigua, con sus colores, rojo para valentía, blanco para pureza, y azul para lealtad. Una y otra vez predicaría mi sermón patriótico, “¡Despierta, América!” Las audiencias quedaban electricadas cuando proclamaba, “América, no está en el mercado buscando una bandera roja” - significando la bandera atea del comunismo, la cual estaba seduciendo a muchos, especialmente a los más jóvenes.

La otra bandera que yo estaba ansiosa por colocar era una bandera nueva - la bandera Cuadrangular. Yo había diseñado y cosido la primera bandera Cuadrangular a comienzos de 1931. No demoraría mucho en alabar al Señor por el hecho de que el sol jamás se pone sobre la bandera Cuadrangular. Pero en aquella época había grandes porciones de América en las

cuales no existían nuestras iglesias. Como resultado de este viaje de conferencias, algunas de estas áreas estarían prontas para dar la bienvenida a nuestros graduados.

El primer debate tuvo lugar en Seattle, Washington, en el Auditorio Municipal. Finalmente enfrenté a mi oponente - el hombre sin Dios, el hombre que estaba tratando de hacer lo mejor para pervertir las mentes de la juventud, especialmente los estudiantes universitarios de América y Canadá con las doctrinas del ateísmo.

Después de haber conocido al Sr. Charles Lee Smith en una plataforma pública, no tuve más temor. Hasta el último momento antes de ello, un cierto nerviosismo me mantenía rígida. Yo había orado larga y sinceramente. Yo creía las promesas de la Palabra de Dios con todo mi corazón y alma, pero temía fallar personalmente al Señor y ser incapaz de enfrentar a lo que parecía ser un enemigo imponente.

La gente había estado leyendo durante años sobre este osado ateo - su audacia y tácticas militantes. Había debatido con el famoso John Roach Straton de Nueva York y el presidente de la Asociación Mundial Fundamentalista, Dr. W. B. Riley. Había debatido con Tingley y Oliphant, dos fervorosos evangelistas del Sur. Gerald. B. Winrod había escrito tocante a él en sus libros y periódicos. Ahora yo había aceptado el desafío que me lanzara y debería enfrentarme con él en un debate público. ¡Cómo necesitaba la ayuda de Dios!

Cuando por primera vez observé las filas de personas esperando entrar, supuse que iban a la gran exposición de automóviles que se estaba llevando a cabo en el auditorio inferior del edificio. Pero pronto descubrí que aquella masa de intelectuales bien vestidos se dirigía hacia el lugar del debate. Entre

ellos se hallaban muchos judíos. Ese asunto ciertamente les interesaba, pues el debate abrazaba la pregunta, “¿existe Dios?” y los judíos creen en Dios. Allí había católicos y protestantes. Profesores universitarios, estudiantes, ministros y sacerdotes, abogados, el vice gobernador, y amas de casa se hicieron presente. Comencé a comprender la amplitud del asunto. El cristiano se había hecho presente para ayudarme a mantener la fe. El ateo estaba allí para ver si él podría hallar algo que estimulara su incredulidad. El agnóstico quería considerar hacia qué lado saltaría.

La primera pregunta del debate mostró al Sr. Smith desafiando - “No hay Dios, y América estaría mejor si se deshiciera de sus iglesias”. Comenzó su ataque sobre la fe y la esperanza después de la muerte.

Casi inmediatamente me relajé en mi silla al lado opuesto de la mesa, al descubrir que este ateo no tenía asidero en que apoyarse. La gloria del Señor barrió sobre mi alma, y una ola de seguridad y valentía parecía levantarme, tal como una ola levanta a una nave, sujetándome en su altura. Yo sabía que mi rebaño en casa oraba por mí. Cuando llegó la hora de levantarme a responder al Sr. Smith, las palabras brotaron cual torrentes. Yo había estudiado, durante semanas, el asunto de la evolución y su conflicto con la Palabra de Dios. Mi cuaderno estaba lleno de apuntes, pero sólo les di un vistazo, pues mi corazón estaba repleto con el mensaje que el Señor había derramado en él.

¡Gloria a Dios, la Roca Eterna continúa firme! Ciertamente no hay ninguna razón para abandonar el abrigo de la bandera de Dios a cambio de las arenas movedizas de la incredulidad hasta que algún fragmento de evidencia pueda ser

presentado en contra de la Biblia. El Sr. Smith no contaba con esa evidencia.

Notando el interés predominante, al oír a la gente aplaudiendo la Palabra de Dios y gemir y estremecerse antes las propuestas ateas, sentí una profunda tristeza de que cada ciudadano americano - y especialmente cada padre - no pudiera escuchar esta serie de debates. La evolución defendida por el Sr. Smith es exactamente lo que se enseña en nuestras escuelas y universidades, desarrollando hasta su análisis final - la flor madura del ateísmo. Sobre un trípode detrás de mí había un retrato del Salvador, mientras que detrás del Sr. Smith se hallaba un inmenso gorila de cartón. Sobre nosotros un rótulo que desafiaba, “¿Dios o el gorila?”

A continuación, una parte del encuentro descrito por un periodista.

El Sr. Smith parecía haber comenzado bien. Yo estaba casi listo a votar por el gorila.

Entonces, la hermana Aimee se levantó para hablar. Si usted la ha escuchado, ciertamente no necesito describir mi cambio mental total. Ella penetró el muro del sarcasmo del Sr. Smith y mostró el vacío que había detrás. Ella arrebató el falso manto de “ciencia” de esta teoría del gorila y la dejó desnuda sin nada que la respaldara. Ella removió los pilares de las teorías básicas de la evolución. Y, cuando levantó triunfante su Biblia blanca y declaró que era la Palabra inspirada del Dios vivo, no creo que hubiera alguna persona en aquella audiencia que dudara de su afirmación. Si los aplausos sirvieran de criterio, todos estaban de acuerdo con ella, hasta el último hombre.

Mi voto regresó al lado blanco de aquel rótulo. Por lo que a mí concernía, el gorila había sido derribado. No era mi intención decidir de esa manera. Mi presencia no incluía tal propósito. Me molestaba que aquel rótulo que estaba frente a mí y que parecía gritarme “¿Dios o el gorila?” demandara una respuesta. Bien, por la gracia de la predicación de la hermana, la pregunta fue respondida.

Fue interesante seguir las menciones de tiempo presentadas por sus oponentes.

El Sr. Smith enumeró millones de años sin siquiera pestañear. La Hermana Aimee se quejó de que la evolución comenzó con una neblina y finalizó con una oscuridad - y cuando el evolucionista es acorralado, huye para los desiertos de la eternidad, donde es difícil seguirlo.

Pero de acuerdo con el Sr. Smith, la eternidad de años a la cual él se refiere, está detrás nuestro. Vinimos de un animal y regresaremos a un animal, y la muerte es el fin.

La hermana Aimee también se refirió a una eternidad de años - una eternidad que está delante de nosotros más allá de la sepultura, donde nos encontraremos con el Dios que nos hizo. De alguna forma, yo creo que prefiero esta idea de la eternidad. Es muchísimo más fácil creer que Dios creó al mundo, que creer que tuvimos origen en un germen en alguna escoria de un lago.

Sí, Dios tiene mi voto. ¡Abajo el gorila!

A fines de enero, los debates en otras ciudades de la Costa Oeste (incluyendo Los Ángeles, donde usamos el Auditorio SHRINE), de igual manera probaron ser triunfos para la Palabra de Dios.

20 Avivamiento Continuo

Durante diez años- de 1926 a 1936- Había estado fuera del Ángelus Temple tanto o más de lo que había estado presente. Mis primeras vacaciones en Tierra Santa, las semanas de mi cautiverio durante el secuestro, los viajes evangelísticos por los Estados Unidos y el exterior, además de las enfermedades, me obligaron a estar ausente más tiempo del deseado. Ángelus Temple es mi vida - mi pasado, mi presente, y mi futuro. Ahora, las condiciones de la iglesia, exigían que le dedique mi atención completa por un período considerable de tiempo.

A principios de 1936 no tenía idea de lo que el año traería tanto en grandes angustias como en bendiciones gloriosas. Relaciones que habían florecido con el correr de los años comenzarían a romperse, mientras que una ola de avivamiento tal vez mayor a la que jamás había presenciado barrería el templo. Se presentaron tantos problemas, pero el Señor probó maravillosamente ser capaz en toda y cualquier emergencia. Ciertamente, Él nos ayudó.

Me di cuenta de una seria crisis financiera. Aunque el Ángelus Temple fue edificado y dedicado libre de deudas, los gastos de manutención durante los años de la Gran Depresión habían colocado a la iglesia en una grave situación monetaria, y fui informada que la deuda había ascendido a lo que consideré ser una cifra astronómica de \$66.500.

Parte de este déficit severo había sido causado por los gastos de operación del famoso Comisariato (bodega de alimentos) del Ángelus Temple, el cual el Señor me guió a organizar en 1927 para ayudar a los necesitados con alimentos y vestuario. El inicio de la depresión en 1929 multiplicó grandemente el ámbito de esta obra. De vez en cuando, surgía una nueva emergencia causada por la depresión, y el templo era llamado a atender con sacrificio a las necesidades preeminentes.

La ayuda de nuestro comisariato fue ofrecida sin consideración de credo. No se hacían preguntas, excepto a las relacionadas con la naturaleza de la necesidad. Para cuando irrumpiera la Segunda Guerra Mundial, nos hallamos vistiendo y alimentando cerca de un millón y medio de personas. Tratamos de hacer funcionar el comisariato con donaciones de alimentos y ropa de miembros y amigos del Ángelus Temple, además de un número de comerciantes que contribuían regularmente con mercadería. Aun así, nuestros gastos casi siempre excedían a nuestros ingresos, y los desembolsos del comisariato contribuían a la acumulación de la gran deuda que pesaba sobre el templo a comienzos de 1936. Nos llegaron rumores sobre un proceso inminente por parte de nuestros acreedores, de hipotecar algunos de nuestros terrenos alrededor del Ángelus Temple.

Obviamente, nuestra administradora de negocios, la hermana Harriet Jordan, quien era además decana de nuestra Escuela Bíblica, necesitaba ayuda. Nombré a mi hija, Roberta, como gerente asociada, y al reverendo Giles N. Knight como sub-gerente. La política del Sr. Knight, causó más tarde, un conflicto con la Srta. Jordan y Roberta, así como con Rheba Crawford, quien había estado sirviendo como pastora

asociada por varios años. Debido a la desesperada dificultad financiera, me pareció aconsejable por el bien de la iglesia, colocar la dirección de la gerencia completamente en manos del Sr. Knight. Roberta sintió que no podía trabajar con el Sr. Knight y se separó de las actividades de la iglesia, lo cual me causó gran tristeza. Sin embargo, debido a que el Ángelus Temple enfrentaba la insolvencia y Giles Knight parecía ser la persona idónea para resolver los problemas, sentí que los intereses del templo eran prioridad antes que los de mi propia familia. Como se lo dije a la congregación del Ángelus Temple, “Siento que Dios colocó al hermano Knight aquí y que lo trajo justo a tiempo para salvar este templo de la bancarrota.” Esto puede ser probado en los libros.

Había problemas tanto financieros como espirituales. El espíritu de avivamiento que estuviera presente durante años, había sido disipado para cuando llegara la primavera de 1936. La asistencia, cuando yo no estaba en el púlpito, había bajado un poco, aunque continuaba siendo probablemente la mejor de la ciudad. La Srta. Crawford, nuestra pastora asociada, había estado atacando la administración de la ciudad por radio, para angustia mía, ya que nunca sentí que la iglesia debiera participar activamente en la política. Y cuando regresé al templo después de algunas reuniones evangelísticas en la primavera de 1936, la Srta. Crawford prefirió no aparecer cuando yo estaba allí. Ella declaró que no había espacio en la plataforma para dos estrellas al mismo tiempo. Sugerí que la estrella debería ser Jesús.

Durante meses corrieron rumores. Fluían las acusaciones. Mi abogado, Willedd Andrews, hizo comentarios que provocaron un proceso judicial, obligándome a testificar

largamente. El concilio de ancianos del Ángelus Temple pidió acabar con el contrato de la Srta. Crawford. El Sr. Knight estuvo de acuerdo. Meses más tarde la Srta. Crawford inició un proceso en mi contra bajo el cargo de calumnia, solicitando \$1.080.000, afirmando que yo había hecho declaraciones contra ella que, por cierto, nunca hice. De todos modos, una mañana de agosto los pintores subieron sus escaleras en el frente del Ángelus Temple y substituyeron el nombre de la pastora asociada por las palabras “Avivamiento Continuo”, las cuales permanecerían sobre ese letrero en tanto éste ocupara su lugar sobre la entrada principal.

Un poderoso avivamiento había barrido sobre la iglesia casi tres meses antes. Las palabras no pueden describir la dimensión de ese derramamiento. El Ángelus Temple, que a principio de 1936 era la iglesia madre de trescientas ochenta y siete iglesias filiales, ¡fue sacudida hasta sus fundamentos! La convicción de pecado pendía como una nube sobre las audiencias, y cientos corrían a los altares como olas continuas, clamando, “Dios, ten misericordia de mí, pecador”. No menos de tres llamados al altar marcaron algunas de las reuniones, especialmente las reuniones de sanidad divina cada miércoles en la tarde y la noche del sábado. Sordomudos comenzaron a hablar y a oír la Palabra de Dios, y filas de camillas fueron cargadas vacías ya que los pacientes jubilosos se levantaron y caminaron. Además, en ocasiones, centenas de personas caían a la vez bajo el poder de Dios, recibiendo muchos el bautismo con el Espíritu Santo. Era como si una hoz hubiera sido pasada en un campo de trigo y dejado las gavillas apiladas en un montón. Hombres fuertes lloraban de alegría y caían como arboles de un bosque delante de un huracán. El Espíritu

descendió sobre mujeres y niños como el rocío sobre la grama recién cortada. Con frecuencia, estas reuniones duraban hasta el amanecer.

Este avivamiento había comenzado como una campaña de una semana, pero prosiguió durante meses. Y aún después que las personas que Dios había usado para el avivamiento se fueran, el glorioso derramamiento del Espíritu continuó maravillosamente. ¡Cómo nos guió Dios en ese sentido! En el tiempo exacto que el templo necesitaba un refrigerio espiritual, algunos santos de color que habían participado, en 1906, en el gran derramamiento de la Calle Azusa, a partir del cual un Pentecostés del siglo veinte se expandió por el mundo, vinieron a nuestras oficinas y preguntaron sobre la posibilidad de conducir, en el Ángelus Temple, una semana de celebración del trigésimo aniversario del avivamiento en la Calle Azusa durante el mes de abril. Les dimos la bienvenida con nuestros brazos abiertos.

Uno de los resultados de la celebración del trigésimo aniversario del avivamiento de la Calle Azusa fue la inauguración de campañas del Espíritu Santo. El día 29 de mayo estableció un nuevo récord en el pentecostalismo. Durante dieciocho horas consecutivas, miles fueron envueltos en las llamas divinas de fervor increíble. Durante dieciocho horas consecutivas los santos rieron, lloraron, cantaron, gritaron, danzaron y oraron. Durante esas dieciocho horas, se predicaron 20 sermones, uno después de otro, como un martillo clavando un clavo en el lugar preciso.

Estas campañas atrajeron la atención del mundo. Cartas, cablegramas, y telegramas llegaron de todos los términos de la tierra. El espíritu de avivamiento que invadiera el templo me

hizo más renuente que nunca a estar fuera del templo por largos períodos en mis viajes evangelísticos. Aunque sí conduje reuniones en muchos lugares en los años siguientes, nunca me quedé por mucho tiempo fuera del Ángelus Temple y de LIFE, que ya se había convertido en una Facultad Bíblica autorizada a conferir diplomas tanto honorarios como académicos. Los primeros ministros en ser honrados con el grado de doctores en teología fueron William Black y Giles Knight.

Mientras las llamas del avivamiento brillaban en la iglesia, mis sufrimientos personales aumentaron. Los comentarios insistentes hechos por el abogado de la corporación en contra de mi hija resultaron en un angustiioso proceso judicial entre ellos. Eso causó una división en la familia la cual me dejó postrada físicamente por un tiempo. Recuerdo muy bien la mañana del domingo cuando el Señor levantó la carga de aflicción que abrumaba mi corazón. Durante las dos semanas anteriores, parecía que había estado cruzando por el valle de sombra de muerte. Pensé que el corazón se me había partido. Pero el Señor me levantó y llenó mi corazón de valor.

En mi relación familiar siempre había quedado claro que, si Jesús se demorara, y mis manos se debilitaran, yo pasaría el trabajo a Roberta. Ella debía ser mi sucesora. Rolf comprendió esto y se enroló en una escuela para técnicos de radio, de la cual se graduó con altos honores. Pero ahora Roberta se había retirado. En ocasiones pasadas, ella me había dicho, “Madre, no me gusta trabajar de la manera que tú lo haces. Te he visto regresar a casa bañada en transpiración, después de tus reuniones. No quiero tener que hacer lo mismo”. ¿Y quién podría decirle que estaba obligada a imitarme?

Así que, cuando Roberta se mudó, mi hijo, Rolf, olvidando su entrenamiento técnico, se puso en la brecha, irguiendo sus hombros, y tomando toda la carga. Mi amor no cambió hacia mi pequeña estrella de esperanza. Y aunque tuve que continuar mi obra entristecida por no tenerla más conmigo en la labor, finalmente llegué a un buen acuerdo con el Señor y puse mis cargas sobre él.

Rolf asumió la posición de vicedirector del Ángelus Temple, trabajando con el Dr. Knight, y, más tarde, como editor en jefe del “Foursquare Crusader” (El Cruzado Cuadrangular). El me escoltaba hacia la plataforma en casi todas las reuniones y se sentaba junto a mí. Su presencia fue de maravilloso consuelo y fortaleza.

El Señor no solamente bendijo al Ángelus Temple con un avivamiento espiritual glorioso después del trigésimo aniversario del derramamiento en la Calle Azuza en 1936 y del trigésimo tercer aniversario en 1939; sino que además de eso suplió todas las necesidades materiales. El Dr. Knight trajo equilibrio a las finanzas de la iglesia, y aunque a muchos no les agradaba escuchar sus largas suplicas al recibir las ofrendas, para fines de 1938 la deuda del Ángelus Temple había sido totalmente cancelada. Mientras tres billones de velas bañaban de luz las paredes y cúpula de la iglesia, en un determinado momento durante nuestra reunión de vigilia, subí a lo alto de la cúpula y allí quemé cada uno de los recibos, que representaban más de \$66.000 en deudas anteriores. Una vez más, tal como cuando la iglesia fue dedicada, ¡el Ángelus Temple estaba libre de deudas! Y el gran avivamiento continuó.

21 Alrededor del Mundo con el Evangelio Cuadrangular

“Nunca descansaré hasta que el evangelio sea predicado alrededor del mundo”, les dije a los reporteros en Dayton, Ohio, cuando llegué para hablar en una conferencia de distrito en Great Lakes, en el verano de 1938. “Nuestra labor es colosal, pero no imposible”. Enfatiqué ante los periodistas en aquella ocasión que el movimiento Cuadrangular sustentaba a ciento ochenta y siete misiones en el exterior.

Entonces llegó la Segunda Guerra Mundial. El inicio de la guerra y la participación de los Estados Unidos perjudicaron varios planes del departamento misionero para llevar la Palabra a regiones que aún no habían sido alcanzadas. Pero tuvimos la oportunidad de ministrar a miles de soldados que pasaban por Los Ángeles. Cada domingo, cientos de hombres uniformados asistían a las reuniones del Ángelus Temple. La gran mayoría de ellos jamás había estado antes en una iglesia Cuadrangular o pentecostal. Muchos no contaban con ninguna afiliación religiosa y no tenían Biblias. Qué privilegio fue invitar a estos soldados presentes cada noche de domingo a venir a la plataforma, donde los saludé, les di un Nuevo Testamento a cada uno, y me arrodillé con ellos para orar por sus necesidades espirituales y la guía y protección de Dios sobre sus vidas. Más tarde, cuando se hacía el llamado al altar, muchos de esos mismos soldados hacían otro viaje hacia la

plataforma, públicamente, para recibir a Jesús como su Salvador personal.

Los viajes a través de los Estados Unidos no fueron interrumpidos sino hasta después del ataque a Pearl Harbor; cuando fue instituido el racionamiento de neumáticos y gasolina. Logré realizar un viaje evangelístico de 45.200 kilómetros durante el verano de 1940 y otro viaje menos ambicioso el año siguiente. Después del 7 de diciembre de 1941, pude llevar a cabo otras reuniones individuales de tiempo en tiempo en ciudades seleccionadas, incluyendo Nashville, Tennessee; Vancouver, B.C.; Joplin, Missouri; y Portland, Oregon. En estas reuniones Dios confirmó su Palabra poderosamente con señales. Pero la mayoría de mi tiempo estaba dedicado al Ángelus Temple y a la Facultad Bíblica.

La guerra afectó el programa del Ángelus Temple. Para cuando las fuerzas de Hitler estaban venciendo en Francia, Bélgica, y Holanda, nosotros instituímos una serie de reuniones de oración durante toda la noche cada viernes. Después de un mensaje consistente en un llamado a la oración a las diez de la noche, la gente se arrodilló pidiendo la ayuda de Dios para el país, la iglesia y las almas. El presidente Franklin D. Roosevelt, a través de su secretario, el Sr. Stephen Earl y, expresó su aprecio por esos esfuerzos, así como también lo hicieron el gobernador de California y otras autoridades públicas.

A fin de reforzar los pedidos de los líderes nacionales, de que la gente usará sus vehículos con moderación, con el propósito de conservar gasolina y neumáticos, un domingo de mayo de 1942, conduje un carruaje tirado por un caballo hacia el templo para la reunión de la noche. “Maneje despacio y use

menos caucho”, le aconsejé a la congregación en la reunión siguiente. Cuando algunos se mostraron sorprendidos por mi intento de conducir tal carruaje, les dije, “Ciertamente puedo conducir un caballo y un carruaje. No he olvidado mis días en la granja.”

Debido a las regulaciones gubernamentales, en el sentido que los edificios públicos se prepararan para los apagones, fue necesario ejecutar un trabajo bien hecho y meticuloso en cada puerta, ventana, u otra entrada de luz. Aun los vitrales tuvieron que ser cubiertos y la cúpula fue pintada de negro. Para disminuir la luminosidad en el enorme edificio, nuestro vigilante nocturno realizó una prueba para una posible alerta ¡y oscureció tanto el Ángelus Temple como la Facultad Bíblica LIFE en el tiempo récord de veintiocho segundos! Además, mi hijo Rolf anunció públicamente que estábamos preparados para “convertir” el edificio en un refugio antiaéreo si una emergencia grave lo exigiera.

Además, instituímos clases de primeros auxilios y una noche de domingo simulamos un ataque aéreo para probar los conocimientos de los estudiantes y darles una experiencia práctica. Varios “heridos graves” fueron atendidos en la prueba, y el realismo, con esparadrapos, vendas y otros artículos de emergencia que fueron suplidos, hicieron que la prueba fuera altamente exitosa.

La guerra también tuvo su efecto sobre nuestra estación de radio. Debido a que los tubos transmisores no podían ser sustituidos fácilmente, consideramos necesario interrumpir la programación a las 11p.m. Mis reuniones de domingo por la mañana y la noche ya no podían ser transmitidas entre la

medianoche y tres de la mañana, alcanzando a los oyentes de costa a costa.

Determinamos obedecer estrictamente los reglamentos de guerra establecidos por el Departamento de Censura en Washington, D.C. Nuestro gerente de radio explicó que no podíamos conceder los pedidos telefónicos ya que estaban totalmente prohibidos. Aunque aún era permisible hacer dedicaciones y pasar las canciones solicitadas, esto podía hacerse sólo si no se designara un tiempo definido. Alguien podría solicitar que se colocara su canto favorito, por ejemplo, “En el monte Calvario,” en un programa futuro. Pero si quería escuchar el himno el lunes 12 de junio a la noche, el pedido no podía ser concedido. En el asunto de la lectura de cartas en el aire, fue necesario cambiar el orden y la numeración de las palabras a fin de interrumpir la sucesión original de cartas y su valor numérico en caso de que alguna carta incluyera un mensaje enviado en código. También fuimos persuadidos a no permitir que se transmitieran mensajes en lenguas e interpretaciones de los mismos.

Como leales estadounidenses, cooperamos lo mejor que pudimos con el esfuerzo de guerra, y recibimos, en muchas oportunidades el agradecimiento de parte de las agencias gubernamentales. También enviamos la revista “El Cruzado Cuadrangular” a los campamentos del ejército y ayudamos a obtener mobiliario para las salas de descanso de ciertas tropas.

Fue un privilegio colocar a la disposición del público bonos y sellos de guerra en el Ángelus Temple. Yo llevé a nuestro departamento musical a Victory House en Pershing Square en el centro de Los Ángeles, donde condujimos un programa para animar la venta de bonos y oración por el esfuerzo de

guerra. Los artistas habían estado presentando sus canciones y bailes en el lugar, y yo anuncié que, si alguien podía bailar por la victoria, otros podían orar por la victoria. La prensa reportó que grandes multitudes se reunieron para esa ocasión y calcularon que más de \$150.000 fueron suscritos en la venta de bonos y sellos el 20 de junio de 1942. Dos años más tarde, el 4 de julio, regresamos para otro esfuerzo similar.

Durante una vacación en México, en el verano de 1943, contraí una fiebre tropical la cual me postró intermitentemente por semanas. ¡Cómo lamenté las ausencias prolongadas en mi púlpito y aulas de la Facultad! Cuando mi salud fue algo restablecida a comienzos de 1944, decidí que habrá llegado el momento de que Rolf asumiera la posición de vicepresidente de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular. Los miembros de la asamblea habían determinado anteriormente, en los estatutos de reglamentos internos que él fuera mi sucesor como presidente de la iglesia. Varios años antes, el Sr. Knight había dicho a la congregación del templo, “Rolf McPherson es un hombre de juicio cabal y algún día avanzará y hará cosas para Dios en el Ángelus Temple”. Por más que apreciaba la labor bien hecha en la gerencia por el Dr. Knight, yo me irritaba con las restricciones que él insistía en poner sobre mis actividades. Dichas restricciones habían sido de beneficio para mí, ya que la publicidad negativa de la prensa quedó casi completamente amordazada, y los procesos judiciales ya no me perseguían como sucediera durante años. Sin embargo, yo ansiaba un contacto más cercano con mi gente. El Dr. Knight renunció, y Rolf asumió sus varios cargos. No puedo expresar mi emoción al ver a mi hijo llevando a

cabo sus responsabilidades con tanta habilidad. Sé que el continuará con mi labor.

En realidad, siento que he hecho tan poco, aunque he predicado alrededor del mundo y he visto a miles de personas ser salvas. Siento que virtualmente no he hecho nada. Si fuera un hombre, podría hacer mucho más. Pero sólo soy una mujer que se entregó a Dios para ser usada por Él. Toda la gloria por cualquier cosa realizada pertenece completa y únicamente al Señor que amo y a quien rendí toda mi vida al pronunciar la oración del pecador en el trineo sobre aquel sendero cubierto de nieve en Canadá, a la edad de diecisiete años.

A veces la gente muestra su simpatía por mí diciendo, “Hermana McPherson, usted ha sufrido algo de persecución”. Oh, bien, si tiene tiempo para pensar sobre ello, supongo que sí. La gente dice esto y aquello acerca de mí. No tengo tiempo para negar o para afirmar. Para lo único que tengo tiempo es para seguir predicando a Jesús. Con frecuencia mis amigos han sugerido, “¿Por qué nunca te levantas a defenderte?” Bueno, tal vez tenga la oportunidad en alguna ocasión. Pero por ahora estoy muy ocupada predicando el evangelio. Nunca ha habido alguna federación eclesiástica que nos apoyara, solamente por la gracia y el poder de Dios, hemos manejado el antiguo automóvil del evangelio. Y no hemos comenzado todavía, ¡gloria a Dios! Mi oración siempre es, “Oh, Dios, mantenme predicando a Jesús hasta que millones hayan escuchado la historia del Salvador, Bautizador, Sanador y Rey Venidero”. Mi mayor ambición siempre ha sido el moverme bajo la guía de Dios, tal como la hoja que es llevada por el viento.

Así como una hoja danza con la brisa,
sobre una colina barrida por el viento.

Así como una hoja danza con la brisa,
de Tu perfecta voluntad,
barrida y agitada por el Espíritu,
movida a Tu orden,
déjame estar, Señor Jesús
rendida en Tu mano.

Que mi alma siempre sea una hoja al viento.
Una hoja al viento, siempre agitada, Señor por Ti;
barrida por Tu Espíritu a través de la eternidad,
maravilloso Salvador, más que vida para mí.
Una vez mi corazón luchó y tembló,
temiendo Tu voluntad,
pero ahora reposo en Tu promesa,
entregada, inmóvil, confiada.

Brisa perfumada nacida en primavera,
tempestad oscura y sombría,
tráeme la bendita seguridad,
de que mi Señor está cerca.

Ven, viento del sur y sopla suavemente,
meciéndome de aquí hacia allá.

Despierta, viento del norte en tu furia.

Levántate y sopla con impetuosidad.

Lluvias de lágrimas, cielos de luto,
con frecuencia han sido mi porción

Yo sé que mi Padre los ha enviado
y de ello no pediré razón.

En breve, el otoño brillante
sobre los montes con olas multicolores,
los dedos violentos del invierno
desgarrarán las hojas asustadas.

Mas cuando la muerte suelte
la vida tan frágil de sujetar,
llévame a Tu seno,
llévame a Tu Aprisco a morar.

Epílogo

La tarde del 26 de septiembre, Aimee Semple McPherson predicó su último sermón. Fue un mensaje emocionante pronunciado ante una multitud reunida en el Auditorio Cívico de Oakland, California. Esta fue la misma ciudad en que veintidós años antes recibiera la visión del Evangelio Cuadrangular. Y las palabras que esta sierva del Señor pronunciara esa noche fueron un vívido recuerdo de que el Señor Jesucristo, verdaderamente era el mismo ayer, hoy, y por los siglos. Ella predicó a Jesús el Salvador, Jesús el Bautizador con el Espíritu Santo, Jesús el Sanador, y Jesús el Rey Venidero. Luego se retiró a descansar a su cuarto de hotel.

El ministerio terrenal de Aimee Semple McPherson finalizó incansable tal como había comenzado. Con frecuencia, durante los últimos años ella comentó que quería “gastarse - no herrumbrarse”, y cuando su hijo, Rolf, la encontró a la mañana siguiente, él supo que el deseo de su madre había sido concedido.

Tan pronto como las noticias del fallecimiento de la hermana McPherson fueran anunciadas, en todo el mundo los escépticos comenzaron a predecir que a la vasta Organización Cuadrangular “se le reventarían las costuras.” ¡Pero no fue así! Todas las fuerzas se unieron inmediatamente alrededor del Dr. Rolf K. McPherson, cuya profunda pérdida personal fue transformada en la confirmación de que lo que su madre había

comenzado era la obra del Señor, y que el Señor de hecho continuaría llevándola adelante.

Al tiempo en que falleciera la Hermana McPherson más de tres mil se habían graduado de la Facultad Bíblica LIFE y habían sido ordenados como ministros, misioneros y evangelistas Cuadrangulares. Desde el tiempo de su entrada en la presencia de Dios el número de iglesias Cuadrangulares en los Estados Unidos y Canadá ha incrementado consistentemente. El esfuerzo misionero ha crecido tremendamente, con obras en más de 90 países del mundo en el presente. El ministerio misionero Cuadrangular se extiende no sólo por medio de la fundación de iglesias, sino también a través de escuelas, institutos y seminarios bíblicos, orfanatos y estaciones de radio.

Dios puso en manos de Aimee Semple McPherson un ministerio admirable. Ella no despreció su tarea específica y divinamente atribuida; sino por el contrario, estableció una organización, que parecía ser una labor imposible para una mujer, la cual continúa avanzando victoriosamente a través de las fronteras del mundo. Ella insistió, “Nada de lo que podría haber hecho hubiera podido edificar esta maravillosa obra. Todo lo que tenía para ofrecer era una vida rendida. ¡Por todo lo que ha podido ser realizado, le damos a Dios toda la gloria!”



FOURSQUARE
MEDIA

Desde la granja de sus padres en Canadá hasta el púlpito del Ángelus Temple en Los Ángeles, Aimee Semple McPherson levantó sus carpas, predicó el evangelio y ministró a todos los que quisieran escucharla. Su reputación viajó alrededor del mundo. En este libro, Aimee relata los hechos que hicieron de sus actividades una atracción extraordinaria para los medios de comunicación.

Aimee Semple McPherson hizo lo que parecía imposible para una mujer a mediados del siglo veinte. Se negó a dejar que los obstáculos la intimidaran y se aferró tenazmente a su fe en Jesucristo. La historia de su vida no solo permite ver la humanidad de una mujer que se convirtió en una leyenda de su época, sino que también pinta un cuadro de la Iglesia Cuadrangular, que ella fundó.

ISBN 978-1-7358240-1-7



9 781735 824017

90000>

